

enemigo azerrimo de la reformada: era atrevido i emprendedor, i no le fué difizil á su amo el persuadirle: «Yo estoi pronto, le dijo Jáuregui, á azer lo que el rei tanto desea: desprecio así la recompensa que se me ofrezce como el peligro á que me espondré por merezerla. Sé que boi á perezzer; i lo único que de vos esijo es que rogueis á Dios por mí, i al rei que socorra á mi padre en su bejéz.»

Nadie mas á propósito que este jóben audaz para dar cabo á una empresa como la que tomaba á su cargo: ablaba el alemán con mucha facilidad, i por este medio le era fázil no ser conozido como español. No contribuyó poco á afirmarle en su resoluzion un sazerdote llamado Timmerman: le confesó, le absolvió i le aseguró que el matar al prínzipe seria ante Dios una aczion meritoria que le aseguraria la bida eterna. Animado de esta esperanza bási Jáuregui al castillo: mézclase con los criados, i se pone zerca de la puerta de la pieza en que el prínzipe abia comido. Sale este de ella, dirijese ázia donde estaba Jáuregui, quien le tiró á quema ropa un pistoletazo con un cachorrillo, cuya bala le entró por bajo de la oreja derecha, pasó por entre el paladar i los dientes, i salió por el lado izquierdo de la cabeza. Quedó el prínzipe sin sentido por un instante, i lo primero que izo buelto en sí fué recomendar á sus domésticos que conserbasen la bida á su asesino; mas era ya tarde: sus guardias le abian despedazado. La mucha sangre que perdia el prínzipe izo temer al prínzipio que la erida era mortal: no podia ablar, i los espectadores creian que solo le quedaban momentos de bida. Apénas se supo en la ziedad cuando todos, grandes i pequeños, oprimidos del mas profundo dolor se agolparon al

castillo á saber las particularidades de tan funesto suceso: la consternacion pintada en todos los semblantes era jeneral: todo era llantos, todo gemidos; como si cada uno ubiera perdido á su padre, perdiendo al que todos miraban como padre comun del estado.

Sumerjidos en el mayor abatimiento espárese la boz de que los franceses eran los autores del asesinato, cometido por quitar al duque las trabas que á su autoridad se abian puesto. El pueblo naturalmente crédulo, con fazilidad dió asenso á la impostura: combiertese repentinamente su tristeza en furor: agolpase á palazio con intento de tomar ejemplar benganza de los que tenia por autores de su afliczion.

Felizmente, Maurizio, (1) ijo del príncipe, abia encontrado en las faldriqueras del asesino papeles por los que abia conozido que era español. Supolo al instante el príncipe, que ya abia recobrado el abla; mas el riesgo que corrian el duque i los franceses, de que se le instruyó tambien, le causaba tanto cuidado que á pesar de la situacion crítica en que se allaba escribió de propio puño un billete en que dezia estaba mui zierto de que los franceses ninguna parte tenian en el crimen de Jáuregui. Este billete, de que se esparzieron muchas copias en el público, i las dilijenias i actibidad de santa Aldegunda, calmaron al pueblo, le desengafiaron, é izieron que el tumulto zesara. Tambien se espuso al público el cadáver del asesino, i se le reconoció por el criado de Anastro. Este se abia marchado de la ziedad; pero se prendió á su se-

(1) No tenia entonces mas de treze años, i ya abia dado en muchas ocasiones pruebas de su talento.

cretario, á quien dejó en casa para que le abisase de lo que ocurriese. Se prendió tambien al sazerdote Timmerman; ambos confesaron su complizidad con Anastro i Jáuregui, i se les condenó á muerte. El suplizio no fué largo ni cruel: dióseles garrote, se les descuartizó, i las cabezas i cuartos se pusieron en las puertas de la ziuudad. (1) Ubieraseles echo padezer los mas orribles tormentos si el príncipe no manifestara sus deseos de que se les librase de ellos: nunca perdió ocasion de inspirar á sus compatriotas los sentimientos de umanidad de que estaba penetrado.

La dificultad de restañar la sangre izo por algun tiempo que los médicos temiesen por la vida del príncipe. Despues de emplear inútilmente todos los recursos del arte, les ocurrió unir las carnes aziendo tener continuamente cojidos con los dedos los labios de las llagas: los encargados de este cuidado se relebaban alternativamente. Este medio senzillo empleado por muchos dias i noches tubo un feliz resultado: la sangre se restañó, i las eridas se zicatizaron.

Anastro se pasó á Tournai donde el de Parma residia, i le aseguró la muerte del de Oranje; i en esta creenzia se apresuró Farnesio á escribir á los abitantes de Ambéres i de las otras ziuudades, esortándoles á bolber á la obediencia de su lejítimo soberano: "el que os indujo á sus traeros de ella, les dezia, ya no existe." Aun cuando así ubiera sido, tales cartas, atendien-

(1) Allí permanezieron asta que tomada Ambéres por el príncipe de Parma los quitaron los eclesiásticos i los enterraron con todas las demostraciones de la mas superstiziosa benerazion.

do al estado en que los ánimos se allaban , no ubieran producido el efecto á que se dirijian: mas cuando llegaron , el príncipe estaba ya fuera de peligro , i solo sirbieron para eszitar la rísa á bueltas de la indignazion. (1)

En tanto que estas cosas pasaron , las operaciones militares no se interrumpieron: las tropas de los estados se apoderaron de Alost , i las de Farnesio de Steenwick i de Liera. Poco tiempo despues se alló en estado de obrar con mas bigor que el que asta entonzes le abia permitido la debilidad de su ejézcito. Ya bimos la repugnancia con que acedió á la salida de las tropas italianas i españolas , i cuan inútilmente procuró persuadir á los walones que esijian aquella salida , la imposibilidad de terminar la guerra con solo las tropas nacionales. Despues puso todo su conato en disipar con la rectitud i zircunspeccion de su conducta la desconfianza que abian tenido siempre en la buena fe de los españoles ; i llegó al fin á lograrlo por el crédito que con los walones tenia el marques de Roubais , que como dejamos dicho , fué el que mas contribuyó á que las probinzias meridionales bolbiesen á la obediencia del rei. Desde entonzes nada omitió el de Parma que pudiese contribuir á atraer al marques á su partido : abia bibido con él en la mayor intimidad , i siempre persuadiéndole lo importante que seria el que se permitiese la buelta de las tropas españolas. Mui pagado el marques de la familiaridad con que el príncipe le trataba , i esperando tener mas cabida con el rei , zedió á las instancias de Farne-

(1) Bentiboglio , p. 263. Meteren , p 326. De Thou , lib. 75.

sio, é izo que los estados no solo consintiesen la buelta de aquellas tropas sino que se las pidiesen al rei i con la mayor instancia. (1)

Dejase conozer lo agradable que seria á Felipe el conzederselo. Inmediatamente dió las órdenes mas terminantes á quatro rejimientos de veteranos que componian zerca de diez mil ombres para que pasasen á los Países-Bajos, á donde llegaron á fines del beñano de 1582 con muchos miles de soldados borgoñones i alemanes. Componiase entonzes el ejéřzito del rei de sesenta mil infantes i quatro mil caballos: la mitad guarnezian las ziuudades i plazas fuertes: de la otra mitad, parte estaba en la Frisia á las órdenes de Berdugo, i el resto componia el ejéřzito que mandaba el príncipe en las probinzias meridionales. Con él se apoderó de Cateau-Cambresis, Ninobe, Gaesbec, i de otras muchas plazas: atacó al ejéřzito de los confederados, le obligó á retirarse bajo el cañon de Gante, i puso sitio á Bruselas; pero la estazion se allaba mui adelante, i el gran frio i la escasez de subsistenzias le obligaron á renunziar á esta empresa i á dar á las tropas cuarteles de imbierno. (2)

Manifestaban los estados mucho ardor i actividad en sostener su nueva forma de gobierno: de dos millones i cuatrocientos mil florines á que quando mas abian llegado sus rentas anuales, las izieron subir á quatro millones: ademas de las tropas nazionales tenian á su sueldo considerable número de soldados alemanes, ingleses, i franzeses. Sin embargo, como la mayor parte estaba destinada á la defensa de las pla-

(1) Bentiboglio, p. 258.

(2) Meteren, p. 334.

zas , no pudieron oponer al ejérxito del príncipe otro que embarazase sus empresas , ni menos que le obligase á abandonar las ciudades de que se abia apoderado. Veian que de dia en dia se iban disminuyendo las plazas de la confederazion , miéntras que las que ganaban al enemigo eran pocas i de poca importancia. Azercabase el tiempo de abrir la campaña , cuando las fuerzas contrarias se abian aumentado tan considerablemente que eran mayores que nunca. Esta situazion ponía en gran cuidado á los estados , i no en menos al duque de Anjou que por su parte azia cuanto podia por obtener de la Francia los socorros que los estados abian creído le daria. Despues de no pocas detenziones , en el mes de noviembre llegaron á los Países-Bajos de siete á ocho mil soldados entre suizos i franceses , mandados en jefe por el duque de Montpensier , suegro del príncipe de Oranje , i en segundo por el mariscal de Biron. Si con este refuerzo mandado por un jeneral como el mariscal , esperaba el de Anjou detener los progresos del de Parma , bien conozia que no era bastante para arrojarle de sus nuevas conquistas , i menos para acabar la guerra. Renobó pues sus instancias para que su hermano tomase con mas empeño sus intereses.

Barios eran los pareceres de los que componian el consejo de Enrique III. Algunos le espusieron que no podia esperarse ocasion mas favorable para unir los Países-Bajos á su corona : mas como en sus miras ninguna cuenta se tenia con los intereses del duque , ninguna diligenzia izieron por abibar la amistad fraternal del rei ; i en bez de eszitarle á que embiase á su hermano socorros bastantes para que se sostubiese en su soberania , aconsejabanle que los

limitase á lo absolutamente preziso para detener los progresos de los españoles. A este dictamen agregaban el de que se embiase una escuadra á la Mancha , i un ejérxito á las fronteras del ducado de Lusembourg , para impedir que el de Parma rezibiese socorros de España ni Italia : « en esta situazion , dezian al rei , sin esponer vuestras tropas á los riesgos de la guerra , esperará V. M. que las partes apuren sus fuerzas , i entonces podrá fázilmente arrojar á los españoles de los Países-Bajos : i el duque de Anjou i los estados azeptarán sin repugnanzia las condiziones que quiera prescribirlas. » Este plan , que los superiores talentos del príncipe de Parma ubieran desconzertado , esijia por su complicazion mucho cuidado i gastos ; i por consiguiente no era de esperar que le aprobase un rei tan indolente i afeminado como Enrique III. , que ni sabia prebeer los suzesos ni esperarlos. Por otra parte , los negocios interiores á que tenia que atender eran estremamente difiziles.

Con menos repugnanzia oyó el dictámen de los que conoziendo su carácter juzgaron que su inzertidumbre prozedia prinzipalmente de la bergüenza que le daba el abandonar á su ermano , i que en realidad no buscaba mas que un pretesto onesto para reusarle los socorros que le pedia. De estos consejeros la mayor parte eran enemigos del duque , y ademas bendidos al rei de España , de quien se les acusaba de aber rezibido dinero : empero temian parecer abiertamente opuestos á los designios en que el erdero presuntibo , apoyado de la reina madre , estaba tan eficazmente interesado : afectaron pues aprobar que se aczediese á las instanzias de aquel príncipe « con tal , dezian , que el rei

pueda azerlo sin perjudicar á los intereses de sus propios estados, i que los jenerales de las probinzias-unidas consientan antes en que el rei i sus erederos suzedan en la soberanía si su ermano falleziese sin ijos. El onor i los intereses del rei esijen que los estados aczedan á esto.» Bien prebieron que no lo arian : sin embargo izose la proposizion , i fué rezibida como se prebió que lo sería. La reina madre , i los otros amigos del duque le comunicaron el mal escito de todos los esfuerzos que abian echo por obtener del rei que tomase con empeño sus intereses. (1)

Este desagradable contratiempo imposibilitaba al duque de satisfacer las esperanzas de sus nuevos basallos , lo cual le causaba el mas bibo sentimiento ; empero si ubiera sido tan sínzero i reconocido respecto de ellos como debiera , se considerara obligado á emplearse con mas ainco que antes en todo cuanto pudiese contribuir al bien comun : i para indemnizarlos de la imposibilidad en que se allaba de cumplir una parte de lo que les abia ofrezido , ubiera llenado las otras con la mas escrupulosa esactitud. Empero bien diferentes eran los pensamientos que en su pecho abrigaba ; pues temiendo que al berse frustrados los flamencos de los socorros con que abian contado , i con que asta entonces abia estado alimentando sus esperanzas , le negasen la obediencia , i se la restituyesen á su antiguo soberano ; formó para impedirlo, en caso de que así fuese , el proyecto de pribarles de la libertad ; i en desprezio de sus propios juramentos , apoderarse por fuerza ó por maña de las plazas confiadas á la guarda

(1) De Thou , lib. 27. ch. 9. Meteren , lib. 2.

de sus tropas, ó que se confiasen en lo suzesibo.

Dijose que este designio se le sujirieron los partidarios de la Franzia como un medio seguro de empeñar á su ermano en que le conzediese los socorros que le pedia. Ferbaque i otros muchos caballeros franzeses que le acompañaron á los Países-Bajos le estrecharon eficazmente á ejecutarle. Estos ombres pérfidos eran amigos berdaderos ó pretendidos del duque, i parecia que no tenian otro interés que su gloria; con la que le ábian persuadido que era incompatible una autoridad tan limitada como la que ejerzia. Sus mas crueles enemigos no pudieran aconsejarle cosa que mas perjudizial le fuera. No obstante, aquel prínzipe débil, sin comunicar su intento con el duque de Montpensier ni con el mariscal de Biron, que no le ubieran aprobado, siguió el consejo; i con los pérfidos que se le dieron trató de proporzionar los medios de ejecutarle. (1)

Combino con ellos en que todas las tropas franzesas, en las ziudades en que estaban de guarnizion ó de cuartel, tomarian las armas, i á pretesto de cualquier quimera, echarian las tropas de los estados que en ellas se allasen. Por este medio se apoderó de Dunkerque, de Dismuda i de otras muchas ziudades. La que mas codiziaba era Ambéres; empero siendo pocos los soldados que en ella tenia para intentar ganarla á biba fuerza, trató con sus amigos del medio de lograrlo, uniendo á la fuerza la astuzia. Ofreziósele la fortuna cuando menos lo esperaba. A mediados de enero le comunicaron los estados su intenzion de que emplease las tropas contra algunas de las ziudades que en

(1) De Thou, lib. 27. ch. 19. Meteren, p. 336.

Frisia tenia el enemigo, i por lo pantanoso del terreno solo se podian atacar cuando eran los yelos como entonzes mui fuertes. Aparentando el duque conformarse con los deseos de los estados reunió sus tropas en las cercanías de Ambéres, i les dió orden de que estuviesen prontas á marchar á la primera señal. Al mismo tiempo i con diferentes pretextos izo que fuesen á la ziuudad todos los caballeros franzeses que se allaban en los Países-Bajos.

Así dispuestas las cosas debia el duque de apoderarse con sus guardias, de la puerta de Cronembourg no distante de su palacio, é introducir sus tropas en la ziuudad durante la noche, con el menos ruido posible. Mas, la bispera del dia señalado para la ejecuzion se esparzió en la ziuudad un rumor sordo de que el duque intentaba apoderarse de ella. Abisáronselo al príncipe de Oranje i á los majistrados, quienes le propusieron que se iluminasen i barreasen las calles durante la noche, i se echasen las cadenas así en ellas como ante las puertas de la ziuudad, á fin, dezian, de calmar la eferbeszenzia del pueblo. Si el duque se opusiera confirmara las sospechas contra él conzebidas; i como tenia una gran parte de la doblez i carácter artificioso de su madre, manifestó tanta indignazion contra los autores de aquel rumor; abló con tantas aparienzias de sinzeridad, i al mismo tiempo izo tantas protestas de adesion á la confederazion, i en particular á los abitantes de Ambéres, que no solo los majistrados sino asta el príncipe mismo quedaron casi persuadidos de su inozenzia. No obstante, ilumináronse las calles, echáronse las cadenas, i los ziuadanos tomaron las armas.

Esta ocurrencia obligo al duque á mudar de

plan; i á la mañana siguiente fué temprano á visitar al príncipe, i dezirle que abia dado órden para que tomasen las armas sus tropas, de las cuales queria pasar revista antes de partir á la Frisia, i le combidó á que le acompañase. No se sabe si Guillermo conserbaba algunas sospechas, sino que se escusó á pretesto del mal tiempo i del estado de su erida; i aun, que le aconsejó que difiriese aquella revista por algunos dias en que el pueblo se desimpresionara, i sus temores se disipasen. Finjó el duque aczeder á lo que el príncipe le proponia; mas pocas oras despues le embió á dezir, que el buen tiempo que azia le abia echo mudar de dictámen, é iba á azer la revista; i en seguida dió órden para que se quitasen las barreras de las calles que iban de palazio á la puerta de Ripdorp, por la que salió con un acompañamiento de dos á trescientos ombres bien armados.

Pasado que ubo la puerta i el puente lebadizo, todo su acompañamiento echó mano á la espada, se arrojó á los soldados que la guardaban, mató parte de ellos, i forzó á los demas á que se refujiasen al cuerpo de guardia. Las órdenes que el duque abia dado á sus tropas abian sido puntualmente cumplidas: todo el ejérezito marchaba ázia la ciudad: prezediale un cuerpo de diez i siete compañías de infantería, seis-cientos lanzeros, i cuatro escuadrones de caballería; que allándose ya á dos pasos de la ciudad entra en ella con prezipitazion; i despues de poner fuego á algunas casas próximas á la puerta para adbertir al ejérezito que azelerase la marcha, se derramó por las calles gritando: «biba el duque i la misa: la ciudad es nuestra!»

Los temores de los bezinos abianlos disipado en zierto modo las protestas del duque; empero

no tanto, que no estuviesen con cuidado : corren á las armas : reünese en poco tiempo un cuerpo bastante para azer rostro al enemigo: aumentase por momentos : á nadie espanta el peligro : todos quieren probeer por sí á su propia defensa , i nadie quiere confiarla á otro. Acordábanse de los eszesos que los soldados españoles sublebados abian cometido algunos años antes cuando se apoderaron de la ziedad ; i estaban persuadidos de que en aquellas zircunstancias no abia otro medio de ebitar iguales males que oponer la mas bigorosa resistenzia, despreciando los mayores peligros. Animados por el temor de la ruína que tan de zerca amenazaba á sus fortunas , i aun mas á sus mujeres é ijos : eszitados por el deseo de bengarse de un enemigo pérfido é ingrato abanzan i atacan á los franzeses con tal furor que no pudieron estos resistirles. Muchos se abian metido en las casas á saquearlas , i en ellas fueron asaltados i muertos : otros bigorosamente impelidos ázia la puerta por donde abian entrado , esperaban allar en ella su salud , creyendo que se les reuniria el resto de las tropas ; pero como no abian cuidado de asegurarse del rastrillo, los soldados que se abian enzerrado en el cuerpo de guardia salieron i le bajaron. No podia ser mas deplorable la situazion de los franzeses ; i quanto mayor era la desesperazion á que se allaban reducidos ; tanto mas encarnizados en su ruína estaban los naturales. Sin esperanza de socorro, estrechados en un corto rezinto , erales imposible defenderse : los abitantes azian sobre ellos un fuego contínuo : caian unos sobre otros , i no tardó en formarse un monton de muertos i eridos , que atrancó enteramente la puerta de la ziedad.

En seguida fueron los bezinos contra un cuerpo de soldados franceses que se abia dirijido á la muralla : á unos pasaron á cuchillo, i á los otros les izieron saltar por la muralla misma á vista del duque i de los suizos que abian echo banos esfuerzos para romper la puerta. Al principio creyó el duque que eran los naturales arrojados por sus soldados: estaba persuadido que la caída del rastrillo abia sido casual, i mui distante de pensar que paisanos sin ningun conozimiento del manejo de las armas ubiesen podido en tan poco tiempo armarse i desazer un cuerpo tan considerable de tropas disziplinadas como el que abia entrado en la ciudad ; empero la artillería de la muralla que los abitantes, aun furiosos por su infame prozeder, asestaron contra él, i le mató muchos suizos, le desengañó bien pronto.

El príncipe de Oranje que abitaba en la ciudadela al otro extremo de la ciudad, nada de lo que pasaba supo por algun tiempo, i cuando se le dijo lo atribuyó á quimera entre los soldados del duque i el paisanaje : mas, instruido de la berdad reunió lo que pudo de la guarnizion, i se dirijió ázia donde se representaba aquella horrible eszena. En el camino encontró á Ferbaque el cual al frente de las tropas francesas que abian quedado en palazio, intentó oponerse á su paso. A la primera carga quedó Ferbaque prisionero ; i sus soldados, desanimados por aquel accidente, i acaso aun mas por sus remordimientos, uyeron. Benzido este obstáculo, continuó el príncipe su marcha á la puerta de Ridorp, donde llegó á tiempo de impedir que los abitantes desfogasen en los prisioneros una benganza que si justa, era inútil en aquel momento.

Nada mas horrible dize un istoriador (1) instruido por testigos oculares, que el espectáculo que se ofrezio al príncipe en la puerta: un alto monton de cuerpos muertos azinados unos sobre otros: eridos que azian quanto podian por echar de sí los cadáveres que les oprimian, i les estrujaban con su peso. A instancias del príncipe, no solo se conzedió la vida á los prisioneros, sino que se socorrió á los eridos, de los cuales muchos debieron su curazion al esmero en su asistencia.

Los franceses muertos en aquella jornada fueron mil i quinientos; i entre ellos mas de trescientos de cuenta: los prisioneros, incluso los que izo el príncipe, dos mil. Para desbaratar una empresa tan mal concertada, i que ocasionó al duque tanta pérdida, no ubo mas que zien paisanos muertos i otros tantos eridos: notable desproporcion entre ambas pérdidas, que seria increíble á pesar del admirable valor de los abitantes, sin la zircunstanzia que refiere un istoriador; (2) es á saber: que los franceses, bien por negligenzia, bien por presunzion, llevaban mui pocas muniziones, que gastadas mui luego, quedaron por mucho tiempo espuestos al fuego del enemigo, i sin mas armas que la espada.

Es mas fácil imajinar que describir la confusion en que debia de abismarse el duque cada vez que reflexionase sobre su estrabagante conducta. Pasó la noche en el fuerte de Berchem, poco distante de la ziedad, donde no encontró ni muebles ni subsistenzias. Desde allí escribió á los magistrados de Ambéres, encareziendo mu-

(1) Meteren.

(2) Reidanus.

cho las pruebas que abia dado á los Países-Bajos de su adhesion: atribuia la desgrazia que acababa de padezer al indigno tratamiento que abia experimentado; i añadia que penetrado de sentimiento, arrepentido i oprimido de tristeza, aún les conserbaba el mayor afecto: que les escribia para saber como pensaban respecto de él, i para pedirles sus papeles, sus muebles i sus domésticos, que estando inozentes, esperaba que no se les abria maltratado ni atropellado. (1)

No respondieron los majistrados á esta carta, sino la embiaron al príncipe, para que sobre ella conferenziase con los estados. En tanto, el duque carezia de bíberes para sus tropas, i tomó el partido de salir de Berchem, i llevarlas á Dendermonde por el camino mas corto; empero como los de Ambéres ubiesen embiado barcos armados que le disputasen el paso del Escalda, tubo que bolberse atrás, i dar un gran rodeo pasando por Duffel, Malinas, Rimenant i Bilborde. Ademas de lo mucho que personalmente padezió en esta marcha, tambien perdió muchos soldados por la repentina inundazion del Neth. Desde Duffel escribió á los gobernadores de Brusélas i otras muchas ziudades, atribuyendo á los abitantes de Ambéres todos los males suzedidos: ablaba del suzeso como de una conmozion popular, en que sus tropas se abian mezclado al pasar por aquella ziudad para ir al campo en que las reunia: mas qué esto no abia suzedido sino en seguida de los malos tratamientos que él mismo experimentára.

Esta mala fe del duque no produjo otro efecto que el de irritar mas á los de Ambéres,

(1) Meteren, pag. 339.

i que esparziesen una memoria apolojética de su conducta; en la que dezian que se abian portado siempre con el duque como combenia á buenos i fieles basallos: que ademas de su continjente le abian suministrado setenta mil florines para que pagase los atrasos de la tropa, i en lugar de esto se abian distribuido entre los soldados franzeses i suizos, á fin de animarlos á cometer aquel atroz atentado: que nada era mas injusto que atribuirsele á los de Ambéres, puesto que en el mismo dia las tropas franzesas abian echo la misma tentatiba en otras zjudades; i que abia sido un beneficio de la Probidenzia el que en las mas importantes se ubiese frustrado el proyecto de esclabizarlas: que ellos deseaban con la mayor ansia que el duque se arrepintiese sinzeraamente de su injustizia, i que formase la firme resoluzion de gobernar en lo suzesibo á las probinzias que le abian reconozido por su soberano, segun las leyes fundamentales del pais, así como solemnemente lo prometiera á su adbenimiento á la soberanía.

La nueva del suzeso de Ambéres eszitó la indignazion jeneral de las probinzias-unidas. El prínzipe de Parma, con la esperanza de sacar bentaja, izo cuanto pudo por atraer al pueblo á la antigua obedienzia; empero no fué mas feliz en estas tentatibas que en las pasadas: sordos los confederados á toda proposizion, ni siquiera nombraron diputados que tratarasen de la paz con él.

La carta que el duque de Anjou abia escrito á los majistrados de Ambéres era durante aquel tiempo el objeto de las deliberaciones de los estados. Si no miraran mas que el resentimiento que les abia inspirado su conducta, no ubieran dudado declararle depuesto de la sobe-

ranía; pero considerando cuan crítico era el estado de las probinzias, dudaban mucho sobre el partido que les combenia tomar. El duque era dueño de muchas plazas fortificadas, i el príncipe de Parma les amenazaba con un ejército, al cual el de la confederazion no podia azer rostro. No sabiendo, pues, qué partido tomar, pidieron al de Oranje, que asta entonzes no abia manifestado su modo de pensar, que les ayudase con sus consejos. Si nadie se dolia mas que él del deplorable estado á que la temeridad del duque abia reduzido á la confederazion; tampoco nadie debia estar mas irritado, puesto que el duque le era absolutamente deudor de la soberanía; i que sin embargo no podia dudar que ubiese encargado á Ferbaque que le quitase la vida ó la libertad, ni que con el intento de azerlo se encaminaba este á la ciudadela cuando le encontró é izo prisionero. A pesar de tan estremada ingratitude, no solo disuadió á los de Ambéres de que iziesen ninguna biolenzia á los prisioneros, sino que aconsejó á los estados que adoptasen mas bien medios de reconciliazion, que de rigor; i les respondió por escrito, que era como lo azia siempre que se trataba de negocios importantes: «No sin repugnanzia, dezia, me e determinado á dar á los estados el dictámen que me piden. Esta repugnanzia es tanto mas fundada, quanto mayor es el número de los que antes me an imputado todos los infortunios que an padezido las probinzias confederadas. Aun quando me ubiera allado rebestido del poder absoluto, no por eso fuera menos injusta la imputazion, puesto que los suzesos de solo Dios dependen; i que ningun ombre, por temerario que sea, se atreberá á responder del ecsito de la mas bien concertada

empresa. Si no mirara mas que mi edad i la injusticia con que se me a tratado, no me espon-dria á la maledizenzia de mis detractores; empero el interés que me tomo en la prosperidad de los Países-Bajos, me fuerza á romper un silencio que la prudenzia me aconsejaria que guardase, i que guardaria ciertamente, si no consultara mas que mi interés personal i mi tranquilidad. A todo prefiero el interés jeneral; i si me arriesgo á dar mi dictámen es en la confianza de que sea cual fuere, los estados le darán un favorable sentido.»

«Estoi mui distante de justificar la aczion atroz que acaba de cometerse, antes pienso que por ella a perdido el duque los derechos que tenia á la soberanía: mas á pesar de esto, creo que por poco que se reflexione se combendrá en que desde el primer momento en que á este príncipe se unieron las probinzias, an sacado muchas bentajas de esta union. Sus tropas fueron las que izieron lebantar el sitio de Cambrai: ellas las que izieron retirar las enemigas de Lochen, i las que libraron á toda la probinzia de Güeldres de los eszesos i pillaje que en ella cometian. A su eleccion se debe la paz establezida en Franzia entre protestantes i católicos, i que los primeros ayan obtenido la libertad de entrar al serbizio de las probinzias-unidas. Empero lo mas es, que la eleccion del duque a destruido enteramente la autoridad i poder español en los Países-Bajos. ¿No es ella la que por dezirlo así a roto los sellos del rei de España, i borrado su nombre en las probinzias? Ella es, sin duda, la que a formado una basa de poder, sobre la que la libertad nazional no puede menos de ser sólidamente establezida, si todos los que en ello tienen tanto interés continúan con

el mismo zelo i bigor que siempre. Si se reflexiona sobre todas estas ventajas que a producido aquella eleccion, se deduzirá el aprecio que debe merezer quanto quiera dezirse azerca de las intenziones de los que contribuyeron á que se iziese. Mas, que estos se engañasen entonzes ó no, lo que al presente se nezesita es, ó azer la paz con la España bajo las condiziones que quiera imponer, ó que los estados pongan toda su confianza aora i en lo suzesibo en sus propias fuerzas, ó en fin, tratar de acomodarse con el duque.»

«En quanto al primer extremo, las mismas razones que determinaron á los estados á sacudir aquel yugo, subsisten oi para no bolber á imponérsele. Absurdo fuera querer aora reconciliarse como basallos con un soberano, cuya autoridad se a negado, cuyos sellos se an roto ignominiosamente, i cuyo nombre a sido borrado con tanta autentizidad. Cuando la eleccion se izo, pudo ser zierto, i así lo dezian algunos mas afectos á los españoles que á su pátria, que fuese mas útil á los Países-Bajos un soberano, cuyo imperio prinzipal se allase léjos mas bien que zerca. Fundabanse en que á este le seria mas fázil atentar contra la libertad nazional; empero en el dia no existe este motibo: las probinzias no estan todas unidas: la España es dueña de algunas, i tiene un ejérezito capaz de darle las otras. Así, pues, los dominios del rei se allan mas zerca de las probinzias confederadas, que los de ningun otro prínzipe.»

«Estas mismas consideraciones inclinaron á los estados á dar al duque la soberanía. A decaido de ella sin duda: nadie puede contestarlo: el duque mismo parece combiene en ello, por

lo arrepentido que dize estar de su inconsiderado prozeder.»

«Mas á pesar de esta confesion i arrepentimiento, con razon se puede dudar si en el dia combendrá tratar i azer nuevo combenio con un príncipe que tan groseramente a biolado el primero. Puede tambien temerse que los malos consejeros que le estrabiaron le buelban á estrabiar. Además, no debe esperarse el ver tan pronto restablecida la confianza entre las tropas francesas i los flamencos.

«No obstante, juzgo de mi obligazion llamar la atenzion de los estados ázia las consecuencias que podia tener el que se negasen á reconciliarse con el duque. Por decontado entregaria á los españoles las plazas fuertes que están en su poder; i de amigos que él i su ermano son aora, se combertirian en los mas implacables enemigos de la confederazion, i la causarian todos los males que deben esperarse de la ambizion abibada por el deseo de benganza. El rei de Francia proibiria á sus basallos todo comercio con estos paises, i aria detener sus nabes en todos sus puertos, al mismo tiempo que daria paso por sus estados á las tropas que el rei de España quisiera embiar contra las probinzias. La reina de Inglaterra aunque desapruuebe como es indudable la conducta del duque, no por eso aprobará el que los estados se ostinen en no querer reconciliarse con él. I si á los estados faltase la confianza que tienen en la Francia i la Inglaterra ¿á qué potenzia acudir que pudiese i quisiese ausiliarlos? Nezesitarian poner toda su confianza en sus solas fuerzas: nezesitarian aumentarlas sin demora: mas, ¿cómo podrian azerlo? ¿cómo juntar ombres i dinero? Los es-

tragos de la guerra an despoblado las probinzias : apénas se alla en ellas la jente nezesaria para el comerzio i las manufacturas. Para mantener un ejérxito tan numeroso como el que abria que lebantar , nezesitarian esijir sumas de dinero mucho mas considerables que las que asta aora an impuesto. Juzguese de ellas por el estado de gastos ordinarios i estraordinarios de la guerra que pongo á bista de los estados : gastos que oi se limitan á la manutencion de las guarнизiones. Si para allegar el dinero nezesario para cubrirlos se encuentran tantas dificultades ¿cuántas no se encontrarán para allegar el nezesario á la manutencion de un ejérxito que pueda estar en campaña? i sin este ejérxito imposible será resistir mucho tiempo á los esfuerzos del enemigo. »

« No condeno la opinion de las personas pias i bien intenzionadas, de poner toda su confianza en la protezion del Omnipotente ; empero creo que es tentar á la dibina Probidenzia el formar grandes empresas sin medios de ejecutarlas. Solo aquellos tienen la berdadera confianza que combiene tener en Dios , que despues de aber echo todo quanto está de su parte para el logro de lo que emprenden , se dirijen al zielo, i con los mas ferborosos ruegos imploran su asistencia i su protezion. Deben pues los estados considerar sus fuerzas i sus recursos , i si despues de esaminados i comparados con lo que emprendan , los juzgan suficientes para pasarse sin los que podian obtener del estranjero, mi dictámen será que reserben en sus manos el soberano poder. »

« Fué un tiempo en que los flamencos pudieron adquirir este feliz estado de libertad é independenzia , i fué quando tenían fuerzas sufi-

zientes para obligar á don Juan de Austria á salir del pais ; empero cuan diferente es nuestra situazion actual ! Tiene la España á nuestras puertas un ejérsito poderoso , sostenido por los que entonzes eran nuestros amigos . Las fuerzas de la confederazion an disminuido considerablemente : ni ayudados por los franzeses emos podido detener los progresos del enemigo . No obstante , si los estados juzgan despues de un maduro esámen , que aziendo mayores esfuerzos que los que asta aora emos echo , podemos ejecutar solos lo que no emos podido aun con la ayuda de nuestros amigos , deben abandonar para siempre la idea de énterar en combenio con el duque , resolberse á azer rostro con sus solas fuerzas no solo á los españoles sino tambien á los franzeses , i no diferir un instante la ejecuzion de su designio . Empero mucho me temo que antes que los preparatibos se ayan empezado siquiera , las tropas reunido , i el dinero para mantenerlas recaudado : antes siquiera de que se aya nombrado jeneral que mande el ejérsito , no se aya el enemigo apoderado de muchas ziudades de la confederazion , i aun , que otras muchas biéndose sin esperanza de ser socorridas se conzierten con los españoles antes de ser atacadas . Mas , si despues de las razones que llebo espuestas juzgan los estados mas conforme á la situazion en que se allan el tratar con el duque , mi dictámen será que prozedan con la mayor atenzion i escrupulosidad en el tratado que con él agan , para que las ziudades fortificadas no esten en lo suzesibo (1) espuestas á los mismos peligros que acaba de correr Ambéres , i de que se be libre por una espezie de milagro : i para

(1) Meteren. De Thou.

prebenir semejantes desgrazias bastaria estipular que ningun soldado pudiera ser puesto de guarnizion en ninguna ciudad sino despues de aber echo juramento de fidelidad i obediencia á los estados.»

Rindieronse estos á las razones del príncipe, i en consecuencia se prinzipió una negociazion con el duque, i se concluyó el 8 de marzo por un tratado de paz i reconciliazion, cuyos prinzipales artículos fueron: que todos los prisioneros franzeses que se allasen en Ambéres serian puestos en libertad: que todos los papeles i demas efectos del duque le serian debueltos; i que se le suministrarían noventa mil florines para pagar los atrasos debidos á sus tropas: que el duque debilberia á los estados todas las plazas de que se abia apoderado: que se retiraria á Dunkerque con solos cuatrocientos infantes, i trescientos caballos, i allí permanezeria asta el arreglo difinitivo de los puntos en cuestion: que renobaria el juramento que prestó al tiempo de su inaugurazion de que gobernaria en lo suzesivo las probinzias-unidas conforme á sus leyes fundamentales: que todas las tropas del duque prestarían juramento de fidelidad á los estados, se obligarian á serbirlos fielmente contra todos los enemigos de la confederazion; i en fin á nunca emprender nada en perjuizio de la autoridad que á ellos compete.

Abiase declarado el príncipe por este partido porque estaba íntimamente combenzido de que no abia otro para preserbar la confederazion de una total ruina. Mas, una prueba nada equívoca del gran influjo que tenia en la asamblea de los estados, fué sin duda el aberles persuadido á que prefiriesen este medio á todos los demas. El pueblo en jeneral, i particularmente el

de la Flandes i el Brabante , eran enteramente opuestos á toda especie de acomodo con los franceses , á quienes tenian una imbenzible antipatía trasmitida por sus padres , i que el atentado de Ambéres abia abibado mas. Muchos de los diputados les tenian la misma abersion; de modo que solo la gran deferenzia á los dictámenes del duque á que estaban acostumbrados pudo en aquella ocasion benzerla ; i ebitar que consultando solo su inclinazion prozediesen asta el último extremo contra el duque ; i jamás bolbiesen á reconocer su autoridad.

No ignoraban los españoles que el príncipe era el que abia retraido á los estados de tomar esta resoluzion ; i de aquí dedujeron que miéntras bibiese , ningun suzeso por favorable que les fuera inclinaria á la confederazion á que bolbiese á la obediencia. Este combenzimiento les izo recurrir al infame medio del asesinato. Felipe i sus ministros nada dejaron por azer para induzir á muchos á que se encargasen de tan arriesgada empresa : uno de ellos , como despues se supo por su propia confesion , fué eszitado en Madrid por Felipe mismo , ó por mejor dezir , por sus ministros : otro por su embajador en la corte de Franzia ; i en fin á otro solizitaron en los Países-Bajos el príncipe de Parma i el marques de Roubais. A los dos primeros se descubrió antes que intentasen ejecutar su abominable proyecto , i fueron castigados como merezian: era el terzero un ofizial francés , echo prisionero por Roubais , i que finjió prestarse á sus miras por obtener libertad ; empero inmediatamente que la obtubo instruyó al príncipe de los medios de que se abian balido para induzirle á que fuese su asesino. Este eszelente sujeto se quedó al serbizio de los estados , é izo ber por la con-

ducta que obserbó siempre, cuan horrible le era el crimen atroz á que abian intentado seduzirle. (1) El peligro á que tan continuamente estaba espuesto el príncipe por el odio i resentimiento de los españoles, debia azerle mas apreciable á todos sus conziudadanos; i este fué el efecto que en el mas alto grado produjo en los que eran capaces de apreciar debidamente la sabiduría i moderazion con que prozedia en la direczion de los negocios; empero muchos de los que juzgaban de la elebazion del de Anjou á la soberanía por las desgraziadas zircunstanziás que acababan de resultar, no dejaban de suponer siniestras intenziones en los que mas contribuyeron á ella: incapazes de penetrar los verdaderos motibos que abian movido á Guillermo á inclinar á los estados á que conserbasen al duque aquella misma soberanía, sospechaban que no abia tomado con tanto calor los intereses de aquel príncipe sino con la mira de sacar para sí bentajas. No era solo el pueblo el descontento: muchos diputados preocupados igualmente, se dejaban llevar de su jenio altercador, turbaban las deliberaciones, i retardaban con su oposizion toda nueva probidencia que querian tomar los estados. Sin embargo, esto no impidió que el mayor número decretase que se emplearan las tropas franzesas i suizas, de que el duque abia dado el mando al mariscal de Biron. Este jeneral ninguna parte tubo en la aczion de Ambéres; i aun se creía que si de ella ubiera tenido noticia se abria opuesto: nada pues se le podia imputar, ni á nadie confiar el mando que fuese mas digno. Azia mucho tiempo que una esperienzia consumada, i talentos raros en el arte de

(1) Meteren, p. 348.

la guerra le abian granjeado una gran reputacion: sus primeras tentativas fueron felices: obligó al fuerte de Wouda á capitular, i con fuerzas inferiores rechazó i con ventajas al príncipe de Parma cuando intentó atacarle en sus líneas cerca de la ciudad de Rosendal, si bien no le era posible con tan corto ejérezito detener los progresos de los españoles en las otras empresas que formaron, ni estar en campaña á vista de ellos. Aprovechándose Farnesio de este estado de debilidad izo sus conquistas con la mayor rapidez, i se apoderó de Endoba, de Diest i de Westerlo, empleando á un tiempo la negociacion i la intriga para asegurarse de Gante, Brujas i otras plazas.

En tanto que esto pasaba, cayó el de Anjou enfermo en Dunkerque de languidez, atribuida en jeneral á las fatigas que padezió en su retirada de Ambéres. No se sabe de positibo si porque no se creyó allí seguro, miéntras en las cercanías azia tan rapidas conquistas el de Parma, tomó el partido de bolberse á Franzia; ó si le llebó la esperanza de que allándose en la corte de su hermano obtendria mas fácilmente de él mayores socorros que los que asta entonces le abia dado. Fuese por lo que quisiese, dejó á Dunkerque i pasó á Franzia.

Inmediatamente que Farnesio lo supo, de Erenthalas se puso con su ejérezito ante Dunkerque. Los estados que conozian cuan interesante les era aquella plaza, ordenaron al mariscal que fuese á socorrerla con todas sus fuerzas; empero era tal el resentimiento que ganteses i flamencos conserbaban contra los franceses, que fueron inútiles cuantas instancias se les izieron para que diesen paso al mariscal por su tierra. "Jamás acederemos, dezian, al último con-

benio echo con el duque : ninguna confianza podemos tener en él , ni queremos deber á sus tropas la conserbazion de nuestra pátria.» Las consecuencias fueron las que se debian esperar: la guárnizion de Dunkerque , compuesta de franceses , entregó la ziadad al prínzipe de Parma , que en seguida sitió á Nieuport , i la tomó tan pronto que se sospechó de la fidelidad de la guarnizion. Era su proyecto dirigirse á Ostende i sitiarla ; mas luego que supo el particular esmero con que el de Oranje abia prohibido á su seguridad , bolbió sus armas contra Dismude i Menin ; que sometió así bien que á otras muchas ziadades con una rapidez nunca vista en aquellos paises. Estos progresos ubieran debido abrir los ojos á los confederados sobre las funestas resultas de sus desabenenzias, dado que por ellas i su poca union fueron muchos presa de los españoles. Sin embargo no sirbieron sino para aumentar su zeguedad , i sus disensiones i su confusion. Si se eszeptuan los refuerzos que se embiaron á las guarniziones de algunas ziadades , en cuya conserbazion se interesaban algunos diputados , los estados ninguna resoluzion bigorosa tomaron conzerniente á la situazion crítica en que se allaban ; empero se juntaban todos los dias : i todos los dias rezibian noticia de una nueba pérdida.

Un suzeso acaezido en aquel mismo tiempo en Ambéres da bien á conozer el espíritu que dominaba entonzes á los flamencos. Abia dispuesto el de Oranje que se añadiesen algunas nuebas fortificaziones á la ziadadela : los partidarios secretos de los españoles tomaron de aquí ocasion para insinuar que el designio del prínzipe era entregarla á los franceses , i que lo que se azia so color de mayor seguridad no eran

en realidad mas que preparatibos para aségu-
rarlos la posesion. Creyólo el pueblo , toma las
armas i corre en tumulto al castillo con intento
de echar de él la guarnizion. Salele al encuentro
el príncipe , i respeta el pueblo su presencia:
abituado á reberenziarle se rindió fazilmente á
la ebidencia de la falsedad que tan lijeramente
abia creído : en poco tiempo se calmó el furor
de los mas , i se apaziguó el tumulto. Sin em-
bargo no faltó quien se atrebiese á injuriarle
llamándole desertor de la causa comun i traidor
á la pátria. Este indigno tratamiento de parte
de un pueblo cuya ruina abia impedido , irió
bibamente al príncipe, el cual pidió á los majis-
trados que tomasen conozimiento del eszesu que
acababan de presenziar. Mas biéndoles tímidos
en el ejerzizio de su jurisdiczion por el gran
número de culpados que abria que castigar , se
retiró de Amberes á Zelanda , despues de dar á
los majistrados instrucciones escritas por las que
debían gobernar la zitudad i probeer á su de-
fensa , i de designar á santa Aldegunda para
primer majistrado ó gobernador en el año si-
guiente. (1)

(1) Por el mismo tiempo rezibió el príncipe una
prueba no equiboca del afecto de las probinzias
maritimas , i de la gran confianza que en él tenían.
Todas las zitudades eszepto dos, decretaron nombrar-
le conde de Olanda i de Zelanda , i rebestirle de to-
da la autoridad i prerogativas inherentes á aquella
antigua dignidad. Los istoriadores contemporaneos
nada dizen azerca de la parte que el príncipe pudo
tener en aquella resoluzion , mas no era opuesta al
tratado echo con el duque de Anjou ; dado que por
él no abian tomado las probinzias de Olanda i Ze-
landa otros empeños que los de contribuir con la
cuota que les correspondiese para los gastos públicos.

No era su ánimo en esta mudanza de residencia abandonar las. probinzias meridionales : todo lo conzerniente á ellas era como siempre objeto de su cuidado ; sino que queria probeer á su seguridad , i alejar de allí la junta de los estados , aziendo que se combocasen en Middelbourg , á fin de que sus indibidos estuviesen menos espuestos al influjo de los emisarios de España , i mas libres de las conmoziones populares. Empleó tambien todo su balimiento con brabantinos i flamencos para que consintieran que las tropas francesas permaneziesen en los Países-Bajos. Brusélas i algunas otras ziudades de las mas espuestas aczedieron ; pero Ganté i la mayor parte de las demas se obstinaron en no consentirlas en sus términos , ni querer su protezion. Bieronse pues los estados en la nezesidad de ordenar la salida de aquellas tropas , en zircunstanzias en que los amantes de la pátria , i los que reflexionaban sobre la situazion actual de ella , juzgaban que en bez de despedirlas se debian tener con el duque de Anjou i el rei su ermano toda espezie de deferenzias para estimularles á que aumentasen el número. El mariscal de Biron las embarcó en Bierbliet , de donde las bolbió á Franzia.

Así quedaron los españoles libres de todo ostáculo en sus conquistas : bloquearon á Ipres ; i la guarnizion de Alost , compuesta de ingleses i walones les entregó la ziudad porque les pagasen como lo izieron los atrasos que se les debian. Sometióseles el pais de Waes i Rupelmonde en el Escalda. Zutphen fué sorprendida ; i

No obstante , esto dió motibo para que se dijese mucho contra el príncipe de Oranje , acusándole de que nunca abia perdido de bista su interés personal.

su posesion les dejó abierta la entrada á todo el Beluwe , pais considerable entre el Issel i el Rin. Con esto se iba aumentando por dias el número de partidarios de los españoles en Brujas , Gante i otras muchas ziudades. Los naturales que abiertamente se declararon contra el duque de Anjou temian su buelta. Abia tambien muchos á quienes tenia intimidados la rapidez de las conquistas de los españoles : otros, que abiendo tenido á su cargo el manejo de caudales públicos rezelaban que el príncipe i los estados les obligasen á dar cuenta de su imbersion. Estimulaba tambien á todos á que bolbiesen á la obediencia del rei , así la extrema moderazion con que el de Parma trataba á los que se sometian , como el esmero i esactitud con que cumplia lo que concertaba.

Entre los que por algunos de estos motivos deseaban que los Países-Bajos bolbiesen al dominio español tubo el príncipe de Oranje el disgusto de ver al conde de Eremberg , su cuñado. Este caballero débil é inconstante , gobernado por su mujer , abia formado el designio de entregar la Güeldres , de que era gobernador; empero descubierta la trama antes que pudiese ejecutarla , fué arrestado por orden de los estados : puesto á poco tiempo en libertad bajo su palabra , se pasó al enemigo , con lo que probó ser berdadero el crimen de que se le acusaba.

Peor esito tubieron los manejos del príncipe de Chimai en Flandes : era ijo del duque de Arschot , i aunque educado en el catolizismo , desde algun tiempo antes que la revolucion empezase profesaba la reforma , i aparezia mui adicto al príncipe de Oranje i á los estados ; no porque sus sentimientos de relijion ni patriotismo fuesen berdaderos ; empero abia empleado

mucho artificio para impedir que se conoziessen. Siempre rodeado de ministros de la nueva religion bibia con ellos con la mayor familiaridad: publicó ademas una apolojia de su conducta en que insertó un grande elogio del protestantismo, i muchas imbecitibas contra el rei de España, calificándole con los nombres mas denigratibos que puede sujerir el odio mas implacable. Así se abia captado el afecto de muchos protestantes, i prinzipalmente de los de Brujas que le confiaron el gobierno de su ziuudad, á pesar de quanto para disuadirles izo el prinzipe de Oranje, como que abia descubierto que mantenia correspondenzia secreta con los católicos. Por último, el de Oranje abia dado secretas instrucciones á los majistrados de Brujas, para que se baliesen de Bodi, coronel de un rejimiento escozés, á fin de deponer á Chimai. Aparentó Bodi entrar en las miras de los majistrados; pero los bendió descubriendo á Chimai lo que contra él se trataba. Este, por bengarse obtubo por medio de una representazion llena de falsedades, órden para echarles de la ziuudad, i puso en su lugar personas que le estaban sometidas, i continuó como antes aparentando el mayor zelo i adesion á la reforma, asta que logró azer que saliesen de la ziuudad los prinzipales bezinos. Entonzes se apoderó de ella i la entregó á Farnesio, con la condizion de que le diese el mando de la probinzia. Farnesio se lo ofrezio, i lo confirmó el rei. Tenia Chimai tanto mas motibo para contar con el logro de su empresa quanto mas abia contribuido á la rendizion de Ipres, que despues de nueve meses de bloqueo azia poco que capitulara. Este caballero i un ministro protestante, prinzipal instrumento de su perfidia, no tardaron mucho en abjurar

públicamente el calbinismo , i bolber á la comunion romana. (1)

Igual empresa á esta intentaron Imbise i otros contra Gante i Dendermonde. Para fazilitar la ejecuzion fué á campar el de Parma entre Gante i Brujas ; empero se descubrió la trama formada para sorprender á Dendermonde; é Imbise , biejo faczioso i turbulento , primer majistrado de Gante , i jefe de la conspirazion, fué arrestado , juzgado , condenado á muerte i ajustizado.

El prínzipe de Oranje que miraba la buelta del de Anjou con un ejérezito como el único remedio de los males que de dia en dia iban creziendo , abia trabajado con tanto mas aincó en reconziliarle con los estados , quanto mayores eran entonzes las esperanzas de que pudiese cumplir sus empeños , pues que el rei su ermano estimulado eficazmente por la reina madre abia echo pública su resoluzion de sostener con bigor los derechos del duque. Para felizitarle los estados por ello , i anunziarle al mismo tiempo que abian aczedido á ziertas condiziones por él propuestas , le embiaron un embajador. Rezibió el duque la notizia con la alegría propia de las lisonjeras esperanzas que por ella conziñera ; empero la muerte no le dió tiempo para realizarlas. Su salud no abia sido la mejor desde la retirada de Ambéres : debilitaronla mucho las fatigas que padezió : atacado repentinamente á prinzipios de junio por una enfermedad aguda , que ubiera debido atribuirse á un temperamento mal sano , i que lo fué segun costumbre del siglo , á beneno , murió en Chateau-

(1) Meteren , p. 357. De Thou , lib. 79 , ch. 15-

Tierri el 10 del mismo mes , á la edad de treinta i tres años.

Tal fin tubo la vida agitada de este príncipe, cuyo carácter débil i sus bizios fueron igualmente perniciosos á él mismo , á la Franzia i á los Países-Bajos. Sin prebision de lo benidero, incapaz de dezidirse por sí, fué siempre el juguete de los proyectos interesados de otros , así bien que de sus caprichos. No sabia apreziar los bizios ni las birtudes de los que le rodeaban ; ni la locura ni la prudenzia de lo que le proponian: no era incapaz de amistad ni de adesion : era actibo i ambizioso ; empero siempre falto de pazienza , de constanzia i de firmeza para conducir una empresa importante. Su conducta respecto de las probinzias-unidas a justificado lo que de él dezia su ermana Margarita : « que si el fraude i la infidelidad ubieran desaparecido de la tierra , en el corazon de su ermano se ubieran encontrado en todo su bigor. » (1)

Su muerte acaezida en las críticas zircunstanzias en que las probinzias se allaban fué para ellas una desgrazia efectiba ; empero otra mayor que tubieron algunas semanas despues izo que aquella se olvidase : tal fué la muerte del príncipe de Oranje , contra quien la proscripzion de Felipe produjo en fin su efecto. El proyecto de este atentado atroz , se formó i executó despues en Delft por Baltasar Gerard, oriundo de Villefans en Borgoña. Este ombre para tener entrada fázil con el príncipe se daba por ijo de un protestante franzés llamado Guion , que perseguido por su creenzia , abia tenido que espatriarse. Por este simulado orijen, un zelo aparente por la reforma i por el serbi-

(1) Bentiboglio , 275. Dábila, lib. 6. &c. (2)

zio de los estados logró no solo ser conozido del príncipe sino que le favoreziese i colocase en la comitiva del embajador que los estados embiaron al duque. Esta muestra de confianza, en vez de azerle mudar le afirmó mas en su propósito; é inmediatamente despues que bolbió de Francia se dezidió á ejecutarle. Ubieralo echo, como luego lo confesó, cuando se le introdujo en el cuarto del príncipe, con el cargo de entregarle muchas cartas, sino ubiera tenido el descuido de no probeerse de armas. A pocos dias, buelto al palazio del príncipe á pretesto de pedir un pasaporte, se puso zerca de la pieza en que el príncipe comia con su mujer Luisa de Coliñi, i su ermana la condesa de Schwarzenbourg. Embozado en su capa esperó que ambas señoras se lebantasen para pasar á otro cuarto. Biéndole la prinzesa pálido i bagarosa la bista, entró en mucho cuidado i preguntó qué queria? «Pide un pasaporte» respondió el príncipe. Al momento se abalanza á él el asesino i le tiró un pistoletazo con tres balas. No tubo el príncipe mas tiempo que para dezir: «¡Dios mio! tened misericordia de mí, i de este pobre pueblo: yo estoi grabemente erido.» Al instante cayó, i espiró á pocos momentos (1) en presencia de su esposa. Esta desgraziada prinzesa era tanto mas digna de compasion quanto beia perezzer á su segundo marido como perezizó el primero, el amable Teliñi, i el almirante Coliñi su padre, algunos años antes, en la carnizería del dia de san Bartolomé.

Entre tanto se escapó el asesino por una puerta falsa del palazio, i llegó asta la muralla; mas al momento en que iba á arrojarle en los

(1) A los zinquenta i dos años de edad.

fosos que estaban llenos de agua , i que esperaba atravesar á nado , fué detenido por dos guardias del príncipe.

En su primera declarazion confesó que azia seis años que formara el designio que acababa de ejecutar , i del que sus amigos le abian disuadido ; empero que bolbió á formarle quando allándose al serbizio de Dupré , secretario del conde Mansfeld , se publicó el bando de proscripzion de Felipe contra el príncipe : que para tener entrada con éste abia proporcionado algunas firmas en blanco del conde , i que las presentó al príncipe para ganar su confianza : que comunicado su designio con cuatro jesuitas en Tréberis , i en Tournai , le aseguraron unanimente , que si perezia en la ejecuzion seria mirado como un mártir en toda la iglesia católica.

A estas zircunstanziyas añadió , quando se le puso á cuestion de tormento , que la recompensa por el rei prometida era la que prinzipalmente le abia seduzido : que abia dado parte de su proyecto al príncipe de Parma , que le embió á su secretario Cristobal Assonbille , el cual le aconsejó que reflexionase bien azerca de las grandes dificultades que podria encontrar en la ejecuzion ; pero que al mismo tiempo le abia asegurado que si llegaba á lograrlo aria un serbizio sumamente agradable al rei i al príncipe de Parma ; i que podia estar seguro de que inmediatamente rezibiria la prometida suma ; empero encargándole i reencargándole repetidamente que en caso de ser detenido negase siempre que el príncipe le abia dado su aprobazion , aunque en realidad aprobase su zelo , i le ubiese permitido que iziese uso de su firma en blanco.

Quando á este malbado se le notificó la sen-

tenzia de que se le quemase la mano derecha i se le iziese cuartos despues de atenazeado, se dejó arrebatado de la mas horrible desesperazion, manifestando el mayor pesar de aberse dejado seduzir por el deseo de riquezas, á cometer una aczion por la que iba á padezer tan terribles tormentos: mas recobrado mui luego se le oyó prorumpir en alta voz, que lejos de arrepentirse estaba persuadido de que aquella aczion le abia granjeado el favor del zielo en el que mui pronto seria admitido á gozar de una felicidad eterna; persistiendo en estos sentimientos todo el tiempo que duró el suplizio, que padezió con una firmeza de ánimo, i aun zierta-espezie de tranquilidad, que llenaron de asombro á todos los espectadores.

Los eclesiásticos católicos de las probinzias del mediodia, izieron los mas pomposos elojios de este desgraziado; i á creerlos ubierase celebrado con regozijos públicos su aczion infame: pero se opuso el pueblo; i asta las tropas del prínzipe de Parma manifestaron que no lo permitirian, i que condenaban un echo que desaprobaba su conziencia, á pesar de quanto para justificarle podria dezirse i sostenerse por los prinzipios de una política insidiosa i perbersa.

Fazilmente se colije qual seria la tristeza i consternazion de las probinzias-unidas quando tubieron la notizia de tan funesto acaezimiento. Todos derramaban lágrimas tan berdaderas i sinzeras como si ubieran perdido su padre, su apoyo ó su amigo: todos sentian la pérdida que azia la pátria, como ordinariamente se sienten las mayores desgrazias domésticas i particulares. Pribados de aquel, cuya sabiduría abia sido por tanto tiempo su prinzipal apoyo, todos se

juzgaban como abandonados, como que abian perdido su padre, i todos estaban ajitados i cuidadosos de su futura suerte. (1)

Nunca ubo persona mas adecuada que el príncipe á la situacion embarazosa en que se alló: ninguna reunió mas cualidades de las necesarias para llenar el difizil cargo de librar á un pueblo oprimido del yugo de su opresor. Sus mayores i mas encarnizados enemigos combienen en las grandes cualidades que le adornaban: que su bijilancia, su aplicacion, su penetracion, i su sagacidad llegaban á lo sumo: que tenia una asombrosa habilidad para gobernar á los ombres, dirigir sus inclinaciones, atraerlos, conziliarse su afecto i conserbar su amor. La istoria de su vida, i el testimonio de los istoriadores mejor instruidos nos autorizan á colocar en el número de sus birtudes i cualidades, el valor i la magnanimidad, la justicia i la equidad, la paziencia i la moderacion, i particularmente una igualdad de ánimo admirable: cualidades que acaso nunca se han bisto reunidas en una sola persona en tan alto grado. (2) Fuese la que quisiese su fortuna, jamas se le bió ni mas ensoberbezido ni mas umillado: siempre el mismo así en la prosperidad como en la adbersidad: los suzesos mas desgraziados ni los mas felizes nada influian en la tranquilidad de su alma.

Un istoriador (3) respetable, pero católico, le acusa de abarizia i concupiszenzia, sin zitar

(1) Meteren, p. 363. Bentiboglio, lib. 12. De Thou, ann. 1584.

(2) De Thou.

(3) Bentiboglio.

ningun echo que pruebe la acusazion. Si se a de juzgar por lo que de él an dicho los istoriadores, no parece que emplease nunca su poder por su interés particular, en perjuizio de ninguno de sus conziudadanos, ni de la causa pública. Reusó siempre tomar parte en la administracion del erario: ni siquiera esigió el pago de las sumas que los estados le abian asignado para proporcionarle una renta: i su azienda se alló á su muerte tan gastada que fué nezesario que los estados asignasen pensiones á su biuda é ijos. (1)

Ale acusado tambien de falsedad é ipocresía. Sin duda le juzgaba por las imbecitias de sus enemigos; empero ni aun los más encarnizados contra él la probaban con ninguna de sus acciones. Antes de romper con el rei de España, desaprobó siempre los medios que su gobierno empleaba; i despues, constantemente se opuso á que produjesen los efectos para que se empleaban. No tenia otra relijion, an dicho algunos escritores católicos, que la que su interés i su ambizion querian que tubiese. Empero sus costumbres eran irreprehensibles, su conducta decente, i cumplia con esactitud las obligaciones que su relijion le prescribia. La única prueba que dan es que mudó de creenzia: que dejó la romana en que abia sido educado en la corte del emperador, i preferido otra, cuyos prinzipios le abian seduzido en su mas tierna jubentud. Su relijion, es berdad, diferia notablemente de la que profesaban aquellos de quienes se abia separado; ni era del todo conforme á los prinzipios de muchos de los que tenian la misma

(1) Wicquefort, lib. 2.

creencia que él. No pensaba que su religion le permitia mirar algunas opiniones especulatibas, i algunas zeremonias, como razon suficiente para perseguir i degollar á los que las seguian ó las desecharan. Bibiendo en un siglo en que reinaba una sombría superstizion que tenia infizionados á todos sus semejantes, el príncipe á quien no pudo corromper, tenia una religion conforme á los prezeptos i al ejemplo del dibino legislador que la abia establecido : era pues moderada, queria que fusemos humanos i bienchores indistintamente con todas las sectas. Miéntas el príncipe profesó la religion romana, siempre se opuso á que se persiguiese á los protestantes ; i cuando abrazó las opiniones de estos se combirtió en protector de los católicos, así para librarlos de las persecuziones de sus adbersarios, como para fazilitarlos el libre uso de su religion en cuanto fuese compatible con la tranquilidad pública. Inferir de aquí que no tenia religion es mas que dezir que la persecuzion es lejítima: tanto baldria sostener que un berdadero cristiano ni debe ni puede con seguridad de conziencia bibir en paz con otros cuyas ideas relijiosas no sean conformes á las suyas.

Del carácter del príncipe delineado por los mismos istoriadores católicos ; pueden concluir que era ambizioso? Empero la ambizion por sí misma no mereze alabanza ni bituperio, ni es laudable ni bituperable sino relatibamente al fin que se propone i á los medios que emplea para lograrle. Si es así como se a de juzgar al príncipe, no es de estrañar que los que tenian prinzipios tan opuestos como los istoriadores católicos i protestantes, no ayan combenido azerca de sus birtudes, ni defectos.

Si como lo azian los primeros confundimos los derechos de los soberanos sin distinguir los del soberano absoluto de los del soberano de un pueblo libre : si creemos que todos los príncipes tienen de Dios su poder, que no pueden ser destituidos, que estan autorizados por Dios mismo que de él les a rebestido para ejerzer un poder despótico sobre la libertad i la religion de sus basallos : si admitimos que un rei puede en birtud de una bula del papa, biolar los mas solemnes juramentos, i faltar á todos sus empeños, sin que por eso queden los basallos libres de los suyos ; admitiendo pues estos prinzipios, difizil será no combenir en que el príncipe fué reo de perjurio i de rebelion. Entonzes el juizio mas favorable que de su conducta podrá azerse será el atribuirle á su ambizion criminal.

Empero si miramos como absurdo é impío el poder que los pontífizes pretenden tener para dispensar á los ombres de cumplir sus juramentos : si creemos los derechos de los basallos no menos sagrados que los de los reyes : si distinguimos el poder absoluto del limitado por las leyes fundamentales del estado : si azemos alguna diferencia entre el soberano que no puede ser privado del derecho que tiene sobre sus propios dominios, i el que no a obtenido la soberanía sino con ziertas condiciones que a jurado guardar i cumplir, al mismo tiempo que sus basallos se an comprometido á obedezzerles mientras él sea esacto en cumplir sus promesas ; el juizio que aremos del carácter del príncipe será enteramente opuesto al primero. No solo nos atreberemos á asegurar que a estado inozente de los crímenes de que sus enemigos le an acusado, sino que le daremos con sus zudadanos el

glorioso renombre de padre de la patria, defensor i conserbador de la libertad i de las leyes de ella: nos atreberemos á asegurar que sacrificó jenerosamente al bien público todos sus bienes, sus intereses, su reposo i su vida: que izo mas al prinzipio con sus consejos, i despues con las armas para librar á sus ziudadanos de la opresion, que ningun otro patriota en ningun pais del mundo, en zircunstanziyas tan difiziles.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO NONO.

No perdió el príncipe de Parma la favorable ocasion que le ofrezia el abatimiento en que los confederados se allaban por la muerte del de Oranje para ofrezzerles la paz; empero sin fruto: ya por la poca confianza que tubieron siempre en el rei, ya por su adesion á la reforma, ya por las otras causas, por las cuales emos dicho que constantemente abian desechado toda especie de reconciliacion con un soberano, contra el que entonzes estaban mas enconados por la cruel injuria que les acababa deazer. Negaronse, pues, los confederados á oir las proposiciones que se les azian, i trataron de los medios de seguir la guerra con bigor, i de manifestar su beneracion á la memoria del de Oranje.

Su primojénito el conde de Buren aún se allaba detenido en España: Mauricio, su ijo segundo, (1) seguia los estudios en Leidem; i

(1) Era nieto por parte de madre del célebre Maurizio, elector de Sajonia.

aunque no de mas que diez i ocho años , era ya mucho lo que ofrezia , i sin embargo fueron despues mayores sus altos echos , que las esperanzas de los mas prebenidos en su favor. Revis-tieronle los estados de la mayor parte de las dignidades que abian conferido á su padre: nombraronle grande almirante de la confederacion , i gobernador jeneral de las probinzias de Olanda , Zelanda i Utrecht. Para suplir su poca esperiencia , i que pudiese prontamente instruirse en el arte de la guerra , le dieron por lugarteniente al conde de Oenloe , el mas ábil de los ofiziales que los estados tenian en su serbizio , i á quien confirieron el mando asta que el jóben prínzipe adquiriese mas edad i madurez , i se allase en estado de mandar por sí mismo.

Esta conducta de los estados daba bien á conocer que el aszendiente que sobre ellos tubo el prínzipe en vida le continuaba teniendo aun despues de muerto ; i combenzió al de Parma que le seria imposible poner fin á la guerra por otro medio que el de la fuerza. Renunziando , pues , á todo proyecto de paz , bolbió toda su atenzion á las operaciones militares que abia prinzipiado en el Brabante i la Flandes. El ecxito fué el que debia esperarse de su bijilanzia , de su actibidad , i de la prudenzia con que las conduzia. Ademas de las ziudades de que dijimos se abia apoderado , sometió despues á Bilborde i Dendermonde ; empero aun no abia podido reduzir á Gante , Brusélas , Malinas , ni Ambéres. Si para someterlas empleara los medios ordinarios , i las atacara una despues de otra , nezesitara muchísimo tiempo. Esto le izo que adoptase otro medio que le sujirio la situacion de aquellas ziudades i la espezie de sus recursos : tal fué el de apoderarse de las márjenes

de los ríos i canales en que estaban situadas, i al mismo tiempo embiar diferentes partidas de caballería que talasen la tierra que las rodeaba. De este modo, no solo interrumpia enteramente el comercio de aquellas ziudades, sin el que no las era posible subsistir; sino que ademas, á todas, eszepto Ambéres, les pribaba de toda espezie de comunicazion con las otras plazas.

A pesar de la cruel posizion en que se allaban los abitantes de todas ellas, reusaron por algunos meses el oír ninguna de las proposiciones que les izo el príncipe; empero considerando que para echar á los españoles de los puestos que ocupaban, se nezesitaba un ejérzito mui superior al de estos, i que no teniéndole, se berian mui pronto reduzidos á la última estremidad, decayeron de ánimo, i oyeron mas favorablemente las contiúas esortaziones de los que azian las partes de los españoles. Las ziudades mas internas fueron las primeras que se resolvieron en bolber á la obediencia, con las condiciones que el príncipe de Parma muchas bezes les propusiera: Gante prinzipió, Malinas i Brusélas la siguieron.

Las mas importantes condiciones fueron: que no reconozieran en lo suzesibo otro soberano que el de España: que solo la relijion católica seria permitida en los Países-Bajos: que los protestantes podrian permanecer en ellos por dos años enteros, para disponer como mejor les combiniere de sus bienes i efectos: que las ziudades darian al rei zierta cantidad por bia de indemnizazion: que lo pasado enteramente se olvidaria: que los derechos i pribilejios de los abitantes serian restablezidos i mantenidos en adelante irrevocablemente, como lo abian estado siempre.

Cumplió el príncipe por su parte lo prometido, portándose no solo como lo esijia la fidelidad debida á sus promesas, sino con una dulzura i moderacion que combenia prodijiosamente al logro de sus proyectos. En lugar de trescientos mil florines que Gante se ofrezio á pagarle, no esijio mas que doscientos mil. Aunque se abian eszeptuado de la amnistia seis personas de las mas culpables, no les impuso mas castigo que una multa. Además, siempre se le alló dispuesto á oir las quejas de los protestantes, i administrarles justizia.

De todas las ziudades considerables del Brabante, solo Ambéres no estaba sometida: azia mucho que Farnesio tenia resuelto sitiaria; i aun antes de tomar á Gante i Brusélas, abia pensado en los medios de prinzipiar aquel sitio; empero para asegurar el ecsito, nezesitaba emplear, como lo izo, todo su talento i todas sus fuerzas, toda su bijilanzia i toda su actibidad, dado que todo lo merezia un asunto de tanta importancia.

Era Ambéres en aquel tiempo no solo la ziudad mas rica i brillante, sino aun la mas fuerte de los Países-Bajos. Como se alla situada en las márgenes del Escalda, i los confederados aun conserbaban la superioridad por mar, juzgabasela sufizientemente defendida por una parte con una fuerte muralla paralela al rio, i por la otra con fuertes murallas, rodeadas de fosos tan profundos, anchos i llenos de agua, que segun las ideas del tiempo, se la tenia por casi inexpugnable. Por tal la tenia tambien Farnesio, i no quiso arriesgarse á tomarla por asalto, sino bloquearla: medio lento, pero con cuyo buen ecsito creyó que podia contar.

Por parte de tierra era fázil el bloqueo: los

estados no tenían ejérsito que pudiese estar en campaña, i todas las ziudades bezinas eran de los españoles. Empero los sitiados dominaban el Escalda, i Farnesio comprendió que para reducirlos, nezesitaba pribarles de los ausilios que el rio les proporcionaba; i á esto se dirijieron todas las operaciones en el largo curso del sitio.

Abianlo prebisto los de Ambéres, i nada omitieron para continuar en posesion del rio. A este fin construyeron á cada lado de él un fuerte como tres millas por bajo de la ziudad: al de la derecha llamaron el fuerte de Liefkensoek, i al de la izquierda el de Lillo. Por la reduccion de ellos quiso el príncipe dar prinzipio á sus operaciones, i encargó al marques de Roubais el sitio del primero, miéntras Mondragon sitiase el segundo: aquel alló pocas dificultades que benzer; mas este infinitas. Defendian á Lillo el coronel Balfour, ofizial escozés, de mucho mérito, i Teliñi, digno ijo del baliente la Noue. Despues de batido por muchos dias, intentó Mondragon el asalto; mas fué rechazado, i perdió en él i en una salida que pocos dias ántes izo la guarnizion, zerca de dos mil ombres.

Sabido por el príncipe, i probisto que ubo al gobierno de las ziudades poco antes conquistadas, pasó al campo de Mondragon; i despues de examinado el estado del fuerte i su posicion, juzgó que allándose situado á alguna distanzia de la orilla del rio, podia serle poco útil para dominar la nabegazion: que por consecuenzia no balia la pena, el tiempo, los cuidados empleados, ni la sangre bertida; i mandó que se mudase el sitio en bloqueo, i que se contentasen con prebenir las escursiones de la guarnizion.

Dadas estas órdenes, juntó sus ofiziales jenerales, i les comunicó el proyecto que abia for-

mado para azerse dueño de la nabegazion del Escalda; i era echarle un puente por zima de Lillo para cortar la comunicazion de las probinzias marítimas con Ambéres: empresa arriesgada, i que le esponia á la crítica si el ecsito no correspondia; empero que azia conozer la balentía de su jenio; i qué ha contribuido mas que ninguna de sus azañas militares á colocarle en el rango distinguido que ocupa en la istoria.

Mirabanla como quimérica sus ofiziales. «¿Cómo, dezian, proporcionar los materiales nezesarios para construir este puente? i aun quando se supiese donde allarlos ¿cómo traerlos? por tierra es imposible: ¿i dejará de serlo por agua miéntras el enemigo tenga una fuerza nabal tan superior á la nuestra? Ademas de qué no se allarán bigas tan largas que puedan serbir de estacas en una profundidad como la del rio.» Igualmente imposible les parecia echar un puente de barcas, dado que no solo carezian de las nezesarias; empero que ni podian adquirirlas miéntras los confederados fuesen dueños de la nabegazion. «I aun suponiendo, añadian, la posibilidad de construir un puente sobre estacas, ú de echar uno de barcas ¿podria resistir mucho tiempo á los yelos, á la biolenzia de las corrientes, á las tempestades, en fin, á los esfuerzos que harán los enemigos para destruirle?»

Poca impresion izieron al de Parma estas obzejones: conozia que en su jenio abia recursos de que sus ofiziales no podian formarse idea: pensaba tambien que este medio era el único por el que podria conseguirse la reduzion de Ambéres; i que miéntras no fuese dueño de aquella ziadad no podria adquirir fuerzas nabales, ni intentar con fruto la conquista de las probinzias marítimas. Tambien conozia que aziendo su co-

merzio por Ambéres las ziudades de su mando, padezerian mucho miéntras aquella estubiese al de la confederazion.

Combenzido de estas reflexiones dió todo su cuidado á los preparatibos nezesarios para ejecutar el proyecto. Izo sondar el rio en dibersas partes, i se alló menos profundo i ancho entre Ordam, lugar del Brabante, i Calloo, que lo es de la Flandes, que por zima i por bajo. Mandó lebantar dos fuertes uno en frente de otro en las dos orillas, bien guarnezidos de artillería, así como otros muchos reductos que izo construir á trechos para que protejiesen á los trabajadores del puente i le defendiesen despues de construido.

Miéntras se lebantaban estos fuertes i reductos, izo juntar en los países zircumbezinios los materiales nezesarios para la construccion del puente. Por una felicidad mui particular se alló que Gante i Dendermunda podian suministrar una gran porzion de ellos. Bien quisiera transportarlos por agua para aorrar mucho trabajo, tiempo i dinero; i lo intentó en diferentes ocasiones; pero se desengañó de que era imposible que sus barcos escapasen á la bijilancia de los de Ambéres, que conduzidos por santa Aldegunda estaban siempre en azecho, sorprendian zerca de su ziudad á los barcos españoles, los tomaban ó echaban á pique.

Para impedir que continuase esta interzeptazion de sus barcos, mandó el de Parma que se iziese una ancha cortadura al dique del Escalda, é inundó toda la lengua de tierra que se allaba entre Borcht i Calloo; al mismo tiempo que por otra cortadura echa zerca de Calloo dió paso á las aguas. Por medio de esta inundazion logró no solo que con seguridad se transpor-

tasen por agua los materiales, sino el que no nezesitando ya pasar los barcos por delante de Ambéres gastasen menos tiempo en la travesía.

Empero no gozó mucho de esta bentaja porque santa Aldegunda izo levantar un reducto en frente de la cortadura de Borcht, i apostó muchos barcos armados que cruzando inzesantemente azian el paso tan difizil como antes. Entonzes recurrió Farnesio á otro medio, i fué el de azer un canal de quinze millas italianas de largo á fin de que la inundazion comunicase con un riachuelo que en Gante entra en el Escalda. Para azelerar con su presencia esta obra establezió su cuartel en Beberen, poco distante; i siempre á vista de los trabajadores los esortaba i animaba tomando algunas bezes la pala ó el azadon, i trabajando con ellos. Izose la obra con una prontitud increíble, i sus bentajas fueron las que se esperaban. Como el enemigo no podia penetrar ni asta el canal ni asta el rio, fué fácil llebar de Gante sin ostáculo todas las máquinas i materiales nezesarios para la construccion del puente.

Los dos extremos de este descansaban en estacas metidas en el rio, i fuertemente unidas entre sí con anchas bigas puestas en cruz, i de uno al otro lado; lo cual formaba dos estacadas, que abanzaban ázia el medio del rio tanto quanto lo permitia la profundidad del agua. La que miraba á la Flandes tenia doscientos pies, i la del lado opuesto nobezientos. De ancho no tenían mas que doze, eszepto en las dos estremidades del lado del zentro del rio, en que abiendo aumentado la anchura asta cuarenta pies se levantaron dos fuertes i se guarnezieron de artillería. El todo se cubrió con fuertes tablás, i un

parapeto de zincos pies de alto que cubriese á los soldados. En seguida se metió una ilera de estacas en lo ondo del rio, paralela á los dos lados de las estacadas, i á pocos pies de distancia de ellas; ademas otra ilera de anchas bigas guarnezidas con puntas de fierro se colocó horizontalmente un poco por zima de la superficie del agua; i se estendia á tan considerable distancia por los dos lados del puente, que peligraran mucho los barcos que intentaran azercarse.

Esta parte de la obra azia la nabegazion muy peligrosa; pero como se abia dejado un espasio entre las dos estacadas de mas de mil doscientos zinquenta pies de ancho, los enemigos se aprovechaban de las tinieblas de la noche, del viento i la marea, i continuaban pasando i repasando como antes; i la ziadad estaba abundantemente abastezida de todo. Desde el prinzipio de la empresa conzibió el prinzipie el designio de colocar en aquel interbalo un número sufiziente de barcos; i con mucha dificultad reunió treinta i dos: los desarboló i colocó á distancia de beinte pies unos de otros, i despues de unidos con fuertes cadenas les aseguró por los dos extremos con áncoras; de modo que los marineros podian alargar ó acortar los cables segun que la marea bajaba ó subia. Para pasar de un barco á otro se pusieron fuertes bigas, sobre ellas tablas, i sobre estas un parapeto semejante á los que se abian echo sobre las estacadas. Cada barco tenia su correspondiente artillería, treinta soldados i cuatro marineros.

Delante de estos barcos se abian puesto barcas unidas del mismo modo que los barcos; las cuales formaban una espezie de puente flotante de mil doscientos pies de largo. En estas bar-

cas se colocaron bigas guarnezidas de puntas de fierro, mui largas, que formaban una espezie de ilera de picas que salian de las barcas ázia la parte opuesta al enemigo. Cada uno de estos dos puentes bolantes se componia de treinta i dos barcas sujetas con anclas; i se colocaron á doscientas baras, el uno por zima i el otro por bajo del puente.

Esta obra maravillosa ocupó seis meses la armada, i el ejérsito de Farnesio: sin armada nunca se ubiera echo, i una de las mayores pruebas del basto jenio, actibo i emprendedor que tan eminentemente distinguieron al príncipe fué el aberse echo con una en zircunstanzias tan desfavorables. A pesar de un sin número de dificultades, cuidados i disgustos de toda espezie llegó á equipar en Gante i Dunkerque asta cuarenta i dos nabes, de las que dió el mando al marques de Roubais, que sostenido por el fuego de los fuertes i reductos protejia con ellas á los trabajadores, i les defendia de todas las empresas que podian formar contra ellos los sitiados para interrumpir el trabajo.

Es sin embargo mui probable que al príncipe se le ubiera frustrado la empresa si los estados ubieran imitado su actibidad, i echo esfuerzos proporcionados á la importancia del objeto de que se les queria pribar. Entonzes fué cuando se conozió cuan grande abia sido la pérdida que la confederazion abia echo perdiendo al príncipe de Oranje: solo su presencia ubiera contenido á ziertas personas turbulentas, i su sabiduría i grande esperiencia inutilizado sus amafios. Después de su muerte se dejaron arrastrar del espíritu de faczion que les dominaba, i sin miramiento á las consecuencias que podia tener su conducta solo atendieron á sus intereses per-

sonales. De este número era Treslong, nombrado por los estados comandante de la armada destinada á socorrer á Ambéres. Fuese traizion, fuese resentimiento particular, no se conformó con las instrucciones que se le dieran, i bajo varios pretextos difirió el ejecutar las órdenes que de los estados tenia, i acabó por protestarles que no daría la bela miéntras no se depusiese á ziertos majistrados con quienes abia tenido algunas diferencias. Con este motivo combocó el príncipe Maurizio los estados de la probinzia, quitó el mando á Treslong, le izó arrestar, i fué reemplazado por el conde de Oenloe; empero era ya pasado el tiempo en que ubiera podido obrar con utilidad, dado que los españoles tenían casi concluida la grande obra que debia azerles dueños de la nabegazion del Escalda.

Difizil fuera explicar el ašombro de los sitiados al ver el ecsito de la empresa que al principio tubieron por quimérica, se burlaron de ella, i no les era posible figurarse que llegase jamas á darles cuidado; empero cuantas mayores abian sido su seguridad i confianza quando se empezó el puente, tanta mayor fué su consternazion i terror quando le bieron acabado. Por todas partes ostáculos insuperables se oponian á su comercio: abian experimentado ya muchos de los males que causa un sitio: i su imaginazion les representaba bajo el aspecto mas terrible las calamidades que aun tenían que experimentar. Empezóse á ablar de la nezesidad de prebenirlas, i muchas personas de todos estados i condiciones se declararon por la sumision. Santa Aldegunda por su parte procuraba disuadirlos; i empleaba toda su elocuenzia i toda su industria en abibar el odio al yugo español, i darles la esperanza de ver lebantado el sitio.

«No es extraño, decía á los majistrados reunidos, que muchos de nuestros zudadanos tiemblen, i se estremezcan á vista de las calamidades i miseria que son consiguientes á los largos sitios; empero al mismo tiempo que echamos una mirada inquieta ázia estas calamidades benideras, reflexionemos sobre las que debemos temer si capitulamos. Emos sido testigos de los memorables sitios de Arlem i de Leidem. Los abitan-tes de la primera no esperaron á berse reduzidos al último extremo, i se entregaron á discrezion; empero quanto no se arrepintieron! ¿No les ubiera balido mas morir gloriosamente en la brecha con las armas en la mano, que con ignominia á manos del berdugo como murieron la mayor parte de los mas balientes de entre ellos? Los de Leidem mas firmes i resueltos persistieron en la resoluzion de morir en defensa de sus muros, antes que someterse al yugo de los crueles españoles. Tubieron estos que lebantar el sitio, i los de Leidem debieron á su constanzia i valor el fin de sus males. ¿I podemos dudar á cual de las dos tomaremos por modelo? ¿No es mejor morir que someterse á un enemigo de quien emos sufrido los mas atrozes ultrajes?»

«Si esta z Ciudad buelbe á su poder ¿podremos dudar que restablezcan la z Ciudadela i con ella la tiranía en cuyo apoyo se construyera? El querer tratar con los españoles ¿no es querer la ruina de nuestra relijion, i el restablezimiento del cruel tribunal de la inquisizion? Améres, esta z Ciudad ilustre i zébre no será entonzes mas que una colonia española: su comercio será arruinado, i sus abitan-tes reduzidos á la miseria, errantes i sin asilo se berán en manos de la desesperazion. Mas, ¿á qué ablar de rendirnos? ¿á qué deliberar si capitularemos?»

Asta ahora nada ai desesperado : ese puente, esas obras, objeto de nuestro terror ; podrán resistir á los esfuerzos que agamos para destruirlas? No nos bendamos nosotros mismos. Seamos firmes i dezididos por la muerte ó la libertad.»

Las esortaciones de santa Aldegunda i el respeto que los sitiados le tenian les determinaron á abrazar sus ideas; i aun á renobar el solemne juramento que antes izieran de nunca jamas bolber á la obediencia del rei de España. Fijóse un cartel prohibiendo á todos , bajo las penas mas severas , que entrasen en ninguna especie de combenio con los españoles; i todos contribuyeron con la mayor actibidad al buen ecsito de los medios proyectados para destruir el puente.

Azia algun tiempo que bajo la direzion del italiano Giambelli, ábil artillero, se preparaban muchos brulotes de particular construccion, probablemente por él imbentada : cada uno de ellos tenia una como mina en medio, echa con la mayor solidez , llena de pólbora , piedras , balas , i otras matezias pesadas , estrechamente unidas i atadas unas á otras para que aumentasen la fuerza de la esplosion.

Tambien trabajaban los sitiados en la construccion de un bastimento chato , de un poder i grandor extraordinario ; con el cual se proponian atacar los fuertes i reductos que los sitiadores abian lebandado en ambos lados del rio. Era mas bien una ziadadela flotante que una nave ; i el pueblo tenia conzebidas tan grandes esperanzas , que le abian puesto «EL FIN DE LA GUERRA.»

En tanto que los de la ziadad se ocupaban en estos preparatibos , los confederados apostados en Lillo á las órdenes de Oenloe , atacaban bigorosamente el fuerte de Liefkenshoek , i se

apoderaron de él lo mismo que del de san Antonio. Inmediatamente que Farnesio tubo noticia de su bajada se puso en marcha al frente de un destacamento para oponerse á la empresa; sin embargo llegó tarde: los fuertes se abian ya rendido. Arrebatado de cólera por la poca resistencia que abian echo los que en ellos mandaban, les izo cortar la cabeza en el dique del Escalda á vista del enemigo. La pérdida del fuerte de Liefkenshoek le era tanto mas sensible quanto su posesion azia dueños á los confederados de la nabegazion del Escalda por bajo de su puente, i les fazilitaba los medios de destruirle.

Entendia el príncipe que el designio de ellos era atacar el puente por aquel lado, i su empresa contra el fuerte de Liefkenshoek lo azia berisimil; empero poco tardó en desengañarse de que no abia sido aquel el objeto sino el de ayudar á los sitiados, i completar la ruina de aquella obra, que en opinion de ellos debia causar la esplosion de sus brulotes.

Aprovechándose de un biento favorable i de la marea los izieron bajar por el rio el 4 de abril. Los españoles que solo tenian un escaso conocimiento del uso á que se les destinaba i de su construccion, estaban sumamente cuidadosos. En su forma extraordinaria bien conozieron que eran brulotes; empero sentian de ellos diferentemente segun las diferentes ideas que de sus efectos se formaban. Todos acudian á berlos: era un nuevo espectáculo, i tal que las orillas del rio, los fuertes i reductos estaban cubiertos de espectadores.

De los muchos bastimentos que construyó Giambelli solo dos eran como arriba describimos: el uno contenia seis mil, el otro siete mil

i quinientas libras de pólvora : uno de estos baró antes de llegar al puente : el otro fué impelido ázia la estacada del lado de la Flandes , i al sitio en que se unia á los barcos. Muchos ofiziales , i soldados españoles tubieron balor para saltar en el á apagar la mecha que Giambelli abia puesto de manera que durase una ora , antes de comunicar el fuego á la mina. El príncipe mismo fué á la estacada ; empero sus ofiziales le persuadieron á que se retirase. Mas , apénas abia entrado en un fuerte bezino cuando se izo la esplosion con un ruido orrendo semejante al del mas espantoso trueno. Una repentina oscuridad cubrió todos los alrededores , i todos experimentaron la misma conmozion que produze un biolento temblor de tierra : asta las aguas la tubieron : elebaronse por zima de los diques i fueron terriblemente impelidas contra el fuerte de Calloo. No solo perezieron todos los españoles que saltaron al brulote , sino cuantos estaban en el puente , i una gran parte de los que coronaban las dos márgenes del rio.

En ninguna lengua ai términos que basten á esplicar el orror que debió inspirar el orrendo espectáculo que ofrezio la disipazion de la umarea : el puente , el rio , i las orillas cubiertas de muertos i eridos : no se beian mas que cuerpos mutilados , cadáveres desfigurados de mil modos orrorosos por el fuego , el umo , i los otros instrumentos de destruczion , de que el bastimento estaba lleno. El número de los muertos pasó de ochozientos ; el de los eridos i estropeados fué mui grande. Contabanse entre los primeros , ofiziales de distinzion , de los cuales el mas considerable , i que el príncipe sintió mas , fué el marques de Roubais , jeneral de la caballería : personaje de grandes calidades , baliente i actibo , tan

capaz para la guerra como para el gobierno. Fué por mucho tiempo enemigo de los españoles, pero los zelos que conzibió del príncipe de Oranje le arrastraron al partido de ellos, en que mostró tanto zelo por someter á sus zudadanos como antes por asegurar su independenzia. Empero no era la pérdida de tan balientes guerreros la única que sentia el príncipe: el puente abia sido considerablemente maltratado: seis de los barcos que llenaban el ueco que abia entre las dos estacadas estaban quemados, algunos otros fuera de su sitio; i aun otros, que presentaban la quilla á lo alto i estaban enteramente despedazados.

Si los confederados ubieran sabido aprovecharse de este suzeso, todas aquellas obras ubieran podido ser destruidas i la prediczion del príncipe de Oranje realizada. Abia dicho que la ruina de Farnesio seria zierta si con un ejézcito tan débil como el suyo emprendia el sitio de Ambéres. Por la conducta que los confederados tubieron no en solo esta ocasion sino durante todo el sitio podia echarse bien de ber que el príncipe de Oranje ya no bibia: el anziano i experimentado Mondragon lo notó muchas bezes. ¿Por qué fatalidad, i porque inadbertenzia, pregunta un istoriador, los majistrados de Ambéres, i el almirante de la armada izieron que bajasen el Escalda sus brulotes, que tantas fatigas i dinero, tanto tiempo i esfuerzos de ingenio costaran, sin aberse concertado antes con los confederados de Lillo que de ningun modo estaban preparados á ausiliar los poderosos esfuerzos de los de Ambéres para abrir la nabegazion del Escalda? Empero lo mas extraordinario es que Giambelli, que tan gran interés personal tenia en el ecsito de la empresa, en dos dias no su-

piese cual abia sido. Los de Ambéres ofrezieron una gran recompensa al que tubiese balor para bajar por el rio, i adquiriese noticias ziertas del efecto que los brulotes abian causado: muchos lo intentaron ; empero ninguno fué tan intrépido que se arriesgase á llegar asta donde era nezesario para adquirir las noticias que se deseaban. Ello fué que nada se supo asta la tercera noche que llegó á la ziedad un mensajero embiado por el conde de Oenloe.

Entre tanto dedicó el príncipe todo su cuidado á la reparazion de su puente , en que se trabajó con tanta actibidad que todos los reparos se allaron echos aun antes de que la noticia de su destruczion llegase á Ambéres. Diferentes mudanzas que izo el príncipe dieron á la obra mucha mas importanzia que la que tenia. Alejó las barcas flotantes , i dispuso los barcos que componian el puente en términos que si el enemigo azia segunda tentatiba , allasen los brulotes paso franco , no fuesen detenidos , i que llevados por la corriente de las aguas ningun daño causasen.

Lo que aun sostenia la esperanza de los sitiados era la confianza que tenian en aquella grannabeque llamaban «EL FIN DE LA GUERRA.» Era de su imbenzion aquella enorme máquina; empero santa Aldegunda i Giambelli la tenian por demasiado mazorril i pesada , i no esperaban de ella las bentajas que sus autores. A pesar de esto se la puso artillería en la parte mas baja , i fusilería en la mas alta : sirbieronse de ella para atacar un reducto de los sitiadores ; i sobre aber sido inútil quedó tan maltratada que no pudo sacarse de ella ninguna utilidad.

A instancia de Giambelli bolbieron los majistrados á recurrir a los brulotes; empero los

españoles abian adquirido ya un perfecto conocimiento de su construcion, i se balieron de varios medios que los inutilizaron: i aun tomaron algunos, de que quitaron las mechas, izieron barar otros, i algunos tambien no allando ostáculo pasaron por entre los barcos del puente sin causar ningun daño.

Discurrió Giambelli otro espediente en cuyo buen suzeso tenia la mayor confianza: este fué unir fuertemente barcos unos á otros; de modo que formasen un cuerpo de quinze bastimentos armados de estacas ferradas, guadañas, i cuchillos corbos, que cortasen las cadenas i cordajes del puente: izoles bajar por el rio acompañados de brulotes en un momento en que el viento i la marea eran á cual mas favorables para que produjesen el efecto que se esperaba. Esta nueva máquina causó mucho daño; empero no tal que no pudiese ser prontamente reparado. El príncipe abia echo abrir á propósito el paso, i sus soldados abiendo tenido balor para saltar en los brulotes i apagar las mechas, se apoderaron de ellos. Aun otras máquinas propuso Giambelli, que no se adoptaron, así por el mucho tiempo i dinero que se nezesitaban para construir las, como por la dificultad de allar marineros ni soldados que quisiesen esponerse al peligro que debia aber en serbirse de ellas.

No les quedaba á los sitiados mas que un solo medio, que debió llamar su atenzion desde el prinzipio del sitio, i ubieran economizado mucho tiempo, fatigás, cuidados i dinero. Para formarse una idea esacta i clara de lo que bamos á dezir combiene recordar que el terreno que se alla al norte del Escalda entre Ambéres i Lillo es mucho mas bajo que el resto del pais, i que sin el dique se inundaria á cada marea

dado que á pesar de él lo están muchos parajes: otros son de prado en que pazen los muchos ganados destinados al abasto de Ambéres. En medio de este basto terreno se alla el lugar de Coubestein en un otero que proporciona se junte al gran dique del Escalda otro mas pequeño llamado el contradique de Coubestein, construido para que sirbiese de camino ó calzada. En abriendo el gran dique podian los abitantes de Lillo inundar todo el terreno que mediaba entre su fuerte i el contradique, miéntras que los de Ambéres podian con la misma fazilidad azer que entrase el agua en la parte situada entre el contradique i la zitudad: abriendo en seguida el contradique, las inundaziones de cada lado se comunicarian, i la comunicazion quedara libre entre Ambéres i Lillo.

Aora conzebirá fazilmente el lector que miéntras el puente subsistiese dependeria la salud de Ambéres del contradique de Coubestein, i que si los confederados lograban apoderarse de él podrian reirse del príncipe de Parma i dejarle en pazífica posesion de su puente. Si desde el prinzipio del sitio ubieran mirado los sitiados como posible el que se les bloquease por el lado del rio, ubieran con buenas fortificaziones i el auxilio de la inundazion asegurado el contradique contra todos los esfuerzos que los españoles ubieran podido azer para ganarsele; empero miraron con tanto desprezio la construccion del puente, que no conozieron su error ni la falta que abian cometido en no aberse apoderado del contradique, ni procuradolo, sino cuando ya no era tiempo. No así el príncipe; que despues de aberle tomado izo asegurarle contra todas las tentatibas que tarde ó temprano prebeia que abian de azer los confederados para quitarsele.

La defensa encargó á dos oficiales de tanta confianza como Mansfeldt, i Mondragon; i en la instruccion que les dió prebino que ensanchasen el contradique, i le lebantasen mucho mas de lo que estaba. Aun no se contentó con esto sino que izo tambien que le reforzasen con muchos maderos que le atrabesaran: que se construyesen muchos fuertes; i tubo ademas la precauzion de lebantar muchos reductos sobre el dique del Escalda, por cuyo medio los españoles cojiesen en flanco á los que se atrebiesen á azercarse al contradique.

Todo esto no impidió á los confederados el que tomasen la resoluzion de echarles de él, luego que perdieron la esperanza de destruir el puente. El 1.º de mayo izo el conde de Oenloe la primera tentatiba, despues de inundar todo el terreno de los dos lados del dique. Abia concertado su plan de ataque con santa Aldegunda, i combenido en que inmediatamente que iziese enzender en la torre prinzipal de Ambéres tres fanales, daria la bela con todas las nabes armadas que se allaban en el puerto. El encargado de azer la señal se engañó, é izo enzender los fanales mucho antes que debiera; de modo que Oenloe se alló solo espuesto á toda la resistenzia del enemigo. Su ataque fué bibo i bigoroso: arruinó un fuerte i parte del dique. Contento con esto tubo por prudente retirarse i reserbar sus fuerzas para otro ataque en que le ayudasen los sitiados. Esta empresa desgraziada instruyó al prinzipe de los intentos del enemigo; i que eran dirigir sus esfuerzos contra el puesto del contradique. Para inutilizarlos no se contentó su actibidad i bijilanzia con que prontamente se reparasen los daños rezibidos, sino que todos los dias bisitaba por sí mismo

reductos i fuertes , reforzando sus guarniziones con soldados escojidos de las diferentes naciones que componian su ejérxito.

Por su parte los confederados de Lillo , i los abitantes de Ambéres se ocupaban sin intermission en preparar lo nezesario para tentar segundo-ataque. Santa Aldegunda era el único que desaprobaba este proyecto , persistiendo en la opinion de que era mas fázil destruir el puente que apoderarse del contradique , fortificado con tanto cuidado i conserbado con tanta bijilanzia; mas todo quanto izo por atraer á su dictámen á los demas fué inútil : el mal ecsito de sus máquinas infernales abia persuadido á los de Ambéres de que el puente era indestructible. Empero sin mudar de opinion se empleó santa Aldegunda en proporzionar los medios de que se lograra la empresa que se preferia , i á ello se dedicó con la misma actibidad i el mismo zelo que si la ubiera aprobado.

Ázia fin de mayo todo estuvo pronto en Ambéres i Lillo , i en estado de obrar , i el 26 al amanecer dió Oenloe la bela segun abia combenido con santa Aldegunda. Tenia á sus órdenes mas de zien nabes montadas por muchos soldados balientes , mandados por Justino de Nassau , Iselstein , Fremin , Morgan i Balfour , ofiziales los mas esperimentados que las probinzias-unidas tenian á su serbizio. Era el proyecto dirigir toda la fuerza del ataque contra la parte mas ancha del contradique , entre el fuerte de las palizadas i el de san Jorje , donde sus tropas tendrian bastante capacidad para atrincherarse. A fin de que fazilitasen su desembarque izo que le precediesen quatro bastimentos sumamente parezidos á los brulotes : estaban guarnezidos de mechas , i de muchos regueros de

pólbora , á los que ponian fuego soldados que no se beian. Tubo efecto el estratajema ; pues engañados los españoles por el umo que beian salir de los tenidos por brulotes , temieron el efecto de su esplosion i se retiraron prezipitadamente de la parte del dique á que los bastimentos se azercaban : i al mismo tiempo salieron de ellos los confederados en número de ochozientos. Conoziendo entonzes los españoles el engaño , bolbieron al puesto que abandonaron , i empezó un rezio combate : los confederados estaban sostenidos por la artillería de sus nabes, i los españoles por la de sus fuertes i el contradique.

En lo mas bibo de la aczion llegó santa Aldegunda de Ambéres con otra armada de tantos buques como la de Oenloe , cuyo refuerzo aseguró á los confederados el terreno de que antes se apoderaran ; i miéntras unos peleaban por conserbarle , otros azian cortaduras al contradique , i otros plantaban estacas , i las guarnezian de sacos á tierra i lana para formar una espezie de trinchera. El terreno en que se peleaba era tan estrecho que ningun tiro se perdia : por ambas partes rezibian los combatientes á cada instante nuevos refuerzos ; los confederados de sus nabes , los españoles de sus fuertes , i unos i otros despreziaban igualmente el peligro. Santa Aldegunda i Oenloe se allaban en lo mas brabo de la batalla peleando como simples soldados , i su ejemplo animaba á los suyos , i les azia furiosos. « Bed aquí , les dezia santa Aldegunda , el último ostáculo que teneis que superar : continuad como abeis empezado , i Ambéres , el baluarte de la confederazion , quedará libre : nuestra libertad , la seguridad de nuestras personas i de nuestros bienes , la conserbazion de todo

lo que nos es mas caro depende del ecsito de esta empresa: no tenemos que escojer: es prezioso benzer ó morir.»

No con menos beemenzia animaban los oficiales españoles á los suyos; ni Mondragon i Mansfeldt obraban con menos intrepidez ni valor, sin embargo de sus años, i de lo debilitados que les tenian las fatigas de tan larga guerra; empero á pesar de sus esfuerzos, los confederados conserbaron su terreno. Dos bezes rechazaron á los españoles é italianos que se empeñaron en desalojarlos; i en fin, lograron formar una espezie de trinchera, que les defendia del fuego de la artillería enemiga. Entonzes rompieron por barias partes el contradique; i santa Aldegunda i Oenloe contaban tan seguramente con la bictoria, que despues de señalar á cada oficial su puesto, dieron la bela para Ambéres, en una nabe que pasó por una de estas aberturas. Dijose que fueron con el objeto de concertar con los majistrados de la ziedad muchos medios que combendria emplear en lo sucesibo. Los istoriadores contemporáneos nada dicen azerca del motibo que pudieron tener para dejar en aquella crisis sus tropas: silencio que a dado motibo á sospechas injuriosas. Ase creido que podia atribuirseles á banidad un tan insensato prozeder; empero su conducta en todas ocasiones les justifica plenamente de esta falsa imputazion. Fuese lo que quisiese, en Ambéres se les rezibió con arrebatos de reconocimiento i alegría: el pueblo se agolpó al puerto, esperando ber llegar las probisiones de boca que creia estar ya á punto de rezibir.

Poco les duró la alegría. El prínzipe, que abia belado toda la noche anterior al ataque del contradique, se restituyó por la mañana á su

cuartel de Beberen, sin saber lo que pasaba; mas apénas se abia recojido para descansar algun tanto, cuando le despertó el ruido de la artillería. Toma inmediatamente un cuerpo escojido de tropas, i se dirige ázia el sitio de la aczion: llega, i ve con la mayor indignazion dueño al enemigo del contradique: adelántase al frente de las tropas que le abian seguido, i dize á las que se abian retirado: "camaradas ¿qué se a echo de buestra natural intrepidez? ¿no os abergonzais de zeder así á un enemigo, á quien tantas bezes abeis benzido, ni de perder en menos de una ora el fruto de todos buestros trabajos? Sígame el que quiera: yo boi á morir ó benzer, i tirando de la espada, se arroja á los enemigos. El inminente peligro á que los soldados le ben espuesto, les inflama, i una espezie de furor les anima. Buelben al combate, cargan muchas bezes á los confederados con la mayor impetuosidad; i á pesar de la bigorosa resistenzia que estos oponen, les rechazan á lo largo del contradique asta donde sus compañeros se abian atrincherado. Allí se renobó el combate con la mayor desesperazion por ambas partes; mas abiendo rezibido los confederados un refuerzo de tropas frescas de sus nabes, recobraron la bentaja, i forzaron á los españoles á que otra bez se retirasen. No por eso se desanima el prínzipe: esorta: estrecha á su jente á que buelva al combate: se restableze en efecto, i la bictoria quedó en fin por los españoles.

Ya no restaba á los confederados mas que aquella parte del contradique en que se abian atrincherado. Bien beian el prínzipe i los suyos la dificultad de atacar aquel puesto defendido por unos ombres, que desde el prinzipio de la aczion abian peleado con la mayor intrepidez;

mas esta considerazion no les detubo, sino que despreciando el inzesante fuego de la artillería de la armada i de la trinchera, abanzan denodadamente sin que el número de los que caen, entibie el ardor de los que siguen; i miéntras la última fila azia un fuego continuo de mosquete, las primeras peleaban destruyendo las trincheras i las fortificaziones que las defendian.

Al mismo tiempo i por otro lado atacaban tambien las trincheras dos batallones embiados por el conde de Mansfeldt, uno de españoles i otro de italianos, que á competencia dieron pruebas de balor, i del desprecio con que miraban el peligro: sus comandantes Capisucchi i Torralba fueron los primeros que entraron en las trincheras; i casi al mismo tiempo entraron por el otro lado las tropas que mandaba el príncipe. A pesar de esto, continuaron las de los confederados peleando con la mayor desesperazion; asta que notando que la marea empezaba á bajar, i que las naves nezesitarian alejarse á mas distanzia, miéntras el número de enemigos continuamente crezia, i caian sobre ellos tropas de refresco, que por los dos estremos del contradique se embiaban, empezaron á caer de ánimo, i procuraron salvarse en sus barcas i nabes.

Los españoles, no contentos con aberlos echado de sus puestos, los perseguian en el rio tanto, quanto la profundidad se lo permitia, no dando cuartel á ninguno de los que podian alcanzar. El contradique i el agua de ambos lados estaban cubiertos de cadáveres. Perdieron los confederados en esta jornada dos mil quinientos ombres, i los españoles zerca de mil: apoderaronse estos de mas de treinta nabes, en las que encontraron muchos cañones é injenie-

ros. Inmediatamente, despues de la bictoria, dispuso el príncipe se zerrasen las cortaduras echas en el contradique, i se reparasen las fortificaciones que mas abian padezido.

Difícil fué espresar la consternacion de los sitiados al berse casi sin esperanza de remedio. Los grandes esfuerzos que llebaban echos tenian agotados sus recursos propios, i ajeno ninguno esperaban. Berdad es que aún no abian experimentado los orrores del hambre; empero distaban poco del momento fatal en que padezerlos. Opinaban tambien que quanto mas tardasen en entrar en negociacion con el enemigo, mas difícil les seria el obtener condiziones bentajosas. Así discurrían muchos de todo estado i condizion, olvidados en aquel momento de terror, del solemne juramento que poco antes izieran de nunca jamas entrar en ninguna espezie de combenio con los españoles. Esforzabanse santa Aldegunda i los majistrados en calmar sus temores; asegurandoles que las probinzias marítimas preparaban con la mayor actibidad fuerzas considerables para embiarlas en su socorro; i diziéndoles que la reina de Inglaterra abia resuelto obrar en favor de ellos con el mayor bigor. Estos discursos produjeron el efecto que se deseaba; asta que en fin, enteramente desanimados los abitantes se reunieron tumultuados, i esijieron irresistiblemente que fuesen diputados á tratar con el príncipe de Parma. A pesar de su repugnanzia los majistrados i santa Aldegunda mismo tubieron que consentirlo, i en consecuencia que ir este i otros muchos de los prinzipales bezinos al campo de los españoles.

Rezibiólos el príncipe con el mayor agrado, i aun les conzedió mucho mas de lo que debieran esperar. Barios motibos induzian á este prin-

zipe prudente i sabio á conducirse en el caso con tanta moderazion: allabase autorizado para ello por las instrucciones de Madrid; consideraba ademas que conzediendo á Ambéres condiziones justas i equitativas allaria menos dificultades en someter las otras ziudades: beia tambien mui disminuido su ejérsito desde el prinzipio del sitio: temia que por aczidentes imprebistos podria destruirse el puente: consideraba los muchos cuidados que le abia costado el conserbarle contra los esfuerzos de los sitiados; i que no seria estraño si les reduzia á la desesperazion el que los iziesen aun mayores: que por otra parte una eszesiba seberidad podria determinarles á que á ejemplo de los de Arlem i Leidem, resistiesen á cuanto iziera para someterlos, asta que la reina de Inglaterra se declarase en su favor.

Tales consideraciones mobieron al príncipe á prozeder con tanta moderazion, i aun á desear que la capitulazion se concluyese quanto antes. Los diputados por su parte procuraban diferirlo con la esperanza de que aun podria la ziudad rezibir algun socorro; de modo que la capitulazion no se firmó asta que ya no abia en los almagazenes subsistencias para mas de tres dias. Los majistrados i los dependientes de polizía eran los únicos que sabian el estado de los almagazenes: los bezinos le ignoraban así como el príncipe: por consiguiente ningun influjo tubo la escasez en la capitulazion, que fué tan favorable á los sitiados como si se ubiesen rendido muchos meses antes. Bajo muchos respectos fué aun mas favorable que la que obtubieron Gante i Brujas. El término que se conzedió á los protestantes de estas ziudades para que dispusiesen de sus cosas no fué mas que de dos años; i á los de Ambéres cuatro. Aunque era esta mu-

cho mas rica que aquellas ; i los gastos de sitiandola incomparablemente mayores que los que tubo la rendizion de las otras ; sin embargo, no esijó el príncipe de los ambersianos mas que cuatrocientos mil florines para pagar sus tropas. A todos los prisioneros dió libertad: el perdon fué sin reserba, i la amnistía sin otra eszepcion que la de santa Aldegunda, de quien el príncipe no esijó mas que su palabra de onor de no tomar armas contra el rei de España en un año. Este tratamiento particular podia tener la aparienzia de un castigo ; pero en realidad mas bien era un omenaje que el príncipe tributaba á los talentos distinguidos de aquel baliente oficial ; era confesar el temor que inspiraban. (1)

A pesar de este omenaje público , tributado por los españoles á santa Aldegunda , se le acusó de aber entregado la ziedad sin nezesidad. Asta los estados de Olanda i Zelanda fueron tan mal informados que le prohibieron residir en sus probinzias. Empero santa Aldegunda animado por su inozenzia i preszindiendo de esta proibizion pasó á Zelanda inmediatamente que la capitulazion se firmó, i pidió que los estados presentasen sus acusadores i le formasen causa en forma : i como ningun acusador pareziese, publicó una apolojía de su conducta la mas propia para imponer silencio á los ocultos enemigos que tan cruelmente le abian ofendido. En ella demostraba del modo mas combinzente que toda su conducta léjos de merezer la mas lijera repre-

(1) Esta descripcion del sitio de Ambéres es sacada de Meteren, el mejor instruido de los istoriadores azerca de lo relatibo á Ambéres. Lo que dize de su sitio difiere enteramente de lo que trae Reidanus.

sion le azia digno de las mayores alabanzas. (1)

De este prozeder de las probinzias-unidas con un ombre tan popular i estimado como santa Aldegunda nazió el error de los que aseguraron que ellas no abian sentido tanto como querian que se creyera, el que aquella ziadad ubiese caido en poder de los españoles; i que la embidia que tenian al floreziente estado de su comercio fué la berdadera causa de que tan poco iziesen por socorrerla. Lo zierto fué que si nada izieron al prinzipio, lo impidieron las zircunstancias en que se allaban; empero no ubieran echo mas en su propia defensa que lo que al fin del sitio izieron por socorrerla. Ademas de que siendo entonzes el poder español lo único que las probinzias marítimas temian; no podian menos de considerar á Ambéres como una espezie de baluarte que les cubria i defendia asta zierto punto de aquella potencia. ¿Ni cómo podian prebeer entonzes que aquella rendizion produziria despues á su comercio tantas bentajas?

Poco tardaron sin embargo en adquirir una bien considerable en el gran número de naturales de la Flandes i el Brabante que dejando su pais se retiraron á Amsterdam i á Middelbourg. Fué tan grande esta emigracion que se nezesitó estender los muros de ambas ziadades: i era mui consiguiente que tanto quanto así contribuia á acrezentar el comercio de las probinzias-unidas otro tanto se debilitase el de las meridionales, sin que el de estas aya podido despues recobrar su antiguo esplendor: tan profunda era la llaga! Bien lo abia prebisto el prínzipe, i

(1) Bentib., part. 2, l. 3. Meteren, lib. 12. De Thou, lib. 83. Reidanus, lib. 4.

para prebenir efectos tan funestos á la prosperidad de sus nuevas adquisiciones, conzedió á los protestantes un término tan considerable en que pudiesen disponer de sus bienes i efectos. Esperaba tambien que la templanza de su gobierno contribuiria á que no abandonasen su pátria ; empero ademas de que su abersion á los españoles era ya imbenzible , i que abian bibido por muchos años en las dulzuras de la paz ; era su adesion á la reforma demasiado sinzera, para que pudiesen bibir en buena intelijenzia con los católicos ; i sobre todo les eran insoportables las restricciones puestas al ejerzizio de su culto miéntras permaneziesen en Ambéres. En tiempo del duque de Alba izo la intoleranzia de Felipe que se espatriasen muchos flamencos, que llebaron á otros paises su industria, i su comercio. La misma causa produjo el mismo efecto en favor de las probinzias marítimas , á las que enriquezió empobreziendo las que bolbieron á su dominio. Poco tiempo despues fué quando empezó á estenderse el comercio de los olandeses , i que estos se allaron mas que antes en estado de subbenir á los gastos de la guerra ; i no solo defendieron su cuerpo político á pesar de ser rezien nazido, sino que atacaron con bigor i buen ecsito á su enemigo en los paises mas remotos.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO.

PRIMERA PARTE.

Aunque las provincias-unidas se allasen en un estado de prosperidad bien diferente del que antes tenían, por el gran número de habitantes que se las pasaron de las ciudades conquistadas; empero su situación era mucho más crítica que lo había sido desde el principio de la guerra. Para ellas era el príncipe de Parma bajo muchos respectos incomparablemente más formidable que lo fué el duque de Alba, no tanto por lo superior que le era en la guerra i en la política; sino particularmente por su moderación, i más que por todo por la equidad con que trataba á los que sometía. El Brabante i la Flandes á escepcion de la Esclusa i de Ostende estaban en su poder, i la reducción de Amberes le azia dueño de una numerosa armada, que coadyubase después á las operaciones del ejército.

Conozian los estados más bien que nunca cuán imposible les era defenderse sin el auxilio

de una potencia extranjera. En el tratado que izieron con el duque de Anjou abian puesto el mayor cuidado en prebenir la union de las pro- binzias confederadas con la corona de Franzia; mas, poco despues de la muerte del príncipe de Oranje se combenzieron de que por mas bigo- rosos esfuerzos que izieran les seria imposible conserbar la preziosa independenzia de que go- zaban: que nezesitaban ó someterse al yugo de Felipe ó entregarse á otro soberano, bastante poderoso para defenderlos de él. En consecuen- zia, á fines del año 1584, despues de deliberar maduramente sobre objeto tan importante, du- daron algun tiempo si elijirian al rei de Fran- zia, ó á la reina de Inglaterra; i al fin se de- zidieron por el primero. La persuasion en que estaban de que este podría mas fázilmente socor- rerlos fué lo que les determinó á preferirle: i no poco la considerazion de que si Enrique fal- taba le suzederia el rei de Navarra, en cuyas manos tenian seguras su relijion i su libertad.

Tan ziertos estaban de que seria azeptada la oferta como que el prinzipal motibo que en otro tiempo tubo aquel soberano para no abrazar la defensa de los confederados fué la oposizion de estos á que suzediese en la soberanía á su ermano si este moria sin ijos. Aora pues, podian ra- zionalmente presumir que alagaria la ambizion de Enrique III la adquisizion de dominios tan considerables, i mas sabiendo cuan resentido es- taba de Felipe, porque socolor de amistad azia mucho tiempo que bajo mano fomentaba los al- borotos de su reino.

Estos motibos obraron tan enerjicamente en Enrique como lo abian prebisto los estados: re- zibió con el mayor agrado á sus embajadores, i les aseguró de su reconocimiento á la confianza

que los estados en él tenían ; encargándoles que les asegurasen de su amistad , i que de ella les daria cuantas pruebas le fuesen posibles ; mas que como la proposizion que le azian , añadió , era de tanta importanzia , les pedia se la iziesen por escrito para comunicarla á su consejo.

Si Enrique no consultara mas que su inclinazion , i si las zircunstanzias en que se allaba le permitieran atender solo á su interés particular i el de su corona , inmediatamente azep-tara la oferta que los estados le azian. La paz, es berdad se allaba restablezida en el interior del reino : las facziones que le dibidian parezian estinguidas : la liga misma al menos en la aparienzia , ninguna actibidad tenia ; empero existian las causas que la produjeron ; i para impedir que las facziones obrasen con la biolenzia que antes , se nezesitaba una mano mas diestra i firme que la de Enrique III. Enrique, duque de Guisa, ijo del zélebre Franzisco , era mui superior á su padre en las cualidades naturales , i no inferior en la guerra , ni en el manejo de los negocios. Deborabale como á él la ambizion , i no podia tolerar que el rei , á quien se abia echo aborrezible por su audazia i orgullo , le tubiese en inaczion. Furioso de berse escluido del gobierno , i de que todo el poder que él i sus partidarios abian ejerzido ubiese pasado á favoritos , abia resuelto forzar al rei á que se le debilbiese ó prezipitarle del trono. Ocupado enteramente de este desigñio trabajó con suma abilidad é infatigable constanzia en el logro. Esparzidos sus emisarios por todo el reino azian que zirculasen cartas anónimas : en los púlpitos se encarezia el peligro en que la religion i la iglesia estaban : deziase continuamente en ellos que el amor que el rei parecia tener á

una i otra era solo aparente , su debozion finjida , que no tenia relijion. Algunas bezes se le acusaba tambien de berdaderamente adicto á la de los protestantes ; en favor de los cuales manifestó en el último tratado una parzialidad imperdonable ; que esto por sí solo debia eszitar la indignazion de todos los ijos berdaderos de la iglesia : que desde la muerte del duque de Anjou se debia bibir con el mayor cuidado , pues que no teniendo el rei esperanza de ijos , abria de suzederle el de Nabarra , ereje relapso , i enemigo dezidido del catolizismo : que para prebenir esta desgrazia se nezesitaba obrar con el mayor bigor , único medio que el pueblo podia emplear con buen ecsito. (1)

Por estos diferentes medios abia llegado el de Guisa á formar una liga fanática de mas de la mitad del reino , con cuyo ausilio se lisonjeaba de restrinjir primero la autoridad del rei , i despues despojarle enteramente.

Para azer mas respetable la liga puso el duque por jefe de ella al cardenal de Borbon , tio del rei de Nabarra , católico zeloso , mui anziaño i de no muchos alcanzes. Era el desiguio trasladar la corona de Enrique á la cabeza de este prelado , bien fuese despues de su muerte , ó de su deposizion ; reserbarse para sí la autoridad , i reinar bajo el nombre de aquella fantasma de rei , para despues ocupar él mismo el trono.

No era el rei de España mero espectador de estos proyectos : interesabase mucho en los negocios interiores de Franzia , i azia muchos años que ponía en ellos la mayor atenzion. Ademas de que su política le abia echo tomar parte en las desabenezias de protestantes i católicos

(1) Memorias de la liga , tom. 3.

ocurridas en los diferentes estados de Europa; tenia el mayor interés en impedir que el rei de Nabarra, de quien injustamente retenia una parte de sus dominios, subiese al trono de Francia; i sabia tambien que para imposibilitar á Enrique III de socorrer á los rebeldes de los Países-Bajos, era nezesario darle en que entender en su reino, multiplicando las dificultades que en él se le ofrezian.

Estas consideraciones abian estimulado á Felipe á ausiliar la liga desde el momento que se formó. Mas, en la época de que ablamos le movia otro motivo aun mucho mas poderoso. Era su intento debilitar de tal modo las fuerzas de aquel poderoso reino, fomentando sus desabencenzias, que despues le fuese fácil apoderarse de él, ó sino lo conseguia, dejarle en estado de que no pudiese oponerse á sus designios, como que era el único en Europa que podria azerlo.

Algun tiempo antes que las probinzias-unidas ubiesen ofrezido á Enrique la soberanía, abia entrado Felipe en negociasion con el duque de Guisa i demas cabezas. Morreo i Bautista Tassi abian tenido el encargo de formar sin dilazion una alianza con ellos; i en consecuencia la izieron i concluyeron con los duques de Guisa i de Mayenne, i con el señor de Mennebille por el cardenal de Borbon; i la firmaron en Joinbille á 2 de febrero de 1585 con las condiciones siguientes:

«Que en caso de que el rei reinante muriese sin ijo baron, le suzederia el cardenal como primer prínzipe de la sangre, i que todo prínzipe ereje ó fautor de erejía seria para siempre escludo del trono.»

«Que si el cardenal de Borbon suzediese á Enrique, ratificaria inmediatamente á su acze-

sion al trono el tratado de Cateau-Cambresis.»

«Que proibiria en el reino el ejerzizio de toda religion que no fuese la romana.»

«Que bolberia á Felipe todas las plazas que los erejes le abian quitado, i le ayudaria á someter á los rebeldes de los Paisés-Bajos.»

«Que Felipe por su parte suministraria á la liga zinquenta mil escudos mensuales, i un considerable socorro de tropas, asta que la erejia fuese enteramente estirpada de Franzia.»

«Que tomaria bajo su proteccion al cardinal de Borbon, á todos los señores de la casa de Guisa, i jeneralmente á todos los que aczediesen á la santa liga.»

«En fin, que ninguna de las partes contratantes trataria con el rei de Franzia sin el consentimiento de las otras.»

Ademas de estas condiziones que fueron escritas i firmadas, se obligó Felipe á suministrar al duque de Guisa anualmente zien mil escudos para que los emplease en lo que le pareziese mas bentajoso á la liga. Tambien se estipuló que estos combenios así particulares como jenerales no se dibulgarian asta que se tubiese por combeniente.

No ignoraba Enrique las conferencias tenidas en Joinville; i de lo que antes abia pasado le fué fácil conjeturar cual podia aber sido el objeto. Poco despues llegaron los embajadores de las probinzias-unidas, i les rezibió como ya dijimos. Mendoza que residia zerca de Enrique en calidad de embajador de Felipe, no podia ignorar lo que abia pasado en Joinville, i sin embargo, se quejó altamente de la buena acogida que el rei acababa de dar á los de las probinzias, i se atrebió á dezirle que seme-

jante conducta era contraria á la buena union que reinaba entre S. M. i su amo. Respondiolo Enrique, con una firmeza que ubiera sido de desear tanto por él como por sus basallos, que ubiera tenido siempre: «yo no considero, le dijo, á los abitantes de los Países Bajos, como basallos rebeldes á su soberano, sino como ombres oprinidos por la tiranía, i que no an podido soportar por mas tiempo la opresion. La humanidad i la equidad me inclinan á que me interese en las desgrazias de una nazione bezina, sometida en otro tiempo á la Franzia: mas, aun nada e resuelto, ni aun dezidido si tomaré parte en su causa. No quiero romper la paz con nuestro amo, aunque no ignoro que él mismo la a biolado ya. Le comunicaré mis intenziones cuando lo juzgue oportuno. Mas, entre tanto quiero que se sepa que las amenazas no me intimidan: que soi dueño de azer lo que mas me agrade, i de ningun modo responsable á ningun príazipe, de los tratados de paz ó guerra que tenga por combeniente azer.»

Entre los miembros del consejo de Enrique abia muchos que le esortaban á que se aprobase de una ocasion tan favorable como la que se le presentaba de estender su poder: «la situazion presente de los negocios del reino, dezian, debe mas bien determinar que retraer á S. M. de empeñarse en una guerra exterior. Seria un medio seguro de sacudir los umores peligrosos que an causado tanto desorden en el cuerpo político de su reino. Una guerra exterior daria nueva direzion á este espíritu turbulento que ajita á sus basallos: seria el medio mas eficaz de trastornar todos los proyectos del duque de Guisa, pues que le pribaria de los socorros

que espera del rei de España, el cual se beria entonzes bastante ocupado en la defensa de sus propios dominios.»

Así discurrieron los que faborezian las pretensiones de los embajadores. «Este razonamiento es plausible, pero sin fuerza ni solidez, dezian otros consejeros, sostenidos por la reina madre: porque ¿cómo levantar en Francia las tropas nezesarias para azer la guerra con bigor contra un enemigo tan poderoso como el rei de España? El rei no puede contar con los católicos que estan ligados con aquel monarca, i que mas bien se unirian á él contra su lejítimo soberano. Por otra parte el formar un ejército de católicos que an permanezido fieles, i embiarle á los Países-Bajos seria dejar el reino sin defensa, i á discrezion del duque de Guisa. En fin, si el rei se dirige á los protestantes, será poner en mucho cuidado á todos los católicos del reino, i darles ocasion para que entren en el partido de la liga.»

No pudo Enrique resistirse á la fuerza de estas razones: biendose por dezirlo así encadenado por sus propios basallos, se negó aunque con mucha repugnancia, á admitir la lisonjera oferta que le azian los estados de las probinzias-unidas. «La desgraziada situazion en que se allan los negocios interiores de mi reino, dijo el rei á los embajadores, no me permite azeptar por aora las ofertas que os an encargado buestrros amos que me agais: yo no puedo protegerlos ni defenderlos; pero me interesaré quanto me sea posible con la reina de Inglaterra para que lo aga.» (1)

En otro tiempo aprobó Isabel la eleccion que

(1) Reidanus, lib. 4. Dábil., lib. 7. Meteren, lib. 12., pag. 376.

los estados izieron del duque de Anjou, i aun contribuyó á que se le eligiese; empero temió siempre la union de las probinzias á la Franzia, como un suzeso que ubiera elebado la potencia marítima de esta nazion sobre la suya. Por consiguiente abia bisto con embidia la oferta que los estados izieran de su soberanía á Enrique. Despues que este la reusó, otro cuidado no menos grave la ocupaba. Temia pues que los confederados reducidos á la desesperazion se bolbiesen á su antiguo soberano, cuya benganza temia cayese sobre ella inmediatamente que tal suzediera.

Mas ocupada de este temor, que lo estubo de los efectos que ubiera podido produzir la azeptazion del rei de Franzia; luego que supo la respuesta de éste embió un embajador á los estados, á fin de sostenerlos en su resoluzion, i que les asegurase que les protegeria. Esta seguridad los reanimó en efecto, i resolvieron azerla la misma oferta que al de Franzia: i en consecuencia nombraron embajadores que partieron para Inglaterra en julio de 1585.

Balieronse de las mas poderosas razones para preedisponeerla á que oyese favorablemente las proposiciones que iban encargados de azerla: i despues de manifestarla en los términos mas enérgicos el reconozimiento de los estados, le espusieron la urgente nezesidad en que la confederazion se allaba de ser eficazmente socorrida: que si prontamente no lo era tendria por prezision que zeder á los esfuerzos del rei de España, cuyos recursos eran inagotables: que aunque el poder de las probinzias-unidas no pareziese considerable, si se comparaba con el que se abia empleado para esclabizarlas no era indigno de la atenzion ni aun del aprezio de S. M.: que ade-

mas de las importantes ciudades que poseian en el Brabante, la Flandes, i la Güeldres, aun conserbaban las probinzias de Olanda, de Zelanda, de Utrecht i de Frisia, en las cuales abia muchas ciudades florezientes i bien fortificadas, bastos puertos i rios nabegables de que los basallos de S. M. sacarian grandes bentajas para su comerzio. «La armada de la confederazion, dezian, es numerosa: la Inglaterra dará la lei á todas las potenzias marítimas de la Europa si esta marina se une á la suya. Estamos mui léjos de pensar que V. M. se determine á admitir nuestras ofertas con la única mira de solo su provecho: las muchas bezes que emos experimentado los efectos de su jenerosidad nos aseguran de la confianza que debemos poner en ella. Dirijimonos á V. M. como á la soberana de un reino poderoso que en todas ocasiones nos a manifestado su compasion á nuestras calamidades. Nuestro mayor deseo en el dia es que V. M. azepte la soberanía de las probinzias-unidas, con las mismas condiziones que los soberanos naturales la an gozado; i que se digne de mirar en lo suzesibo al pueblo de los Países-Bajos como basallos fieles, que no procurarán menos que los otros de V. M. el darle pruebas en todas ocasiones de adesion á su persona, i de zelo por la gloria de su trono.»

Rezibió Isabel gustosa las proposiziones de las probinzias, i aseguró á los embajadores, que no se bolberian sin llebar á sus amos una respuesta satisfactoria; mas, que el asunto era de grandísima importancia para darles una positiva, antes de reflexionar sobre él maduramente, ni de oir el dictámen de su consejo.

Lo que con este motivo suzedió meses antes en la corte de Franzia se repitió entonzes en la

de Inglaterra, i los ministros de Isabel no estuvieron mas acordes que los de Enrique. Algunos de entre ellos estaban porque la justizia i la prudenzia esijan que Isabel desechase aquella oferta. «Contra la rebelion de los basallos, dezian, deben azer causa comun todos los soberanos: faborezerla es destruir los fundamentos de su propia autoridad. En los socorros que la reina a conzedido asta aora á los flamencos a mirado á estos como jimiendo bajo el yugo de la opresion, i no como á un pueblo libre é independiente; ni a pensado estimularlos á que dejasen de ser fieles á su rei, sino inclinar á este á que les tratase con mas moderazion i equidad. Puede la reina prozeder aora como antes lo a echo; empero reconocer la independenzia de los estados, i rezibir de sus manos una soberanía que pertenezca á otro, no solo seria una bielazion manifiesta de la justizia que mutuamente se deben los príncipes, sino que aun podrian resultar las consecuencias mas peligrosas al reposo mismo de S. M. El rei de España usaria de represalias, i para bengar el insulto buscaria con ansia la ocasion. La Irlanda i la Inglaterra misma estan llenas de católicos, que aziendo las partes de aquel le proporzionarian medios de ejecutar sus designios. Despues de fomentar la dibision entre los basallos de S. M. se le beria azer una invasion en el reino. A las armas de Felipe se unirian los rayos del baticano, i de este modo suszitaria tantos enemigos á S. M. que aria temer que se conmobiese su trono.»

Los ministros que eran de opuesto dictámen pretendian que la reina no debia perder la ocasion favorable que se la presentaba de aumentar sus dominios, i que podia aczeder á la solizitud de los estados sin temor de ser acusada de injus-

ta; dado que azia muchos años que las probinzias unidas impelidas por la nezesidad, se abian reintegrado en la soberanía, i aun la abian conferido al duque de Anjou, á quien la reina misma abia implizitamente reconocido por soberano lejítimo de los Países Bajos. « Por otra parte, dezian, ¿no a perdido el rei de España todos sus derechos á aquella misma soberanía por aber biolado todas las condiziones con que se le confiriera? No dudamos que se tendrá por muy ofendido si la reina azepta lo que las probinzias le ofrezcan; empero ¿será entonzes mas enemigo que aora? ¿No a echo todo quanto a podido por sublebar los descontentos de Irlanda? ¿No trabaja actualmente con el mismo fin en Inglaterra? ¿No se a declarado abiertamente por la reina de Escocia? Mas: ¿cuándo no se a mostrado enemigo dezidido de los ingleses? ¿Qué le a impedido asta aora declararles la guerra sino la rebelion de las probinzias, que le a ocupado todas las fuerzas de que no a nezesitado para las otras empresas que su ambizion le a sugerido? ¿Podemos dudar que desde el momento en que no las emplee en los Países Bajos, deje de bolberlas contra nosotros? Si dicta la prudenzia que se tomen precauziones contra los peligros futuros así bien que contra los presentes, debe S. M. sostener con todo su poder las probinzias-unidas, puesto que de su conserbazion dependen la paz i la tranquilidad de sus propios dominios. Si en bez de esto desecha la oferta que los estados la azen, si reusa socorrerlos, ó no los socorre sino como asta aora, no tardarán en ser oprimidos; i entonzes podrá el rei con mas fazilidad que al presente ejecutar los designios que a formado contra la Inglaterra. Si por el contrario azepta S. M. la bentajosa

oferta que se la aze : si obra bigorosamente en defensa de los que la suplican que les reciba en el número de sus basallos , combatirá con su enemigo léjos de sus dominios ; i ayudada de un aliado poderoso i determinado , podrá reuniendo su armada á la de los estados , mantener la tranquilidad de su reino. »

Conozia Isabel toda la fuerza de este razonamiento : tenia por inevitable el romper con España ; i por mejor , empezar entonzes las ostilidades que dar tiempo á que su enemigo proporcionase los medios de ejecutar sus designios contra ella ; empero al tomar esta resoluzion tomó tambien la de reusar la soberanía , ó porque temiese aumentar el peso con que ya se abia cargado , ó eszitar los zelos de sus bezinos. Así , despues de manifestar su deseo de que la soberanía permaneziese en los estados aseguró á sus embajadores que les auxiliaria con todo su poder , se informó de las fuerzas de la confederazion i concluyó un tratado , cuyos prinzipales artículos fueron : « que embiaria zinco mil infantes i mil caballos á las órdenes de un jeneral protestante que S. M. nombraria ; i los mantendria á sus espensas miéntras durase la guerra , i concluida reintegrarian el costo ; para cuya seguridad , i asta que se berificase , darian á S. M. las ziudades de Flesinga , de la Brilla , i el fuerte de Rammekens : que el comandante de sus tropas , los gobernadores de las ziudades i de las probinzias , i jeneralmente todos los soldados i oficiales prestarian juramento de fidelidad á S. M. i á los estados : que en caso de que se tubiese por combeniente emplear una armada por la causa comun , aprestarian los estados el mismo número de nabes que S. M. , i que el mando de todas le tendria un almirante inglés : que el co-

mandante en jefe inglés, i dos ministros que tambien lo serian i tendrian su residencia en los Países-Bajos, serian admitidos en la asamblea de los estados: que no se biolarian ningunos derechos ni pribilejios de las probinzias-unidas; ni se ariá nobedad en la relijion ni el gobierno; i en fin, que ninguna de las partes contratantes podria azer tratados de paz ni alianza con el rei de España sino de consentimiento de ambas.» (1)

Inmediatamente que se ratificó este tratado dió Isabel las órdenes mas prezisas para su puntual cumplimiento. El conde de Leizester, á quien distinguió siempre mas que merezia por sus talentos, i serbizios que la ubiese echo, fué nombrado jeneral de las tropas, i las condujo á Olanda al prinzipio del año 1586. Pasaban de quinientos los caballeros que le acompañaron como simples boluntarios. Carezia Leizester del bolor, i capacidad que esijia cargo tan importante, i particularmente de moderazion é integridad; empero ocultaban sus defectos otras cualidades sino sólidas, brillantes, con las que despues de engañar la penetración de la reina, se granjeó la estimacion de los pueblos de los Países-Bajos, asta azerle conzebir esperanzas, aunque quiméricas, las mas lisonjeras á su ambizion. Fué rezibido en Olanda como el restaurador del estado bazilante: prodigaronsele todas las demostraciones de onor que pudo imaginar el ilimitado afecto que ya el pueblo le tenia. No contentos con aberle rezibido, mas como soberano i conquistador á quien ubieran debido su libertad, que como basallo de un aliado que le embiaba en su ausilio, le confirieron

(1) Bentiboglio, part. 2, lib. 5. Camden, an. 1585.

los estados el título de gobernador i capitán general de las probinzias-unidas.

Esta inconsiderada conzesion de que no tardaron mucho en arrepentirse, produjo un efecto contrario al que esperaban. Abian creido agradar á Isabel, é interesarla mas, i ella se dió por ofendida del artificio, i embió á sir Tomás Eneaje, su bize-canziller, para que les manifestase quanto la abia desagradado una demostrazion, que sin duda no tenia otro objeto que el de que se creyese que la declarazion que ella abia echo esparzir en el público no era verdadera ni sinzera; i que les ratificase que aunque pareziese aberse limitado á socorrerlos, no obstante, su intenzion era ponerles enteramente bajo su protezion. Esijió pues de los estados que rebocasen la autoridad demasiado estensa conferida á Leizester; á quien mandó que se contentase únicamente con las que ella le abia conzedido. El enojo de Isabel era aparente; i así podia creerse al berla dudar i manifestar repugnanzia á mortificar la banidad i ambizion de su favorito; oir con zierta espezie de complazenzia las representaciones que los estados la azian para obtener que permitiese la estabilidad de lo que abian echo; i en fin, dar su consentimiento. Leizester fué pues instalado en su dignidad, é imbestido de los poderes mas estensos. El primer uso que de ellos izo fué ponerse en estado de contener los progresos de las armas españolas.

El príncipe de Parma por su parte, proporcionaba con la mayor actibidad los medios de continuarlos; i se lisonjeaba de que despues de reduzidas tantas ziuudades importantes le seria fácil subyugar todas las probinzias de la confederazion. Tal era su esperanza, quando supo el partido que la reina abia tomado; i le causó el

mas bibe sentimiento , como quien se beia arrancar de las manos la bictoria , al momento mismo en que mas segura la juzgaba. No obstante , como sus fuerzas aun eran mui superiores á las del enemigo se dispuso á aprovechar esta ventaja , obrando con la mayor enerjia luego que la estazion lo permitiese.

Aunque como ya dijimos abian perdido los confederados á Maestricht ; empero se abian apoderado de dos plazas importantes por su situazion en el Mosa ; Grabe en el Brabante , i Benlo en la Güeldres. Deseaba el príncipe recobrarlas ambas , antes de llebar sus armas á las probinzias del norte ; i así fué que al prinzipio de la primavera encargó al conde de Mansfeldt el bloqueo de Grabe. Mandaba en la plaza el baron de Emert , jóben , orijinario de la Güeldres , i la guarnizion se componia de ingleses. Mansfeldt desempeñó con poco trabajo su comision , echando un puente en el Mosa , i levantando fuertes i reductos en los diques , i del lado de la campaña ; cortando así toda espezie de comunicazion entre los sitiados i el pais que caia detras de ellos. Conoziendo de cuanta importancia era el impedir que los españoles se apoderasen de Grabe , que les ubiera abierto la entrada de la Güeldres i de la probinzia de Utrecht , se constituyó el conde de Leizerster en la ziadad del mismo nombre , é inmediatamente dispuso que el conde de Oenloe i el coronel Norris fuesen en socorro de los sitiados con dos mil ombres , mitad ingleses i mitad nazionales. Estos llegaron primero i se apoderaron de uno de los fuertes que los españoles abian levantado en una de las orillas del Mosa. Mas , apénas empezaban á fortificarse en el dique cuando se vieron atacados por un cuerpo de tres mil españo-

les, que embiados por el conde de Mansfeldt pasaron el puente, i cayeron sobre ellos. Demasiado débiles para mantenerse en sus puestos, se bieron obligados los olandeses á abandonar las trincheras que abian empezado, i á retirarse á lo largo del dique; empero abiéndoseles reunido Norris con los ingleses, se mantubieron firmes i el combate fué obstinado i sangriento. Los ingleses que tanto tiempo azia disfrutaban las dulzuras de la paz, i abian, por dezirlo así, perdido la costumbre de pelear, dieron no obstante en aquella ocasion pruebas de que no abian perdido el jenio de la guerra, que tantas vezes les abia distinguido en las que abian echo en el continente. Atacaron pues á los beteranos españoles con tanto ímpetu que ademas de matarles muchos zentenares, siete capitanes, i un gran número de subalternos, les izieron retrozeder i llebaron asta el puente. Embia el conde de Mansfeldt tropas de refresco, que unidas á las que iban en retirada renueban el combate, i por ambas partes se embisten con el mismo furor i encarnizamiento; asta que las separó una biolenta tempestad que sobrebino. Caia el agua con tanta abundanzia, i soplaba tan rezio el biento que á pesar de todo empeño tubieron que retirarse. Este aczidente conserbó á los españoles el puente, si bien fazilitó al conde de Oenloe los medios de socorrer á los sitiados; dado que las aguas del rio subieron repentinamente tanto que le fué fázil, rompiendo el dique próximo á Rebestein, situado del lado mismo que Grabe, inundar el terreno que media entre aquellas dos plazas, i azer pasar á los sitiados muniziones, bíberes i un refuerzo de tropas.

Mucho llamó la atenzion del príncipe este acaezimiento, é inmediatamente marchó con el

grueso de su ejérezito ázia Grabe. A pocos dias de su llegada izo lebantar dos baterías, con que arruinó parte de la muralla. Sin embargo ubiera podido la guarnizion defenderse aun mucho tiempo; i mas abiendo asegurado el gobernador Enrique, baron de Emert, al conde de Leizester, que no se rendiria sino en el último estremo; empero repentinamente cayó de ánimo i abló de capitulazion: solo dos ofiziales fueron de su dictámen; los demas le representaron en bano que se cubriria de oprobio i bergüenza. El gobernador persistió en su resoluzion, i el 7 de junio en que ni aun la brecha estaba practicable, ni el enemigo abia tomado ninguna disposizion para el ásalto, ofrezio rendir la plaza. El prínzipe azeptó la oferta, con todas las condiciones que se le propusieron; i la guarnizion salió con armas i bagajes: onor que no merezia tan bil conducta como la del baron; que en fin no tubo mucho tiempo para arrepentirse del infame partido que su cobardia le abia echo tomar, pues fué condenado á perder la cabeza con los dos ofiziales de su opinion. Aunque se tenia por justa i equitatiba esta sentenzia, todavia la suerte del desgraziado Enrique compadezió á todos sus conziudadanos. Deziase que á un niño no debió confiarse un depósito de tanta importancia; i que no abia ningun motibo para sospechar en él traizion, ni aberse dejado corromper. Él pedia que se le conserbase la vida i se le permitiese entrar en algunas empresas peligrosas para poder borrar el desonor de que se abia cubierto. Mas, el conde de Leizester, juzgando nezesario un exemplo de seberidad (1) para restablezer la disziplina, que

(1) Meteren, p. 403. Bentib., p. 2, l. 2. Strada.

azia muchos años se allaba considerablemente relajada, fué intesible, i el desbenturado Emert ajustiziado.

Rendida Grabe, pasó el príncipe con todo su ejéxito, que constaba de veinte mil infantes i tres mil caballos, á sitiarse á Benlo: única plaza que restaba á los confederados en la orilla derecha del Mosa. Su guarnizion era débil, i el zélebre Martin Schenck, que allí residia ordinariamente, abia salido de orden del conde de Leizester con un destacamento á cubrir á Güeldres. El príncipe que no lo ignoraba creyó que toda dilijenzia era poca para aprovecharse de tan favorable zircunstanzia. Era Schenck de la probinzia de Güeldres: oficial de fortuna, cuyo denuedo, valor estrordinario, actividad, i particularmente el carácter atrebido i emprendedor, an zelebrado los istoriadores contemporáneos. Al principio fué del partido de los españoles, i les izo muchos i mui importantes serbizios: ofendido despues de que el jeneral español ubiese preferido á un oficial de su nazon, se pasó al serbizio de los estados. Inmediatamente que supo que el príncipe abia sitiado á Benlo, partió al frente de un cuerpo de caballeria con ánimo de meterse en la plaza; mas abiéndola encontrado de tal modo zercada que todas las entradas estaban esactamente zerradas, atacó á los sitiadores á media noche, forzó sus líneas, penetró asta la tienda del jeneral, i llegó zerca de una puerta de la ziuudad; mas se alló detenido por una espezie de barrera puesta por los españoles para impedir las salidas que la guarnizion podia intentar. Mientras se esforzaba en destruirla, se esparzió la alarma por el campo, se tomaron las armas,

i el bizarro Schenck se bió prezisado á desistir; empero abriéndose paso por medio de las filas mas zerradas de los enemigos, i retirándose sin mas pérdida que de cuarenta á zinquenta ombres. Aun izo otras muchas tentatibas por socorrer la plaza; pero las inutilizó todas la bijilancia i la prudente prebision del príncipe. El fuego de su artillería era inzesante, i el de las baterías no dejó de serlo asta que la brecha estubo practicable. Entonzes se bió á los soldados de las diferentes nazonas que componian su ejército, disputarse el onor de ser los primeros al asalto; empero los sitiados que temian las consecuencias, pidieron capitular, i obtubieron con poca diferencia las mismas condiziones que los de Grabe. Fué nezesaria toda la autoridad del príncipe para impedir que los soldados, á quienes la capitulazion pribaba del pillaje, cometiesen las mayores biolenzias contra los abitantes. El modo distinguido con que el príncipe trató á la mujer i á la ermana de Schenck, dió bien á conocer asta que punto estimaba i aun respetaba á aquel baleroso ofizial: dispuso pues que sus propios trenes i equipajes, las condujesen á la ziudad, fuese la que quisiese, que escojieran para retirarse (1).

Inmediatamente despues de la rendizion de Benlo, pasó el príncipe á sitiar á Nuis, ziudad que pertenezia al elector de Colonia, i se allaba entonzes en poder de las probinzias-unidas.

Tres años antes del en que bamos, Gebhart de Truchses, arzobispo i elector de Colonia, dejada la relijion católica, se casó; empero sin querer renunziar ni el arzobispado, ni el electorado. Escomulgaronle sus canónigos, apoyados

(1) Bentiboglio, lib. 4, pág. 11.

por el papa i el emperador; le izieron la guerra, i ausiliados por el príncipe de Parma, le obligaron á retirarse á Olanda; despues de lo cual elijieron en su lugar á Ernesto, ijo del duque de Babiera. El conde de Meurs, uno de los partidarios de Gebhart, tomó por sorpresa para sí la ziuudad de Nuis, i obtuvo de los estados de las probinzias-unidas una guarnizion con que poder no solo defender la ziuudad contra las empresas de Ernesto, sino talar el pais i azer mucho mal á los católicos. En la imposibilidad en que Ernesto se allaba de oponerse á las continuas incursiones que los olandeses azian, fué disfrazado á berse con el príncipe para empeñarle en que le socorriese, i con efecto logró que suspendiendo sus operaciones contra los confederados, pasase con todas sus fuerzas contra Nuis.

Sabia mui bien Farnesio que el rei no miraria como contrario á sus ideas nada que pudiese interesar la relijion romana; i ademas rezelaba que si mui luego no se reprimia la audazia de aquella guarnizion se iziese mas temible, i que algunos príncipes protestantes fuesen á socorrerla. An asegurado algunos istoriadores que el único estímulo que tubo para sitiar á Nuis fué la esperanza de la gloria que adquiriria si en pocas semanas conseguia, como se lisonjeaba, apoderarse de una ziuudad que Cárlos el atrevido, duque de Borgoña, no pudo rendir en el espacio de un año con un ejézcito de sesenta mil ombres.

No fueron banas sus esperanzas: Cloet, gobernador de la ziuudad, fué grabemente erido, é imposibilitado de belar por sí en la defensa de la plaza: la guarnizion se desanimó, i apénas llebaba tres semanas de sitio cuando pidió capitular. El príncipe se apresuró á aprovechar tan

favorable ocasion de terminar prontamente su empresa, i al mismo tiempo conserbar una ziu-
dad que no abia conquistado sino para el elec-
tor. Conzedió una suspension de armas miéntras
se estendian los artículos de la capitulazion.
Mas, estándolo aziendo i la guarnizion en el
descuido que ofreze la seguridad; las tropas es-
pañolas é italianas, irritadas aún de que se les
ubiese pribado del saco de Benlo, fuera de sí de
rabia, i sin respeto á las órdenes del jeneral,
escalan la muralla, se derraman por la ziu-
dad, i matan sin distinzion de edad, condizion ni secso
á cuantos encuentran. La horrible carnizería que
izieron no aplacó su furor; sino que olvidaron
el saqueo por entregarse enteramente á la des-
truczion: ponen fuego á las casas, que eran casi
todas de madera, i ayudado del rezió aire que
azia, en pocas oras redujo la ziu-
dad á zenizas. Solo dos iglesias en que se abian refujiado algu-
nas mujeres i niños se salvaron á instancias i
ruegos del marques de Guasto, que al fin obtu-
bo de aquellos furiosos la bida de los infelizes
que en ellas abian buscado un asilo.

La muerte del padre del príncipe de Parma
acaezida por entonzes, le izo duque i soberano
de aquel estado. Inmediatamente despues de la
toma de Nuis se dirijió á Rhimberg, otra de las
ziudades del electorado de Colonia; que por su
importante situazion deseaban los estados con-
serbar.

Miéntras duraron estas operaciones del ya
duque de Parma, no abia estado ozioso el conde
de Leizerster: reunió sus tropas sin dejar en las
plazas mas que las nezesarias para su defensa, con
deseos de azer algo que sostubiese la opinion fa-
vorable en que los estados le tenian: empero
siendo sus fuerzas mui inferiores á las del ene-

migo como que no pasaban de siete mil infantes i mil caballos, juzgó no allarse en estado de una aczion jeneral; i que el único partido que le quedaba era el de atacar algunas plazas importantes aziendo una dibersion que obligase al duque á levantar el sitio de Rhimberg. Diríjese pues á Zutphen, ataca i se apodera de Doesbourg, i en seguida zerca á Zutphen i la sitia con todo su ejéztito.

Carezia la ziudad de probisiones de boca i guerra, i le ubiera sido fácil al conde tomarla si como se le dijo, ocupara desde luego un paso que conduzia á la ziudad. Bautista Tassi, gobernador de ella, abia instruido al duque de Parma del estado de la plaza; i de los designios del conde de Leizester. Con estas notizias, aunque el duque abia adelantado mucho las obras del sitio, tubo que levantarle, i pasar con todas sus fuerzas en socorro de Zutphen. Mas, temiendo que la falta de subsistenzias i muniziones la obligase á rendirse antes de su llegada, embió delante al marques de Guasto con toda su caballería i un comboi considerable, seguido inmediatamente por un gran destacamento de infantería española. Aprovechando el marques la negligenzia del conde en guardar los pasos, introdujo de noche sin dificultad una parte del comboi. Al dia siguiente queriendo introducir el resto, fué atacada su caballería por un destacamento de la inglesa: el combate fué sangriento: desde la primera carga tubo que retirarse la de Guasto; mas reunida despues buelbe á la pelea, i por ambas partes se acometen con el mismo balor, teniendo la bictoria indezisa por algun tiempo. Ayudado Guasto por muchos oficiales de gran reputazion animaba á la suya con su ejemplo i sus discursos, aziendo quanto podia

esperarse de un jeneral experimentado : no obstante, los ingleses mandados por el coronel Norris i Sir Felipe Sidnei permanezieron dueños del campo de batalla, i rechazaron al enemigo asta azerle replegar sobre la infantería española. Empero los ingleses teniendo aquel destacamento por el ejéztito entero, se retiraron sin aber perdido en toda la aczion mas que treinta ombres, quando el enemigo perdió al rededor de ziento i zinquenta. Sin embargo bien cara costó á los ingleses la bictoria por la pérdida del bizarro Sidnei. Los istoriadores de su tiempo ablaron de él como del mas acabado modelo de un ombre completo. La reina le estimaba mucho, i si mas bibiera abria obtenido de ella las mayores dignidades. Llegó el duque de Parma con el grueso del ejéztito poco despues del combate ; i el conde de Leizester que conozia su inferioridad, leuantó el sitio, se retiró ; i entró el duque en Zutphen, donde no permanezió mas tiempo que el nezesario para bisitar las fortificaciones : i dejados bíberes i muniziones, i con buen presidio las plazas que acababa de tomar, se restituyó á Brusélas.

Inmediatamente que el ejéztito español tomó cuarteles de invierno reunió el suyo Leizester, en las zercanías de Zutphen. La estazion estaba mui adelante para poner nuevo sitio, ni tampoco lo intentaba el conde, sino el apoderarse de tres fuertes que los españoles terian, i fazilitaban las incursiones en el pais de Beluwe. Logrose la empresa, i que los españoles por consiguiente se biesen privados de la prinzipal benta-ja de poseer á Zutphen. Dejó Leizester en guarda de aquellos fuertes una parte de sus tropas, i se bolbió al Aya para donde estaba convocada la asamblea de los estados jenerales.

No tenían éstos, motivos para estar contentos con el gobierno zivil del conde, ni con sus operaciones militares. Miéntas estubo ocupado en estas, se portó respecto de ellos, no como con un pueblo libre, en cuyo socorro le embiara un aliado, sino como ubiera podido azerlo respecto de una nazion subyugada. Abia manifestado tanto desprezio á las leyes fundamentales, á que sabia que los estados estaban inmutablemente adictos, como al tratado que su soberana abia ajustado con ellos. En bez de arreglar sus operaciones al dictámen de los estados i del consejo, como dictaban la prudenzia i la gratitud, solo trataba de seguir como abia prinzipiado bejando á cuantos se abian distinguido en serbizio de la pátria; al paso que protejia i colmaba de favores á una catherba de ombres artificiosos, unidos entre sí por su interés personal, de mui sospechosa fidelidad; empero que obedezian ziegamente á todos los caprichos del conde.

Aconsejado por tales sujetos quiso poner tantas trabas al comerzio que si los estados no se ubieran opuesto, tubieran funestas resultas como que en zierto modo ubieran forzado á muchos comercziantes flamencós, rezien establezidos en Olanda i Zelanda, á que abandonasen su nueva pátria i se retirasen al extranjero. Tambien izo por su consejo alteraziones en la moneda, que les enriquezieron á él i ellos, al paso que empobrezieron á las probinzias.

Izo ademas grandes innobaziones en el modo de recaudar las rentas públicas, sin estar para ello autorizado por los estados, ni aberles pedido su consentimiento. La constituzion prescribia que todas las rentas públicas se entregaran por los que las recaudasen al tesorero jeneral electo por los estados; i Leizester mandó que se le lle-

basen á un tesorero por él nombrado, el cual por la imbersion que debia de dar á los mismos caudales públicos reusó reconocer la autoridad de los estados. Se abian esijido contribuciones bastantes no solo para pagar las tropas destinadas á las guarniziones i todas las del pais, sino tambien para mantener de seis á siete mil soldados alemanes; i sin embargo los de las guarniziones estaban tan mal pagados que no costaba poco á los ofiziales el contenerlos, i evitar que se amotasen. Abianse alistado dos mil alemanes para serbir á las órdenes del conde de Meurs, quien les ofrezio que á su llegada á los Países-Bajos se les pagaria zierta suma en que estaban combenidos; empero por la negligenzia de Leizester, ó por la briboneria de los que tenían su confianza, no se les dió; i ellos se bolbieron á su tierra al tiempo que mas se les necesitaba para el buen ecsito de la campaña.

Por uno de los artículos del tratado ajustado con la reina se estipuló que cuando hacase cualquier plaza ó empleo en el gobierno de una ziuudad, de un fuerte ú de una probinzia; el comandante en jefe elegiria para el empleo ó plaza una de las tres personas que los estados le propusiesen; i Leizester en desprecio de este combenio probeyó muchos gobiernos de grande importancia, no solo en quienes los estados no le abian propuesto, sino contra los cuales le abian fuertemente representado. Un tal Rolando York, oriundo de Lóndres, abia sido poco tiempo antes combenzido de mantener intelije nzias secretas que debian azerle sospechoso: Leizester lo sabia, i sin embargo le nombró comandante de uno de los fuertes de que se apoderó en las inmediaciones de Zutphen. William Stanlei, católico inglés, que abia estado muchos años al serbizio

de España , tambien fué nombrado gobernador de Debenter , en donde contra lo dispuesto en el tratado , puso una guarnizion de dos mil ombres de infanteria i doszientos de caballería , casi todos irlandeses i católicos.

A estos ejemplares de imperio i despotismo podrian añadirse muchos otros de imprudenzia. Las tropas nazionales estaban con él disgustadas por los pocos miramientos que con ellas tenia , i porque nombraba ingleses que las mandasen. No menos injusto con el pueblo , le obligaba á que le probeyese de carros , i de gastadores para el ejézcito. Por una biolazion manifiesta del pribilejio que mas apreziaban aquellos abitantes forzaba á los demandados en justizia á que saliesen de su probinzia , i fuesen á defender su derecho á la en que residian los demandantes , i tenian mas crédito i probabilidad de salir con su demanda. (1)

Tal complicazion de prozedimientos despóticos en el gobierno de un pueblo zeloso de su libertad asta el extremo , fuese el que quisiese el moubo , debia parecer opuesto á todas las reglas de la prudenzia menos esperimentada : i azia berisimil la idea de que Leizester se abia formado la de suprimir enteramente la asamblea de los estados i apoderarse de toda la autoridad. Aun quando se ubiese ofuscado asta el extremo de inajinarse que una soberana como Isabel tuviese la condeszendenzia de faborezer sus ambiziosos designios , lo que no podia azer sin biolar la santidad de los tratados , los medios que abia escojido eran los mas inconduzentes. Su presunzion abia auyentado á todos los que tenian mas crédito en las probinzias ; i su proze-

(1) Meteren , lib. 13. Grotius , lib. 5.

der poco mesurado abia difundido los rezelos por todas partes aun antes de que ubiese proporcionado los medios convenientes para asegurar el ecsito de su temeraria empresa.

Los estados que conozian cuan nezesaria les era la proteccion de la reina , no quisieron romper abiertamente con su favorito , i le recibieron en el Aya á su buelta del ejérezito con las demostraciones del mayor respeto. En las representaciones que le izieron se esplicaron con firmeza , i le pidieron con enerjia el remedio de todo aquello de que tenian que quejarse; empero uno i otro en los términos mas comedidos. Difizil le era ó mas bien imposible justificarse ; procurolo no obstante , i aseguró á los diputados , mas , ziertamente con poca sinzeridad , que en lo suzesibo cuidaria de no darles ningun motibo de queja ; i añadió que se allaba en la nezesidad de bolber inmediatamente á Inglaterra , á causa de algunos alborotos que se abian lebantado , i reclamaban su presencia. No dejó de sorprender esta prezipitazion á los estados ; que esperaban se dedicaria inmediatamente á enmendar los yerros , i reformar los abusos de que acababan de quejarse. No obstante quedaron menos descontentos de la prezipitazion de su biaje luego que aczedió á la propuesta que le izieron de que dejase asta su buelta en el consejo de estado el ejerzicio de la autoridad de que se allaba rebestido , i de ello se formó acta auténtica en 24 de nobiembre ; empero por la conducta que inmediatamente despues tubo , fué fázil conozer que no lo izo sino por librarse de las reiteradas instancias que prebeia le izieran si se resistiera. En el mismo dia izo segunda acta por la cual , anulando la primera

se reserbaba toda espezie de autoridad sobre los gobernadores de las probinzias , de las ziudades , i de las fortalezas ; i asta despojaba al consejo de estado de la autoridad ordinaria que ejerzia. Esta aczion tan baja como ruin , acabó de pribarle del afecto i de la confianza de los estados ; i confirmó las sospechas de que aspiraba á la soberanía ; dejando á todos llenos de temor i cuidado.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO.

SEGUNDA PARTE.

Dejamos dicho que los estados se quejaron amargamente al conde de Leizerster de que ubiese confiado dos plazas tan importantes á Rolando York i William Stanlei ; los cuales á poco de aver partido aquel para Inglaterra mostraron que no sin fundamento se sospechó de su fidelidad ; dado que entraron en correspondenzia con Bautista Tassi , gobernador de Zutphen , i proporzionaron los medios de entregarle las plazas como se las entregaron en prinzipios de febrero , sin que en el consejo de estado ubiese poder para impedirlo , aunque tubo á tiempo noticia de aquellas intelijenzias. Poco gozó Rolando del fruto de su traizion: murió en la miseria olvidado i abandonado de aquellos mismos á quienes abia echo el sacrificio de su onor. Mas feliz Stanlei , se le conserbó el gobierno de Debenter , i en el ejérezito español el mismo grado que tenia en el inglés ; no solo en premio de su traizion , sino tambien porque abia persuadido á la mayor parte de las tropas

de su mando que se pasasen á los españoles , i porque constantemente abia profesado la religion católica : zircunstanzia que á los ojos de Felipe bastaba por sí sola para espíar los mas atrozes delitos. Era Stanlei de una mui respectable familia de Inglaterra , i el aber tenido parte en la conspirazion tramada por Barbington en favor de la reina de Escozia izo creer con alguna berisimilitud que el temor de ser descubierto le indujo á la perfidia que cubrió su nombre de eterno oprobio.

La notizia de estos suzesos difundió la tristeza i la consternazion en todas las probinzias confederadas , izo recordar en ellas la empresa del duque de Anjou contra Ambéres ; i el temor de que otros gobernadores siguiesen el ejemplo de York i Stanlei las puso en el mayor cuidado.

No causaba poco á los estados el ber el efecto que produzia en el pueblo este funesto acaezimiento ; empero su balor siempre el mismo , i prezindiendo del resentimiento que debian tener contra Leizester , resolbieron probeer quanto en sí fuese á la conserbazion de la república : i en una asamblea jeneral que en 6 de febrero zelebraron en el Aya establezieron , que en ausencia del conde de Leizester tubiese el príncipe Maurizio el poder de gobernador i comandante jeneral , i que los ofiziales al serbizio de la república iziesen nuevo juramento de obedezzerle i ser fieles á los estados. Este acto demostraba que toda la autoridad soberana solo en los estados residia. Publicose inmediatamente con dos declaraciones : una , que no era su intenzion quitar al conde de Leizester la autoridad que le abian conferido , sino la de restablezer á los gobernadores particulares en sus de-

rechos i poderes lejitimos : otra, que desaprobaban lo que se dezia en jeneral de las tropas inglesas por la traizion de algunas de ellas. «En todas las nazonos , dezian , ai ombres birtuosos, i biziosos i corrompidos ; i nada es mas injusto que imputar á todo un pueblo sin distinzion los sentimientos perbersos de algunos particulares.»

Mas al mismo tiempo que los estados prozedian con esta mezcla de firmeza i moderazion, desfogaron todo su resentimiento en las cartas que dirijieron á la reina i al conde. Despues de ablar de la confianza ilimitada que en este abian puesto se estendian sobre los diferentes agrabios de que tenian que quejarse.

Mucho irritaron al conde estas cartas , i procuró persuadir á la reina que eran escritas por una cabala de mal intenzionados i enemigos suyos ; i que la jeneralidad estaba mui satisfecha de su gobierno. Zierto es que en los Países-Bajos abia una faczion numerosa dirijida por el clero al que Leizester se abia atraido por un zelo afectado de la relijion reformada , i por la atenzion particular que abia dado al culto público de ella ; i esta faczion así bien que los partidarios que tambien en Lóndres tenia el conde contribuyeron á debilitar la impresion que en Isabel ubieran podido azer las representaciones de los estados, reprobando el uso que estos azian de su poder , i procurando inspirar en la reina prebenziones que no tenian el menor fundamento contra el prínzipe Maurizio , i los otros jefes de la confederazion : «el influjo de estos , dezia, es el que aze se estime en menos que antes la alianza de Inglaterra, i el que a despojado á la reina i al conde del afecto de los estados.» En la inzerdidumbre en que la ponian de una parte las quejas de estos , i de otra lo que sus enemi-

gos le imputaban tomó Isabel el partido de embiar á Olanda al lord Buckhurst , á quien estimaba mucho por su prudenzia i gran moderazion , para que se informase en los sitios mismos en que abian ocurrido los suzesos que de tan opuesto modo se la abian pintado ; i en consecuencia prozediese á estinguir con la posible brebedad el espíritu de encono i dibision que la imprudenzia del conde abia suszitado entre los confederados. Mui luego conozió el lord la falsedad de quanto los partidarios de Leizester abian procurado esparzir en detrimento del príncipe Maurizio i de los estados ; i que ningun motivo abia para dudar de la berdad de los echos que contenian las representaciones dirigidas á la reina : empero no quiso entrar en ninguna discusion azerca de los puntos que tenian los ánimos dibididos : aprobó en jeneral lo que los estados abian echo desde la partida de Leizester , les esortó al olbido de todo lo pasado , i les espuso las desagradables consecuencias que podian resultar de la falta de armonía en las críticas zircunstanzias en que se allaban.

Estas esortaziones produjeron parte del efecto á que se dirijian ; dado que ninguna repugnanzia manifestaron los estados en que el conde conserbase el gobierno. Al comunicársele á la reina la aseguraba el lord que las disposiciones de los estados eran tales cuales podia desear para que subsistiese la buena union que reinaba entre S. M. i ellos ; empero no la ocultó que reprobaba la conducta del conde , atribuyéndole las desabenenzias suszitadas. Si qualquier otro cortesano de Isabel ubiera merezido semejante reprobazion sin duda le castigára. Leizester se abia abrogado mas poder que el que se le confiriera : por su mala conducta abia con-

tribuido mucho á aumentar el poder del enemigo capital de su soberana : por su mala conducta i su arroganzia la abia casi desabenido con un aliado de quien abia tomado la defensa, i á quien la importaba mucho el permanecer unida. No obstante, tal era la debilidad de la reina para con su favorito, i tal el crédito de este con ella, que logró cayesen sobre el lord los efectos de la indignazion que á él amenazaban, pues logró que perdiese la grazia de su soberana, que se le pusiese preso, i en fin que se le tratase como si ubiera cometido las faltas que en Leizester reprobaba. (1)

Beia el duque con plazer las disensiones suscitadas en las probinzias marítimas; empero la triste situazion en que á las de su mando tenian el ambre i la peste, no le permitia sacar ventaja. Azia algun tiempo que la poblazion de las ziuudades i campiñas meridionales disminuia prodijiosamente. Muchos se abian espatriado así por causa de relijion como por sustraerse de las talas de las tropas; i de los que se abian quedado eran pocos los que tenian trigo para sembrar, ni ganados para el cultivo de las tierras. En el año anterior casi nada abian cojido; i azia muchos que las probinzias inmediatas no abian tenido tan escasa cosecha: i aunque la Olandá i la Zelanda ubieran podido proveerlas con abundanzia; empero los estados tenian prohibida toda espezie de comunicazion con la Flandes i el Brabante, i ademas apostado nabes á lo largo de las costas i á la embocadura de los rios para impedir que estas probinzias rezibiesen socorros del extranjero; con lo cual espera-

(1) Meteren, lib. 4. Bentiboglio, p. 2, lib. 4. Reidanus, lib. 6. Camden, an. 1587.

ban debilitar el ejérsito español; i forzar á las ziudades fronterizas á que belbiesen á la confederazion que abian abandonado. Mas, ni uno ni otro logró su cruel política: ninguna ziudad dejó el partido de los españoles, i el ejérsito estuvo probisto con las abundantes subsistenzias que sacó el duque así de Franzia como de Inglaterra i Alemania, aunque eszesivamente caras; i tubo particular cuidado de proporzionarlas á las ziudades mas inmediatas á las probinzias-unidas.

Las calamidades que ordinariamente acompañan al ambre atijieron particularmente á las del zentro: muchos de sus abitantes perezieron de nezesidad, i de las enfermedades contagiosas que la falta de alimentos, ó los mal sanos producen casi siempre. En Ambéres, Brusélas i otras ziudades se beian muchas personas, no del comun, reduzidas sin embargo á mendigar públicamente por las calles, despues de aber bendido para comer sus muebles i efectos. Muchos pueblos del Brabante i la Flandes quedaron yermos; i segun istoriadores contemporáneos llegó la despoblazion de algunas partes de aquellas probinzias al extremo de que los lobos i otras fieras se multiplicasen tanto que imbandiendo los partidos bezinos deborasen á muchas personas; i que al rededor de dos millas de Gante en un partido que antes era el mas poblado i mejor cultibado de los Países-Bajos, mas de zien desgraziados sirbieron de pasto á aquellos animales borazes.

Tal era entonzes el deplorable estado de las probinzias meridionales, que sin embargo tenian sobre las del norte la bentaja de ser mas ricas, i gobernadas por el duque de Parma, cuyo superior talento era jeneralmente reconozido. La

posizion de las probinzias marítimas era bien diferente: allabanse ajitadas por facziones, i gobernadas por quien no tenia moderazion, prudenzia; ni ninguna espezie de capacidad, aunque libres de las calamidades que aflijan las otras probinzias, i antes bien abundaban de todas las cosas nezesarias á la vida. En todas las ziudades se aumentaba tanto el bezindario que léjos de aber casas desalquiladas, continuamente se edificaban otras i se formaban nuevas calles: los abitantes acrezentaban sus riquezas á pesar de las enormes contribuciones, que diariamente azia mayores una guerra tan dispendiosa. Estas bentajas debian los olandeses á su comercio, que si bien azia mucho tiempo que prosperaba; empero el gran número de manufactureros i mercaderes establecidos en Olanda desde que el Brabante i la Flandes se separaron de la confederazion, abia contribuido mucho á que floreziese aun mas que antes. Las calamidades que despues aflijieron á estas dos probinzias, tambien produjeron á las otras dos de Olanda i Zelanda la bentaja de serbir de asilo á flamencos i brabantinos contra el hambre i la peste de que en sus probinzias ubieran sido víctimas. Entonzes fueron las probinzias-unidas el emporio de la mayor parte de las riquezas i de la industria que muchos siglos azia se abian fijado en los Países-Bajos, i les abian distinguido tanto del resto de la Europa. (1)

Este estado de prosperidad las ponía en el de recuperar algunas de las ziudades que abian perdido, i es mui de estrañar que en ocho meses nada iziesen; pero la dibision intestina por una parte, i por otra, la incapacidad i ne-

(1) Meteren, l. 4, p. 433. De Thou, l. 88.

glijenzia de los que tenian las riendas del gobierno , produzian allí los mismos efectos que la peste i el hambre en las otras probinzias. En ninguna podian azerse obedezzer el príncipe Maurizio , ni aun los estados , salbo en la Olanda i Zelanda : en las demas los partidarios de Leizester contestaban i se oponian á la autoridad de aquellos ; de modo que el duque de Parma , á pesar de las horribles calamidades que afligian á las probinzias de su mando , se alló antes que los confederados en estado de continuar las operaciones de la guerra.

Ostende i la Esclusa eran las únicas ziudades importantes en Flandes que le faltaban reducir. Resolvió sitiarse la última , i para disfrutar su intento dispuso que al mando de Autepeine i del marques de Guasto marchase una división ázia el territorio de Belube para que creyese el enemigo , como lo creyó , que iba á dirigir allí sus fuerzas. Los estados embiaron inmediatamente al príncipe Maurizio i al conde de Oenloe ; empero el duque rodeó repentinamente su dirección ázia la Esclusa. Allase situada á poca distancia de la costa , i se comunica con el mar por un canal capaz de las mas gruesas nabes. Este canal , que separa la Esclusa de la isla de Cad-san , aze inazesible la ziudad por norte i occidente. El terreno de oriente se alla tan cortado por pequeños canales que reziben sus aguas del grande , que imposibilitan azercarse á la plaza , á no ser por una lengua de tierra que está al sur i conduce á Dammo i á Brujas. Está la Esclusa á cinco millas al sur de Ostende , i al norte de Flesinga ; i puede rezibir socorros de la primera por tierra , i de la segunda por mar. Por lo mismo , el primer cuidado de Farnesio fué cortar á los sitiados toda comunicacion con am-

bas, i para lograrlo atacó al fuerte de Blankenberg situado en medio del camino de la Esclusa i Ostende: la guarnizion que no esperaba un ataque tan bigoroso izo una débil resistencia. De allí pasó el duque con parte de sus tropas á la isla de Cadsan, donde izo levantar un fuerte en el márgen del gran canal, á menos distancia del mar, que de la Esclusa. Por el mismo medio que con tan buen ecsito abia empleado en el sitio de Ambéres, zerró el canal con un puente de barcas fuertemente unidas entre sí, le guarnezió con mucha artillería, i gran número de soldados. Dueño de todos los canales por donde los sitiados podian rezibir socorros izo el duque sus aproches por el lado de Brujas, único accesible; pero la umedad del terreno oponia un gran obstáculo á que se abriese la trinchera, costando un trabajo improbo el adelantar la obra. Para impedirlo levantaron los sitiados un fuerte reducto del lado allá del foso. Era la guarnizion de unos mil seiscientos ombres, parte ingleses, parte olandeses, mandados por el coronel Groembelt, uno de los mas balientes ofiziales que las probiazias tenian á su serbizio. Desde el prinzipio del sitio izieron los soldados muchas salidas en que dieron pruebas de su intrepidez; pero siendo menor el daño que causaban que el que rezibian, les proibió el coronel toda salida en lo suzesibo, i aun el que pasasen del reducto. Defendieronle por algun tiempo con mucha bizzarria: rechazaron muchas bezes al enemigo que intentó ganarle; empero forzados á zeder al número tubieron en fin que abandonarle i retirarse á la ziedad.

Los sitiadores adelantaban sus trincheras con el mayor bigor; mas á proporzion que se azercaban á la plaza iban encontrando mas gredoso el

terreno. Por otra parte los sitiados con su fuego continuado les mataban muchos peones i soldados: el marques de Renti, la Motte, i otros muchos de los prinzipales ofiziales fueron gravemente eridos.

El prinzipe Maurizio i el conde de Oenloe abian entrado en el Brabante; i despues de saquear muchas pequeñas ziudades, i un gran número de lugares se dirijieron á Bois-le-Duc, con la esperanza de obligar por este medio al prinzipe de Parma á que leuantase el sitio de la Esclusa. Mas, antes que ganasen el fuerte de Enjelem situado en el camino que va á Bois-le-Duc, supieron que el conde de Leizester, á quien se esperaba con impazienza, abia llegado á Flesinga con un refuerzo de tropas. Partió inmediatamente el prinzipe á unirsele con parte de las suyas, dejando las demas á Oenloe para que continuase la empresa proyectada contra Enjelem i Bois-le-Duc.

Berificada que fué la reunion de tropas del prinzipe con las del conde, se alló que el ejéztico confederado era con poca diferenzia igual al del duque de Parma. El 29 de junio dió la bela Leizester en Flesinga, i pocas oras despues entró en el canal de la Esclusa: reconozíó el puente, los reductos i fuertes de los españoles, i tubo por imposible el forzar aquel paso: baziló algun tiempo entre intentar lo, ó retirarse, i al fin se retiró ázia Ostende con ánimo de desembarcar allí sus tropas, i conduziirlas por tierra al socorro de los sitiados; empero no mostró en esto mas valor que en aquello. Para abrirse paso asta la Esclusa nezesitaba apoderarse del fuerte de Blanckemberg, le puso sitio, prinzipió á batirle con toda su artillería; empero con la notizia de que el duque venia á él con in-

tento de darle batalla lebantó el sitio , i se retiró prezipitadamente i de noche á Ostende , i de allí á Zelanda.

Bolbióse el duque á seguir con mas actibidad el sitio ; i llegó en fin con la trinchera , á espensas de muchos trabajos , tan zerca del cuerpo de la plaza que pudo lebantar una batería con que en poco tiempo destruyó una parte considerable de la muralla ; i diera el asalto sino ubiera perzibido que los sitiados abian lebantado un contramuro cubierto con una media luna mui fuerte. Esta prebision de los sitiados izo al duque que desistiese del intento de asaltar la brecha , i que prefiriese otro medio , si mas lento menos peligroso , cual fué el de zegar los fosos , i abrirse paso á la ziadad por medio de la mina , en lo que tardó tres semanas , durante las cuales , contrarestaron los sitiados quanto pudieron todas sus operaziones.

No obstante sabian que no tenian que esperar socorro , i que el conde de Leizerster tampoco esperaba el intentar con buen ecsito el llebársele ; ni tenian pólbora para mas de diez ó doze oras. Abiéndose juntado seis dias antes Groembelt i los otros ofiziales , para deliberar azerca del partido que debian elejir , fueron de dictámen que no teniendo ninguna esperanza de ser socorridos , ningun desonor abria en rendir la plaza con ziertas condiziones ; empero al mismo tiempo resolbieron que si estas condiziones eran desechadas pondrian fuego á la ziadad i se abririan paso con las armas en la mano por medio de las trincheras de los enemigos. Pusose por escrito esta resoluzion , i jurado por todos cumplirla se embió al conde de Leizerster con los artículos de la capitulazion que abian dezido proponer al duque de Parma. Por este me-

dio trataban los sitiados de justificar su determinacion; pero el encargado de llevarla al conde cayó en manos del enemigo al momento mismo en que atravesaba el canal á nado. Leídos por el duque los papeles que conduzia juzgó prudente el tener consideracion con aquellos ombres cuyo balor le inspiraba zierta espezie de respeto; i sin acordarse del mal que de aquel balor abia rezibido, resolbió conzederles las condiciones con que abian dezidido rendirse; i cuando gastada toda la pólbora le embieron diputados ofrezéndole capitular si á la guarnizion se le conzedia salir con los onores de la guerra, ninguna dificultad opuso. De mil seiscientos á mil setezientos de que se componia al prinzipio del sitio, se allaba reduzida á setezientos cuando salió de la plaza. Tambien fué grande la pérdida del enemigo, i aunque los istoriadores contemporáneos no dizen el número de muertos ni eridos, combienen todos en que la toma de la Esclusa le costó mas que la de Nuis, Grabe i Benlo, juntas. (1)

Si algo pudo consolarle de tanta pérdida fué la toma de la ziedad de Güeldres, que durante el sitio de la Esclusa le entregó un coronel escozés, llamado Paton, á quien el conde de Leizester abia dado el gobierno de ella; i despues, descontento con su conducta le amenazó de destituirle i nombrar en su lugar á un tal Stuard. Para prebenir esta afrenta entró Paton en correspondenzia con Autpeine que se allaba

(1) Estrada fija el número de los muertos i eridos, así de los sitiados como de los sitiadores; pero la descripcion que aze del sitio de la Esclusa es tan romanzesca, que no se le puede dar ningun crédito. Meteren, l. 14, p. 439.

entonces con un cuerpo de tropas en las cercanías de Güeldres, i en seguida le entregó la plaza.

La toma de Asel, de que por sorpresa se apoderó el príncipe Maurizio, la del fuerte de Enjelem, que el conde de Oenloe obligó á rendirse, i la derrota que este dió á los españoles en un obstinado reencuentro que tubo con Autpeine en que este perdió la vida, fueron las únicas ventajas que indemnizaron á las provincias de las pérdidas que tubieron desde que se ligaron á la Inglaterra.

Despues de la inútil tentatiba del conde de Leizester para azer lebantar el sitio de la Esclusa, condujo sus tropas al Brabante, donde no le salió mejor la empresa de apoderarse de la ziadad i distrito de Oogstrate, que fué su última espedizion militar en los Países-Bajos. Inmediatamente despues de este rebes pasó á Dordrecht, á donde los estados abian embiado algunos de sus miembros á rezibirle.

Nunca estubieron mas descontentos con su conducta: azia mucho tiempo que tenian motivos para sospechar que abia formado el desig-nio de despojarles de toda su autoridad; i muy poco, que abiso ziertos les abian confirmado en sus sospechas. Una carta escrita por el conde á uno de sus secretarios que dejara en Olanda fué interzeptada: anunziabale en ella su próxima buelta á los Países-Bajos: quejabase amargamente de lo limitado del poder que como gobernador se le abia conferido: dabale instrucciones que le encargaba comunicase á los que estaban en su secreto: i siu esplicarse abiertamente daba bien á entender que si á su buelta no obtenia una autoridad mas estensa, la reso-

luzion de la reina i la suya eran abandonar enteramente las probinzias á su mala suerte.

Cuidadosos con este descubrimiento tomaron los estados las mayores precauciones para inutilizar las maquinaciones del conde. Sin embargo por no desagradar á la reina no rompieron abiertamente con él; i sin ablarle de la carta se contentaron con esortarle á desechar los consejos que podrian darle sujetos mal intenzionados, que con el objeto de medrar sembraban por todas partes disensiones i enconos. Estas esortaciones izieron que conoziese el conde que no ignoraban los estados sus designios. Mas llebando él su dissimulacion adelante, se les quejó de que faltando á su palabra restringian mucho la autoridad que le abian echo azeptar. Atribuyó las desgrazias acaezidas, parte á los estados mismos, i parte al príncipe Maurizio i al conde de Oenloe: «Dezia que los estados abian descuidado proveerle de los socorros nezesarios; i que el príncipe i el conde con diferentes pretestos abian reusado concurrir con él al buen ecsito de las empresas militares que abia formado.» Tambien sus partidarios trabajaban por su parte i azian distribuir por las probinzias diferentes escritos con estas falsas imputaciones i otras no mejor fundadas. Los estados i el príncipe publicaron una apolojia de su conducta; i por lo que nos resta de este debate, es imposible caracterizar lo que Leizester suponía, sino como la bil tentatiba de un débil, simulado, artero que denigrando á otros, espera ocultar su propia infamia i las imprudenzias de que su conziencia le acusaba. Tal fué el juicio que en aquel tiempo izieron los imparziales i la mayor parte de los abitantes de los Países-Bajos. Sin embargo tenia el conde en

ellos un gran partido, que tomaba su defensa i le ayudaba en sus designios. El clero le era entonces mas adicto que nunca, i no perdonaba á trabajo ni cuidado para induzir al pueblo á que le favoreziese; asta combocó un sínodo, de cuyos indiviudos se diputaron cuatro para que presentasen una esposizion á los estados, en que les esortaba á que atendiesen á los verdaderos intereses de la pátria i á los progresos de la relijion, aconsejándoles se abstubiesen de todo lo que pudiera alterar la concordia que reinaba entre ellos, la reina, i el conde.

Rezibieron los estados la esposizion como merezia el pretendido zelo de los que la embiaban; i en su respuesta dijeron: «No emos descuidado los importantes objetos que el clero recomienda á nuestra atenzion; ni cabe mas esactitud que la con que emos cumplido siempre los diferentes empeños que emos contraido con la reina de Inglaterra i el conde de Leizester. Tambien nosotros por nuestra parte esortamos á los ministros de la relijion, á que cuiden de no admitir entre ellos á quienes á pretesto de zelo relijioso calumnian i ultrajan groseramente á los majistrados zibiles; como izieron los que afectando un ardiente zelo por la relijion causaron su ruina en las probinzias meridionales; i seria de temer que la suzediese lo mismo en las probinzias unidas, si prontamente no se daba fin á las intelijenzias i maquinaziones de los mal intencionados. La suerte de sus ermanos del Brabante i la Flandes puede serbir de leczion á los miembros del sínodo; los cuales nunca deben apartar de la bista que la única interbenzion que pueden tener en los asuntos públicos es la de orar por aquellos á quienes están confiados.»

Estos consejos, ni los otros medios de que los estados se balieron para ilustrar á sus conziudadanos azerca del peligro á que por su esze-siba confianza se esponian, produjeron efecto por algun tiempo. Leizester seguia en sus maquina-ziones, é iba de ziudad en ziudad, sin omitir medios ni artificios para aumentar su parziali-dad. En la Frisia, en la Nord-Oland, i asta en Dordrecht i Leiden se bieron muchas personas azer sus partes, asta manifestar el mas bibo de-seo de berle autorizado para oponerse á las re-soluciones que ubieran podido tomar los estados, á pesar de las pruebas que tenian de su carác-ter despótico, imprudente é inconsiderado. En Leiden se llegó al estremo de formarse una conspirazion para entregarle aquella importante ziudad; empero descubiertos los autores, se les formó causa, se les condenó á muerte i fueron ajustiziados. La bijilanzia i actibidad de los esta-dos, del príncipe Maurizio i de Guillermo de Nassau, gobernador de la Frisia, impidieron tam-bien que en las demas ziudades se berificasen los designios de Leizester; el cual desengañado en fin de que su empresa era superior á sus fuerzas, i por otra parte fatigado de su situazion, tomó en diziembre el partido de bolberse á Inglaterra. Poco despues de su llegada, ya porque la reina se ubiese combenzido de sus injustizias i de su incapacidad, ya porque no quisiera que se bol-biese á separar de su lado, le esijió que dimi-tiese el gobierno de las probinzias-unidas como lo izo en 27 del mismo mes.

Empero se nezesitó mucho tiempo, trabajo, i cuidado para apagar el fuego que dejó enzen-dido. Las guarniziones de algunas ziudades in-zitadas por sus emisarios, i acaso induzidas por

El mismo, reusaron reconocer la autoridad de los estados, i fué nezesario emplear asta la fuerza contra la de Medemblick. Por último tubieron que recurrir á Isabel para que las otras guarniciones les reconoziesen; i grazias á los buenos ofizios de aquella prudente reina, se restablezió la paz interior en todas las probinzias (1).

(1) Meteren, p. 455.



I S T O R I A
DEL REINADO DE FELIPE II,
REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO PRIMO.

PRIMERA PARTE.

Deseaba Isabel que se acabasen las disensiones que reinaban en las probinzias-unidas, como que temia no tardar mucho en nezesitar los ausilios de ellas para defender su reino. En toda la Europa resonaban los formidables preparativos que azia el rei de España con la mira de alguna empresa importante. Azia muchos meses que daba su cuidado á la construccion de nabes de estraordinaria magnitud, i á almacenar lo nezesario para equiparlas. El duque de Parma por su parte azia en Alemania, Italia i los Paisés-Bajos levas tan considerables, que se esperaba abriese la campaña la primavera siguiente al frente de un ejérito mucho mas numeroso que cuantos asta entonzes abia tenido.

Desde el prinzipio de su reinado abia empleado Felipe la mayor parte de sus fuerzas de mar i tierra contra los turcos i las potenzias berberiscas, en someter los moros, i conquistar el Portugal; i nunca abia podido reunir las contra los

rebeldes de los Países-Bajos. Los socorros que les abia dado la reina de Inglaterra le tenian en gran manera desabrido, así como las empresas de los ingleses en América, que con su armada mandada por Drake saquearon i talaron muchas de sus colonias en 1585; en cuyo tiempo por tener ocupadas sus fuerzas en otras partes abia tenido que disimular, empero sin perder nunca la esperanza de bengar-se. Creia que su onor i su interés esijian que se dedicara mui seriamente á proporcionar todos los medios que pudiesen contribuir á que la benganza fuera sonada; i como él se lisonjaba de que muchas menos fuerzas de las que pensaba emplear, bastarian para someter á los rebeldes, tenian sus preparatibos por prinzipal objeto un desembarco en Inglaterra, cuya conquista meditaba. Dudó algun tiempo, si empezaria por sujetar á los subleados de los Países-Bajos, ó por la conquista de Inglaterra, i esta indezision le azia reunir frecuentemente su consejo. Idiaquez, uno de sus prinzipales ministros, le aconsejó que renunziase al designio de imbadir la Inglaterra.

« La situazion de aquel reino, le dijo aquel ábil i prudente político, rodeado por todas partes del borrascoso ozéano en que la Inglaterra tiene pocos puertos: las fuerzas que le defienden: el jenio del pueblo; asta el espíritu de su gobierno, todo me induze á tener por casi imposible la conquista. La marina sola de los ingleses iguala á la de todas las demas nazioni juntas, i ademas la reforzarán las nabes de las probinzias lebantadas. La armada española por mas considerable que sea, abrá de ser siempre mui inferior á la que tenga que combatir. Aun cuando se suponga que las tropas del rei sobre-

pujen los obstáculos que al desembarque se opongan, ¿quién se lisonjeará raziionalmente de que podrán someter una naziion tan numerosa, ni aun conserbar por mucho tiempo la parte del reino que conquisten? Si para las conquistas mas ordinarias se nezesita en los abitantes zierta dispozizion favorable al conquistador; si echa la conquista se nezesita para conserbarla tener en pie un poderoso ejéřzito, debe el rei renunziar al designio de dominar la Inglaterra. ¿Puede esperar ni el mas mínimo favor de aquel pueblo, que desde el prinzipio de su reinado le a dado bien á entender cuan odiosa le es toda especie de yugo extranjero? El rei no ignora lo difizil que será la manutenzion de un grande ejéřzito en aquel pais. Debe tener tambien presente que ademas de este ejéřzito se berá nezesariamente obligado á mantener otros así para la conserbazion de sus estados ereditarios como de los ya conquistados. Y si suzediera que la Inglaterra fuese tan funesta para España como lo a sido la Flandes; cuán temibles no debian ser las consecuencias de esta empresa? Mas, si el buen ecsito de ella puede tener consecuencias que den cuidado; ¿cuánto mas temibles deben ser las que tenga el malo? Entonzes no teniendo Isabel nada que temer en su pais podria sostener con todo su poder las probinzias rebeldes de los Países-Bajos: uniria sus fuerzas marítimas á las de ellas i causarian muchos daños á las posesiones de S. M. así en Europa como en América. Soi pues de dictámen de que se abandone ó al menos se suspenda la empresa proyectada contra Inglaterra, i que todas las fuerzas de mar i tierra de España se empleen en la reduccion de los Países-Bajos que no podrán resistir.

se á ellas por mucho tiempo ; i sometidos que sean, podrá el rei emprender con buen ecsito el bengarse de la reina de Inglaterra.»

Conforme á este , fué el dictámen del duque de Parma á quien tambien consultó el rei ; i aun añadió , que no se debia esperar un resultado feliz de la espedizion contra Inglaterra miéntras no se sometiesen algunos de los puertos mas considerables de la Olanda i la Zelanda que sirbiesen de retirada á la armada española.

No era el rei atrevido ni temerario : sin embargo desechó este dictámen , i persistió en la resoluzion de atacar á los ingleses en su tierra. El feliz suceso de sus armas en Portugal i la facilidad con que conquistó aquel reino le abian zegado. Pareziale imposible que Isabel resistiese al poderoso armamento que se proponia emplear contra ella ; i creia que subyugado aquel reino los sublebados de los Países-Bajos se berian pronto en la nezesidad de someterse , allándose privados del único socorro extranjero que asta entonzes les abia puesto en estado de resistirle. No imaginaba que aquella conquista pudiera costarle ni tanto tiempo ni tanto trabajo como la reduccion de las probinzias rebeldes. « La Inglaterra , se dezia á sí mismo , es un pais por todas partes abierto : los ingleses demasiado confiados en su situazion local an descuidado el asegurar la defensa de su isla , fortificando sus ciudades , i lebantando en las costas , fuertes que retardasen la marcha del enemigo. Una batalla en mar i otra en tierra , dezidirán de su suerte.» i en esta persuasion le confirmaba la incomparable superioridad de su armada sobre la que Isabel podia oponerle , i la opinion de que un ejéztito como el de la reina compuesto de ombres poco acostumbrados á pelear , i mal

disziplinados no podrian azer frente á sus be-
teranos conduzidos por los mas ábiles jenerales
i mas balientes ofiziales del mundo entero.

Si consideraba el estado actual de la Euro-
pa, beia que las otras potenzias que podrian
mirar con ojos zelosos su empresa no querrian
ni podrian oponerse á ella. Los soberanos del
norte estaban todos ocupados en el gobierno
interior de sus estados: el emperador era su
amigo i aliado: el rei de Franzia, el mas in-
teresado en oponerse á su designio, bazilaba en
su trono, conmovido por las turbulenzias de
sus basallos rebeldes.

Empero en nada contribuyó mas á confir-
marle en su proyecto que la aprobazion de Sis-
to V. Este pontífize estimaba mucho á Isabel,
admiraba sus cualidades, empero la considera-
ba como el enemigo mas formidable que en nin-
gun tiempo ubiese tenido su iglesia entre las
testas coronadas; no porque se la pudiese ta-
char de aber tratado á sus basallos católicos con
la crueldad que Felipe á los suyos protestan-
tes en los Países Bajos; empero abia contribui-
do con todo su poder á aniquilar el catolizis-
mo en todos los países de Europa, gobernados
por príncipes sobre los cuales tenia algun as-
zendiente. Por otra parte azia mas de treinta
años que abia sido el único apoyo de los protes-
tantes así en Alemania como en Franzia i los
Países-Bajos. Por su dilijenzia abia sido el cul-
to católico abolido así en Escocia como en sus
propios estados; i no contenta con aber pribado
á la desgraziada Maria Stuardo de la li-
bertad, izola morir en un cadalso en birtud
de un pretendido juicio jurídico, que en berdad
abia ella misma dictado, i por el cual fué con-
denada como culpable de alta traizion. Este

prozeder desaprobado por protestantes i católicos, abia irritado mucho al pontífize; empero acaso era menos el interés de la relijion que el suyo propio el que le movia. Abia sido la Inglaterra el mas ermoso floron de la triple corona, i se lisonjeaba de que el buen ecsito de la empresa de Felipe restituiria á la santa sede la obediencia de los ingleses; por lo que no solo le esortó á perseberar en su designio, sino que le dió las mayores seguridades de ayudarle con todo su poder. Déjase conozer quanto lisonjearia la banidad de Felipe el tener tal aliado, cuando el deseo de pasar por el defensor de la iglesia romana era, despues del de aumentar sus dominios, i multiplicar los zetros, el mas biolento que abrigaba su pecho.

Dedicado enteramente á probeer lo nezessario para azelerar la ejecuzion de su proyecto, nada omiia para asegurar el buen resultado: i para sorprender á Isabel, i que el destino del armamento permaneziese ignorado, se balió de quantos medios pudo: dezia «que parte destinaba contra los olandeses, i parte á la defensa de las colonias de América.»

Era Isabel demasiado sagaz para dejarse enganar de los artificios de un príncipe cuya doblez conozia tan bien. Con intento de oponerse á aquellos grandes preparatibos, embió al principio de la prinavera una escuadra á cruzar en las costas de España, al mando de Franzisco Drake, el cual dispersó las naves que el rei embió á combatirle; tomó ó quemó casi ziento cargadas de muniziones i bíberes destinados á la armada; puso fuego en el puerto mismo de Cádiz á dos grandes galeones ricamente cargados; i dando despues la bela ázia las Azores, se apoderó de una carraca que venia de las Indias

orientales , i se bolbió á Inglaterra cargado de riquezas. Esta feliz espedizion produjo el efecto que Isabel se propuso : imposibilitó que Felipe ejecutase su empresa , i le obligó á diferirla asta el año siguiente.

A pesar de estas ostilidades disimulaba Felipe su resentimiento , i afectó tener muchos deseos de terminar por una negociazion las diferencias que tenia con la Inglaterra ; i aun encargó al duque de Parma que lo propusiese á la reina. Ninguna aparienzia abia de que esta se dejase engañar por aquel nuebo artitizio ; empero disimulando á su vez parezió caer en el lazo , finjió creer que el destino de la armada era el que Felipe dezia , se mostró mui dispuesta á entrar en negociazion , i aun azeptó la mediacion del rei de Dinamarca ; i para dar á su prozeder mayor aparienzia de sinzeridad encargó á su embiado zerca de los estados de las probinzias unidas que les representase cuan necesario les era poner fin á la guerra , i les estrechase eficazmente á embiar tambien sus diputados á Bourbourg donde debia abrirse el congreso.

Esta proposizion dió mucho cuidado á los estados : creyeron que para desbiar la tempestad que á la reina amenazaba queria sacrificar la confederazion á su seguridad ; i llegaron asta sospechar que intentaba entregar al rei las plazas que los estados la abian dado en tercera. Para calmar Isabel estos temores les izo asegurar que su intenzion no era abandonarlos, ni consentir ninguna proposizion que España la iziese contraria á los intereses de ellos.

Sin embargo , no la fué posible persuadirles á que embiasen diputados á Bourbourg ; « nosotros conozemos , le dezian , toda la fuerza de

las razones del embiado de V. M. para determinarlos á que pensemos seriamente en la paz: sentimos que el espíritu de discordia se aya introduzido en algunas ziuudades de la confederazion. Las fuerzas de mar i tierra que el rei prepara llaman mucho nuestro cuidado; empero nuestra situazion aunque crítica i mala bajo ziertos respectos no es sin embargo desesperada: estamos en posesion de mas de sesenta ziuudades ó fortalezas, i todas en estado de azer una bigorosa resistenzia. En los dos años que nos a gobernado el conde de Leizerster, añadian, an produzido las contribuciones ocho millones de florines; i bajo un sabio gobierno podriamos continuar no solo subbiniendo á los mismos gastos sino aun á otros mayores. Empero aun quando nuestro estado fuese realmente tan deplorable como muchos se empeñan en que se crea, aun no seria para nosotros un motibo razonable para tratar con el rei de España, enteramente dezidido á nunca conzedernos las únicas condiziones que nuestras conziencias i seguridad nos permitirian azeptar. La esperienzia nos a enseñado las perniziosas consecuencias que resultarian de que embiasemos diputados al congreso. El resultado seria azer que dudasen barias personas de la estabilidad del actual gobierno; de cuya duda podria seguirse que unos mudasen de relijion i otros abandonasen el pais. Aria tambien que los católicos así bien que los protestantes se animasen á resistirse al pago de las contribuciones que les correspondiesen: los primeros deseando azelerar por este medio la paz; los segundos retirarse al extranjero. Entonzes se allarian el ejéztito i la armada mal pagados, i reusarian obedezzer; i los comandantes de las ziuudades i nabes tratarian

de su propia seguridad, tendrian intelijenzias con el enemigo; la traizion, las sediziones i la confusion lo trastornarian todo, i no serian poderosos los estados ni la reina para impedir que el pueblo azeptase las condiciones de paz que el rei quisiese imponer.»

Conozió Isabel los justos motivos porque los estados no embiaban sus diputados al congreso; mas en quanto á ella no barió la resoluzion de embiar los suyos. Abrieronse las conferencias i se izieron muchas proposiciones, aunque ninguna sinzera, por los ministros del rei, i sin esperanza de acomodo por los de la reina, aunque aquellos aseguraron que nunca abia tenido su amo intenzion de imbadir la Inglaterra. Cuando se reflexiona azerca de la durazion del congreso, que no se disolvió asta que la armada de Felipe entró en la Mancha, parece probable que Isabel dió algun crédito á las protestas que éste la azia.

Sin embargo, tales artificios no impidieron que la reina dedicase sus conatos á poner su reino en estado de defensa. Abianse levantado ochenta mil ombres de que se compusieron diferentes cuerpos: uno de beinte mil se distribuyó á lo largo de las costas meridionales: otro de beinte i dos mil infantes i mil caballos acampó en Tilburi en el condado de Esses, al mando del conde de Leizester con destino á cubrir la capital: el ejérxito prinzipal compuesto de unos treinta i siete mil ombres, á las órdenes del Lord Unsdowen tenia por objeto la guarda de la persona de la reina, i debia acudir á do quiera que el enemigo pareziese inclinarse á desembarcar. En estas circunstancias creyó Isabel que no debía atenerse á sí ni á los individuos de su consejo, i nombró al Lord Grái

de Wilton, sir Franzisco Knolles, sir John Norris, sir Richard Bingham, i sir Rojer Williams, ofiziales todos de un gran mérito, para que propusiesen lo que entendieran debia azerse. Por su dictámen se fortificaron los puertos mas espuestos: reuniose la milizia nazonal para ejerzitarla en el manejo del arma i las ebo-luciones militares; i en fin se resolvió que sino se podia impedir el desembarco se debastase todo el pais de al rededor, i que se ebitase llegar á una aczion jeneral antes que se reuniesen los diferentes cuerpos del ejérxito.

Al mismo tiempo que Isabel tomaba estas disposiciones por tierra, azia que se equipase con una dilijenzia increible su armada, que al principio no constaba mas que de treinta nabíos, de los cuales algunos no eran ni con mucho del grandor de los del enemigo; empero compensabase esta desbentaja con la habilidad i balor de los marineros: el número de las nabes se aumentó mui pronto. El sabio gobierno de Isabel abiale granjeado la estimazion de sus basallos: todos á portia se esmeraban en darle pruebas de su zelo por la actibidad con que trabajaban en defensa de la pátria i de la soberana. Todo odio, todo rencor contra su persona i gobierno abian desaparecido: el orror que católicos i protestantes tenian á la tiranía española era superior á cualquier otro sentimiento. Para azer á los españoles aun mas odiosos, i aumentar si era posible la abersion que solo su nombre inspiraba, se esparzieron en el público relaciones de orribles barbaridades que abian cometido tanto en América como en los Países-Bajos. En las descripciones que de las crueldades de la inquisizion se izieron zircular en el pueblo, se emplearon los términos mas fuertes i enérjicos: pinta-

base aquel tribunal de sangre con los mas negros colores : agregabase á la pintura la lista, la descripcion , i aun la representacion de los instrumentos de tortura de que se dezia usaba para atormentar á las miserables víctimas de su odio ; i se añadia que de ellos abia un gran acopio en la armada española. En fin , artificios i razones , de todo se izo uso para poner el pueblo en disposicion de derramar asta la última gota de sangre por la relijion , la reina i el estado. El efecto fué el que se esperaba, no solo en los protestantes sino en los católicos , quienes aunque el papa ubiese publicado una bula de escomunion contra Isabel , querian abentajarse á los protestantes en fidelidad á su soberana, i zelo por la defensa del estado. El mismo sentimiento i el mismo ardor animaba indistintamente á todos los basallos. Bieronse católicos solizitar que se les permitiese serbir de simples boluntarios, miéntras otros uniéndose á los protestantes trabajaban en el armamento de las naves. Cada ciudad marítima aprestó una, i algunas , muchas que construyeron , equiparon i armaron. La ciudad de Lóndres se distinguió en favor de la causa comun : en lugar de quinze que se la pidieron dió boluntariamente el doble. La nobleza , i los que sin ser nobles bibian noblemente arrendaron cuarenta ó zinquenta , i las equiparon i armaron á sus espensas. Berdad es que todas estas naves eran pequeñas i débiles comparadas con las de la armada española ; i que aun abia otras mui poderosas razones para temer el ecsito de la guerra.

A Isabel era á quien prinzipalmente aquejaba este cuidado : treinta años abia bibido ocupada en ebitar la situacion en que entonzes se allaba ; empero como sabia ocultar lo que en su

interior padezia, no dejó trasluzir temor ni tristeza. Su continente era firme i tranquilo, manifestando en todas sus disposiciones un valor que eszitaba la admirazion i el aplauso de todos sus basallos.

No eran los estados de las probinzias-unidas espectadores indiferentes de la tempestad que se azercaba; ni se tenian por menos interesados que los ingleses en tomar precauciones para librarse de ella; i así obraban como si Felipe ubiera de caer sobre ellas con todo el poder de sus armas. Tranquilizabales, no obstante, la corpulenzia de las nabes que este abia de emplear, i eran inútiles para el ataque de las costas, de la Olanda, i de la Zelanda. En este conzepto, dirijieron toda su atenzion á proporcionar á los ingleses los socorros que abrian de necesitar, i pusieron en estado su armada compuesta de mas de ochenta nabes. A petizion de Isabel embiaron treinta á cruzar en el canal entre Calais i Douvres; mas luego que supieron que la intenzion del duque de Parma era trasportar su ejérxito á Inglaterra mandaron á Justino de Nassau, almirante de la Zelanda, que con otras treinta se uniese al lord Seimour, uno de los almirantes ingleses, i fuese á bloquear los puertos de la Flandes, en los que el duque se proponia embarcar su ejérxito.

El grueso de la armada inglesa se abia reunido en Plimouth, á las órdenes del lord Oward de Effingham, nombrado grande almirante por su valor i capacidad bien acreditados: sir Francisco Drake, Awkin, i Frobisher serbian de bize-almirantes: eran sin duda los mejores marineros de Europa.

A prinzipios de marzo de 1588 se allaron enteramente concluidos los grandes preparati-

bos de Felipe, que desde que empezaron admiraban i tenian en duda á la Europa entera. La armada, á que no dudaron llamar LA IMBENZIBLE por la seguridad que en el ecsito tenian, se componia de ziento zinquenta nabíos, la mayor parte incomparablemente superiores en fuerza i tamaño á cuantos asta entonzes se abian construido. Montabanlos beinte i ocho mil soldados i ocho mil marineros, sin contar dos mil voluntarios de las primeras familias de España. Guarnezianla dos mil seiszientos zinquenta cañones; tenia bíberes para seis meses, i tanta provision de muniziones, que solo un rei de España, dueño de la mayor parte de las riquezas de la India i de la América ubiera podido sufragar los gastos nezesarios para acopiarlas.

Tambien estaban acabados los preparatibos del duque de Parma. Ademas de un ejéztito de treinta mil infantes i cuatro mil caballos que tenia reunidos en las inmediaciones de Nieuport i Dunkerque, abia logrado á fuerza de actibidad, trabajos i fatigas proporzionar un gran número de barcos chatos propios para el transporte de la infantería i de la caballería; i para que los montasen, trajo los marineros nezesarios de los puertos del mar Báltico. La mayor parte de estos barcos se abian construido en Ambéres; i rezelando que de llevarlos por mar á Nieuport podrian los confederados cojerlos en la trabesía, izoles conduzir á lo largo del Escalda asta Gante, i de Gante asta Brujas por el canal que comunica con ambas ziudades. Para pasarlos de Brujas á Nieuport se abian empleado muchos miles de trabajadores. Allabase enteramente concluido este canal cuando se tubo noticia de la partida de la armada. Esperaba el duque su llegada con tanta mayor impazienza

cuanto creia que á su bista, las nabes inglesas i olandesas que cruzaban en las costas se retirarian á sus puertos.

La armada española estuvo pronta desde prinzipios de mayo, i ubiera dado la bela de la rada de Lisboa donde se abia reunido, si al momento de azerlo no ubiera asaltado á su almirante el marques de santa Cruz una calentura aguda que en pocos dias le llebó al sepulcro. Continuando la misma fatalidad, tubo la propia suerte, i al mismo tiempo, el bize-almirante duque de Paliano. Esta doble pérdida sintió mucho el rei. Era tenido el marques de santa Cruz por el mas ábil marino de su tiempo, así por su mucha esperienzia como por su gran prudenzia i valor. Por la eleccion de su suzesor se puede juzgar de la perplejidad en que se alló el rei cuando trató de nombrarle. El duque de Medinasidonia que le reemplazó, era uno de los prozeres de la nazon; empero sin conozimiento del modo de pelear en el mar, ni del arte de la nabegazion; i sin duda para que supliese su poco talento le dió el rei por bize-almirante á Recaldo, que tenia la reputazion de mui ábil marino. En estas disposiziones se perdió mucho tiempo; de modo que la armada no pudo dar la bela asta el 29 de mayo: debia tocar en la Coruña para tomar un refuerzo de tropas i muniziones. Pero desde el dia siguiente de su partida la asaltó un furioso temporal que la dispersó, maltratando algunas nabes. Sin embargo, todas menos quatro aportaron felizmente, i fueron reparadas con tanta mas zeleridad quanto mas menudeaban los correos que el rei embiaba para que se apresurase la partida: no obstante se pasaron muchas semanas antes que la armada se allase en estado de seguir su rumbo.

Cuando llegó á Inglaterra la noticia de este suceso se creyó que el proyecto de imbasion no podria berificarse en aquel año ; é Isabel se lo persuadió fázilmente como que se la aseguraba que abia padezido tanto la armada en la borrasca que la era absolutamente imposible obrar. En esta persuasion izo que el secretario Waltingham diese órden al almirante para que desarmase cuatro de los mayores nabíos i los embiase á los puertos. El almirante menos crédulo, pidió que se le permitiese conserbarlos, aunque fuese á sus espensas, asta que se tubiesen noticias mas ziertas de la armada española; i para adquirirlas, él mismo se izo á la bela ; i aprovechando un biento norte se dirijió ázia la Coruña , con el designio de acabar de destruirla si la allaba en el estado que se la suponía. Mas, llegado que ubo á las costas de España, é instruido de la berdadera posizion de los españoles , abiéndose mudado el biento al sur , temió que se iziesen á la bela , i desembarcasen en Inglaterra antes que él mismo pudiese bolber. Con este anelo se restituyó prontamente á Plimouth donde dió fondo.

A poco de aber llegado supo que la armada española abia entrado en la Mancha ; inmediatamente lebó el ancla, salió del puerto, i al dia siguiente, 30 de julio, la bió que á bela tendida se iba ázia él dispuesta en forma de media luna , que de un estremo á otro cojía siete millas. Creyose por algun tiempo que la intenzion del duque era apoderarse del abra de Plimouth; i los mas ábiles de aquel tiempo sentian que si así lo iziera saliera con la empresa, i que no debió irse como lo izo del lado allá del canal. Daba alguna berosimilitud á esta opinion el que si se ubiera desembarcado en aquella parte, to-

Las las fuerzas inglesas se abrian dirigido al sudoeste, i entonces sido fázil al duque de Parma trasportar sus tropas i ejecutar su proyecto. Sin embargo, debia tenerse presente que la armada olandesa bastaba por sí sola para tener bloqueados los puertos de la Flandes, i que la inglesa ubiera podido destruir la española si ubiera entrado en el abra de Plymouth. Por otra parte si el duque de Medinasidonia ubiera desembarcado sus tropas antes que se le reuniesen las del de Parma, ubierale sido imposible tomar ningun puerto, mantenerse en él ni abanzar, teniendo al frente el ejérsito inglés mui superior al suyo. Mas, fuese lo que quisiese, si el duque pensó berdaderamente al prinzipio atacar á Plymouth, mudó mui pronto de opinion, i siguió esactamente el plan de operaciones que el rei le abia prescrito, segun el cual debia abanzar asta dar bista á las costas de Flandes; atacar las nabes inglesas i olandesas que bloqueaban los puertos de Dunkerque i de Nieuport: unirse en seguida al duque de Parma, é ir á desembarcar en Inglaterra las tropas que tenia á bordo. Conforme á estas instrucciones continuó el duque su rota, desentendiéndose de la armada inglesa, formada en batalla á lo largo de la costa, i dispuesta á combatirle.

Teniendo el lord la armada española por superior á la suya, tanto en número i tamaño de las nabes como en la copia de soldados que las montaban, juzgó prudente el ebitar una aczion jeneral, inquietarla inzesantemente, atacarla por partes, i aprovechar las ocasiones que le ofreziesen los bientos, los uraçanes, las corrientes, i todas las casualidades favorables que se le presentaran para tomar las nabes que se separasen. No esperó mucho: atacó en persona

al bize-almirante Recaldo , desplegando toda su destreza así en la maniobra de su nabe como en la direzion de su artillería : no descargó andanada sin efecto ; en términos que la armada enemiga temió la suerte de su bize-almirante , i se reunió asta quedar las nabes bien estrechadas entre sí. Mas esto no impidió que los ingleses atacasen el mismo dia una de sus galeazas , que socorrida á tiempo por otras nabes , se libró ; empero en el prezipitado mobimiento que para ello izieron dió biolentemente uno de los prinzipales galeones que llevaba á bordo parte del tesoro , con otra embarcazion , i se rompió uno de sus mástiles ; despues de lo cual se quedó atras , i fué cojido por Drake , quien en el propio dia tomó un nabío de línea en que casualmente se abia prendido fuego.

En otros muchos combates llebaron siempre los ingleses lo mejor , ya por la lijereza de sus nabes , ya por la mayor habilidad de sus marineros. No eran los españoles entonzes tan diestros en la maniobra como se nezesitaba para sacar partido de unas nabes de buque tan extraordinario , que eran casi inmóviles , miéntras las inglesas boltijeaban continuamente al rededor de ellas. La prontitud con que se azercaban , descargaban sus andanadas i se retiraban , admiraba al enemigo. Ademas : la artillería inglesa como que sus nabes eran mas bajas no perdía tiro , en bez de que la de los españoles como que estaba mas alta perdía los suyos en el aire.

Sin embargo , la armada española continuaba su derrota á Calais ; dió fondo delante de aquella plaza , i el duque de Medinasidonia abisó al de Parma de su llegada , pidiéndole apresurase el embarco de sus tropas. Allabase

este en Brujas, é inmediatamente se transfirió á Nieuport, i dió prinzipio al embarque; empero advirtió al almirante que segun las instrucciones que la corte le comunicara, no abia construido mas que nabes de trasporte, i no de guerra: que por consiguiente no podia salir al mar, miéntras la armada no forzara á retirarse á los buques olandeses que le zerraban el paso; i que el arriesgarse á salir del puerto antes, seria esponer su ejéztito á una ruina zierta, que llevaria infaliblemente tras sí la pérdida total de los Países-Bajos.

Inmediatamente dió órden el de Medina-sidonia para que la armada siguiese su rumbo; mas apénas se alló á la altura de Dunkerque cuando sobrebino una calma que la impidió continuar, obligándola á estarse entre la de Olanda i la del lord Oward. Todas tres permanezieron en tal posizion hasta que ázia la media noche empezó á soplar un biento fresco. Aprovechóle el lord para poner en práctica una estratagemá que le abia ocurrido la bispera, i le salió bien. Llenó ocho nabes de pólbora, azufre, i otros combustibles; pegó fuego i les abandonó á discrezion del biento que les llebó á las diferentes dibisiones de la armada enemiga. Su zercanía difundió en ellas el térror; tubieronlas los españoles por brulotes semejantes á los famosos barcos de que se abian balido los de Ambéres: la obscuridad de la noche aumentaba el orror de aquel espectáculo: las tripulaziones así de las nabes zercanas como de las mas léjos, no pensaban mas que en los medios de sustraerse al peligro de que se creian amenazadas. Unos leban el ancla, otros cortan cables, se abandonan á los bientos i á las olas, uyen con la mayor prezipitazion i désorden, sin esaminar si el

peligro á que se esponían era mayor que el que querian evitar; chocaronse unas con otras, i con tanta biolenzia que muchas quedaron inscribibles.

Cuando al amanecer bió el lord el resultado de su ardid, el desórden de la armada enemiga, que muchos de sus nabíos estaban separados unos de otros i dispersos, resolvió atacarla. Algunos dias antes se le abian reunido las nabes equipadas por la nobleza inglesa, i las que mandaba el lord Seimour, que se abia separado de Justino de Nassau. Poderosamente ayudado por Drake i por todos los demas ofiziales, atacó el almirante inglés por muchos i diferentes puntos á la armada española, i en todos con el mismo denuedo, i la misma impetuosidad. Empezó la aczion á las cuatro de la mañana i duró asta las seis de la tarde. Defendieronse los españoles con su valor é intrepidez ordinarios; empero sin causar daño considerable á los nabíos ingleses, que siendo mucho mas pequeños estaban poco espuestos al fuego de la artillería enemiga, miéntras que la inglesa azia en los contrarios el mayor estrago: tomaron ó echaron á pique diez de los mas grandes.

La prinzipal de sus galeazas mandada por Moncada, i en la cual iban Manriquez, inspector jeneral, quatrocientos soldados i trescientos forzados, baró zerca de Calais: perseguianla muchas pinazas inglesas sostenidas por la chalupa armada del nabío almirante, que llevaba soldados escojidos. Moncada i casi todos los españoles fueron muertos ó aogados por querer llegar á tierra: los forzados puestos en libertad, i los ingleses se apoderaron de zincuenta mil ducados que allaron en la galeaza. Solo Manriquez escapó, i fué el primero que llebó á Espa-

fia la noticia del descalabro que la armada abia padezido. Uno de sus nabios de línea atacado bibamente por el capitan de Cross se fué á pique durante la aczion, salbandose mui pocos de los que le montaban; por los cuales se supo que abiendo propuesto uno de sus ofiziales que se rindiese pocos momentos antes de irse á fondo, rezibió por respuesta una puñalada de otro ofizial, á quien al instante cosió á puñaladas el ermano del que él acababa de matar.

Los istoriadores contemporáneos azen tambien menzion de otros dos galeones, el san Felipe i san Mateo, montados por muchos caballeros i dos ofiziales jenerales don Franzisco de Toledo, de la casa de Orgáz, i don Diego Pimentel, ermano del marqués de Tomares. Despues de aver combatido al lado del almirante todo el tiempo que duró la aczion; biéndose obligados á arrojarse en las costas de Flandes, fueron cojidos por la armada olandesa. Toledo se aogó; Pimentel i toda la tripulazion á quienes perdonó la muerte durante el combate, quedaron prisioneros.

Tantos acaezimientos funestos desanimaron al duque de Medinasidonia; empero lo que mas le desesperanzaba del buen ecsito de la empresa era la superioridad que la destreza de los marineros ingleses daba á las nabes enemigas sobre las suyas, comparando las pérdidas que abia tenido desde que entró en la Mancha con la de los ingleses que no abian experimentado mas que la de uno de sus mas pequeños buques, i al rededor de zien ombres. Conozia que la prosperidad del enemigo le animaria i aria tanto mas formidable quanto mas bien fundada era su esperanza de alcanzar una bictoria completa: opi-

naba que si insistia en combatir con tanta desbentaja perderia el resto de la armada, ya considerablemente disminuida. Era su posicion tanto mas crítica quanto no podia sin esponerse á los mayores peligros, ni permanecer donde estaba, ni abanzar ázia las costas de Flandes.

Entonzes debió conozerse la gran falta que Felipe abia cometido en no asegurarse algun puerto de la Zelanda antes de empezar su empresa contra la Inglaterra. Abiase imaginado aquel príncipe altibo i presuntuoso que al azercarse su formidable armada uiria la enemiga á refujiarse en sus puertos. Los enormes gastos que abia echo para que fuese imbenzible fueron precisamente los que causaron su ruina. La grandeza de sus nabes les azia poco á propósito para lo á que se les destinaba, ni menos se tubo cuenta al construirlas con la anchura ni con la profundidad de los mares en que se las abia de emplear. Pues dado que los ingleses no ubiesen podido atacarlas en medio del canal, empero sí oponerse, i con buen ecsito, al desembarque, supuesto que la armada olandesa, como que podia mantenerse en poco fondo, adonde era imposible que las grandes nabes españolas se azercasen, ubiera impedido que estas, i el ejército del duque de Parma obraran de conzierto.

No se escaparon estas consideraciones al de Medinasidonia; antes bien le izieron renunziar á la empresa contra Inglaterra; i ya solo dudaba el rumbo que tomaria para bolber á España con menos dificultad. Allárala mui grande en bolber atras; porque los ingleses le ubieran ostilizado continuamente en la Mancha, i con tanta mas bentaja quanto el biento que soplabá era un fuerte sur, contrario á que los nabíos espa-

ñoles abanzasen. Resolvióse pues el duque en retirarse por el mar del norte rodeando las islas británicas.

Conozido su designio, embió el almirante inglés al lord Seimour con parte de su armada á las costas de Flandes para que sujetase al duque de Parma; i él con la mayor parte de naves que abia conserbado se dió á perseguir al de Medinasidonia, yendo por tres dias mui zerca de su retaguardia, mas sin atacarla por el temor de que le faltase pólbora; de que el almirantazgo por una culpable negligenzia no le abia probisto con la abundanzia que debiera. Sin esta desgraziada zircunstanzia ubiera podido forzar á los españoles al combate, en frente de Flamboroug. Asegura Grozio, que era tal el estado de la armada española, i que á su almirante consternaban tanto la dilazion i las dificultades para bolber á España, que si se le atacara, fázilmente se rindiera; empero la nezesidad en que se alló el lord Oward de dar la buelta á Inglaterra para proveerse de muniziones, escusó al duque un paso tan indecoroso.

Tenia en berdad mui justo motibo el lord para quejarse amargamente de aquella negligenzia que le imposibilitaba el completar la gloria que su prudente i azertada conducta le abia ya granjeado. No obstante, su fortuna estuvo en no poder diferir por mas tiempo su buelta, pues miéntras la daba se lebantó una furiosa tempestad, que si bien causó poco daño á su armada izo arto difizil su entrada en los puertos. No así la española, que despues del temporal quedó en tal estado, que á los ingleses mismos causó tanta compasion como temor i espanto les inspiró á su llegada. Antes que la asaltase la tempestad se abian reunido i apiñado sus naves, temiendo

que los ingleses las atacasen. Esta precauzion se combirtió contra ellas durante la tormenta, i fué la prinzipal causa de su desastre: impelidas biolentamente por las olas unas contra otras, fueron muchas las que se abrieron i undieron: las demas se dispersaron. Para mejor poder resistir el ímpetu de las olas i los bientos arrojaron al mar caballos i mulos, i casi todo el bagaje; pero esto solo aprobechó á las mas grandes nabes: la mayor parte de las otras, perezieron de ellas contra las rocas de la Noruega, i de ellas tragadas por las olas en medio del ozéano. Algunas fueron arrojadas á las costas de Escoczia i de las islas oczidentales. Mas de treinta fueron embestidas por otra borrasca que benia del oeste, i echadas á las costas de Irlanda, donde casi todas naufragaron. Los de las tripulaciones que pudieron llegar á tierra fueron atrocmente muertos por los irlandeses, que para autorizar su barbarie dezian: «que ubiera sido peligrosa la clemenzia con tantos enemigos, en un pais en que abia tantos católicos descontentos.» Los que escaparon del furor de las olas los bolbió á España, aunque en el estado mas lastimoso, el bize-almirante Recaldo. El duque de Medinasidonia pudo conserbarse en alta mar, se libró del naufragio, i abordó á san Andrés de Bizcaya á fines de setiembre.

Aun esperimentaron nuevas desgrazias los españoles al llegar á su pátria: casualmente se prendió fuego en dos galeones que escaparon del temporal, i quedaron reducidos á zenizas en el puerto mismo en que se abian refujiado. De la nobleza que boluntariamente se alistó para aquella funesta espedizion, perezieron muchos en el mar, i muchos de los que bolbieron enfermaron i murieron. Abituados á bibir en los plazerés, en

la inaccion i en la abundanzia se rindieron á las fatigas i á los males que abian tenido que sufrir.

No combienen los istoriadores en la pérdida total que tubo España: azenla unos subir á treinta i dos nabios i diez mil ombres; otros sin dezirse sobre el número de ombres, que dizen no aber podido ser menor que el de quinze mil, aseguran que perdió mas de ochenta nabes, entre tomadas, destruidas i perdidas (1). No bien se supo la desgrazia en España, quando la consternazion se difundió por toda ella: apénas abia familia distinguida que no tubiese que bestir luto; de modo que temiendo el rei el efecto que podia produzir en el pueblo la bista de aquel duelo casi jeneral, publicó un edicto, como lo abian echo los romanos en igual zircunstanzia, acortando la durazion (2).

Miéntas los españoles lloraban su desastre, los ingleses i olandeses se daban á la mas biba alegría: i para perpetuar la memoria del feliz suceso que la causaba se acuñaron medallas en Olanda; i así como en Inglaterra, se señalaron muchos dias para dar á Dios solemnnes acciones de grazias. Biose á Isabel ir á la iglesia de san Pablo en una espezie de carro triunfal, rodeada de sus ministros, i de los señores de su corte, i en medio de los pabellones i estandartes cogidos al enemigo. En todas las calles de la carrera estaban tendidas tropas de paisanos armados. Ni fueron solos los ingleses i olandeses los que se regozijaron de la ruina de la armada españo-

(1) El presidente de Thou que bibia entonces no determina cual de estas dos relaciones es mas digna de crédito: oi es imposible dezirlo.

(2) Meteren, l. 14. Grotius, ist. l. 1. Campaña, década 7, l. 1. Ferreras i de Thou.

la; la Europa entera temia que Felipe lograra su empresa; dado que aunque no fuera de suponer que ubiese formado el quimérico proyecto de la monarquía unibersal; empero sí que no se abria limitado á la conquista de la Inglaterra i la Olanda, pues se sabia que mucho tiempo antes conzibió el designio, que aun despues tentó de ejecutar, de apoderarse del reino de Franziá. Podíase tambien pensar que socolor de servir la relijion que profesaba, i el de estirpar de la Europa el protestantismo, ubiera satisfecho su ambizion, conquistando los diferentes estados que abian dejado por el nuebo culto, el católico romano.

Cuanto mas eszesiba era su ambizion tanto mas mortificada quedó entonzes; empero como poseia en el mas alto grado el arte de ocultar lo que en su interior pasaba, rezibió la nueba de su desgrazia con todas las aparienzias de la mayor resignazion en la boluntad de Dios; i asta le dió públicamente grazias de que el mal no fuese mayor. Espidió las órdenes mas estrechas para que se cuidase con el mayor esmero á los enfermos i eridos que abian sobrebibido á la desgrazia: no proibió al duque de Medinasidonia que bolbiese á la corte, como lo dijeron muchos istoriadores; antes por el contrario le escribió en los términos mas amistosos, manifestándole su gratitud por el zelo con que le abia servido, i notando que nadie podia responder de una empresa cuyo ecsito dependia del capricho de los bientos i las olas (1).

No fué menos justo con el duque de Parma; que á pesar de todas las pruebas de actibidad, de balor, i aun de balor eróico que abia dado

(1) Ferreras, part. 15. Strada, l. 5.

en todas ocasiones, fué por muchos acusado de haber tenido parte de la culpa del mal ecsito de la empresa. Achacabanle unos negligenzia en los preparatibos que se le abian encargado: otros demasiada prudenzia i aun timidez; empero Felipe ningun caso izo de imputaciones tan injustas, como mal fundadas, ni disminuyó en lo mas mínimo la gran confianza que en el duque tubo siempre: antes bien le renobó las seguridades de su estimazion i amistad, al mismo tiempo que le manifestaba lo mui satisfecho que se allaba de su gobierno, desde que le confió el de los Países-Bajos. Es berdad tambien que la mayor falta que se abia cometido abia estado en no adoptar la opinion del duque, dado que nadie era mas interesado en el logro de la espedizion; pues si la armada ubiera abierto paso á sus tropas, siendo él el único encargado de las operaciones de ella, abria podido desembolber en todo su brillo, los grandes talentos militares que ya le abian granjeado tanta gloria i echo digno de la gran reputazion de que gozaba.

Tenia el duque tanto mas motivo para contar con la bictoria, si el desembarco se iziera, quanto eran menos el balor i talentos del conde de Leizester, para desempeñar el grave cargo de jeneral en jefe que de sus tropas le abia Isabel conferido. La fortuna, ó mas bien la Probidenzia, la faborezió en aquella ocasion de un modo particular, i la preserbó de las funestas consecuenzias que ubiera tenido tan inexcusable predilezion. Acaso será la única imprudenzia que se la pueda tachar en aquel crítico lanze; empero la capazidad, la firmeza i el balor que manifestó en toda su conducta an debido sepultar en el olbido esta falta.



I S T O R I A
 DEL REINADO DE FELIPE II,
 REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO PRIMO.

SEGUNDA PARTE.

La situacion en que Isabel se allaba, era muy distinta de la en que abia estado desde su adbenimiento al trono. Azia algun tiempo que con la muerte de la reina de Escocia se abia librado de los cuidados que esta le daba, i con su gran prudenzia abia ademas conseguido no solo aplacar al ijo de aquella desbenturada reina, sino atraerle á sus intereses. Abia bisto reunirse sus basallos católicos i protestantes para defenderla; i abia triunfado del rei de España que era el mas implacable de sus enemigos. No teniendo ya los mismos motibos que antes para temer su gran poder, que tan en bano acababa de emplear contra ella, tampoco los tenia para temer que iziese nueva tentatiba, insistiendo en despojarla de sus estados. El impedir que Felipe iziese en ellos una imbasion abia sido el prinzi-pal estímulo para que la reina tomase tan por su cuenta los asuntos de los Países-Bajos, con-

tando con que no la intentaria miéntras se allase tan ocupado en otros puntos. Mas, aunque fuera ya de aquel cuidado, ó casi libre de él, no por eso mudó la resoluzion de cumplir los empeños que con las probinzias-unidas abia contraido. Despues de la dimision de Leizester dió la reina el mando de sus tropas en Flandes al lord Willoughbi, dejando al príncipe Maurizio el mando en jefe que los estados acababan de conferirle, no solamente por respeto á la memoria de los grandes serbizios que su padre le hiziera, sino tambien por el mérito personal del ijo, que si bien no tenia mas de beinte i un años, empero merezia bajo todos respetos aquella gran confianza.

Desde su mas tierna jubentud abia dado pruebas de prudenzia i capacidad mui superiores á sus años; i toda su conducta abia confirmado á sus ziudadanos en las grandes esperanzas que de él tenian conzebidas. Si era menos moderado, i menos dueño de sí que su padre; si tenia menos abilidad para manejar los ánimos, arte difizil que Guillermo poseia en el mas alto grado; empero Maurizio le era mui superior en el de la guerra; i entonzes mas nezesitaba la confederazion de un gran jeneral que de un gran político. Desde que partió el conde de Leizester, asta el fin desgraziado de la espedizion española, ninguna ocasion se le presentó en que ejercer sus talentos militares: las mas i mejores de sus tropas se abian embarcado en la armada de Justino de Nassau: abianse reforzado las guarniziones de las plazas marítimas, para que pudiesen azer una bigorosa resistenzia en caso de que la armada española intentase algun desembarco; de modo que las tropas que le quedaron no componian un cuerpo capaz de aprovechar la

inacion del duque de Parma, ni de acometer ninguna empresa.

La primera ocasion que se le ofrezio fué quando no teniendo ya el duque esperanza de conquistar la Inglaterra resolvió atacar á Berg-op-zoom, que como su nombre lo anuncia está situada en el rio de Zoom á poca distanzia de donde este desemboca en el Escalda, que separa el territorio de Berg-op-zoom de la isla de Tolen. Para asegurar el ecsito juzgó el duque nezesario apoderarse antes de aquella isla. Encargólo al conde Cárlos de Mansfeldt dándole ochozientos infantes, i órden para mas seguridad del logro de que disfrazase su marcha, aparentando dirijirla ázia Eusden. Este ardid no produjo el efecto que el duque esperaba. Abia metido el príncipe Maurizio en Tolen i en Berg-op-zoom las tropas nezesarias para su defensa.

Cuando las aguas bajan se puede badear el rio frente de Tolen: intentólo el conde de Mansfeldt, empero el de Solms que gobernaba en la isla se abia preparado tan bien para recibirle que le obligó á retirarse i abandonar la empresa con pérdida de casi cuatrozientos ombres. El duque por su parte abia abanzado con todo su ejéztito, i sitiado á Berg-op-zoom del lado de tierra sin obstáculo; porque teniendo los abitantés libre la comunicazion con la Olanda i la Zelanda beian con la mayor indiferenzia aquellas operaciones, como que sabian que para cortar aquella comunicazion era nezesario que tomasen dos fuertes situados entre la ziuudad i el Escalda, i ambos estaban bien fortificados. Era ya octubre, i mui difizil rendirlos antes del invierno, en el cual fuera imposible embestirlos.

Mas esto no impidió que el duque empeza-

se sus operaciones por el ataque del uno ; i aun antes de tenerlas mui adelantadas conzibió la esperanza de tomarle de un modo mas pronto i fázil que á biba fuerza. Dos soldados de la guarnizion que unos azen ingleses , i otros escoceses , le ofrezieron entregarsele con tal que les diese una recompensa proporcionada á aquel serbizio. Ofreziosela el duque ; mas , como sospechase de su buena fé , les esijió que confirmasen con un solemne juramento lo que le abian prometido ; i que ademas consintiesen que les llebasen atados en medio de la tropa que se emplease en la ejecuzion del proyecto. La poca dificultad que tubieron en condeszender con lo que se les esijia quietó al duque ; el cual no teniendo ya ninguna desconfianza , ordenó á Leiba , uno de sus mas balientes ofiziales , que al momento que se pusiera el sol se dirijiese al fuerte con tres mil infantes. Así puntualmente se izo. Era ya noche cuando Leiba llegó con su tropa á la puerta del fuerte , que se abrió luego que los dos izieron la señal en que estaban combenidos. Apénas abrian entrado zincuenta , cuando dejaron caer el rastrillo , i los demas quedaron fuera. Conoziendo los que entraron la traizion de sus guias , inmolaranlas á su benganza , si mas ocupados del cuidado de su propia conserbazion no las dejaran escapar. La guarnizion rodeó á los españoles i degolló á los que no izo prisioneros.

Como solo sabian lo que pasaba los soldados que se allaban mas zerca del rastrillo cuando se echó , los que benian detras les impelian , de modo que les era imposible bolber atras. En este conflicto les sujirió la desesperazion el pensamiento de escalar el fuerte ; empero allaron las murallas guarnezidas de soldados que les

abrasaban con sus fuegos. El desorden i la confusion aumentada por la obscuridad de la noche , acabaron su ruina : en seguida cayeron en una emboscada dispuesta por la guarnizion en que murieron muchos , i no pocos quedaron sufocados en el fango i aogados en el foso.

Despues de este descalabro empezó el duque á desconfiar de su empresa. Azia poco que abia llobido mucho : los soldados enfermaban : el terreno por el cual tenian que pasar los comboyes era tan barroso , i los caminos tan intransitables , que era casi imposible llegar asta el campo con ellos. En esta situazion resolvió el duque á mediados de noviembre levantar el sitio, despues de fortificar algunos pasos para impedir las escursiones que la guarnizion pudieraazer para inquietarle en la retirada. (1)

Inmediatamente despues , dió el duque cuarteles de invierno á las tropas italianas i españolas , i embió las alemanas á las órdenes de Pedro Ernesto de Mansfeldt para que sitiase á Wachtendonck, pequeña ziedad de la alta Güeldres , muy fortificada i situada en medio de un terreno pantanoso. Las inzesantes quejas que se le daban de las talas que azia la guarnizion le mobieron á resolver que se tomara por mas que costase. Componiase de aquellos balientes soldados que el famoso Schenck abia formado : su valor é intrepidez ubieran echo banos todos los esfuerzos de Mansfeldt sino se ubiese empleado para reduzirlos un medio extraordinario. No azia mucho tiempo que un abitante de Benlo abia imbentado las bombas , de las cuales izieron uso los españoles por primera bez en aquel sitio. El asombro de sus efectos i el temor de

(1) Grotius, l. 1. Bentiboglio et Meteren, an. 1588.

que arruinaran enteramente la ciudad izo á los bezinos que por salbarla obtubiesen de la guarnizion que capitulase ; mas no sin aber echo antes muchas salidas i muerto en ellas un gran número de sitiadores , de los cuales tambien pe-rezieron muchos de las enfermedades causadas por el aire mal sano , i por la umedad del terreno.

Abiase disminuido considerablemente el ejército español en los sitios de Wachtendonck i el de Berg-op-zoom ; lo cual debia ser mui sensible á un jeneral tan acibo i emprendedor como el duque ; empero aun sentia mas las dificultades que continuamente tenia que benzer para contener los soldados que mucho murmuraban porque no se les pagaba el pre. Llegaron las quejas á tal punto que no podia el duque menos de temer por su autoridad. Abia pedido repetidas bezes á España que le ausiliase con dinero , esponiendo con enerjía que si á las tropas no se pagaba con mas regularidad podrian resultar funestas consecuencias : empero azia mucho tiempo que en Madrid se atendia menos á sus representaciones ; i muchas letras que abia jirado contra la tesorería se le abian debuelto sin pagar. Consistia esto , parte en el mal estado en que el erario se allaba , agotado por los enormes gastos causados en el armamento contra Inglaterra , i parte en los zelos de los ministros españoles. Apénas podia el duque ocultar el disgusto que esto le causaba , aumentado por la decadenzia de su salud , i los síntomas de idropesía de que en efecto murió pocos años despues. (1)

Un suzeso preparado por los amaños de Lei-

(1) Meteren , p. 503.

zester le dió algunos instantes de contento i satisfazion. Eszitadas las guarniziones de muchas ziudades por los partidarios del conde , ó descontentas porque no se las pagaba , abian manifestado el mayor desprecio á la autoridad de los estados i del príncipe Maurizio ; empero no se nezesitó mucho tiempo ni esfuerzos para azerles bolber á entrar en su obligazion ; eszepto la de Jertrudemberg compuesta de zerca de mil quinientos infantes i trescientos caballos , de ellos ingleses i de ellos olandeses , la cual abia cometido mas eszesos que ninguna otra , robando cuantos barcos podian cojer los soldados sin distincion de amigos ni enemigos ; i aziendose justizia se consideraban tan delincuentes que abian perdido asta la esperanza de ser perdonados ; que era lo que mas les afirmaba en la sedizion i les azia mas obstinados refractarios á las ordenes de los estados ; asta el estremo de sostener abiertamente que á nadie eran responsables de su conducta mas que á la reina de Inglaterra. No obstante , el temor de que entregasen la ziudad á los españoles mobió á los estados á emplear los medios mas suaves para que desistiesen de este intento si le abian formado , i en consecuenzia les ofrezieron un perdon jeneral , i les embiaron el lord Willoughbi para que mediase con ellos , i asta les pagaron parte de lo que se les debia ; empero todo fué en bano. Lanzabecchia , gobernador de Breda , que sabia las disposiciones en que se allaban , empleaba con buen ecsito sus agentes secretos en afirmarles en la sedizion. Azianles ber que del duque de Parma podian prometerse una recompensa proporzionada al serbizio que le arian ; en bez de que de la reina ni de los estados debían esperar mas que un castigo ignominioso , ó cuando menos un despre-

zio i desconfianza perpetua. Sin embargo, estuvieron algun tiempo dudosos; empero cuando el duque les ofrezio pagar todo lo que se les debia, i ademas por bia de gratificazion la paga de zinco años enteros, no pudieron resistir, combinieron en entregar la plaza, i para poderlo azer mas á su salbo desarmaron á los abitantes. Sabido que fué por el príncipe Maurizio se embarcó llebando un cuerpo de tropas i la intenzion de reduzir por fuerza á los rebeldes. Obligado á sitiarnos, no bien ubo empezado las operaciones cuando supo que el duque benia á él con fuerzas incomparablemente mayores que las suyas. En este caso, consultando mas á su prudenzia que á su balor, se retiró; i el duque entró en la ciudad i cumplió quanto á la guarnizion abia ofrezido; i á Lanzabecchia en recompensa de tan señalado serbizio dió el gobierno. En doze años que azia que los españoles abian sido enteramente arrojados de la Olanda, Jetrudemberg era la primera ciudad que bolbia á su dominio; i esto azia al duque mas agradable la conquista. Los estados publicaron un edicto de proscripzion contra todos los que le abian fazilitado los medios; i casi todos llegaron á caer en sus manos, i padezieron la pena que su traizion merezia.

Dió el duque el mando de su ejérsito al conde de Mansfeldt para que sometiese las ciudades de Eusdem i de Romersbal, i el fuerte de Loubestein. Supieronlo el príncipe Maurizio i el conde de Oenloe, i prozedieron con tanta actividad i bigor que frustraron todas tres empresas.

Abia el duque buelto á Brusélas donde permanezio asta mayo que pasó á Spa; i como era este el tiempo de entrar en campaña se creyó

que no iziera aquel biaje si se allára su ejéztito en estado de acometer alguna empresa digna de la gran reputacion que gozaba. (1)

Tampoco el prínzipe por su parte pudo azer mas en la ausenzia del duque que impedir al conde de Mansfeldt que iziese ninguna conquista. Los ejéztitos de ambos eran de casi igual fuerza, i ambos jenerales ebitaban con tanto cuidado el llegar á una aczion jeneral, que ni parzial la ubo que merezca referirse.

Por aquel tiempo, el bizarro, é infatigable Schenck azia á la confederazion serbizios importantes en las probinzias del interior. Abia propuesto á los estados la construccion de un fuerte en donde el Rin se dibide en dos brazos i forma la isla de Betuwe : (2) aprobaron los estados el proyecto, i le proporzionaron los medios de ejecutarle. Acabado que fué se fijó en él Schenck con las tropas de su mando ; i de allí se introduzia en todos los paises zircumbezinos, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban de ostilizar al enemigo. Una noche sorprendió la ziedad de Bommel, situada en el Rin ; i abiendo en seguida sabido que estaba en marcha un cuerpo de tropas españolas para reforzar la guarnizion de Groninga , de que Berdugo era gobernador ; i que al mismo tiempo iba escoltando el dinero destinado á las pagas de la propia guarnizion, escojió tan bien un sitio en que emboscarse, i desde él se arrojó con tanto valor é intrepidez sobre la escolta que la derrotó i se llebó la conducta, sin perder siquiera un ombre. Empero lo que mas ansiaba era echar á los españoles de Nimega , de que él mismo les

(1) Grotius.

(2) Llamada antiguamente Batabius.

izo dueños años antes , estando á su serbizio. Allase esta ziuada situada á la ribera izquierda del Baal , i en pocas oras se puede ir por agua desde el fuerte de Schenck : formado pues el atrevido proyecto de tomarla por sorpresa, aze embarcar sus tropas con intento de llegar allá de noche ; empero fuese casualidad , ó equibocacion , no pudo desembarcar asta la mañana , i mui zerca de la casa en que estaban reunidas muchas jentes con motibo de una boda. Al instante se difundió la alarma en la ziuada ; cuyos abitantes sabian el odio que azia algun tiempo les tenia Schenck , i temian que si tomaba la ziuada la meteria á saco. Corren á las armas , i acometen por todas partes á la tropa con tal furor que la llebaron asta sus barcos á pesar de la mas balerosa resistenzia. Repetidas bezes izo Schenck los mayores esfuerzos por reazerla , pero todos en bano : se la perseguia mui de zerca , i la confusion i el desórden eran demasados para que pudiese oir la boz de su comandante. Muchos quedaron en el sitio ; i Schenck mismo fué erido , el batel en que se metió bolcado , i aogados todos los que con él entraron. Tal fué el desgraziado fin de aquel ombre intrépido , á la edad de cuarenta años. Desde que abandonó el partido de los españoles , no dejó de causarles las mayores inquietudes , ni de azerles todo el mal que pudo. (1)

Nada de interesante ocurrió en aquella campaña mas que el sitio de Rhimberg , emprendido á instanzia del elector de Colonia , que mucho deseaba bolberla á su obedienzia. Encomendole el duque al marques de Barambon. Los estados embiaron en socorro de la ziuada al coro-

(1) Bentib. , p. 334.

nel Bere , ofizial de gran reputazion. Sus tropas binieron á las manos con las de Barambon : la aczion fué sangrienta , pero la bictoria quedó por Bere : entró en la plaza , i la puso en tal estado de defensa que pudiesen los abitantes conserbar por algun tiempo su libertad i su independenzia.

A fines de nobiembre bolbió el duque de Spa , i á poco de su llegada se realizaron los temores de las funestas consecuencias que podia tener la indiferenzia con que se miraba el pago de las tropas. Un rejimiento español , de guarnizion en Courtrai se amotinó : de las quejas pasaron mui luego los soldados á las amenazas i asta reusar abiertamente obedezzer á su jeneral. Pudo el duque juntar aunque con el mayor trabajo lo nezario para pagarles ; empero sintió mucho esta sedizion como que no tenia ejemplo desde que mandaba en los Países Bajos , i temia que arrasrase á la imitazion á las otras guarniziones.

Era fin de año , i en febrero del síguiente tubieron los españoles otra desgrazia que izo conoziese el duque cuan distinto era el príncipe de los otros jenerales que asta entonzes le abia opuesto la confederazion : tal fué la perdida de la importante plaza de Breda de que se apoderó Maurizio por un singular estratajema que le indicó Adrian Ban-den-Berg , patron de un barco , que probeia de turbas á la ziedad i á la guarnizion. Era gobernador Lanzabecchia , i ponía su conato en que se bisitasen con la mayor esactitud todos los barcos que allí abordasen ; pero como al mismo tiempo era gobernador de Jertrudemberg , solia ausentarse dejando á su ijo el mando , i Ban-den-Berg abia obserbado que entonzes eran menos escrupulosas las bisitas ; obserbazion que le sujirió la idea de apo-

derarse por sorpresa de la ciudadela. Comunicó al príncipe; i aprobada por éste dispuso lo necesario para la ejecución. Arreglose el barco de Ban-den-Berg en terminos que pudiese llevar ocultos setenta soldados escogidos, i su comandante Carlos Araujiere, natural de Cambrai, oficial de conocido valor i capacidad. Cargose el barco de turbas como siempre; pero sobre un tablado, bajo el cual iban los soldados. La travesía no era mas que de algunas millas: sin embargo mil ocurrencias izieron que el batel no llegase á Breda sino muchos días despues de su salida: fuele contrario el viento, los yelos retardaron su marcha, dió un golpe el batel en un banco i quedó tan maltratado, que los soldados estubieron algun tiempo con el agua á las rodillas i casi todas las provisiones se picaron. A un soldado atacó una tos biolenta, i temiendo que si continuaba les descubriese, tiró de la espada i presentándosela á sus camaradas les pedia como favor que le matasen; pero todos quisieron mas esponerse á ser descubiertos i perezer, que manchar sus manos con la sangre de ombre tan baliente. Zesó felizmente la tos, i la entrada del agua se tapó sin que sepamos como.

El ecsito dependia de la ausencia de Lanza-becchia, cuya bijilancia era lo mas temible; i por lo mismo era preziso imbentar un ardid para retenerle en Jertrudemberg. Allore el príncipe aparentando el designio de atacar aquella ciudad, i se dirijió ázia ella con sus tropas; con lo cual logró que no estubiese en Breda cuando el barco de Ban-den-Berg llegó i fué admitido en los fosos de la ciudadela. Aun ebitado el primer peligro, podia ser descubierta el estratagemá, i lo fuera si Ban-den Berg no se hu-

biese balido de otro. Escaseaba la turba en la ziu-
dadela , é inmediatamente que llegó el barco se
compró toda la carga ; al momento se pusieron
á sacarla los soldados de la guarnizion , i acu-
dieron tantos que en poco tiempo descubrieran
los tablones i el engaño , si Ban-den-Berg fin-
jiendo allarse rendido del trabajo é incapaz de
continuar ayudando á los soldados á descargar,
no los entretubiese con sus cuentos , sazoados
con las muchas botellas de bino que les combidó
á beber , i que á este fin llevaba prebenidas. La
noche les cojió bebiendo : los soldados españoles
dormian ó estaban borrachos : Ban-den-Berg
dió abiso al príncipe Maurizio i al conde de
Oenloe , que segun lo combenido , se abian ade-
lantado á poca distanzia de la ziuudad con el
mayor silenzio , al frente de un cuerpo de tropas.

A media noche Araujiere salió con la suya
del barco , la dibidió en dos trozos , i atacó á un
misino tiempo á los soldados españoles que guar-
daban la puerta de tierra , i á los que defendian
la que conduzia de la ziuudadela á la ziuudad ; i
abiendo sido mui débil la resistenzia que le opu-
sieron se apoderó de una i otra. Binose á él el
ijo de Lanzabecchia al frente de cuarenta ó zin-
cuenta ombres de la guarnizion ; pero no pu-
diendo contrarestar el balor ni la intrepidez del
enemigo , quedaron muertos los que no uyeron,
i el comandante erido i prisionero.

No tardó el alarma en difundirse por la ziu-
dad , cuya guarnizion era de zinco compañías
de infantería italiana , i una de çaballería : ofre-
zieronse los bezinos á unirse á ella para defen-
der las fortificaciones i dar tiempo á que el du-
que fuese en su ausilio ; empero los soldados no
teniendo comandante en jefe que dirijiese sus
operaciones abandonaron repentinamente la ziu-

dad. Entró el príncipe en la ciudadela, i los bezinos le embiaron un trompeta ofrezciéndole rendirse si les prometia que no se saquearian las casas. Aczedió el príncipe, i solo les esijió noventa mil florines para distribuirlos entre sus tropas.

Esta conquista que no costó al benzedor mas de un ombre, le era tanto mas apreziabile quanto que azia muchos años que aquella ciudad constituia parte del patrimonio de su familia; i por esta misma razon tubieron los abitantes menos repugnanzia en someterse. Dió el príncipe el gobierno al baliente Araujiere, recompensó jenerosamente á Ban-den-Berg i sus marineros, i ubo tambien su recompensa para los soldados conforme al mérito de cada uno. Fué al duque mui sensible esta pérdida; é irritado contra los italianos sus paisanos, que tan cobardemente abandonaron la defensa, izo arrestar á los ofiziales, i que se les formase consejo de guerra, el cual á todos condenó á muerte; sin que el duque iziese merzed de la vida mas que á uno solo en considerazion á su corta edad. (1).

Abia sido una imprudenzia en Lanzabecchia el confiar en su ausenzia la guarda de una plaza tan importante como Breda á su ijo siendo tan jóben; mas, bien castigada quedó con la cautibidad del ijo, i con la pérdida del gobierno de la ciudad; i aun juzgando el castigo menor que la culpa, él mismo añadió el de pribarse del gobierno de Jertrudemberg, renunziándole en manos del duque. Tales fueron los amargos frutos que le produjo la actibidad i dilijenzia con que antes logró corromper la guarnizion de Jertrudemberg. Fué recompensado, es berdad; empe-

(1) Grotius. Bentiboglio.

ro apénas tubo tiempo de gozar de la recompensa. Segun los prinzipios políticos i militares merezia su conducta el premio que se le dió; empero los amantes de la birtud se complazen al ver que la Probidenzia siempre justa así suele castigar al que inzita á la traizion como al que la comete.

El duque, sin embargo, tomó la resoluzion de recobrar á Breda sin dar tiempo á que el prínzipe la pusiese en estado de defensa, i embió al conde de Mansfeldt con parte de su ejército para que la sitiase; empero el prínzipe tan luego como la tomó la abastezió de provisiones para seis meses, i la guarnezió con mil doscientos infantes i quatrocientos caballos. Sabido por Mansfeldt mudó el intento de sitiarla en el de cortarla toda comunicazion con la probinzia de Olanda, i para ello apoderarse de una fortaleza situada en la embocadura del rio de Marck. Mas allóla tan bien fortificada, que despues de perder de seis á setezientos ombres tubo que desistir; si bien se dedicó á levantar otra fortaleza, tambien á la embocadura del rio, i prinzipió los preparatibos del sitio de Breda. Para azerle abandonar este proyecto se dirijió el prínzipe con unos cinco mil ombres azia Nimega, con intenzion de sitiarla si el conde persistia en el de Breda.

El duque de Parma que conozia quanto le importaba conserbar á Nimega, tan luego como supo el movimiento que sobre ella hizo el prínzipe, dió orden á Mansfeldt para que sin tardanza pasase á socorrerla. Izolo así, i conoziendo el prínzipe que no podia prinzipiar el sitio con probabilidad de buen esito acampó sus tropas en el Betuwe, al norte de Baal, frente de Nimega; i para impedir que el conde pasase el

rio izo fortificar las márgenes. En seguida i á
 vista del enemigo levantó un fuerte reducto,
 que se llamó despues Knotzemberg, esactamente
 enfrente de Nimega; por cuyo medio pibó á la
 zitudad de las bentajas que asta entonzes sacara
 de su situazion; i ademas incomodaba mucho á
 los abitantes por el continuo fuego que azia la
 artillería de que abia coronado el reducto. Lue-
 go que le ubo enteramente concluido, constru-
 yó un canal por medio del Betuwe, que comu-
 nicase con el Baal; asegurando así la nabega-
 zion de los confederados, i librándoles de la ne-
 zesidad en que estaban de pasar con sus barcos
 zerca de Nimega. Otra gran bentaja produjo es-
 te canal á los distritos zircumbezinos, qual fué
 la de quedar en lo suzesibo menos espuestos á
 los estragos de las inundaziones; i dé aquí el que
 combenzidos los estados de Güeldres i de Ober-
 Issel de lo útil que les era, manifestasen su re-
 conozimiento al prinzipe nombrándole goberna-
 dor de ambas probinzias.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO SECUNDO.

PRIMERA PARTE.

Los grandes talentos del príncipe Maurizio, i las pruebas que ya abia dado de la energía de su carácter, debieron combenzer á Felipe de que bastaban los Países-Bajos para ocupar las tropas que podia mantener el estado ruinoso de sus rentas. En la mengua que en la reputacion de sus armas i de su política abia causado el mal ecsito de su empresa contra Inglaterra, i sus largos i banos esfuerzos contra las probinzias-unidas, debió aprender cuan absurdos eran los planes i conquistas por su ambizion intentadas sin aber obligado antes á sus propios basallos á bolber á la obediencia. No es berisimil que pensase con seriedad en azer nueva tentatiba contra Inglaterra; empero no abiendo renunziado á sus proyectos ambiziosos contra la Franzia abia conserbado su union con los jefes de la liga; i á pesar de las dificultades que allaba para pagar sus tropas en los Países-Bajos, embiaba de quando en quando sumas considerables á los coligados.

Estos tenían entonces mas nezesidad que nunca de sus socorros. Inmediatamente despues del tratado de Joimbille echo por Felipe con el duque de Guisa en 1585, se bolbió á enzender el fuego de la guerra de un cabo al otro del reino entre protestantes i católicos. Sabia Enrique III los designios secretos del duque i sus partidarios: no ignoraba que no era menos contra él que contra los calbinistas, contra quien abian proyectado bolber sus armas; i como tenían fuerzas mui superiores á las suyas, i á él le fuese imposible el obrar abiertamente contra ellos, tomó el partido de ocultar su resentimiento i aczedió á la liga, con la esperanza de que declarándose protector i jefe de ella dirijiria todas las operaciones. Izieronse por su órden grandes preparatibos para seguir con bigor la guerra contra los calbinistas. Lebantaronse tres ejércitos: tomó el rei el mando de uno: dióse otro al duque de Joyeuse contra el rei de Nabarra, i el terzero al de Guisa para que saliese al encuentro de un cuerpo de tropas alemanas que iba en socorro de los enemigos. El duque de Joyeuse perdió la batalla de Coutras i la vida en ella: el de Guisa aunque con fuerzas mui inferiores derrotó á los alemanes; i esta bictoria debida á sus azertadas dispoziciones, i particularmente á su intrepidez, aumentó considerablemente el crédito que ya tenia en la estimazion del pueblo, i le aseguro la confianza de casi todos los católicos del reino. Embanezido con sus buenos suzesos, i conoziendo todo el poder de su influjo resolbió no diferir por mas tiempo el proyecto que mucho antes formara de desposeer al rei, meterle en un cláustro, i poner en su lugar al biejo i achacoso cardenal de Borbon, bajo cuyo nombre se proponia reinar,

asta que bacando el trono por falta de éste pudiese él ocuparle. Beia Enrique el abismo en que se le queria prezipitar, i para ebitar la caida recurrió al horrible medio que en su jubentud consintió se emplease contra los calbinistas en la matanza del dia de san Bartolome. Izo pues asesinar al duque de Guisa en Blois; i en su propio palazio, i por dezirlo así á su bista, á su hermano el cardinal de Lorena.

Este echo cruel, que solo la nezesidad puede disculpar, no produjo el efecto que el rei esperaba: no intimidó á sus enemigos, sino que les llenó de indignazion, i eszitó en ellos los mas beementes deseos de benganza. En París, donde el fuego de la liga abia cundido mas, rompió el pueblo las estatuas del rei: los eclesiásticos i predicadores declamaron contra él del modo mas ignominioso cubriendo de esecraziones su nombre; i la Sorbona tubo la audazia de espedir un decreto declarándole decaido de su trono. Se tomaron las armas contra él en todas las probinzias del reino; i para comandante en jefe de la liga se nombró al duque de Mayenne, no solo por ser hermano del de Guisa, sino tambien por su prudenzia i mucha capacidad.

En este estado no le quedaba á Enrique mas arbitrio que el recurrir al rei de Nabarra, á quien tantas bezes abia engañado, i aun trató indignamente; emperó este prínzipe jeneroso olvidando sus propias injurias se apresuró á marchar con su ejérxito en su socorro. Fortificado con él aun era Enrique temible á sus enemigos, i ubiera forzado mui pronto á París á que le abriera las puertas, si un fraile dominico, seduzido por sus prelados con la esperanza de ganar el zielo empapando sus manos en la sangre de su soberano, no le ubiese dado la muerte. Esta

311

rubo Enrique III, último de la estirpe de los Balois, la cual abia reinado trescientos años en Francia.

Era incontestablemente el rei de Nabarra heredero de la corona: el mismo rei difunto, antes de morir, le declaró su suzesor: el ejército le proclamó rei, i él tomó el nombre de Enrique IV, nombre que será por siempre respetado no solo de los franceses, sino de todos los amigos de la humanidad i de la birtud, de cualquier nazion que sean. Criado en la escuela de la adbersidad era paziente, frugal i laborioso; brabo i prudente, jeneroso i umano: tenia la noble franqueza de la senzillez, i todo el candor de la probidad mas esacta: asta sus enemigos le admiraban; i sino ganaba sus corazones, les obligaba á que respetasen sus birtudes. Jamas a ocupado trono, príncipe con cualidades mas brillantes, mas esenziales, ni mas amables. Sin embargo, era tal la fuerza del frenesí religioso de parte de sus basallos, tal el temor de que á imitacion de la reina en Inglaterra aboliese Enrique en Francia el culto católico; i tal el aborrezimiento al calbinismo que Enrique profesaba, que en odio de él muchos dejaban su campo, i por retener á otros, fué nezesario darles esperanzas de que pronto entraria el rei en el gremio de la iglesia romana.

Abia en París un partido considerable que se ubiera declarado por Enrique si este ubiera abjurado el calbinismo; así como entre sus habitantes abia muchos que obraban menos por religion que por ambizion. Otros tambien á pretesto de defender la fé, querian perpetuar la lizenzia que azia mucho tiempo reinaba, para cometer impunemente los delitos mas atrozes. Tambien la España tenia en aquella gran ciudad

muchos parziales que instigados por Mendoza, embajador de Felipe, i Cayetano, legado del papa, abian formado el proyecto de coronar á Felipe ó á Isabel su ija, como nieta de Enrique II.

El duque de Mayenne que abia adoptado por entero el plan de su ermano, se lisonjaba de que de estos mismos partidos sacaria ventajas que le fazilitasen elebarse al trono. Ocultaba no obstante sus miras, i para tener tiempo de preparar lo nezesario al logro de ellas persuadió á la mayor parte que reconoziesen por rei al cardenal de Borbon. El rei de España que tiraba al mismo blanco que Mayenne, imitó su conducta, i por los mismos motivos dió su consentimiento para que se pudiese al cardenal en el trono.

En tanto, el ejéztito de Enrique se iba disminuyendo por dias, en términos que tubo que abandonar el sitio de París, i retirarse á Normandía para allarse mas en disposizion de rezibir los socorros que la reina de Inglaterra le abia ofrezido. Siguióle el duque de Mayenne i le atacó en sus atrincheramientos zerca de Arques; mas aunque su ejéztito era mucho mayor que el del rei fué rechazado con gran pérdida; i en seguida enteramente desecho en la batalla de Ibri. Así en estas como en otras muchas ocasiones, el valor de Enrique suplía por el número. Mayenne bolbió á París los restos de su ejéztito; pero sin estar en la ziuudad mas tiempo que el nezesario para concertar con su gobernador el duque de Nemours, los medios que convenia adoptar para defenderla en caso que fuese sitiada por el ejéztito victorioso. Mayenne se fué en seguida á rezibir en Picardia el refuerzo de tropas que el duque de Parma le conduzia. El rei se abia adelantado ázia París, i échose due-

ño de la nabegazion del Sena i del Marne, i de todos los pasos que conduzian á la zidad; i abiéndola despues bloqueado por todas partes no tardaron los abitantes en experimentar los orrores del ambre.

Su situazion era lamentable; pero persistian en la resoluzion que desde el prinzipio tomaran de sufrir toda espezie de males antes que reconocer por soberano un prinzipe ereje; i en ella les arraigaban las esortaziones de los jefes de la liga apoyados con todo el crédito del embajador de España i del legado de Roma, con los discursos sediziosos de los sazerdotes, i sobre todo con los audazes decretos de la Sorbona.

Aquellos desgraziados abitantes no podian esperar socorros sino del rei de España, que entonzes les era menos favorable á ellos en particular, i á la liga en jeneral. Lo que pasaba en Francia ocupaba enteramente su atenzion: el cardenal de Borbon acababa de morir, i Felipe ubiera empleado de buena gana todas sus fuerzas contra Enrique si este suzesu ubiera podido fazilizar la ejecuzion del designio que abia formado de adquirir para sí ó para su ija la posesion de la monarquía francesa, dado que mas que la relijion era la ambizion la que le mobia. Empero como abia penetrado las miras del duque de Mayenne, i conozido que no debia contar sino con la mayor oposizion de su parte i de la de todo su partido, prebió tambien que si Enrique sucumbia bajo los esfuerzos del duque, como que entonzes no nezesitarian ya los católicos de sus ausilios, olvidarian quanto por sostenerlos abia echo, se unirian contra él en favor del duque, i ningun provecho sacaria de los inmensos gastos que llebaba suplidos. Por estas consideraziones, i los consejos del duque de Par-

ma, se resolvió en dar largas á la guerra, i no auxiliar á la liga mas que en cuanto bastase para que Enrique no tomara demasiado ascendiente sobre ella; i esperaba que perpetuando así la guerra debilitaria igualmente ambos partidos; i que tarde ó temprano les obligaria á suscribir á las condiciones que les quisiera imponer.

En conformidad de este plan, el duque de Parma despues de haber tenido una conferencia en Condé con el de Mayenne, no le embió mas que dos mil quinientos infantes, i ochozientos caballos; empero como este refuerzo no bastase para azer levantar el sitio de París temió Felipe que los sitiados se desanimarían, i que si un príncipe tan capaz como Enrique llegaba á dominar la capital no tardaria en someter el resto del reino. Para impedirlo, prefirió Felipe al partido que su prudenzia i su interés le abian echo adoptar al prinzipio, el de azer levantar el sitio de París; i en consecuenzia dió al duque de Parma las órdenes mas positibas para que entrase en Franzia con todo su ejérxito, i la mayor zeleridad. Aunque no abia empresas por difiziles i peligrosas que fuesen, superiores ni á los talentos ni al balor del duque; sin embargo ubiera deseado que Felipe renunciara á esta. Para determinarle á ello le espuso las funestas i peligrosas consecuenzias que podrian tener su salida i la de las tropas, de los Países-Bajos: procuró tambien llamarle la atenzion ázia lo inzierto de las bentajas que se prometia sacar del gran interés que tomaba en los negocios de Franzia. Empero Felipe á quien zegaba la ambizion, no podia renunziar á la seductora esperanza de unir la Franzia á sus dominios. Sordo pues, á todas las sabias i prudentes representaciones del duque, persistió en su resoluzion, i

todo lo que aquel pudo obtener fué que leban-
tado el sitio bolbiese con el ejérxito á los Países-
Bajos.

Antes de partir á esta espedizion nombró el
duque al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt go-
bernador de ellos en su ausencia, i á su ijo el
conde Carlos, comandante de las pocas tropas
que dejaba. En seguida se dedicó á preparar lo
nezesario para bezer las grandes dificultades
que esperaba allar en una empresa contra un
prínzipe tan capaz como el rei de Franzia, á
quien nezesitaria atacar en medio de sus esta-
dos, i que pelearia al frente de un ejérxito com-
puesto de una bizarra nobleza, balerosa, i casi
imbenzible. No que estas consideraciones por
mas poderosas que fuesen intimidasen al duque,
antes por el contrário contribuían á inflamar su
ardor, i azer brillar mas que asta entonzes los
superiores talentos que poseia. Conozia mui bien
los del ilustre ribal con quien iba á entrar en
liza, i temia que contra un adbersario que go-
zaba de tanta reputazion, quedase obscurezida
la que él abia adquirido en sus anteriores es-
pediciones.

Tenia entonzes Enrique IV al rededor de
cuarenta años, i el duque algunos mas: uno i
otro se abian distinguido igualmente desde su
mas tierna jubentud por su amor á las armas, é
igualmente abian pasado su bida en aprender el
ofizio de la guerra, i en azerla. Ambos poseian
en alto grado el talento de azerse amar de sus
soldados, sin perjuizio de la disziplina, ni me-
noscabo de su autoridad. Eran iguales en balor,
é igualmente fecundos en imbentar medios i ar-
bitrios: á un injenio mui basto unian mucho dis-
zernimiento. Enrique era mas beemente, mas
bibo, i sobre todo mas pronto en dezidirse: el

duque mas prudente i zircunspecto: dueño siempre de sus pasiones nunca se apartaba de las reglas de la prudenzia. Enrique se dejaba arrebatado con frecuencia de su ardor i de su impetuosidad natural; i entonzes se olvidaba de sí, peleaba como un soldado, i se esponia sin nezesidad cuando no debia prozeder sino como jeneral; así era mas propio que el duque para un golpe de mano, un combate, una batalla dezisiba; mas el duque sabia mejor que él usar de ardides i estratajemas, i alcanzar el fin sin derramar sangre. No obstante esta diferencia de caractéres i de talentos, eran ciertamente los mas grandes capitanes de su siglo, i podian compararse con los mas illustres jenerales antiguos i modernos.

Partió el duque de Brusélas al prinzipio de agosto: era su ejérezito de catorze mil infantes i tres mil caballos. A su entrada en Franzia reunió sus prinzipales ofiziales, i les trazó el plan de conducta que debian obserbar en la espedizion á que les conduzia: espusoles cuan importante seria que pusiesen la mayor atenzion en mantener entre los soldados la mas esacta disciplina. «Los franzeses, les dijo, son naturalmente zelosos de los españoles: sospecharían que beniamos mas bien á subyugarlos que á socorrerlos sino ebitasemos todo lo que podria dar lugar á semejantes sospechas, que serian mui perjudiziales á las intenziones del rei. Así pues, ningun cuidado será eszesibo para impedir que los soldados comieran la menor biolenzia contra los abitantes. Por otra parte, el enemigo contra quien tendremos que pelear es actibo, animoso, i emprendedor; así, combendrá mucho obserbar el mayor órden en la marcha, no permitir ningun bullizio en los cuarteles, ni á los soldados»

que abandonen sus banderas de dia ni de noche bajo ningun pretesto sea el que quiera. Es nezesario tambien reconozar el pais con la mayor escrupulosidad ; tomar cuarteles antes que el sol se ponga , i obserbar que los soldados esten sobre las armas asta que el campo se aya puesto en estado de defensa ; i fortificarlo siempre del mismo modo que si estubiesemos á vista del enemigo.

Tenia el duque en su ejéztito muchos ofiziales de gran reputazion ; empero no por eso era menos actibo ni bijilante enazer que se cumpliesen las órdenes que daba , teniendo por imprudente el poner en ellos una ziega confianza. Por los mapas que abia adquirido i las instrucciones que los naturales le daban tenia un esacto conozimiento del terreno por donde abia de pasar: á él era á quien daban cuenta de lo que notaban las dibersas partidas de descubierta que salian, i él quien señalaba los campamentos ; en fin, tal era la bijilanzia con que cuidaba de todo lo que le parecia de alguna importancia , que apenas podia contar con algunas oras de descanso entre el llegar i partir.

Para que la tropa fuese contenta, mas fuerte i bigorosa cuando nezesitase pelear , marchaba á cortas jornadas ; de modo que no llegó á Meaux , diez leguas de París , asta el 23 de agosto. Allí se le juntó el duque de Mayenne con diez mil infantes i mil i quinientos caballos. A los sitiados abisó de su llegada , asegurándoles que dentro de pocos dias marcharia en su socorro. Azia muchos dias que abian caido en el mayor abatimiento , i entonces se allaban reducidos al estado mas lastimoso , siendo muchos los que abian muerto de ambre , ú de las enferme-

dades que ocasionan los alimentos mal sanos. A pesar del orror que su fanatismo les inspirara contra su rei, abia sido nezesaria mucha bijilancia del gobierno para impedirles que le abriesen las puertas; i aun sabida la llegada del duque desconfiaban poderse mantener asta el dia en que debia ir á socorrerlos. Instruido por los jefes de la liga del estado i dispoziciones en que los sitiados se allaban, no difirió el duque la marcha mas que el tiempo nezesario para asegurar el logro de la empresa.

Algunas semanas azia que esperaba Enrique apoderarse de París, que llevaba quatro meses de sitio, antes que el duque llegase: infierase cual seria su disgusto, cuando supo que estaba en Meaux. Su situazion era critica: inzierto sobre el partido que debia tomar, repugnabale mucho el abandonar la presa en el momento mismo en que la iba á cojer. De buena gana dibidiera su ejéztito, dejando parte que continuase el bloqueo, i saliendo con el resto al encuentro de los españoles; empero azia algun tiempo que las enfermedades le abian disminuido, i temia que la parte que llevase contra el duque fuese demasiado débil para pelear con ventaja. Despues de aber dudado mucho, se resolvió al fin en levantar el sitio, é ir con todas sus fuerzas á embestir al enemigo antes que se azercase mas á París.

Componiase el ejéztito del rei de veinte mil infantes i zinco mil caballos: adelantose asta Chelles, quatro leguas de París, i acampó en una basta llanura, terminada por dos colinas de suave pendiente, i separadas una de otra por el camino que ba á Meaux. El ejéztito español estaba acampado al otro lado de la colina, i fuertemente atrincherado; i en esta situazion perma-

siezieron muchos dias. Ya no necesitaba el duque precipitar su marcha á París; pues sus abitantes, lebandado el sitio, se abian proporcionado bíberes en las repetidas incursiones que izieron en las campiñas bezinas. El rei no se atrebia á atacar al enemigo en sus trincheras, así por la fuerza de ellas; como porque el ejéztito que las defendia era superior al suyo; empero como las enfermedades continuasen aziendo en él los mayores estragos, deseaba con ansia venir á batalla. Dizese que desafió al duque de Mayenne á que saliese del *cubil* en que se abia enzerrado, mas como tímida *raposa*, que como *leon*, proponiéndole un combate singular en que mas prontamente se dezidiesen sus pretensiones i se pudiese fin á las calamidades que afligian al reino. Embió el duque de Mayenne el eraldo que le abia llebado el desafío, al de Parma; que respondió, sonriéndose, *bien beo que mi conducta no agrada al rei de Nabarra; mas yo acostumbro pelear cuando me parece, i no cuando el enemigo lo desea; i añadió, que léjos de reusar la batalla, él mismo la ofrezzeria tan luego como juzgase que lo esijia la causa que abia ido á defender.* Farnesio retubo el ejéztito dentro de sus líneas aun otros dos dias enteros, que empleó en reconocer el terreno i examinar como podria dar cabo á su empresa sin batalla. Formado que tubo su plan, i sin dar de él parte á Mayenne, ni á ninguna de sus ofiziales, anunzió la resoluzion que abia tomado de ofrezzer la batalla. Al marques de Renti dió el mando de la banguardia compuesta de dos escuadrones de lanzeros i de toda su caballería lijera, que debia dirigirse á lo alto de la colina que separaba los dos ejéztitos, estender sus tropas, darles el frente mayor que pudiese, i despues ir bajando muy des-

pazio de la colina sin trabar combate antes de rezibir órden espresa para ello. El mando del grueso del ejéztito dió al duque de Mayenne, i el de la retaguardia al señor de la Mora. El duque no se reserbó puesto particular, para acudir adonde la nezesidad lo esijiese.

Quando el rei supo que el ejéztito contrario azia mobimiento, i tubo algunas ideas de sus disposiciones, no dudó que el duque intentase arriesgar la batalla: la alegría brillaba en sus ojos. Ordena su ejéztito con admirable prontitud i abilidad, i espera que el enemigo acabe de bajar á la llanura para combatirle con mas igualdad.

Desplegado que ubo Renti toda la banguardia i dado á su frente bastante estension para ocultar lo que detras de ella pasaba, rezibió órden del duque para que iziese alto, i esperase al enemigo si intentaba subir la colina i buscarle. En seguida picó el duque al caballo, i á galope se fué al de Mayenne que abanzaba con el grueso del ejéztito, i tomandole por la mano con aire alegre le dijo: «Pronto se berá París libre; mas para ello nezesitamos dirijirnos á otro lado;» i le añadió, que era nezesario marchase, así bien que la Mora con la retaguardia, ázia Lagni, pequeña ziuudad situada al otro lado del Marne; que ocupasen el terreno que caia puntualmente enfrente de la ziuudad, i empleasen todas sus tropas enazer fuertes líneas de zircumbalazion al rededor del campo.

Izose todo así con la mayor prontitud: un foso profundo rodeaba el campo, i para defenderle se lebantaron reductos, plazas de armas i otras fortificaziones, que le iziesen impenetrable, al mismo tiempo que se lebantó contra la ziuudad una batería considerable.

En tanto, el marques de Renti sin moverse,

azia muchas oras que dibertia al enemigo, el cual esperaba verle de un instante á otro bajar al llano. Mas en vez de esto izo desfilar su tropa ázia Lagni, despues de asegurar su retirada con un cuerpo escojido, mandado por un ofizial llamado Basta, colocado en un terreno cubierto de árboles, que se allaba en la colina. *Is biba*

Esta maniobra del marques sorprendió mucho al rei, que no sabia lo que pasaba del lado allá de ella. Cuando la bió abandonada de la caballería española, embió á que persiguiese á esta un destacamento, con encargo de atacar la retaguardia de Renti, i que al mismo tiempo se instruyese del intento del duque de Parma. Mas este destacamento, que no contaba con el de Basta, cayó en medio de él: el combate fué bibo, i duró mucho tiempo sin dezidirse: la bentaja era ya de uno ya de otro asta que en fin cada uno se bolbió á su campo. El rei pasó toda la noche sin saber nada azerca de las operaciones del enemigo. No suponía que un jeneral tan prudente como el duque ubiese echo pasar el Marne á su ejéztito para llevarle ázia París, dejandose atras una ziudad tan fuerte como Lagni: aun mas difizil le parecia que corriendo el rio entre su ejéztito i la ziudad, i á bista de otro ejéztito bastante poderoso para atacar al suyo, ubiese formado el proyecto de sitiarla. Ello fué que asta el dia siguiente no supo el rei que el intento del duque era apoderarse de Lagni, i que todas sus maniobras no habian tenido mas objeto que disfrazar su designio para ejecutarle mas fázilmente. Sintiólo Enrique tanto mas cuanto menos posible le era impedirlo. Por todas partes beia dificultades insuperables: los españoles tenían ya su campo en tal estado de defensa que no abia esperanza de atacarle con fruto. El no

mudar de posizion era peligroso, i en zierto modo entregar al enemigo la ziudad de Lagni, cuya posesion le abria el paso asta Paris. Por otra parte si decampaba para socorrer á los sitiados, le dejaba libre aquel mismo paso que con su ejército le tenia zerrado. En este compromiso se dezidió el rei á conserbar su posizion, i embiar de cuando en cuando refuerzos á la guarnizion de Lagni.

Los españoles por su parte estrechaban el sitio quanto podian: al llegar frente de la plaza levantaron como dijimos una gran batería que á la mañana siguiente descubrieron. El fuego fué tan bibó i bien sostenido que en poco tiempo arruinó parte de las murallas. Poco intimidó á la guarnizion que tenia su confianza en el rio que mediaba entre la ziudad i los sitiadores; mas el duque dispuso que algunas millas por bajo de ella se echase un puente de bateles, por el qual izo que pasasen al otro lado muchos millares de sus mejores soldados, que inmediatamente que la brecha fué practicable montaron al asalto. Rezibiolos la guarnizion com mucho denuedo i los rechazó; pero una falta considerable que cometió la Fin, gobernador de la plaza, dezidió prouto de la suerte de Lagni. Por querer renovar con tropas frescas las que acababan de sostener el asalto, i no azerlo por filas, como se acostumbra, sino de una vez, se causó tal confusion entre los soldados, que adbertida por los enemigos buelben á la carga, i peleando con mas furor que antes izieron prisionero á la Fin i pasaron á cuchillo á casi toda la guarnizion. Podia Enrique ver desde su campo esta eszena, tanto mas dolorosa para él, quanto menos podia socorrer ni á los soldados que beia degollar ni á la ziudad de que el enemigo se apoderaba.

Tomada Lagni no le quedaba al duque mas obstáculo que benzer para azercarse á París i abastezerla de bíberes, que los puentes de san Mauro i de Charenton; pero los soldados encargados de su defensa la izieron mui débil i abandonaron aquellos puntos importantes; con lo que pudieron llegar asta las puertas de la capital toda espezie de comboyes. Es mas fasil imajinar que describir la alegría de los parisienses. Beíaseles correr á bandadas al encuentro de las carretas cargadas de los bíberes que tanto nezesitaban: oíaseles azer continuamente el elojio del duque á quien llamaban su salvador i su libertador.

Nadie admiraba mas que Enrique la destreza con que el duque abia conduzió i ejecutado su empresa: mas el sentimiento que de ello tenia le aumentaba la considerazion de que si ubiera seguido el consejo que le dió la Noue de abanzar asta Claye en lugar de acampar zerca de Chelles, ubiera podido salbar á Lagny, i detener el ejérxito español; i allándose los parisienses sin esperanza de ser socorridos, se ubieran bisto forzados á abrirle las puertas.

El pesar de tan grave yerro era tanto mayor, quanto menor la esperanza de repararle por algun golpe brillante. El duque abia logrado su objeto: París estaba socorrido: esto era lo que se abia propuesto en su espedizion. No abia pues aparienzia de que quisiese esponer sus tropas al tranze de una batalla. Por otra parte el ejérxito del rei se abia disminuido mucho por las enfermedades i fatigas de una campaña tan larga i penosa. Talado el pais del contorno se empezaba á sentir en su campo la escasez de subsistenzias: sus rentas se allaban gastadas; i la mayor parte de la nobleza que serbia

á espensas propias , perdidas las esperanzas de forzar á los parisienses á rendirse , ni al duque de Parma á pelear , estaba muy impaziente por bolverse á sus castillos. Estas consideraciones determinaron al rei á que se retirase á san Denis , lizenziase parte de sus tropas , i á la nobleza para que probeyese á la seguridad de las probinzias que tanto le interesaba defender. No retubo consigo mas que un campo volante , compuesto de tropas escogidas , con el cual se proponia oponerse á los progresos de las armas del enemigo durante el invierno ; mas , con tan pequeño ejérxito mal podia impedir que el duque emprendiese lo que quisiese. Con efecto solizitado por el de Mayenne i los otros jefes de la liga puso sitio á Corbeil , i la tomó por asalto , despues de aber experimentado muchos dias la mas bigorosa resistenzia de los sitiados , i de aber perdido un gran número de sus mas valientes soldados.

Deseando conserbar una adquisizion que tan cara le abia costado propuso el duque á los jefes de la liga que dejaria en ella guarnizion de sus walones ó italianos. Acaso no llebó otro objeto en la propuesta que el de conozer cuales eran sus verdaderas disposiciones respecto del rei de España ; i acaso tambien queria que si la proposizion no se azeptaba , conoziera Felipe quantas dificultades encontraria cuando quisiera cojer el fruto del grande interés que tomaba en los negocios interiores de la Franzia ; i que no sin muy poderosas razones abia procurado disuadirle de la expedizion que acababa de azer.

Empero fuese el que quisiese el objeto del duque , ello fue que recibio una denegazion formal del de Mayenne i demas jefes : denegazion que le izo ver claramente los zelos i sospechas

que tenian : le confirmó en la opinion de que estaban las cosas muy léjos de que Felipe pudiese contar con el logro de su intento ; i en la de que para ello no abia medio mejor que prolongar la guerra asta que se consumiesen las fuerzas i la pazienza de los dos partidos. Este era el plan que como dejamos dicho, propuso el duque i adoptó el rei. En consecuencia, i viendo que ningun partido se allaba en peligro de ser oprimido por el otro resolvió el duque bolver su ejército á los Países-Bajos. Ademas concurrían muchas cosas á azerle adoptar esta determinazion : tales eran, el rigor de la estazion, las enfermedades que reinaban en su ejército, la falta de dinero, i la carestia de víveres, tan escasos en su campo que muchas vezes se vió en la nezesidad de permitir á sus soldados que los adquiriesen por el pillaje. Esta condescendencia, á que la nezesidad le forzaba, erale tanto mas repugnante quanto mas bien sabia lo que perjudicaba á la disziplina militar, i á los intereses i miras de Felipe, pues que tales actos no podían menos de enajenarle el amor de los pueblos.

Los jefes de la liga que abian creído que el ejército español no saldría de Francia asta haber desecho enteramente las tropas del rei, no ubo cosa que no iziesen para que el duque mudase de resoluzion ; mas todo fué inútil : dijoles que el estado de los negocios de los Países-Bajos azian indispensable su buelta ; i les ofreció embiarles dinero, i dejarles tropas con que pudiesen continuar la guerra. Empero treinta mil ducados que prometia, i zinco á seis mil ombres que les dejaba eran socorros que no correspondían á las grandes esperanzas que abian concebido de su alianza con España. Entonces vieron claramente que á pesar del calor con que

abia parezido i aun parecia que Felipe abrazaba sus intereses, no prozedia este sino por algun motivo secreto relativo á su ambizion : que nada distaba mas de su ánimo que el acabar la guerra ; i que no contribuiria con auxilios suficientes para acabarla sino cuando estubiese seguro de recojer para sí todos los frutos de la victoria. En estas zircunstanziyas resolbieron no obstante disimular , i para ocultar mejor su disimulo azeptaron el mezquino socorro de ombres i dinero que se les ofrezia. El duque de Parma se ocupaba en los preparatibos para su partida ; i como no dudaba que el rei ariá quanto pudiese para embarazar su marcha , tomó las mismas precauziones para salir de Franzia que tomara para dejar los Países-Bajos. Izo del ejército quatro dibisiones , marchando siempre con el mismo orden que si caminara al combate. La caballería lijera , continuamente reconozia la tierra , i todas las tardes se rodeaba el campo con buenos atrincheramientos.

Estas precauziones eran tanto mas prudentes quanto mas determinado estaba el rei á no dejarle salir tranquilamente de sus estados. Para ello se dirigió Enrique ázia Compiègne á los confines de la Picardia. Inmediatamente que supo el camino que el ejército llevaba , inflamado del deseo de bengar las injurias rezibidas dejó á Compiègne i marchó con intento de irle inzesantemente inquietando. Aquí fué donde descubrió el rei todo su valor i prebision : boltrijeandó por dezirlo así continuamente al rededor del enemigo , ora le atacaba de frente quando menos lo esperaba , ora le tomaba en flanco , i alguna bez caía sobre la retaguardia sin darle punto de reposo de dia ni de noche , i teniendo-le siempre en continúa alarma.

Imposible parece que otro hubiera podido azer tanto con fuerzas tan desiguales ; pues si al ejérvito español hubiera conduxido un jeneral menos prudente i prohibido que el duque de Parma , muchas bezes le hubiera desordenado i acaso alguna destruido enteramente en una marcha tan penosa , en caminos tan difiziles como los que nezesitaba pasar , i en una estazion tan destemplada. Empero la bijilianzia del duque igualaba á la actibidad del rei. En cualquier punto en que le atacaba éste , allí le encontraba dispuesto á rezibirle. Siempre llegaba el socorro casi tan pronto como empezaba el ataque. En bano los franzeses probocaban á la pelea á los españoles : su jeneral les tenia prohibido todo combate que no fuera por defenderse ; de modo que aunque los franzeses formasen un ataque no por eso retardaban la marcha. En fin , llegó el duque con su ejérvito en el mejor orden á la probinzia de Enao , sin embargo de aber tenido una pérdida considerable.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II.

REI DE ESPAÑA.

LIBRO BIJÉSIMO SECUNDO.

SEGUNDA PARTE.

Alló el duque de Parma á su llegada, que su ausencia abia tenido los funestos resultados que abia prebisto. La expedizion que acababa deazer abia agotado el erario, i parte de las tropas que dejara en los Paisés-Bajos se abian amotinado porque no se las abia podido pagar. Las de los confederados abian talado las fértiles probinzias de la Flandes i el Brabante. El prínzipe Maurizio se abia apoderado de muchas ziuudades en la frontera que aunque pequeñas le abrian el camino á conquistas mas importantes.

Estos desgraziados prinzipios eran al duque tanto mas desagradables quanto menos medios beia de reparar sus pérdidas i bengarse del enemigo. Las instrucciones que abia rezibido de España, ninguna duda le dejaban de que á Felipe ocupaban mas que nunca sus miras ambiziosas sobre Franzia. En consecuencia se bió

prezizado á dar cuarteles de invierno á la mayor parte de sus tropas en el Artois i el Eno, á fin de bolberlas al socorro de la liga, á la primera orden que rezibiese, empero esta disposizion dejaba casi indefensas muchas ziudades importantes, en las fronteras de las pro- binzias maritimas, que no teniendo guarnizion capaz de defenderlas podian fácilmente ser tomadas por los confederados. Conozidas por estos las ventajas que les ofrezia el estado de los españoles resolvieron aprovecharlas. Asta entonces abian estado á la defensiva, i no se abian ocupado mas que en defender sus fronteras, muchas bezes sin lograrlo, i siempre con mucho trabajo. Las ridiculas empresas que la ambizion de Felipe le abia echo intentar, reanimaron á los confederados, que se dedicaron con la mayor actividad á ponerse en estado deazer con bigor la guerra ofensiva.

A prinzipios de 1591 el coronel Norris al frente de la guarnizion de Ostende i de algunas tropas inglesas se apoderó del fuerte de Blackemberg, (1) que como situado entre Ostende i la Esclusa le abrió una parte de la Flandes donde podiaazer frecuentes incursiones. Poco despues otro cuerpo de los confederados sorprendió los fuertes de Tarnout i de Westerloo en el Brabant. Empero estas conquistas eran de poca considerazion comparadas con las del prinzipe Maurizio, que puesto en campaña al instante que lo permitió la estazion, dió prinzipio á sus operaciones por la toma de Zutphen.

En seguida pasó á sitiár á Debenter, plaza de mucha mas impottanzia que Zutphen. Abia

(1) Dávila, l. 2. Bentiboglio, l. 5, part. 2. De Thou, l. 94., sect. 6 & 7.

sido entregada á los españoles por sir William Stanlei. El coronel de Bere animado de la noble ambizion de borrar la fea nota que sus compatriotas contrajeron por aquella traizion abia solizitado con la mayor instançia que el príncipe Maurizio emprendiese el sitio de Debenter. En él descubrió de Bere aquel balor i grandes talentos que despues le izieron tan zélebre, i de que los istoriadores contemporáneos ablaron con tanto elojio. Él era el que bajo las órdenes del príncipe mandaba i conduzia todas las operaciones del sitio con una prudenzia i una abilidad consumadas; de modo que todos combienen en que despues de Maurizio fué el que mas contribuyó á la rendizion de la plaza. Defendiala, i con el mayor bigor el conde de Berg, primo ermano del príncipe; pero abiendo sido grabemente erido, i destruida la parte de la muralla del lado por donde de Bere conduzia el ataque, capituló la ziedad pocos dias despues de abierta la brecha, i los abitantes bolbieron á la obedienzia de los estados. (1)

El duque de Parma por su parte sitió el fuerte de Knotzemberg construido el año antes por el príncipe, i que como ya bimos azia á los confederados dueños de la nabegazion del rio, tan en perjuizio de Nimega que el duque temia mucho por la suerte de plaza tan importante. Para ocultar su intento dirijió su marcha ázia el fuerte de Schenck; empero no engaño al príncipe, que reforzó la guarnizion de Knotzemberg con tropas escojidas.

Mas aunque por la bigorosa resistenzia de los sitiados perdia Farnesio mucha jente, espe-

(1) Bentiboglio, p. 350. Grot., p. 145. Metaren, p. 530.

raba forzarlos á rendirse. Temió tambien Maurizio , i abandonando el proyecto de apoderarse de Groninga , pasó el Waal i fué á acampar á vista de los sitiadores. No porque pensase atacar sus líneas , empresa mui superior á sus fuerzas , sino por sostener con su presencia el valor de los sitiados , inquietar á los sitiadores , fatigarles con sus ataques , é interzeptar sus comboyes. Las tropas de ambos partidos tubieron diferentes encuentros con suerte baria. Esto duró asta que el príncipe pudo azer uso del siguiente estratajema : abiendo puesto en emboscada un cuerpo de sus mas balientes soldados abanzó del campo de los sitiados con el conde de Solmes i el coronel de Bere al frente de algunas compañías de caballería. El duque menos prudente que acostumbraba , embió contra ellas diez compañías de caballería española é italiana : el combate fué reñido ; i despues de sostenerle algun tiempo retrozedió la caballería del príncipe , siguiendo sus órdenes , i echó á uir : la del duque la persiguió con el mayor ardor , i pasó un desfiladero estrecho i un puente. Entonzes el príncipe reuniendo los fujitibos les bolbió al combate : al mismo tiempo salieron los emboscados , i cayeron sobre los enemigos por la espalda con la mayor impetuosidad , miéntras el príncipe los atacaba por el frente con el mayor valor ; i como el camino para la retirada estubiese zerrado , casi todos murieron ó quedaron prisioneros.

Esta desgrazia fué tanto mas sentida del duque quanto la mayor parte de los ofziales que abian perecido en ella eran paisanos suyos , i gran número de mui distinguido nazimientto , i en cuya suerte mucho se interesaba.

Quedó el duque casi imposibilitado de conti-

nuar el sitio por falta de caballería para asegurar los comboyes, además de que los progresos que abia echo eran poco considerables. No obstante, se resolviera á continuarle, sino recibiera del rei de España órdenes positivas para que no formase ninguna empresa, i se estubiese á la defensiva en los Países-Bajos para tener las tropas en el mejor estado posible de azer segunda espedizion en Francia. Abiase lisonjeado Maurizio de atacar con ventaja la retaguardia del duque en su retirada; mas izola este con tantas precauciones que no le fué posible al príncipe causarle el menor daño ni aun al paso del Waal. Admiraba Maurizio las grandes manobras del duque, i las estudiaba con la mayor aplicacion: i en la conducta de aquel grande ombre, que no se abergonzaba de tomar por modelo, aprendia las eszelentes lecciones que puso después tantas bezes en práctica i con tan buen efecto.

Abiendo pasado el Waal i probisto á la seguridad de sus tropas ordenó el duque nuevas levas de ombres en Alemania, Polonia i los Países-Bajos, i en seguida partió á las aguas de Spa. Inmediatamente después embarcó el príncipe cuatro mil infantes i seisientos caballos, i fué á desembarcar en la parte de la Flandes, llamada el país de Waes, i bloquear la ciudad de Ulst. Sabido por Mondragon, gobernador de Amberes, reunió las tropas acuarteladas en las ciudades mas inmediatas, i marchó al frente de ellas con intento de obligar al príncipe á que levantase el sitio. Abiate prebenido Maurizio abriendo los diques, i zerrando así todos los pasos para llegar asta él. La guarnizion era flaca, la ciudad mal probista de biberes i muniziones: circunstancias que sabidas por el príncipe le

abian determinado á sitiarla ; i así fué que la guarnizion no opuso mas que una débil resistencia i capituló. Inmediatamente despues de reducida Ulst bolbió el príncipe á Knotzemberg , i como sabia que en aquel distrito no abia ejército español echó un puente en el Waal , i puso sitio á Nimega. Componiase la guarnizion de alemanes i walones , que izieron muchas salidas i dificultaron los aproches. Si los abitantes la ayudaran fuera preziso mucho tiempo i trabajo para rendir la plaza , por otra parte mui fortificada i de grande estension ; pero azia algun tiempo que el príncipe tenia intelijenias con los prinzipales bezinos , i el pueblo estaba mui descontento con el gobierno español ; de modo que cuando bió la ciudad que Maurizio se allaba en disposizion de sostenerla , se levantó , i pidió á la guarnizion , en aquel tono en que se esije , que pusiese fin á sus calamidades capitulando. Sintiéndose la guarnizion sin fuerzas para resistir á los abitantes i al enemigo , tomó el partido de consentir en lo que no podia negar. Fué Maurizio rezibido en Nimega no como un benzedor que les abia sometido por la fuerza de las armas sino como su libertador que iba á romper las pesadas cadenas que les oprimian. Conzedieronse á Nimega los mismos privilejios de que gozaban las demas ciudades de la confederazion : quitóse el gobierno á los católicos , i se debolvió á los protestantes ; pero sin castigar á aquellós por el mucho tiempo que abian mantenido el gobierno español.

La adquisizion de Nimega era demasiado importante para que el príncipe Maurizio no recibiese de los estados , á su llegada al Aya donde se trasladó despues de conquistada aquella plaza , los testimonios del mas bivo reconoci-

miento, i las seguridades de la mas sinzera adesion. La prudenzia con que abia concertado sus empresas, i la zeleridad i bigor con que las abia ejecutado, le granjearon en toda la Europa el mayor renombre, al mismo tiempo que sus ziuudadanos conzibieron las mayores esperanzas para lo suzesibo.

El estado de estos era entonzes mui diferente del que abia sido en tiempos pasados, i aun desde que la confederazion se abia formado: abiales aflijido una série de toda espezie de calamidades: grandes disensiones intestinas les abian tenido en una ajitazion continúa, i dado lugar á que reinase la confusion i el desorden. La bezindad de un enemigo actibo i emprendedor, i los designios pérfidos de aquellos en cuyas manos abian puesto las riendas del gobierno, les abian causado las mas bibas inquietudes. Todos estos males abian desaparecido; ya no reinaba la discordia; el enemigo estaba contenido i distante; las fronteras de las probinzias estendidas i defendidas con plazas bien fortificadas ó con rios nabegables, por cuyo medio podian sacar bentaja de la superioridad de sus fuerzas maritimas; léjos toda sospecha en la fidelidad de los que les gobernaban: asta la perdida del príncipe de Oranje estaba reparada por el mérito extraordinario de su ijo.

Empero lo que mas contribuia á que conzibiesen la esperanza de un dichoso porbenir era la zertidumbre que tenian de que Felipe se allaba entonzes mas ocupado que nunca en los negocios de la Franzia. Siguiendo el plan que abia adoptado para adquirir la soberanía de aquel reino, no abia dado á los coligados despues de la partida del duque de Parma, sino los socorros absolutamente nezesarios para iuu-

pedir que el partido contrario les oprimiese. Mas, á proporzion que se iba disminuyendo en el pueblo el crédito de la liga, en la misma proporzion se iba aumentando el de Enrique: su valor, su gran capacidad, i sobre todo su clemenzia i la bondad de su corazon abian conquistado un gran número de sus basallos rebeldes. Los protestantes de Alemania i la reina de Inglaterra se interesaban por él entonzes mas que nunca. Azia muchos meses que era dueño de la campaña, i el ejérsito de la liga no osaba ponerse delante del suyo, que constaba de unos treinta mil ombres entre infantería i caballería. Teniale empleado poco azia en el sitio de Ruan: el señor de Billars mandaba en la plaza; i para defenderla, ademas del mayor i mas intrépido valor, se balia de todos los recursos del arte. A pesar de esto no podia razionalmente lisonjearse de conserbarla mucho tiempo contra un ejérsito tan considerable mandado por un maestro en el arte de la guerra como Enrique IV. El duque de Mayenne i los otros jefes prebiendo que la pérdida de aquella plaza seria un golpe funesto para su partido nada omitieron para socorrerla; empero no teniendo un ejérsito arto poderoso para atacar al del rei, ocurrieron al de España, estrechándole eficazmente á fin de que emplease sus fuerzas en azer lebantar el sitio: representaronle que si no les embiaba un pronto socorro, la pérdida de aquella ziuudad arrastraria tras si la de todas las otras que estaban en poder de la liga. Estas solizitudes bien apoyadas por los agentes de Felipe en Franzia, mobieron al rei á que mandase al duque iziera todos los preparatibos nezesarios para allarse en estado de pasar segunda bez a aquel reino con todas sus fuerzas.

Con efecto para mediados de diciembre ya estaban los preparativos acabados, y el 20 puesto el duque en marcha al frente de su ejército; tomando las mismas precauciones que la vez primera. Fué el de Mayenne á reunirse en la Picardía con un refuerzo, y se alló que el ejército subía á veinte y cinco mil infantes y seis mil caballos.

Como caminaba á cortas jornadas no llegó á la Normandía asta fin de enero. Estaba ya Ruan en el último extremo. Instruido Enrique de que el duque se acercaba no quiso esperarle en sus líneas, ni abandonar su empresa, y resolvió dejar en ellas la infantería para que continuase el sitio, y adelantarse con la caballería ázia el ejército español. No era su intento combatirle, sino incesantemente incomodarle, y por este medio retardar su marcha lo bastante para que los sitiados capitularan antes que llegase.

Nadie mas á propósito que Enrique para la empresa atrevida y peligrosa que iba á acometer. Su valor no tenia límites: era activo, y bijilante; empero acontezia que dejándose arrebatar de su natural intrepidez, y sin dar nada á la prudencia ni reparar en el peligro se precipitaba en él como pudiera un simple soldado: no obraba como convenia á un jeneral, y á un rei, sino á un simple ofizial. Así se condujo quando marchando con toda su caballería al encuentro del ejército enemigo tomó la delantera con trescientos, ó cuatrocientos caballos. Mas, quando no le esperaba encontró los batidores de aquel zerca de la ciudad de Aumale; y si bien los rechazó fácilmente, dictaba la prudencia que se retirase. Empero el ejército se descubria, y antes de tomar este partido quiso examinar el orden que obserbaba en su marcha. Embia el duque

contra él la caballería ligera : esperala el rei , i pelea como un desesperado por mucho tiempo, sin abandonar el combate asta que fué erido , i muchos de sus soldados i ofiziales muertos á su lado. Si el duque no ubiera temido una zelada ubiera podido cortarle. Mayenne le estrechó á ello con las mayores instancias , pero inútilmente ; i cuando despues se le imputaba que abia perdido la mejor ocasion de azer á Enrique prisionero , respondia : « yo estaba en que peleando con el rei de Nabarra peleaba con un gran jeneral , i no con un simple capitán de caballería. Nada tengo de que reprenderme. »

Luego que se le izo la cura , i pudo bolber á montar , bolbió á seguir su designio de inquietar al enemigo en su marcha ; empero con mas cordura. Sus ataques no eran menos frecuentes ni menos bigorosos : igualmente actibo , igualmente infatigable tenia al duque en una continúa alarma. Ubo muchas escaramuzas con baria fortuna ; empero la gran bijilancia del duque , i la esacta disziplina de sus tropas impidieron que espermentasen ninguna pérdida considerable. Su marcha , es berdad , padezia mucho retraso , i tenia mucho motibo para temer que los sitiados se allaran obligados á capitular antes que él llegase.

Toda la habilidad é intrépido balor de Billars fué nezesario para que el sitio durase tanto. Tan léjos estaba de pensar en rendir la plaza , que aspiraba á la gloria de forzar al rei á que lebantase el sitio sin el auxilio de los españoles. Con esta intenzion abia resuelto aprovecharse de la ausenzia de Enrique para azer una salida al frente de toda la guarnizion. Nunca se dió ataque conduzido con mas prudenzia ni ejecutado con mas intrepidez : murieron muchos

de los sitiadores, i el comandante en jefe, mariscal de Biron, fué erido: las trincheras se zegaron, arruinaronse las baterías, muchos cañones se clabaron i echaron en los fosos, i una gran porzion de probisiones i muniziones de los sitiadores fueron destruidas ó conduzidas á la ziuudad. No obstante tubo Billars que zeder i refuziarse en sus muros. Entró en ellos; empero con la esperanza de que despues del descalabro que acababau los sitiadores de padezer, i los daños que les acababa de causar, podria resistirles aun muchos meses si se le reforzase la guarnizion.

Instruyó Billars inmediatamente al duque de la mudanza que acababa de azerse en su posizion, i al mismo tiempo le aconsejaba que bolbiese sus armas ázia cualquier otra parte de la Franzia donde pudiesen emplearse con mas utilidad de la causa comun. Acusósele de aber dado este consejo por banidad, i con la esperanza de llebarse él solo la gloria de aber salvado á Ruan. El duque se allaba á dos jornadas de la ziuudad: juntó consejo de guerra para tratar de lo que combendria azer en cuanto al parte que acababa de rezibir.

No opinaba Farnesio que combenia seguir el consejo de Billars; sino que era nezesario ir sin tardanza á los sitiadores i sin darles tiempo para recobrarse: que todabia se les allaria en el desórden i la confusion: que si por el contrario se contentaban con embiar á Billars el refuerzo que pedia, proseguiria el rei de Nabarra las operaciones del sitio, i con mas bigor que antes, al momento que el ejérxito se apartase. El duque de Mayenne i la nobleza francesa, menos atrevidos en esta ocasion que el jeneral español, fueron de opinion contraria: espusieron que no

obstante el desastre que acababa de padezer el enemigo seria mui peligroso atacarle en sus líneas : que su caballería era mui numerosa i benidia en su socorro , i que seria nezesario á un mismo tiempo atacar el campo i defenderse de ella : que ademas , la nobleza que serbia en el ejérxito de Enrique solo por la gloria i á espensas propias , perdiendo la esperanza de adquirirla en una batalla , podria cansarse de la dilazion del sitio , particularmente en una estazion tan rigurosa , i retirarse á su casa : que entonces seria cuando el duque podria atacar al rei con mas probabilidad de buen ecsito : que miéntras llegaba aquel momento favorable podria emplearse el ejérxito en alguna otra empresa , ó meterle en cuarteles de imbierno , de los que saldría fresco i bigoroso para lo que se le nezesitase. Empero el duque de Mayenne ¿daba de buena fé este dictámen , ó no le daba sino porque temia que el de Parma tomase demasiada superioridad sobre el rei? Las razones en que se fundaba ningún poder tenian para Farnesio; antes bien creia que no se debía dejar escapar la ocasion favorable que se presentaba , ni abandonar un suzeso zierto por otro benidero , i dudoso. Empero como lo que se le proponia era tan conforme á la opinion en que estaba de que era interés del rei de España el que se alargase la guerra , condeszendió con ello , embió á los sitiados un refuerzo de ochozientos ombres escojidos , i bolbió su ejérxito á la Picardia donde sitió á la pequeña ziudad de Rue.

Luego que partió el ejérxito , bolbió Enrique á su campo ; i con la artillería i muniziones que rezibió de Olanda , se alló en estado de continuar el sitio con mas bigor.

En poco tiempo se bieron los sitiados en si-

tuacion mas crítica i penosa que antes. El mismo Billars á pesar de toda su presunzion se alló en nezesidad de dezir al duque de Parma que sino iba en su socorro antes que entrase abril se beria forzado á capitular. Tambien el duque de Mayenne abia mudado de opinion, i léjos de insistir en la que abia tenido pedia eficazmente al de Parma que siguiendo su primer proyecto fuese prontamente con todas sus fuerzas en socorro de los sitiados. Aczedió éste con tanta mas fazilidad quanto sabia que la caballería de Enrique se abia disminuido mas de la mitad como lo abia predicho el de Mayenne. En consecuenzia dejó á Rue, i tomó con su ejérxito la buelta de Ruan, marchando con tanta dilijenzia que en seis dias andubo tanto como en beinte quando entró en Francia.

Su zercanía sorprendió al rei tanto como le fué desagradable, dado que iban á frustrarse sus esperanzas. Conozia que si se obstinaba en permanecer en su puesto se esponia á ser atacado á un mismo tiempo por la guarnizion que se componia de soldados mui balientes, i por el ejérxito español. Una rebista esacta del suyo le izo conozer cuan inferior era al del enemigo, i desistió de la idea que formó al prinzipio de salir al encuentro al duque; tomando el partido que le parezió preferible en aquellas zirconstancias de lebantar el sitio, que duráta zinco meses, como lo izo el 22 de abril, retirandose al Pont de l'Arche, resuelto á esperar allí la buelta de su nobleza. En tanto se adelantó el duque asta Ruan donde entró en triunfo. A instancia del de Mayenne i de los otros jefes pasó con su ejérxito á sitiar á Caudebec, que segun se le dezia, era nezesario reduzir para asegurar enteramente la restaurazion de Ruan.

Quiso el duque de Parma reconocer por sí la plaza como lo tenia de costumbre; i ocupado en examinar las fortificaciones i señalar los sitios en que abian de colocarse las baterías, fué erido de una bala que le entró en el brazo un poco por bajo del codo, i por entre las carnes deszendió asta la muñeca i allí se derubo. Sin mostrar la mas mínima alterazion, sin que en su semblante se descubriese conmozion alguna, sin mudar de talento ni de boz continuó dando sus órdenes con la misma tranquilidad i la misma presenzia de ánimo. Ni su ijo, ni cuantos le rodeaban pudieron conseguir que se retirase asta despues que ubo dado sus dispoziciones. Para descubrir por donde la bala abia ido, fueron nezarias tres inzisiones: la erida i los dolores de la operazion le suszitaron una calentura biolenta que le tubo en cama muchos dias. En poco estubo que este accidente no fuese funesto á su ejéztito i á la liga. El sitio continuó como él lo abia prescrito i los sitiados tubieron que capitular. Mas, al prinzipio no cuidó el duque de asegurar su retirada: única falta de esta espezie de que se le pueda acusar. Caudbec está situada en el pais de Caux del que es capital: este pais es una espezie de península formada por las aguas del Sena al oeste, el mar i el rio de Eu, ó el Bresse al norte i al este. Siendo Enrique dueño de las zidades de Eu, Arques, i Dieppe lo era de la entrada del pais por el lado del este; de modo que el ejéztito español tenia zerrada la salida, ora quisiese azerla atrabesando el rio, ora tomando al mediodia i bolbiendo por el mismo camino que abia llebado. Los muchos dias que abia permanezido á los alrededores de Caudbec, despues de tomada, teniéndolos por ne-

zesaríos para el restablecimiento de la salud del general, le abian puesto en este apuro.

Nada omitió Enrique para sacar de él cuantas ventajas pudiese. Inmediatamente que lebanzó el sitio de Ruan embió orden á la nobleza para que fuese á reunirsele, i ella obedezío con aquel ardor tan propio de la nobleza francesa; de modo que en pocos dias se alló con un ejéztito de diez i siete mil infantes, i de siete á ocho mil caballos. El 30 de abril dejó á Pont de l'Arche, i el mismo dia fué á campar á vista del enemigo, apostado en Ibetot, á tres ó cuatro millas de Caudebec.

Atrincheróse Enrique en su campo, de modo que no pudiese el enemigo forzarle á pelear, i despues se apoderó de todos los desfiladeros por los cuales ubiera podido aquel escaparse. En muchos encuentros mui bibos en que los soldados de ambos ejéztitos dieron pruebas de su valor é intrepidez, se derramó mucha sangre: los de Enrique fueron muchas bezes rechazados; empero ninguna echados de sus puestos: en fin, ellos se colocaron tan bien que los españoles se allaron enzerrados en términos que les era imposible escaparse. Quinze dias azia que se allaban así: abian consumido casi todas sus subsistenzias; i Enrique se entregaba ya á la lisonjera esperanza de que dentro de pocos se beria todo el ejéztito en la nezesidad de rendirse.

Era preziso un injenio, i un talento tan imbuentibo como el del duque para sacar al ejéztito del peligro en que se allaba. Entrar en el país de Caux, teniendo tan zerca de sí un enemigo tan actibo i capaz como Enrique IV fué una falta que no podian disculpar ni las urjentes instanzias de los jefes de la liga, ni la ignoran-

zia del terreno , ni aun la esperanza de tomar á Caudebec antes que el enemigo llegase ; empero el modo con que salió del mal paso en que su imprudenzia le abia metido , debe azer olvidarla: en aquella ocasion ostentó toda la fuerza i bigor de su ánimo , toda su capacidad , su bijilanzia i su actividad.

Inmediatamente que sanó de su erida , i que tomó un esacto conozimiento de la posizion i fuerzas del enemigo , juzgó que intentaria en vano atacarle en sus líneas ; i que el único partido que le quedaba era atravesar el rio. El duque de Mayenne i los otros ofiziales mas experimentados á quienes lo propuso , lo tubieron por impracticable : sabian lo difizil que era pasar á vista del enemigo un rio por poco considerable que fuese ; i no alcanzaban como podia lisonjearse de azer atravesar el Séna , tan ancho por Caudebec , á un ejérezito considerable con tantos bagajes i artillería , á vista de un enemigo tan poderoso i bijilante como el rei , i de muchos bastimentos olandeses , que allándose armados podian tambien oponerse al paso.

Tambien el duque prebeia las grandes dificultades que nezesitaria benzer para salir con su empresa ; pero forzado de la nezesidad , i á falta de otros medios persistió en la resoluzion de tentar el paso.

Alejados los bastimentos olandeses por el fuego de las baterías que izo establecer á lo largo del rio , ordenó á Billars que tubiese prontos todos los bateles i barcas que se allasen en Ruan , i que iziese construir grandes balsas , capaces de transportar artillería. Al amanecer del 16 de mayo , queriendo el duque aprovechar una espesa niebla , embió su caballería ázia el campo del rei , con intenzion de que creyese que le iba á

atacar, i al mismo tiempo izo marchar la infantería ázia Caudebec, i la caballería la siguió despues de zerca. Enrique sin sospechar la intenzion del duque salió de sus líneas i se adelantó al frente de todo su ejérxito: no conzebia lo que podia estimular al enemigo á dejar su campo, para ir á ocupar un terreno mas estrecho; i lo único que le ocurría era zerrarle el paso que creia ser el único por donde podia escaparse, i en consecuencia fortificar su campo en términos que no le pudiese forzar á azeptar el combate.

En tanto que á Enrique ocupaba este cuidado, empleaba el duque un gran número de gastadores en lebanar dos fuertes uno enfrente de otro al marjen del rio, i les guarnezió de artillería i fusilería. Para mejor ocultar su designio al enemigo é impedir que sospechase su proyecto finjió querer estender sus cuarteles; lo que daba lugar á frecuentes escaramuzas.

Dispuestas las cosas nezesarias para la ejecuzion de su plan, las balsas i bateles que Billars abia preparado en Ruan, cuyos comercziantes abian suministrado las mas, bajaron el rio con la marea el 20 de mayo, i la misma noche se embarcaron la mayor parte de las tropas, del bagaje i de la artillería. A la madrugada del dia siguiente abiendo notado el rei que el campo enemigo no estaba como le abia bisto la bispera, embió al baron de Biron á que le reconoziese. El baron bolbió mui luego á dezirle que los españoles pasaban el rio. Inmediatamente marchó el rei al frente de toda su caballería, i bió que se le abia escapado la presa, i que no quedaban mas que dos ó tres mil españoles tan bien atrincheros en uno de los fuertes, que seria nezesario sacrificar mucha jente para rendirlos. Izo coronar de artillería una montañuela que dominaba

el rio, i que bolbiesen prontamente de Quillebeuf donde se abian retirado los bastimentos armados de los olandeses. Mas antes que la artillería se allase en estado de disparar, i que los bastimentos llegasen, ya la retaguardia mandada por el príncipe Renuzio, ijo del duque, abia llegado al otro lado del rio i puesto fuego á sus bateles i balsas.

Ni el rei, ni ninguno de sus ofziales abian sospechado que se pudiese azer semejante retirada, i la persuasion en que estaban de que era imposible izo que se berificase. La disposizion del terreno que se allaba zerca de allí, tambien la faborezió mucho: su elebazion abia impedido que desde el campo franzés se biesen las operaciones del duque. Cuanto mas se abia lisonjeado Enrique de destruir el ejérxito enemigo, ó al menos azer que se rindiese, tanto más doloroso le era el ber repentinamente frustradas sus esperanzas; pues es indudable que realizadas se ubiera allado pazífico poseedor de su reino. La posizion en que él mismo se allaba azia que le fuese aquel suzeso aun mas funesto: su infantería cansada de lo larga que fué la última campaña, ni pues duró asta mui adelantado el imbierno, ni podia ser empleada en perseguir al enemigo, ni en bolber á empezar el sitio de Ruan: el duque de Mayenne se abia metido en ella con un cuerpo considerable de tropas; i el de Parma tomó la buelta de los Países-Bajos, adonde llegó poco tiempo despues (1).

Miéntas Felipe II atizaba en Franzia el fuego de la guerra reinaban en España la paz i la tranquilidad: tiempos estériles para la is-

(1) Dábila, l. 12. Bentiboglio, part. 2, l. 6. De Thou, l. 103.

toria. En muchos antes de este en que bamos, nada abia suzedido en aquel reino digno de referirse; mas en el presente acaezió un suzeso que tubo consecuencias mui sérias, i fué acompañado de zircunstanziyas que pueden dar á conozér el carácter i la vida pribada de Felipe II.

Este príncipe no abia podido resistir á los encantos de Ana de Mendoza, prinzesa de Eboli: amabala con pasion, i creyendose correspondido izo su confidente á Antonio Perez. Éste con las frecuentes ocasiones que tenia de ver i ablar á la prinzesa, se dejó rendir del deseo de azerse amar. Logrolo, ó al menos se creyó que era el amante predilecto. En tiempo que mas se ablabá de esto fué quando don Juan de Austria embió á Madrid, como dejamos dicho, á su amigo i confidente Escobedo para que pidiese al rei la buelta de las tropas españolas é italianas. Era Perez contrario al príncipe, é impidió que obtubiese lo que deseaba. Escobedo en benganza instruyó al rei de lo que en público se dezía de la perfidia de su confidente. Creyolo Felipe, i su amistad con Perez se combirtió en odio implacable. No lo era menos el que tenia á Escobedo en quanto sospechaba que sostenia á don Juan en sus ambiziosos proyectos, cuyo logro tambien le tenia rezeloso. Segun los prinzipios de aquella orrorosa política que caracterizaba á Felipe queria que pues ambos eran objeto de su odio, sirbiesen ambos uno contra otro de instrumento de su benganza. En consecuenzia, dió orden secreta á Antonio Perez para que iziese asesinar á Escobedo, i se le asesinó bien pronto; empero para que no se creyese que él abia tenido ninguna parte, permitió á la biuda é ijos de Escobedo, que persiguiesen en juizio á Perez como autor del asesinato, i á Perez escribió muchas car-

tas recomendándole la ocultazion de aquella orden; disuadiéndole de que la produjese en juicio, i asegurándole que cortaria los progresos de la causa, i los cortó en efecto; i aunque le estaba prohibido á Perez el entrar en la corte seguia trabajando como antes en los diferentes negocios de la secretaría de su cargo, ya por medio de oficiales de ella, ya por el de otras personas. Así continuó por seis años enteros; empero como la benganza de Felipe no estaba satisfecha, mandó que se le formase causa por las malbersaciones cometidas en el ejerzicio de su ministerio: izole prender, cargar de grillos, i condenar al pago de treinta mil ducados. En esta situazion se le ofrezó á aquel desbenturado la libertad, con tal que entregase todas las cartas que del rei abia recibido relatibas al asesinato de Escobedo. Entregó algunas, i quedó libre. En seguida se continuó la causa del asesinato asta entonzes suspendida por el rei: se bolbió á prender á Perez, i se le puso á cuestion de tormento. Este rigor ninguna duda le dejó de que estaba resuelta su ruina; mas con los ausilios de su mujer i amigos se fugó de la prision i se retiró á Aragon su patria, donde se prometia gozar de los pibilegios i derechos que la constituzion de aquel reino conzedia á los naturales. Luego que Felipe supo su ebasion embió á que le persiguiesen muchos ministros que le alcanzaron en Calatayud, le sacaron por fuerza del monasterio en que se abia refugiado i le condujeron á Zaragoza. Inmediatamente apeló Perez al tribunal del *Justizia*, que segun las leyes fundamentales del pais podia conocer de todas las sentenzias dadas en todos los negocios zibiles i eclesiásticos.

Admitió el *Justizia* la apelazion, mandó trasladar á Perez á la cárzel llamada de la *manifes-*

tazion, i que se iziesé saber á sus aprensos que no saldria de ella asta que su causa fuese sentenziada. A nadie era permitido entrar en aquella cárzel sin espreso permiso del Justizia; sin embargo, el marques de Almenara, procurador del rei por Aragon, forzó á mano armada las puertas, sacó al desbenturado Perez, i le metió en la cárzel de la inquisizion. Este acto de biolenzia irritó al pueblo acostumbrado á tributar el mayor respeto á aquella majistratura; i dejandose llevar del furor que le animaba corre en tropel á la prision en que Perez estaba, la fuerza, i le pone en libertad: de allí pasa á la abitazion del marques de Almenara, le llena de bituperios, le acusa de aber biolado los derechos de la libertad de su pátria, i le maltrató en términos que algunos dias despues murió de las eridas.

Restituyose á Perez á la cárzel de la manifestazion, donde estuvo muchos meses. Entre tanto dispuso el birei que treze de los prinzipales juristas de Zaragoza esaminasen si el conozimiento de aquella causa correspondia al tribunal del Justizia ó al de la inquisizion. Fué su dictámen contrario á lo que esta pretendia, pues sentaron que seria una biolazion manifiesta de las libertades de Aragon el que á Perez juzgase otro tribunal que aquel á que abia apelado. Empero fuese que aquellos juristas se dejasen seduzir, ó intimidar, se retractaron despues á pretesto de que abiendo mantenido el preso correspondenzia secreta con el rei de Franzia, que era ereje, solo á la inquisizion tocaba el conozer de todo lo que podia interesar á la relijion.

Mas el Justizia sin tener miramiento á esta última dezision mantubo sus derechos, i reusó entregar el preso. Recurrió el birei á la fuerza,

se puso al frente de un considerable número de familiares del santo ofizio, rompió las puertas de la cárzel, izo cargar de grillos al preso, i llebar en triunfo á la de la inquisizion. Buelbese á lebantar el pueblo, i á poner en libertad á Perez; que inmediatamente salió de la ziuudad, se refujió en Franzia, i dió al rei noticias interesantes de los designios i medios de la corte de España.

No quiso perder Felipe la ocasion que le ofrezia aquella espezie de sedizion para azer que los aragoneses conoziesen lo poco en que tenia los derechos i pribilejios de que tan zelosos eran. En consecuencia de esta resoluzion formó un ejérsito de tropas que estaban acuarteladas en diferentes puntos en Castilla, i dió el mando á Alfonso Bargas con órden de que con la mayor zeleridad marchase ázia Zaragoza, sin dar tiempo á los aragoneses para que se pudiesen en defensa. Al mismo tiempo azia que se dibulgase que aquel ejérsito se destinaba á socorrer los católicos de Franzia. Empero sabedores los aragoneses por abisos que tubieron de su berdadero destino se prepararon para resistir. El Justizia Lanuza juntó los prinzipales de Zaragoza, i les leyó la lei fundamental que prescribe: « que los aragoneses tienen el derecho de oponerse por la fuerza á la entrada de toda tropa estrangera en su pais, aun quando el mismo rei se allase á su frente.» En consecuencia se dezidió por unanimidad el tomar las armas para impedir á los castellanos mandados por Bargas que entrasen en Aragon.

De este acuerdo se embió copia á todas las ziuudades: los abitantes de Zaragoza acudian á bandadas á alistarse bajo los estandartes de la libertad que acababan de desplegarse. Empero no

tenian jefe que les condujese ; los abitantes de las otras ziudades no llegaron á tiempo de sostenerlos, ni los zaragozanos tubieron el nezesario para probeer á su defensa ; esto , i la llegada de Bargas antes de lo que se creia, les aterró, é izo que depusiesen las armas i le abriesen las puertas. Arrestó Bargas á los prinzipales de la ziudad que no abian podido uir ; entre los cuales fueron el marques de Billaerrosa , el conde de Aranda , i el Justizia : á los dos primeros embió á Madrid ; mas al terzero sentenzió á muerte sin ninguna forma de juicio, i se le ajustizó públicamente : se le confiscaron los bienes, i se arrasó su casa asta los zimientos. En seguida se publicó que aquel mismo castigo se impondria á cualquiera que como él (Lanuza) osase contestar al rei su autoridad.

Esta proclama llenó al pueblo de tristeza i de indignazion : forzado por el temor á ocultar sus lágrimas, derramaba las mas amargas en secreto sobre los preciosos derechos que se le usurpaban i no se allaba en estado de defender. Fortificose la casa de la inquisizion á fin de que pudiese serbir de ziudadela : acuartelose en la ziudad un considerable cuerpo de tropas castellanas , i allí permanezizó asta que no quedó ninguna duda de la ziega sumision de los naturales. No quitó Felipe á los aragoneses sus derechos ni pribilejios ; empero aziéndoles conozer lo poco que los respetaba , lo tubo por bastante para impedir que los reclamasen en lo suzesibo , ni se sirbiesen de ellos como de un antemural contra la autoridad réjia.

En tanto que esto pasaba en España , el duque de Parma , como dijimos , dejó la Franzia, i bolbió á los Países-Bajos. El mal estado de su salud le abia prezisado á ir de nuebo á tomar

las aguas de Spa. Durante su última espedizion se abian amotinado parte de las tropas, i á su buelta de Spa tubo el disgusto de ver que el príncipe Maurizio se abia apoderado de dos plazas tan importantes como Steenwick i Corberden, á pesar de allarse la primera bien fortificada i guarneziada con seisientos soldados bahlentes i determinados.

Este sentimiento azeleró mucho los progresos de su enfermedad, que resistió á todos los remedios que aplicaron los médicos para darle algun alivio. Conoziendo el duque que sus fuerzas se iban de dia en dia disminuyendo, se juzgó imposibilitado de continuar cumpliendo las obligaciones de su destino, i pidió lizenzia para retirarse.

Persuadido Felipe de que solo el duque era capaz de dar feliz remate á sus proyectos de conquista, no solo le negó la lizenzia, sino que le ordenó bolbiese á Franzia lo mas pronto posible en socorro de los coligados. El duque, que no queria dejar sin beneplazito del rei un puesto en que tanta gloria abia adquirido, resolvió obedezzer las órdenes que acababa de rezibir, i luchar asta el fin con los males que le aquejaban. En consecuenzia izo lebas para completar su ejérsito; i se constituyó en Arras el 29 de octubre. Allí empleó su actibidad ordinaria en azer los preparatibos nezesarios para su espedizion. Por algun tiempo la fortaleza de su ánimo suplió la debilidad de su cuerpo, i el bigor con que se le beia obrar daba esperanzas á los que andaban á su lado de que su fin no estaba tan zerca como temian. Empero el 3 de diziembre despues de aber firmado muchos despachos espiró á la edad de cuarenta i siete años, el décimo cuarto de su gobierno en los Países Bajos.

Así murió Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admiracion de su siglo, así bien que la de los posteriores por su prudenzia, i por su gran sagazidad : tenia mucho talento para los negocios políticos, i mayor para los de la guerra, que fué el que le granjeó la gran reputacion de que goza. Su sabia política i su sagazidad no le dan menos derecho á nuestra admiracion que los estraordinarios talentos militares á que debe su reputacion, i an inmortalizado su nombre. Menos por la fuerza de las armas que por su prudenzia, su moderacion i su abilidad en manejar los espíritus, restituyó á la obediencia del rei de España una parte de los Países-Bajos : i si Felipe ubiera seguido sus consejos en todas ocasiones como le siguió en algunas, es mui probable que ubiera recobrado la posesion de toda aquella bella porzion de Europa : la Inglaterra ubiera acaso sido conquistada, i la Franzia oprimida despues, bajo el peso enorme que entonzes ubiera tenido la potencia española. Aunque aya sido una gran felicidad para la Europa entera el que Felipe ziego por su ambizion, i engañado por los aduladores que le rodeaban reusase seguir los consejos del duque, empero no por eso es menos de admirar la superior penetrazion que los dictaba.

Su jubentud no anunzió las grandes cualidades que de la naturaleza abia rezibido, antes se juzgo mui desfavorablemente de su talento é intelijenzia : en la guerra contra el turco en que el duque sirbió bajo las órdenes de don Juan de Austria fué en la que empezó á enzenderse el fuego de su ingenio, i aun á luzir con la brillantez que conserbó asta la muerte. Era agradable, tenia ojos bibos i penetrantes i mo-

dales afables, rezibia agasajando; era bueno, jeneroso i umano.

«Sus bizios, dize Grozio, eran los de su siglo i de la corte en que se abia criado;» empero ni Grozio ni otro ningun istoriador nos dizen qué bizios eran estos. No parece que aya poseido aquella noble senzillez, aquella agradable injenuidad, aquel candor respetable que distinguia al bueno, al grande Enrique su ribal en la guerra; empero todos los istoriadores así católicos como protestantes combienen en que el duque de Parma fué tan fiel como sometido á su príncipe, al mismo tiempo que cumplió siempre con la mas escrupulosa esactitud todas las obligaciones que contrajo con los pueblos de los Países-Bajos que sometió por la fuerza de las armas.

se empezaron en Francia, i de las que esperaba Felipe sacar mas ventaja que de la continuacion de la guerra, i aun de los progresos que pudieran azer sus armas.

Abia estado muchos años prodigando sus tesoros i la sangre de sus vasallos por fomentar en Francia la guerra intestina, con la esperanza de que ella le ofreziera ocasion de apoderarse de la soberanía de aquel hermoso reino; mas, cansada ya su pazienza, estaba resuelto á probar si podria en fin arribar al cumplimiento de unas esperanzas que por tanto tiempo le abian seduzido. Con esta mira abia solizitado muchas bezes su embajador del duque de Mayenne, que combocase los estados jenerales del reino para que declarasen á qué príncipe querian conferir la corona; empero Mayenne que no abia perdido la esperanza de obtenerla para sí, que se lisonjaba de allar alguna ocasion favorable á sus designios, i que no podia soportar la idea de ver á su nazione sometida al dominio español; por muchas semanas i con diferentes pretextos eludió la combocacion de los estados que España solizitaba. Mas como esta insistiese, i de un modo dezisibo, tubo en fin que acceder, i como lugar-teniente jeneral del reino combocó los estados para París el 26 de enero de 1593. Nombró Felipe para que concurriesen en su nombre al duque de Feria, i al zélebre jurisconsulto Mendoza; prometiendose que por el influjo de estos, i el del cardenal Plazenza, legado del papa, que debia tambien asistir, lograria inclinar á los estados á que aboliesen la lei sálica, i colocasen á su ija Isabel en el trono. Empero no tardó mucho en conozer que sus ministros en Francia le abian engañado, o mas bien que ellos se abian engañado á sí mismos.

Ni el dinero que secretamente abia distribuido para aumentar el número de sus partidarios, ni los ejércitos que á tanta costa empleara en sostener la liga, abian producido en ella el efecto que esperaba: solo algunos de los mas fanáticos, i pocos de la última plebe abian creido sus protestas de zelo por la relijion; i aun estos mismos salieron del engaño, i bieron que no el interés de ellos ni el de la relijion eran los que le abian estimulado, sino el suyo propio. La proposizion que izieron sus embajadores probaba arto bien que no les abia ausiliado sino con la mira de sacar bentaja de la nezesidad que tenian de sus socorros, para reduzirlos al número de sus basallos, i á la Franzia al número de sus probinzias; pues aunque no se les ubiese propuesto que le reconoziesen á él, ninguna diferencia allaban entre esto i proponer que se colocase en el trono á la infanta su ija. Confirmabales Mayenne bajo mano en sus temores; empero conoziendo, así bien que ellos, que no podrian sostenerse contra los esfuerzos de Enrique sin la ayuda de Felipe, disimularon i ocultaron cuidadosamente la abersion con que miraban la propuesta de éste; i sin condeszender ni negar aparentaron la mayor inquietud sobre la elezion que aria el rei de esposo para su ija, en caso de que se le otorgase la corona; é insistieron en que no cayese en ningun príncipe extranjero.

Instruido Felipe por sus embajadores de esta solizitud de los estados consintió en desistir del intento de casar á su ija con el archiduque Ernesto, i la prometió al duque de Guisa. El de Mayenne que no esperaba tanta condeszendencia quedó muy sorprendido cuando los embajadores presentaron las órdenes que tenian

de aceder á los deseos de los estados , i de proponer que daria su ija por esposa al duque de Guisa , i no quedó menos ofendido de que éste se prefiriese á su ijo. En consecuencia resolvió no dejar nada por azer para impedir que se eligiese á Isabel ; empero como juzgaba nezesario seguir finjiendo , aparentó quedar mui satisfecho de la eleccion de su sobrino ; mas , insistió en que se difiriese la eleccion asta tener un ejézcito capaz de azerla baler , i de disipar enteramente el partido de Enrique : opinaba que el honor del rei de España , el interés de la infanta , i la seguridad del duque de Guisa se interesaban igualmente en ello. «La liga , dezia, no tiene ejézcito que oponer al del rei de Navarra , i se nezesita mucho tiempo para levantar uno que pueda combatirle con bentaja.» Los ministros de Felipe tubieron que combenir en la solidez de estas razones ; i como conozian que sin el duque no podrian llegar al fin que deseaban opusieron poca dificultad en que se retardase la eleccion de Isabel. Así fué como Mayenne , á estímulos de su ambizion , i del deseo de conservar la independenzia de su pátria desbarató entonzes el plan que Felipe abia formado para ponerla bajo su yugo. Otros suzesos ocurridos despues pusieron al duque en la imposibilidad de ejecutarlo aun quando ubiera querido.

No ignoraba Enrique la asamblea que los pretendidos estados abian combocado en París , ni su objeto ; empero sí ignoraba en gran parte las dispoziciones de Mayenne , i temia que procediese de conzierto con España ; por lo cual le tenian con el mayor cuidado las consecuencias de aquella junta ; pues no dudaba que aunque no representase mas que la mui menor parte del reino , tendria el rei de España lo que en ella

se decidiese á favor de su ija por bastante para fundar las pretensiones de ella, i sostenerlas con todo su poderío aunque fuese á espensas de sus propios intereses en los Países Bajos. Por esto desde la abertura de la asamblea izo publicar Enrique un edicto declarándola ilegal. Abia tambien permitido á los señores católicos de su partido que se abocasen con los de la liga, á fin de impedir que los estados de París se prezipitasen á extremos que fuesen despues sensibles; dándoles esperanzas de que se reconciliaria prontamente con la iglesia romana.

Este paso produjo en algun modo el efecto que se esperaba. La nobleza del partido de la liga temia mucho que se la sometiese á la dominazion española; mas tambien conozia que si Felipe la abandonaba se beria obligada á someterse á las armas victoriosas de Enrique. En esta perplejidad, ubo muchos que manifestaron que no dudarian reconocerle por soberano, á tal que abjurase sus errores, i bolbiese al seno de la iglesia católica. No podia Enrique reusar lo que de él se esijia, puesto que abia llegado á ser absolutamente nezesario. La durazion de la guerra abia echo imbenzibles las preocupaciones religiosas: los sentimientos de onor, la constitucion del reino, el juramento que los coligados abian echo de no reconocer jamas por soberano á un príncipe ereje, concurrían á tenerles fuertemente apegados á sus prinzipios religiosos, en los cuales de cada vez les arraigaban mas el legado del papa, el arzobispo de Leon, i los otros partidarios de España; de modo que estaban determinados á persistir en el partido que abian tomado, por mas peligrosas i funestas que fuesen las consecuenzias.

Las largas que Enrique abia dado á su com-

bersion abian sido un obstáculo imbenzible á la
 sumision de los coligados ; i un motivo de des-
 contento para los católicos que le eran adictos.
 Desde que murió el rei azian muchos las partes
 de Enrique porque les abia asegurado que no
 tardaria enazer la abjurazion ; sobre lo cual le
 instaron repetidas bezes : mas , el tumulto de las
 armas le fazilitaba pretestos para diferirlo , con-
 tentándoles con las razones que les diera para
 excusar la tardanza. Empero la pazienza de los
 católicos estaba ya cansada , abian empezado á
 sospechar de la buena fé de Enrique , i á dudar
 de la sinzeridad de las promesas que les abia
 echo. Ademas , por mas balientes i animosos que
 fuesen , i aunque naturalmente guerreros , em-
 pezaban á cansarse de guerra i de trabajos , i á
 tener entre sí conferencias secretas para tomar
 acuerdo azerca del partido que les combendria
 adoptar ; i en muchas de estas conferencias abian
 puesto en deliberazion si reconozieran por sobe-
 rano al cardenal de Borbon, primo de Enrique.
 Entonzes conozio éste que era llegado el mo-
 mento de dezidirse ó á mudar de relijion, ó á
 renunziar á la corona, i esponerse él i sus ba-
 sallos protestantes al furor i la benganza de los
 católicos, apoyados por el rei de España el mas
 implacable de sus enemigos. Asta algunos de los
 jefes protestantes reconoziedo de buena fé que
 nunca podria Enrique mantenerse en su trono
 sino renunziaba su creenzia , le aconsejaron que
 lo iziese , si su conziencia se lo permitia , como
 el único medio de impedir la ruina de ellos i la
 de los otros sus basallos.

Nunca se alló prínzipe alguno en situazion
 tan embarazosa i critica ; ni nunca se alló cora-
 zon virtuoso asaltado á un propio tiempo por
 tantas tentaziones seductoras. Tenia Enrique

ambizion : inflamábale el noble deseo de conservar la posesion de una grande i poderosa monarquía , i de trasmitirla á su posteridad ; al mismo tiempo que deseaba con el mayor anelo librar su pueblo de las calamidades que le afligian i que abian llegado á ser insoportables. De este modo su pasion i su jenerosidad se juntaban en uno para poner á prueba su integridad.

Sin mas tardanza llamó Enrique á todos los eclesiásticos católicos de su reino para que le instruyesen de los prinzipios de su creenzia ; i luego que les ubo oido sobre los diferentes puntos que les separan de los protestantes , manifestó que estaba satisfecho , i persuadido por sus raziozinios. En consecuencia , oyó misa en la iglesia de san Dionisio é izo en alta boz su profesion de fé segun i como lo prescribe la iglesia romana ; prometiendo mantenerla i defenderla de cuanto contra ella se intentase.

Esta conducta de Enrique fué diferentemente interpretada , segun los que la juzgaban le eran contrarios ó favorables , i segun tambien los prinzipios de relijion que seguian. Dezian unos que aquel echo probaba que toda relijion le era indiferente : que su combersion solo debia mirarse como un acto de ipocresía i de disimulo: otros aziéndole mas justizia notaban que si él ubiera sido , como se le acusaba , capaz de finjimiento , ni esperara tanto á dar un paso , que su interés esijia le ubiera dado antes ; ni se ubiera espuesto boluntariamente , como abia echo , á perder para siempre su trono : que las dilaziones que abia dado á su abjurazion solo se debian atribuir á los escrúpulos de su conzienzia i á la delicadeza de sus sentimientos : que no era de estrañar que abiendo pasado su vida en los ejérsitos i en medio del tumulto de la guerra

estubiese poco instruido en las sutilezas de los teólogos ; i que abia podido suzeder mui bien que sus opiniones en materias de tan difizil decision se ubiesen ido gradualmente acomodando con un interés tan grande como el que lo esijia: que por otra parte , si se tenia presente cuan sinzero é injenuo abia sido siempre , i en todo, debia suponerse que nada abia padezido su incorruptibilidad : que sus sentimientos relijiosos abian tenido berdaderamente la mudanza que abia manifestado en aquel acto solemne , que ni era finjido ni un acto de política.

Mas , fuesen los que quisiesen los motibos que Enrique tubiera , su combersion llenó de júbilo á todos sus vasallos. Gastados por una larga guerra en que abiau padezido todas las calamidades que la son inseparables, solo la esperanza de la paz , por mas lejana que aun se les mostrase los reanimaba ; i todos se entregaban á la mas pura alegría. Las prebenziones de su relijion no les zegaba ya azerca del carácter de su soberano ; i podian notar i admirar en él las virtudes i las grandes cualidades que poseia i debian azerles felizes.

Este suzeso produjo un efecto enteramente contrario en los ministros del rei de España , en el cardenal legado , i en el duque de Mayenne: causóles los mas bibos cuidados , que mucho se aumentaron cuando bieron el efecto que abia causado en el pueblo. No contentos con calificar de artificiosa la combersion del rei, dezian que llebara la intenzion de impedir que se elijiera un príncipe católico ; é izieron prestar juramento á un gran número de sus parziales de no reconocer jamas al príncipe de Bearne por su soberano , si el papa reusaba ratificar el acto de su abjurazion ; i al mismo tiempo emplearon quanto

influjo tenían con el pontífice para disuadirle de conceder á Enrique la absolución que le pedia.

No desanimó al rei de España esta mudanza de religion, así como no le desanimó la oposizion de los estados de París á sus deseos, i persistió en ellos como antes; si bien conozió la gran falta que abia cometido en elejir por yerno al duque de Guisa, que aunque con mucho mérito i moderazion, carezia de poder, i por consiguiente de influjo en los ánimos. Para repararla dió orden á sus ministros en Franzia, de que asegurasen de su parte al duque de Mayenne que abia mudado de intenzion, i que preferia á su ijo para yerno. Tenia entonzes Mayenne prinzipiada una negociazion secreta con Enrique, i la rompió tan luego como supo las nuevas intenziones del rei de España: estrechóse mas con él i sus ministros, i no ubo ninguna duda de que nada dejarían por azer para el logro de sus intentos (1).

Empero nunca ubo menos aparienzias de que Felipe llegase á conseguirlos: la muerte del duque de Parma le abia privado del único jeneral que ubiera podido oponer al rei de Franzia: su erario esáusto, i su crédito tal que los jenobeses i otros muchos capitalistas italianos que ya le abian prestado muchos millones, reusaban prestarle mas. Abiase intentado sin fruto el azer nuevas levas en los Países-Bajos; de modo que su ejército en ellos, nunca desde que prinzipió la guerra abia sido tan débil. Los atrasos que se debían á las tropas de que constaba eran tan considerables que los ofiziales no podían azer que se respetase su autoridad. A su buelta de Franzia, la mayor parte de los soldados españoles

(1) Dábila, l. 14. De Thou, l. 106. 107.

abian desertado de sus banderas, i elejido de entre sí oficiales i comandante en jefe, despues de lo cual se dieron á toda espezie de latrozinios en las probinzias meridionales.

No tardaron en seguir su ejemplo italianos i walones. En un pais abierto como la Flandes i el Brabante era fázil el pillaje, i sus abitantes padezieron el mas inumano saqueo: renobaronse las crueles eszenas de debastazion que se vieron despues de la muerte de Requesens. Los desgraziados flamencos abian padezido menos injustizias, bejaziones i aun crueldades del enemigo, que esperimentaban entonzes de las tropas embiadas á protegerlos i defenderlos.

Estos desordenes ofrezian al príncipe Maurizio una ocasion favorable para ensanchar los términos de la confederazion, i para que no se le escapase empleó toda su actibidad. De las plazas que aun ocupaban los españoles en las probinzias marítimas era Jetrudemberg la que los confederados mas deseaban recobrar; así por asegurar la conserbazion de Breda, que para ellos era de la mayor importancia, como por quitar á los españoles la entrada que de la Olanda les daba Jetrudemberg, cuya ziadad perjudicaba ademas mucho al comercio de tierra.

Durante el imbierno se abia empleado el príncipe Maurizio en azer los preparatibos nezesarios para el sitio de aquella plaza: al prinzipio de la primavera se alló con un ejéztito bastante para entrar en campaña, i aun para contar con el logro de su designio. No obstante para engañar al enemigo dirijió su marcha ázia la Esclusa i Dunkerque, de allí ázia Bois-le-Duc i Grabe. Engañado el conde de Mansfeldt con estas aparienzias dibidió sus fuerzas, i entonzes el príncipe se dejó caer repentinamente sobre

Jetrudemberg. Temia el conde las justas recombenziones que se le podrian azer si plaza tan importante caia en poder del enemigo; i resuelto á no omitir nada para azer lebantar el sitio, sacó la mayor parte de las guarniziones de las ziudades. Así lo esperaba el príncipe, i por lo mismo adelantaba las operaciones con una actividad estremada: mas de tres mil gastadores, ademas de los soldados, trabajaban dia i noche en fortificar su campo así del lado de la ziudad como de la campaña: izo tambien romper los diques que contenian las aguas del Mosa, é inundó todo el pais que era nezesario atrabesar para llegar á su campo. Despues izo sus aproches, i cuando la trinchera estuvo bastante adelantada descubrió sus baterías en diferentes puntos, al mismo tiempo que sus nabes batian la ziudad del lado del Mosa. (1)

Componiase la guarnizion de borgoñones i walones, é izo tan bigorosa defensa que tubo tiempo el conde para ir en su socorro con un ejército doble mayor que el de los sitiadores: atacó sus líneas en los diferentes puntos que la inundazion se lo permitia; empero estaban todos en tan buen estado de defensa, echas las obras con tanto arte, tan bien fortificados los reductos, los fuertes tan sólidamente construidos, i sobre todo tan bien situados á distanzias combenientes, que todos los esfuerzos del conde fueron infructuosos: asta su propio campo fué atacado por la guarnizion de Breda i le mató mucha jente. Abiendo tomado el partido de retirarse, poco despues capituló Jetrudemberg con condiziones mui bentajosas á los habitantes, i mui onrosas á

(1) El Mosa por Jetrudemberg puede tenerse por un brazo de mar, capaz de las mayores nabes.

la guarnizion, de la que no obstante se eszeptuaron los soldados que se reconozieron aber sido los que años antes entregaron á los españoles la ziedad, i que se les dió el castigo que su trazion merezia.

Para reparar su onor usando de represalias fué el conde de Mansfeldt á sitiár el fuerte de Crebecoeur; puesto importante, que pertenezia á los confederados, empero no le dió el prínzipe tiempo para que le tomase; sino que marchó con tanta zeleridad en su defensa, que llegó antes que el conde acabase sus líneas; de modo que se interpuso entre ellas i el fuerte con todo su ejérsito, que aunque mui inferior al enemigo le obligó á desistir de su intento i retirarse.

El resto de la campaña se estuvo el conde á la defensiba, sin que en todo el año ocurriese nada digno de memoria.

Aunque por muerte del duque de Parma confirió el rei de España el gobierno de los Paisés-Bajos al conde de Mansfeldt; empero fué siempre con la intenzion de dársele á Ernesto, archiduque de Austria, que llegó á Brusélas á prinzipios de 1594 donde fué rezibido con las mayores demostraziones de alegría i satisfazion. Era de carácter benigno, de afables modales, i juzgaba de sí modestamente; empero carezia de capacidad i particularmente de la firmeza de ánimo que esijia el estado crítico de los negocios. Conoziendo su inesperienzia en el arte de la guerra se prometia atraer á los confederados por la persuasion, i por la fuerza de sus raziozinios determinarlos á bolber al yugo que abian sacudido. Era tal su confianza que eszitó á los estados de las probinzias-unidas á que le embiasen diputados para tratar de la paz: eszitzazion que no solo fué desestimada sino acompañada la ne-

gatiba de una declarazion formal de no oír ninguna espezie de combenio. « Como la esperienzia les abia enseñado , dezian , que ninguna confianza podian tener en el rei de España , no querian entrar con él en ningun tratado de reconciliazion ; estando como estaban firmemente resueltos á conserbar su libertad , i á perder antes la vida que bolber á imponerse el pesado é insupportable yugo de que tan felizmente se abian librado. »

Si como los istoriadores olandeses lo refieren es zierto que se descubrieron entonces dos emisarios embiados por los ministros de Felipe para asesinar al príncipe Maurizio , no es de estrañar que los estados respondiesen con tanta aspereza al archiduque. Por otra parte , nunca las probinzias confederadas se abian bisto en situazion tan bentajosa como la en que entonces se allaban : sabian tambien que á Felipe ocupaba mas el desigño de adquirir la posesion del reino de Franzia que el cuidado de bolberles á su obediencia ; i era probable que esta quimérica empresa apurase todas sus fuerzas antes que cayese en la inconsecuenzia de su conducta.

La combersion del rei de Franzia abia producido para él en su reino los mas felizes efectos , i por consiguiente , los mas adbersos á las miras del de España.

Los abitantes de Meaux fueron los primeros que embiaron á su soberano la protesta de su sumision : poco despues le abrió Paris las puertas : á exemplo de la capital , que tuera siempre la silla prinzipal de la liga , Ruan , Lion , i todas las grandes ziudades reconozieron á Enrique por su monarca. Su conducta con ellas era la mas á proposito para animar mas el zelo de sus basallos , del qual rezio.a diariamente las

mayores pruebas. Por muchos años aquel buen príncipe abia estado sufriendo de ellos los mas crueles ultrajes, i aun pudiera dezirse que las mayores afrentas; empero su alma era demasiado grande para dar entrada en su corazon á la benganza: orrorizabale la idea de castigar á los que deponian las armas; antes rezibia sus sumisiones con tanta bondad i modo tan afable que aumentaba su arrepentimiento i les obligaba á que le amasen con mas ardor que le abian aborrezido; al mismo tiempo que con este prozeder eszitaba á los otros á que siguiesen su ejemplo.

Todos los que se sometian, obtenian del rei las condiziones mas favorables: confirmaba sus pibilejios como si nada ubiesen echo que mereziese quitarseles. Si contraia algunos empeños los cumplia con la mayor esactitud; en fin, para tranquilizar los que aun podian temer su benganza, i quitar todo pretesto á los que persistian en su alzamiento, conzedió una amnistia jeneral, demostrando así que si la tranquilidad pública no estaba en todas partes restablecida enteramente, en su obstinazion consistia.

Tan prudentes probidencias juntas á un prozeder tan moderado como magnánimo debilitaron de tal modo las fuerzas de la liga que Felipe ni el duque de Mayenne debian tener la mas lijera esperanza de llebar á cabo sus designios; i no es fázil concebir como á uno ni otro ubiera podido quedar la mas míuima. Empero el duque se abia internado tanto con los españoles, que no sabia como salir con onor de la crítica situazion en que se allaba; i mas despues de aber jurado solemnemente con otros jefes de la liga que nunca reconozierian á Enrique por soberano miéntras no le absolbiese el papa. El rei de España no esperaba ya ver á su ija en el trono de

Franzia ; empero su odio á Enrique era tan implacable , que aun le animaba contra él , á pesar de allarse imposibilitado de satisfacerle. Por otra parte , juzgando el corazon de Enrique por el suyo , le tenia por un enemigo irreconciliable , que nunca olvidaria el mal que le abia echo , ni el que abia querido azerle. Tampoco ignoraba que Enrique tenía justas pretensiones al reino de Nabarra , que Fernando el católico quitara á sus antepasados por fuerza i por astuzia ; i temia que despues de triunfar de sus propios bassallos i de restablezer la tranquilidad en su reino , intentase recobrar el de Nabarra , ó para indemnizarse atacara los dominios de España en los Países-Bajos.

Estas consideraciones determinaron á Felipe á seguir la guerra en Franzia , unir sus fuerzas á las de Mayenne , i apoderarse de cuantas plazas pudiesen en las fronteras de aquel reino del lado de los Países-Bajos.

Instruido de sus intenziones el archiduque Ernesto , embió á prinzipios de la primavera al conde de Mansfeldt con un ejérxito de doze mil ombres á la Picardia. Dió el conde prinzipio á su espedizion el 9 de mayo por el sitio de la Capella , ziadad pequeña de la Tieraché , que sitiada quando lo esperaba menos izo poca resistenzia.

Supo Enrique el sitio , i marchó con su ejérxito i la intenzion de azerle lebanantar ; pero por mas dilijenzia que izo no pudo llegar antes que capitulase ; i como en el camino se le ubiesen agregado los duques de Nebers i de Bouillon , i allase que su ejérxito tenia doze mil ombres i dos mil caballos , resolbió intentar alguna empresa importante que le indemnizara de aquella pérdida. Una de las ziadades mas considerables entonzes de aquella parte de la Franzia , era

Laon, grande, bien fortificada i abundantemente provista de lo nezesario para una larga resistencia. Mandaba en ella du Bourg, uno de los mas balientes ofiziales de la liga: la guarnizion era numerosa: ademas abia en la ziudad mucha nobleza aún adicta á la liga, i al frente de ella el conde de Someribe, segundon del duque de Mayenne. Mas, estas consideraciones léjos de disuadir al rei irritaban mas el deseo que tenia de someter la ziudad. Cuantas mas dificultades presentaba la empresa eran para él otros tantos estímulos para intentarla. Bloqueó la plaza é izo todas sus operaciones con aquella bijilanzia activa que le era característica. Los sitiados izieron cuanta oposizion pudieron: en barias salidas, antes que el rei ubiese podido poner á sus soldados al abrigo de sus ataques, le mataron mas de quatrocientos; empero lo que mas cuidado daba á los sitiadores era la inmediacion del ejérsito español, unido ya al de Mayenne que le mandaba en jefe por disposizion de Felipe mismo para impedir que se reconziliase con su rei.

Tenia el duque muchos motivos para obrar en esta ocasion con el mayor bigor: conozia que para lebantar los ánimos abatidos de los de su partido nezesitaba azer alguna aczion brillante. Era Laon la ziudad mas considerable de las que conserbaba: ademas de su ijo, i de muchos de sus mas fieles amigos que abia dentro, abia dejado tambien en ella su recámara, como en la ziudad menos espuesta á caer en poder del enemigo. Sin perder tiempo marchó pues en su socorro con un ejérsito igual con corta diferencia al de Enrique en infantería, aunque mucho menor en caballería; i para impedir que el rei

maniobrase con ella i sacase bentaja de esta superioridad izo marchar su ejérxito ázia aquel lado de la ziedad que miraba á un graui bosque. Abialo prebisto Enrique, i por lo tanto, ocupado el bosque con parte de sus tropas. Izolas al prinzipio retrozeder el duque; mas reforzadas por el rei bolbieron á la carga, recobraron su puesto, i le defendieron con el mayor balor contra los heteranos españoles; empero á pesar de sus esfuerzos, ubieran buolto á retrozeder si la caballería de Enrique mandada por el baron de Biron, entonzes mariscal de Franzia, no ubiera ido en su socorro, i pie á tierra, combatido á su frente. A poco llegó el rei con la mayor parte del ejérxito, i se iziera jeneral la aczion si lo permitiera el terreno; pero estando interrumpido de árboles, todo se redujo á escaramuzas, en que ambas partes tubieron alternatibamente bentajas. Biendo el rei que se azercaba la noche izo retirar sus tropas á alguna distanzia del bosque temiendo que este fuese rodeado por la caballería enemiga i cayese sobre su retaguardia.

Si la naturaleza del terreno le pribó de una parte de la bentaja que le daba la superioridad de su caballería, esta misma superioridad le sirvió de mucho para forzar al enemigo á que desistiese del intento de socorrer á Laon. Nezesitaba Mayenne traer bíberes de diferentes ziedades apartadas de su campo, i para llegar los comboyes tenian que atrabesar muchas leguas de pais enteramente abierto; lo que era causa de que los robasen los destacamentos de caballería del rei, que continuamente batian la campaña. En bano les azia caminar el duque, ya de noche, ya por uno, ya por otro camino; nunca podian sustraerse de la actiba bijilanzia del du-

que de Longueville, i del mariscal de Biron, á quienes el rei abia encargado estas pequeñas espediciones. Siempre en movimiento se apostaban en los pasos, i como tenian de su parte la superioridad del número, no podian resistirles las escoltas que Mayenne embiaba á rezibirlos i custodiarlos; i si se ponian en defensa eran atacados con tanto ímpetu que no les dejaban mas medio de salvarse que la fuga. Biendo en fin lo mucho que su ejército padezia por falta de subsistencia, tomo el partido de decampar: i si bien era difizil azerlo á vista de un enemigo tan superior en caballería que podia ir inquietándole continuamente en su retirada; ubiera sido imposible permanecer sin ser víctima del hambre i de la miseria, ó sin resolberse á entregarse.

Abia sido el duque desgraziado en casi todas sus empresas, i su reputazion padezia mucho; empero en esta ocasion dió una prueba incontestable de su consumada esperienzia en el arte de la guerra, no menos que de valor i firmeza de ánimo á toda prueba. Las disposiciones que tomó para su retirada fueron tan atinadas, i el orden de batalla en que marchaban sus tropas tan bien concertado, que en cualquier parte en que el rei intentaba atacarlas con su caballería allaba imposible acometerlas. Caminaba el duque á pie al frente de su banguardia, aziéndose admirar por su denodado continente, tanto como temer por su valor: al mismo tiempo que belaba sobre todo como jeneral, en todas partes peleaba como soldado. Así llegó asta un desfiladero en que abia echo colocar artillería para asegurar el paso: esta artillería contubo al rei, que mandó azer alto á sus tropas, i dejó de inquietarlas.

tar á las del duque el cual continuó su marcha asta la Fera.

Bolbió el rei á seguir las operaciones del sitio: los sitiados aunque sin esperanza de socorro, se defendieron algun tiempo; pero como se fuesen considerablemente disminuyendo, ofrezieron rendir la plaza, á tal que el rei les conzediese, i al conde de Someribe, los honores de la guerra. Aczedió Enrique, así por economizar la sangre de sus basallos, como por euitar la total ruina de las fortificaziones de una plaza que tanto le interesaba conserbar en buen estado; i la capitulazion se firmó en 22 de julio. Cumplió el rei por su parte todo lo estipulado, i lejos de mostrar el menor resentimiento por la tenazidad de la resistenzia, aprobechó esta ocasion de dar al duque una prueba de su aprecio tratando á su ijo con mucha considerazion i aun con amistad.

Tanta benebolenzia unida á tanto eroismo i magnanimidad era para sus enemigos un atractivo á que difizilmente podian resistir. La rendizion de Laon, i el trato que se abia dado á la guarnizion i á los abitantes fueron seguidos de la entrega boluntaria de Chateau-Tierri, Amiens i Cambrai. El duque de Lorena que se abia declarado por la liga la abandonó, prefiriendo el bibir en buena intelijenzia con un prízipe por quien se declaraba la fortuna i cuyo mérito abia producido una rebolezion tan asombrosa. El duque de Guisa en quien las promesas de los españoles abian enzendido un gran deseo de reinar, i que se abia bisto desestimado de ellos al momento mismo en que creia no tener que dar mas que un paso para subir al trono, hizo su tratado particular con el rei; á quien no

podia menos de admirar, i le entregó Rheims, Rocroix, Bitri i otras muchas ziuudades de la Champagne, i el rei le dió el gobierno de la Probenza (1).

Miéntras esto ocurría en Franzia tan contrario á las miras del rei de España, formó el príncipe Maurizio el sitio de Groninga; sin duda de todas sus empresas la mas difizil. Aunque todas las plazas que rodeaban aquella estuviesen en poder de la confederazion, Berdugo su gobernador, ofizial mui experimentado, la conserbaba en la obediencia del rei. Es zierito que le abian sostenido los abitantes católicos i que por ser muchos mas que los protestantes, nada abian podido azer estos en favor de la confederazion. Sin embargo, tan zelosos aquellos de su libertad como estos, no abian consentido en rezibir en sus muros ninguna guarnizion española. Tres mil de entre ellos abian tomado las armas; i encargados de la defensa de la ziuudad solo abian consentido que nobezientos soldados extranjeros de los que estaban al serbizio del rei, se acuartelasen en los arrabales.

Azia mucho tiempo que el príncipe meditaba la toma de Groninga, tanto mas importante cuanto era la única en aquella parte de las probinzias confederadas que aun tubiesen los españoles, i la que les abria la entrada á las probinzias del norte. Nada abia omitido Berdugo para asegurarla contra toda empresa. En muchos refidos encuentros abian sacado bentajas las tropas enemigas, no por falta de balor ni de buenas disposiciones de Berdugo sino por ser menos las suyas. Inzesantemente ayudado el príncipe con el

(1) Dabila, l. 14. De Thou, lib. 101. Meteren, l. 13. Bentiboglio, an. 1594. Mem. de Sulli, l. 6.

poderoso auxilio de su primo el conde Guillelmo de Nassau, redujo en fin á Berdugo á la nezesidad de dejar la probinzia, i tomó los pasos por los cuales podía rezibir la ziadad refuerzo de ombres i subsistenzias.

No abian dejado los abitantes de dar parte al archiduque del peligro que les amenazaba; i á instancia de ellos se interesó el emperador con el rei de España manifestándole que aunque deseaban con la mayor ansia permanecerle fieles, se berian forzados á abrir las puertas al enemigo, si prontamente no se embiaba un ejérxito en su socorro; i que debia tener presente que su adesion les abia echo padezer mas trabajos i fatigas que á ningunos otros de sus basallos. Rezibió favorablemente Felipe estas representaziones, i dió á ellas una respuesta lisonjera para los abitantes; i aun mandó al archiduque que con preferenzia proporcionase los medios de socorrerlos. No podia éste azerlo entonzes; pues que la mayor parte de las tropas tenia en las fronteras de Franzia, i las que abia conserbado, amotinadas contra los ofiziales porque no las pagaban, no obedezian ni aun al archiduque mismo.

Pudo pues el prínzipe Maurizio prinzipiar el sitio sin temor de que los españoles se le opusiesen. No obstante esta seguridad i siguiendo las reglas que su prudenzia ordinaria le prescribia no se contentó con fortificar sus líneas, sino que aseguró con buenas fortificaziones los pasos que de las probinzias meridionales conduzian á su campo. Para economizar la sangre de sus soldados abrió la trinchera á bastante distanzia; lo cual si retardó la conquista, tambien conserbó la vida de muchos que perezieran si empezara los apaches mas zerca de la plaza. El 3 de junio

prinziplaron á tirar sus baterías, i en poco tiempo fueron arruinadas las obras exteriores. Al ver los sitiados la rapidez de las operaciones del enemigo, llamaron en su socorro á las tropas extranjeras que tenian en los arrabales. La plaza se defendió con mucha habilidad i una asombrosa intrepidez por muchas semanas: se derramó por ambas partes mucha sangre; mas abiendo los sitiadores logradoazer saltar un rebellin, que era la prinzipal defensa de la ziuudad, empezaron los sitiados á flaquear: quejabanse sin ningun miramiento de que el rei abandonaba al enemigo unos basallos que tanto se abian distinguido por su adesion i fidelidad.

Azia mucho tiempo que Ban-Balen, su primer majistrado, estaba mui descontento con el gobierno español; i aprovechó con mucha maña la ocasion que le ofrezian las disposiciones de sus ziuudadanos, no omitiendo nada para confirmarles en el resentimiento que les inspiraba la ingratitude del rei. Izoles presente la locura que seria el lisonjearse por mas tiempo de ser socorridos de un prinzipe mas zeloso de conquistar lo ajeno que de conserbar lo propio. Pintoles con los colores mas negros los orribles males á que se espondrian si obstinándose enazer mas larga defensa prolongasen el sitio, ó si por su obstinazion en defenderse mas, suzediese que la ziuudad se tomase por asalto. Y estendiéndose despues azerca de las bentajas que les resultarian de aczeder á la union de Utrecht, se esforzó á persuadirles que si para ellos era apreziabile el sustraerse de un yugo extranjero, aun les seria incomparablemente mas bentajoso el someterse á los jenerosos enemigos que los sitiaban que el librarse de los orrores del sitio.

Las esortaziones de Ban-Balen produjeron un

gran efecto aun en los católicos : ya azia mucho que la religion era el único lazo que les unia al gobierno español ; pero la indignazion que les causaba la negligenzia en socorrerlos rompió enteramente aquel lazo , i deseaban con la mayor ansia adquirir aquella libertad zibil , de que prozedia la prosperidad i felicidad de las probinzias confederadas.

Determinados los abitantes por tan poderosos motivos , embiaron diputados al campo para tratar de la rendizion , i obtubieron del príncipe las mas ventajosas condiziones. Desde aquel momento fué declarada Groninga miembro de la union de Utrecht : conserbaronse á los naturales sus pribilejios i esenziones : ninguna mudanza se izo en el gobierno zibil , i se establezió la libertad de conzienzia , con la restriccion empero de que solo se permitiria el ejerzizio público de la religion reformada. Los abitantes por su parte se obligaron á reconozar la autoridad de los estados , á someterse á las leyes jenerales de la union , á pagar la cuota de las contribuciones , i á rezibir en sus muros cuando los estados lo tubiesen por combeniente las tropas que embiasen. A las del rei se permitió salir con armas i bagajes , i retirarse adonde quisiesen. Firmose la capitulazion el 23 de julio , i el mismo dia entró el príncipe en la zidad , i en ella permanezió asta que quedaron ejecutados algunos artículos. Dió el gobierno de ella al conde Guillermo de Nassau , i en seguida partió para el Aya. (1)

Miéntas la potencia española se debilitaba de dia en dia en las probinzias marítimas , el

(1) Meteren, l. 17. Bentiboglio , part. 3 , l. 1.
Grot. , l. 7.

desórden i la confusion reinaban en el Brabante. Las tropas walonas i españolas abian buuelto á entrar en su deber ; pero para ello abia sido necesario pagarles lo que se las debia , i pudo allegarlo el archiduque con infinitas dificultades. Las tropas italianas , á quienes tambien se debian muchos atrasos , resolvieron balerse de los mismos medios que con tan buen escito abian empleado las otras ; i aun con aprobacion de muchos ofiziales. En consecuencia , se apoderaron de la ciudad de Sichen , en que muchos de ellos estaban acuartelados : las guarniciones de las ciudades bezinas siguieron su ejemplo , i juntas compusieron como dos mil entre infantes i caballos.

No contentos con las esaciones del pais bezino , se derramaron por todo el Brabante , llevando sus incursiones asta las puertas de Brusélas , donde residia el archiduque. Al pueblo le saqueaban i maltrataban con tanta inhumanidad como si estuviesen en pais enemigo. El archiduque despues de emplear en vano la bia de la persuasion se bió en la nezesidad de recurrir á la fuerza para que bolbiesen á la obediencia. Embió contra ellos á Luis de Belasco , á quien dió orden para que con las tropas españolas , cuya sumision acababa de comprar , los sitiase en Sichen. Desde el prinzipio de la sedizion abia ofrezido el prinzipé un asilo á los sediziosos en las probinzias-unidas , i ellos respondieron que no desechaban la oferta ; mas que antes de azeptarla estaban resueltos á defenderse de los españoles en Sichen todo el tiempo que pudiesen. Con efecto izieron una bigorosa defensa , i muchas salidas en que murieron bastantes de una i otra parte. Mas conoziendo que la plaza era arto débil para prolongar mas la defensa contra un

enemigo que tan superior les era , tomaron el partido de abandonarla , i de retirarse bajo los muros de Breda i de Jeirudemberg , cuyos ziu-dadanos les probeian de quanto nezesitaban. Un tratamiento tan singular de parte de un enemigo , tenia por objeto prolongar la sedizion ; empero sin que el príncipe iziese con los sediziosos ninguna tentatiba para inclinarles á que entrasen al serbizio de los estados ; antes bien permitió que el archiduque embiase un diputado para tratar con ellos , i cuando despues de una larga negociazion se combinieron en tomar cuarteles en Tirlemont i permanecer en ellos asta que se les pagase , no se opuso el príncipe á su partida. Esijeron del archiduque que les diese en reem para seguridad de sus promesas un caballero español ; mas, el erario se allaba entonzes tan agotado que no pudiendo pagarlos hubo que tenerlos en inaczion casi todo un año. (1)

Antes que espirase este término atacó al archiduque una calentura ética que le llebó al sepulcro el 20 de febrero de 1594, á los cuarenta i dos de su edad. Dejó nombrado para suzederle al conde de Fuentes , i el rei poco despues ratificó el nombramiento. Abia ido el conde á los Países-Bajos poco antes de la muerte del duque de Parma , i segun la intenzion del rei se le abia encargado la parte prinzipal del gobierno , así en tiempo del conde de Mansfeldt , como del archiduque. En este conzepto aconsejó , ó mas bien forzó al primero á que publicase un edicto bárbaro para que se matase á cuantos prisioneros se iziesen ; i los soldados del rei que en sus incursiones se contentaban antes con esijir con-

(1) Grotius , l. 3. Meteren , l. 17. Bentiboglio , part. 3 , lib. 1.

tribuciones, fueron autorizados por este mismo edicto para llevarlo todo á fuego i sangre.

Los estados abian publicado por su parte una especie de manifiesto en que despues de azer ber el orror que les causaba el cruel edicto del conde de Mansfeldt, protestaban que si en el tiempo que prescribian no se rebocaba, usarian de represalias, i sus tropas se portarian con los basallos del rei como las de éste con los de la república. Fuentes abia solizitado el edicto á pretesto de restablezer prontamente la tranquilidad en los Países-Bajos; empero el mal escito de los medios biolentos que abia empleado el duque de Alba, su pariente, ubieran debido combenzerle de que consideradas las fuerzas que abia adquirido la confederazion, semejantes medios, léjos de poner fin á las calamidades de la guerra contribuirían á perpetuarlas agrabándolas. No tardó el de Mansfeldt en azer la triste esperienzia; abiendo sido tan grandes los males que produjo su edicto, que en fin tubo que rebocarle, ó al menos dió ordenes para que no prozediesen segun él.

El grande influjo que tenia Fuentes en todos los negocios del gobierno abia indispuerto á toda la nobleza flamenca; la cual se abia quejado amargamente como en tiempo del cardenal Grambella de la ninguna considerazion que se la tenia; i algun tiempo antes de la muerte del archiduque manifestó su descontento de un modo que no dejó duda. Empero este descontento llegó á su colmo quando se reconoció al conde de Fuentes por gobernador jeneral. Entonzes se combenzió de la poca sinzeridad de las promesas que el rei les izo pocos años antes, quando ella prestó su consentimiento para que bolbiesen las tropas españolas. Entonzes creia descubrir en toda la con-

ducta del rei la poca confianza que de ella tenia; i entonzes en fin empezaron aquellos magnates á reconozér con cuanta razon les abia predicho Guillelmo, para disuadirles de que iziesen su ajuste particular con Farnesio, que por aquel combenio iban á reduzir al pais á una miserable probinzia de España. El duque de Arschot i el conde de Mansfeldt, que esperaban aber sido preferidos á Fuentes, no quisieron estar á sus órdenes; izieron dimision de sus empleos, i dejaron los Países-Bajos. El de Arschot se retiró á Benezia donde murió algun tiempo despues, i el de Mansfeldt pasó á Ungría donde mandó los ejércitos del emperador contra los turcos.

Fuentes no obstante tomó posesion del importante empleo que se le abia conferido, i á pesar de la prebenzion de los flamencos contra él, i que parecia bien fundada, por las pruebas que despues les dió de su gran capacidad, les combenzió de que no era inferior á su destino. Fué su primer cuidado disipar el espíritu de sedizion difundido por todo el ejército, i tan bien lo consiguió que en pocos meses llegó á ponerle en un pie respetable, así por el restablezimiento de la disziplina como por las reclutas que izó para completar los diferentes cuerpos que le componian.

Nunca el rei de España tubo mas nezesidad de un gobernador con grandes talentos en los Países-Bajos. A pesar de todos sus esfuerzos para impedir la ruina de la liga en Franzia, estaba á punto de espirar. Enrique IV firmemente establezido en su trono acababa de declararle la guerra, i de proibir á sus basallos todo comercio con los de Felipe, al mismo tiempo que les permitia atacar á los españoles á doquiera que les allasen, i apoderarse de sus po-

sesiones en cualquier parte del mundo que estuviesen.

En esto andubo Enrique inconsiderado: su reino estaba gastado, i despues de una guerra tan larga i desastrosa debia parecer contra toda prudenzia emprender otra nueva. Nadie lo conozia mejor; empero creia que segun las disposiciones de Felipe no podia razonablemente presumir que consintiese enazer la paz con tales condiziones que el onor de su corona le permitiese azeptar. Así qué bajo este respecto juzgaba indispensable el continuar la guerra; i tambien la tenía por nezesaria para acabar de sufocar el jermen de la sedizion en sus propios estados. Una guerra exterior le parezió el único medio de desterrar enteramente la discordia. No siendo esta una guerra de relijion, sino de política, de corona á corona, era mui de creer que los católicos tubiesen menos repugnanzia en continuarla, que si se la dejaba su primer aspecto, i á ellos en el error de que el rei de España peleaba todabia por la relijion. Sin embargo, puede mui bien creerse que estos motivos adquirian nueva fuerza en el rencor personal que Enrique debia de tenerle por el desden con que le abia tratado siempre; pues que á pretesto de interés de la relijion de nada se abia abstenido al prinzipio para escluirle, ni despues para azerle echar de su trono. Por otra parte detestaba Enrique los artificios de que Felipe se baliera para abolir en Franzia la lei sálica: en fin, los términos en que estaba conzebida su declarazion de guerra daban bien á conozer la parte que en ello tenían sus particulares resentimientos.

La respuesta que dió Felipe á esta declara-

zion fué conforme á su carácter: que no se abia mezclado en los negocios interiores de la Francia sino por asegurar la prosperidad de los franceses, é impedir la ruina que á la religion amenazaba; i añadia que su intenzion nó era entrar en guerra ni con la corona, ni con la nazione francesa, sino continuar como asta entonces protejiendo i defendiendo á los verdaderos católicos contra la opresion del príncipe de Bearne i sus fautores. (1)

Antes de publicar sus declaraciones de guerra abian los dos reyes echo sus preparatibos para sostenerla con bigor; i no contento Enrique con esto abia echo un tratado de alianza ofensiva i defensiva con las probinzias-unidas, que en ejecuzion de un artículo de este tratado embiaron á Felipe, conde de Nassau, á que imbadiese la probinzia de Lusembourg con un cuerpo de infanteria i caballeria. Al priuzipio izo algun progreso; mas, atacado por el valiente Berdugo, embiado contra él por el conde de Fuentes, tubo que retirarse despues de algunas escaramuzas; i siguiendo las órdenes de los estados pasó ázia las fronteras del Brabanté, donde sus tropas podian ser tan útiles á la Francia como en la probinzia de Lusembourg, pues que el objeto era retener en los Países-Bajos las fuerzas del rei de España.

Empero biendo el conde de Fuentes que el éjército de los estados, aun despues de reforzado con aquellas tropas, no bastaba para ocupar al que él abia lebandado, dejó parte á Mondragon, i con el resto partió á Picardia. Su primera tentatiba fué el sitio del Catellet, de que se apoderó en poco tiempo á pesar de lo bien

(1) Dábila, l. 14.

fortificada que la plaza estaba , i de la bigorosa defensa que la guarnizion iziera.

Miéntras duraba el sitio conzibió Fuentes la esperanza de apoderarse sin efusion de sangre de la ziudad i del castillo de Am. En este mandaba un ofizial llamado Orbilliers, i en aquella su ermano Gomeron, azérrimos partidarios de la liga. Prefiriendo éste los intereses del rei de España á los de su lejítimo soberano resolvió entregar la ziudad, i pidió beinte mil escudos de recompensa á Fuentes, i una suma mucho mayor si lograba induzir á su ermano á que siguiese su ejemplo; i contando con que no allaria ninguna resistencia, ofrezio empeñarse personalmente en la entrega del castillo despues de echa por él la de la ziudad. Azeptó Fuentes la proposizion, pagó á Gomeron los beinte mil escudos i entró en la ziudad con mil españoles; mas, antes abia esijido que Gomeron i otros dos ermanos suyos que estaban con él, permaneziesen en su poder asta que Orbilliers le ubiese entregado el castillo. Gomeron, que no sospechaba en su ermano otras ideas que las suyas, azep- to esta condizion no pudiendo imajinar que su ermano le espusiese, i á los otros dos, á la benignanza de los españoles. Ademas estaba su madre en el castillo, i no creia Gomeron que Orbilliers se resistiese á las instancias que ésta le aria cuando biera el peligro en que estaban sus otros tres ijos. Empero quedaron engañadas sus esperanzas: Orbilliers quiso mas abandonar sus ermanos á su suerte que bender los intereses de su pátria entregando á sus enemigos una plaza cuya defensa se le abia confiado. Tomada esta resoluzion introdujo en el castillo al duque de Bouillon con un refuerzo considerable de tropas, que atacó á los españoles en la ziudad,

mató muchos, i á los demas izo prisioneros. Ate-
morizada la madre por las resultas que para sus
tres ijos podia tener este suceso, fué á ber al
conde de Fuentes, en cuyo poder estaban; le
aseguró que Orbilliers se abia arrepentido de lo
echo, i le entregaria el castillo siempre que
abanzase con su ejérsito para apoderarse de él.
Engañado el conde por las seguridades que
aquella mujer le daba con todas las apariencias
de la sinzeridad, marchó con sus fuerzas azia
Am; mas conoziendo que Orbilliers abia en-
gañado á su madre, i que para librarse de sus
importunaziones abia renunciado el gobierno i
salido del castillo, se dejó arrebatat de ira é izo
ajustiziar á Gomeron en presenzia del ejérsito.
Si aquel desgraziado no merezia tan sebero cas-
tigo del jeneral español, era el correspondiente
á su perfidia i á su traizion: su muerte era dig-
na recompensa de su codizia.

Dado algun descanso á sus tropas marchó
Fuentes ázia Dourlens, con intento de sitiarla.
Esta ziadad, en los confines de los Países-Bajos,
estaba bien fortificada, i guarnezida con solda-
dos escojidos: sin embargo nezesitaba reforzar-
se para impedir que cayese en poder del enemi-
go. Inmediatamente que el mariscal de Bouillon
i el almirante Billars, encargados por Enrique
de belar sobre los mobimientos del enemigo, su-
pieron que Dourlens estaba zercada, reunieron
como mil i quinientos infantes i mil caballos i
con ellos se adelantaron ázia la ziadad con la
esperanza de meterse en ella, abriendose paso
por entre las líneas de los sitiadores. Supolo
Fuentes, i no dejando en ellas mas tropa que
la nezesaria para guardarlas, marchó en ór-
den de batalla asta un terreno bentajosamente
situado á alguna distanzia de la ziadad. El ma-

riscal de Bouillon biendo la disposizion del enemigo fué de opinion de retirarse; empero el intrépido Billars, mas animoso que prudente, se obstinó en seguir su marcha, é inconsideradamente abanzó al frente de la infantería asta que el enemigo le embolbió por todas partes. Entonzes prinzipió un sangriento combate que no acabó sino con la muerte de todos los franzeses i de Billars mismo. La caballería se retiró con mucho trabajo, i mucha pérdida.

Durante el combate izo la guarnizion una salida, que aunque bigorosa no produjo efecto, por las atinadas precauziones que los sitiadores abian tomado para asegurar su trinchera. Fuentes se bolbió á continuar las operaciones del sitio, adelantándolas quanto podia. Abia en la ziudad mas de treszientos nobles que inspiraban con su ejemplo tanto ardor en la guarnizion á la que constantemente se agregaban para pelear, que aun se conserbó muchos dias contra los esfuerzos del enemigo; empero carezian de esperienzia, i su perizia ni con mucho igualaba á su valor. Así fué que se rindieron á los esfuerzos de los españoles en el asalto que estos dieron el 31 de julio, en que murieron mas de mil de los sitiados con el conde de Dinan su gobernador.

Embanezido con este feliz suzeso, resolbió el conde de Fuentes sitiar á Cambrai, cuya toma era el objeto prinzipal de su espedizion. Esta ziudad como ya dijimos, fué quitada á los españoles por el duque de Anjou, que se la dió á Catalina de Medizis, su madre, quien nombró gobernador de ella i de la ziudadela á un caballero llamado Balagny; el cual aprovechándose de las alteraciones ocurridas, pretendia corresponderle en propiedad, i azia muchos años que

se mantenía en una absoluta independencia, porque abia observado siempre la mas exacta neutralidad. Mas, disuelta enteramente la liga abiale sido preziso escojer soberano entre el de Francia i España, i prefirió aquel; á tal empero que le dejase el goze de su soberanía, i aun le permitiese el título de príncipe de Cambrai: condiciones que no dudó Enrique conzederle, temiendo que negadas se declarase por Felipe que zierto se las otorgara.

Seguro de su prinzipado, nada omitió Balagny para poner á Cambrai en estado de defensa: abia aumentado las fortificaciones, i para defenderlas tenia tres mil infantes i seiszientos caballos, la mayor parte franceses, i todos de un balor experimentado. Era la ciudad mui fuerte, i estaba probista abundantemente de municiones de boca i guerra.

Muchos de los prinzipales ofiziales del conde de Fuentes quisieron disuadirle de que pusiese el sitio: representaronle que no era posible el ganar la ciudad antes del invierno; i si el que no teniendo el rei de Francia mas enemigos que por otra parte le dibirtieran le atacase con ejército mui superior; dado que el suyo debilitado entonzes por las fatigas del sitio podria azer poco en su defensa. Empero Fuentes ansiaba el dar prinzipio á su gobierno con una adquisizion importante; i el buen ecsito de las empresas que acababa de acometer le tenian tan embanezido que ningun caso izo de estas reflexiones, i persistió en su resoluzion. Inmediatamente que recibió un buen refuerzo de las probinzias bezinas, dió prinzipio á las operaciones del sitio, i las siguió con tanto bigor i habilidad, que izieran onor á los mayores jenerales de aquel tiempo. La defensa era bigorosa, i Bic, embiado por el

rei con un refuerzo de tropas, la dirijia con el mayor azierto. No obstante, los sitiadores pusieron en poco tiempo sus baterías bastante zerca para arruinar enteramente algunas de las prinzipales fortificaciones de la plaza, i una parte de las murallas. A pesar de estas bentajas aun era mui inzierto el resultado: las dificultades que Fuentes tenia que superar para adquirir subsistencias eran tan grandes, i tan desanimadoras, que se nezesitaba una resoluzion tan firme como la suya, i el temor de amanzillar la gloria ya adquirida para no abandonar la empresa.

Los abitantes de la ziuudad le libraron de esta afrenta. Abituados al dulce i moderado gobierno de sus obispos, soportaban mucho tiempo azia con impazienza la soberbia i altanería de la mujer de Balagny: su insolenzia, sus estorsiones, sus rapiñas les tenian reduzidos en zierto modo á la desesperazion. Esta mujer todo lo podia con su marido, i los abitantes que lo sabian se abian dirijido secretamente al rei Enrique para que los librase de la opresion en que estaban, ofreziedo reconozerlo por su soberano, i rezibir las tropas que quisiese embiar. Balagny tenia ganada á la bella Gabriela, que interpuso el mucho influjo que con el rei tenia, no solo para que despreciase la oferta, sino para que conserbase al tirano la autoridad usurpada que ejerzia.

Este prozeder izo á Enrique entrar á la parte con Balagny en el resentimiento de los de Cambrai, asta el extremo de que resolbiesen aprovechar la primera ocasion de bolber á la obediencia del rei de España. Los eclesiásticos que eran muchos, nada omitieron para confirmarlos en su resoluzion, esperando por este me-

dio que se restableceria la autoridad de su arzobispo, echado por Balagny. Formado el plan esperaban oportunidad para ejecutarle i la allaron biendo á Balagny i Bic únicamente ocupados en proporcionar los medios de repeler el asalto que esperaban. El momento era favorable; toman las armas i se apoderan de una puerta de la ciudad. De Bic, Balagny i su mujer izieron cuanto pudieron para que desistiesen; pero todo fué inútil. Embiaron dos de los prinzipales bezinos á que ofreziesen al conde de Fuentes entregarle la ciudad con estas condiciones que fueron conzedidas: "que no se permitiria á los soldados ninguna espezie de saqueo: olvido de todo lo pasado: confirmazion de todos los pribilejios de los abitantes, i el restablezimiento del arzobispo con todos sus derechos, jurisdiccion i autoridad."

La guarnizion se retiró á la ciudadela donde esperaba poderse mantener mucho tiempo; mas despues que una bisita esacta de los almagazenes les izo ver que no tenian bíberes para mas de tres dias, á la primera intimazion capituló. A este extremo la habia reduzido la abarizia de aquella mujer, que á urto de su marido abia bendido á prezios esorbitantes las proibiciones de boca custodiadas en los almagazenes.

Durante el sitio abia dado en muchas ocasiones pruebas de un valor i de una capacidad superior á su sexo; mas no pudiendo sufocar los remordimientos de su conzienzia, ni soportar la idea de las siniestras consecuencias que por su ambizion abia tenido su estremada abarizia, se dejó sobrecojer de tal tristeza que entregada á la desesperazion no solo reusó los socorros de la medicina sino que se pribó de todo alimento i murió antes que la ciudadela se entregase.

Firmóse la capitulacion el 7 de octubre, i la guarnizion salió de la ziuudad con los onores de la guerra. Fuentes acuarteló en ella dos mil soldados alemanes, i quinientos españoles en la ziuudadela; i despues partió con el resto de su ejérsito, que tambien acuarteló en Flandes, el Artois, y el Enao (1).

No abia bisto Enrique con indiferenzia los progresos del conde de Fuentes: la pérdida de las importantes plazas que acababa de quitarle le abia sido mui sensible; i ubiera acudido en persona á su socorro si no ubiera sido mas necesaria en otra parte. Dezidido Felipe II á continuar la guerra con bigor se abia propuesto azerla por dibersas partes á un tiempo; i en consecuencia dió orden á Belasco, condestable de Castilla, i gobernador de Milan, para que con un ejérsito de diez mil ombres marchase ázia la Borgoña. Juntosele en el Franco-Condado el duque de Mayenne con un refuerzo de mil infantes i cuatrocientos caballos; con lo cual, siendo mui mayor este ejérsito que el que abia podido reunir el mariscal de Biron, que allí mandaba, abia motibo para que Enrique temiese por la probinzia de Borgoña. Para socorrerla dió orden á las tropas que tenia acantonadas en diferentes puntos para que se juntasen i le siguieran, i sin esperarlas marchó con mil i ochozientos ombres entre infantería i caballería al encuentro del enemigo, para inquietarle, i retardando su marcha, dar tiempo á que su ejérsito se le reuniese.

Los españoles pasado el Saona se abian adelantado asta Fontaine-Francaise. Allí atacó Enrique la banguardia con su caballería, tan impetuosamente que sorprendió al jeneral español.

(1) Dábila, l. 15. Bentiboglio, part. 3, lib. 2.

En esta ocasion fué Enrique poderosamente ayudado por el marques de Mirabeau, el conde de Grammont, otros muchos señores, i particularmente por el mariscal de Biron, que cubierto de la sangre que salia de una erida que recibió al prinzipio de la aczion peleaba con un valor increíble. Animados los soldados con el ejemplo de tantos, i sobre todos con el de su soberano, á quien beian pelear como un simple soldado, estaban, si así puede dezirse, frenéticos. Enrique á su frente, se prezipita en medio de los enemigos, rompe sus filas i les pone en derrota.

Si Belasco ubiera prezipitado la marcha del grueso de su ejéztito, embolbiera á Enrique por todas partes, i le imposibilitara salvarse, dado que éste consultando menos la prudenzia que el valor se abia temerariamente empeñado en un combate que le fuera mui funesto si su ánimo no ubiera suplido el número, i difundido el miedo i el terror entre los enemigos. Intimidado asta el jeneral por la intrepidez con que le beia pelear, izo tocar retirada, i dejó á Enrique dueño del campo de batalla. Al dia siguiente mui de mañana izo Belasco repasar el Saona al ejéztito, sin que bastase á disuadirle lo que le manifestó Mayenne azerca del estado de debilidad en que Enrique se allaba: tampoco logró que le dejase una parte de sus tropas para azer levantar el sitio de Dijon, empezado por los realistas, i cubrir al mismo tiempo las otras ziadades de la ribera que aun estaban por él. No contento con obstinarse Belasco en su denegazion siguió retirandose asta que llegó zerca de Grai, é izo fortificar su campo con el mismo cuidado que si el enemigo le ubiera de atacar en él, resuelto á esperarle, i estar solo á la defensiba.

Este prozeder de Belasco prueba lo temible

que para él era Enrique, i aziéndose justizia cono-
 nozia cuan inferiores eran sus talentos militares
 á los de aquel príncipe. Mas, el duque de Ma-
 yenne al mismo tiempo que veía qual era el ber-
 dadero principio de su timidez, creía trasluzir
 tambien en la conducta de Belasco señales de des-
 confianza que le ofendian. Atribuíalo á las ór-
 denes que del rei tubiese, i no podia dudar que
 instigado por sus ministros en Francia ubiese Fe-
 lipe concebido de sus designios los mayores ze-
 los. Estas consideraciones le ponian en la mayor
 perplejidad: por una parte debía creer que muy
 pronto seria abandonado de los españoles como
 lo abia sido ya en Francia de la mayor parte de
 los coligados: por otra, siendo entonzes tan po-
 co su poder no podia lisonjearse de que obten-
 dria del rei condiciones ventajosas. Despues de
 haber deliberado mucho tiempo, fué su primera re-
 soluzion ir á Madrid á justificar su conducta i
 aver ber á Felipe cuan falsas eran las noticias
 de sus ministros; empero la bondad de Enrique
 le libró de dar un paso tan indecoroso como in-
 discreto. Notizioso del compromiso en que el du-
 que se allaba le embió á Lignerac, que sabia
 era su amigo, para asegurarle de su estimazion
 i dezirle que le rezibiria en su grazia, i le con-
 zederia las condiciones mas onorificas.

Mas, como el duque abia echo juramento de
 no reconocer la autoridad de Enrique miéntras
 éste no obtubiese la absoluzion del papa, no qui-
 so esijir que fuese á la corte, é izo le dijessen que
 podia retirarse á Chalons, que estaba por él, as-
 ta que la absoluzion llegara, sin temor de que
 en el interin se formase ninguna empresa contra
 él, ni contra sus partidarios.

Mayenne que sabia asta que punto se podia
 contar con las promesas de Enrique, i además

penetrado de reconocimiento por la oferta que le azia, la azeptó sin bazilar i se retiró del campo de los españoles.

Mui poco despues se adelantó Enrique á las márgenes del Saona con intento de pasarle con su ejérxito compuesto de siete mil infantes i dos mil caballos, i dirigirse al Franco-Condado donde permanezia Belasco atrincherado en su campo. Súpolo éste, i se opuso á su paso, empero á su pesar le atrabesó á nado tres millas por bajo de Grai, i sin detenerse se fué al campo de los españoles: i despues de reconocidos sus atrincheramientos, juzgando que no le seria fázil atacarlos con buen cesito, le rodeó, empezó á talar el país, i esijirle contribuciones sin que Belasco dejase sus líneas para oponerse. Mas, los cantones suizos como amigos i protectores de los desgraziados abitantes del Franco-Condado interpusieron su mediacion con el rei, que á sus instancias cesó en la tala, i aun sacó su ejérxito con intento de dirigirse con la mayor zeleridad ázia la frontera de los Paisés-Bajos.

Esperaba Enrique con impaziencia la absoluzion que tenia pedida al pontífize; i le ubiera sido antes embiada si los ministros de España en la corte de Roma no se ubieran opuesto; empero cuando bió el papa que el rei de Franzia se abia establecido sólidamente en su trono, temió que mayor dilazion apurase la paziencia del penitente, i renunziase de la comunion romana, como izo Enrique VIII de Inglaterra en el pontificado de Clemente VII. Esta considerazion política mobió al papa á pronunziar la sentenzia de absoluzion, aunque á riesgo de desagradar á Felipe: i en efecto la pronunzió con mucha pompa el 16 de setiembre. No bien se supo en Franzia, cuando el corazon de los católicos rebo-

saba de alegría, é inmediatamente se puso en ejecucion el tratado antes echo con el duque de Mayenne; i los coligados que aun no se abian sometido siguieron el ejemplo de su jefe. Así se restablezió la tranquilidad interior en todas las probinzias del reino; i pudo Enrique dedicar toda su atencion á la guerra contra España (1).

Desde que prinzipió en los Países-Bajos no abia abido año tan estéril de grandes acontecimientos como este en que bamos; lo que particularmente debe atribuirse á la eleccion que el conde de Fuentes izo en el sabio i prudente Mondragon para que en su ausencia mandase las tropas. Ázia mediados de julio puso el prinzipe Maurizio sitio á la ziedad de Groll; empero Mondragon despues de reforzar su ejéztito con los soldados que sacó de las guarniziones, se abanzó á él con tanta zeleridad que no dándole tiempo para acabar de atrincherar su campo, le izo dejar la empresa. Los dos ejéztitos permanezieron mucho tiempo á bista uno de otro; mas como eran de fuerzas casi iguales, i ninguno de los dos jenerales zedia al otro en prudenzia ni bijilanzia, ni uno ni otro se atrebieron á emprender nada importante.

Ubo muchas escaramuzas con bario suzeso: la única aczion que mereze referirse fué la que suzedió zerca del rio de Lippe. Abia mandado el prinzipe al conde de Nassau que se ocultase en un bosque para que pudiese atacar cuando bolbiese un destacamento enemigo embiado por Mondragon para que escoltase á los forrajeros. No se ocultó esta maniobra á Mondragon, que colocó en otro bosque un cuerpo de caballería

(1) Dabila, l. 14. De Thou, 1595. Perelise, idem. D'Elzebier, p. 230.

mucho mayor que el de Nassau. Cuando los forrajeros españoles llegaron á la emboscada fueron embueltos, i muertos muchos; empero saliendo del monte inmediato repentinamente los soldados de Mondragon, se reizieron i bolbieron á la carga los antes benzidos. Asombrados los soldados de Maurizio de berse cojidos en su propio lazo, fueron oprimidos por el número: trescientos de ellos quedaron tendidos en el campo con su comandante, i el resto buscó en la fuga su salud.

Este fué el último suceso de alguna consideracion en este año, aunque los dos ejércitos permanezieron uno enfrente de otro asta fin de octubre que decamparon, i ambos entraron en cuarteles de invierno. Mondragon murió poco tiempo despues á los noventa i dos años de edad, abiendo conserbado asta el último momento bastante fuerza i bigor para llenar las obligaciones de un jeneral. Abia serbido cincuenta años en los Países-Bajos, i tenido parte en casi todas las empresas militares que en ellos se abian acometido, sin aber rezibido la mas lijera erida (1).

En tanto que en Europa suzedia lo que en este libro acabamos de referir, izieron los olandeses sus primeras espediciones á la India; mas como las posesiones que entonzes adquirieron fueran poco considerables, i sus conquistas mas importantes en los dominios ultramarinos de Felipe no fueron concluidas asta muchos años despues de la muerte de este príncipe, nos reserbamos el ablar de ellas en la istoria de su suzesor.

(1) Grot., l. 4. Bentibog., part. 3, l. 2.

pas italianas i españolas, i lo que era aun mas importante llebaba millon i medio de escudos.

El conde de Fuentes no teniendo por decoro permanecer á las órdenes del archiduque en un pais en que abia mandado en jefe, le puso en posesion del gobierno i partió á España.

Segun las intenziones de Felipe, se dedicó inmediatamente Alberto á preparar lo nezesario para entrar temprano en campaña. Era su intento socorrer la pequeña ciudad de la Fera, que desde que los coligados la entregaron al duque de Parma estaba en poder de los españoles.

A fines del año anterior formó Enrique el proyecto de quitársela; mas, allándola muy bien fortificada, i guarnezida de soldados escogidos, i mandados por Alvarez Osorio, oficial de gran reputacion, se contentó con bloquearla, i lo izo sin obstáculo i tan bien que era imposible toda entrada en la plaza. Azia algunas semanas que el bloqueo duraba, de modo que cuando el archiduque llegó á los Países-Bajos, biéndose el gobernador de la Fera falto de subsistencias, reduzido á capitular si prontamente no se le socorria, le comunicó el estado en que se allaba, á tiempo que casi nada faltaba al archiduque para marchar con el ejérxito que tenia reunido en los alrededores de Balenzienes. Mas, el archiduque mismo i su consejo conozian los inconvenientes que abia en llevarle directamente á socorrer la Fera; dado que era nezesario dejar á la espalda á san Quintin, Am, Guisa Peronna, i otras muchas plazas fuertes, cuyas guarniziones podrian molestarle en la marcha, romper los caminos, é interzeptar los comboyes. Por otra parte, un pantano intransitable azia inaccesible la ciudad, menos por al-

gunos puntos tomados ya por el rei de Franzia, i defendidos con fuertes atrincheramientos. Era pues nezesario atacarlos ; i aun suponiendo que de resultas se pudiese azercar á la ziedad, aun era preziso atacar á los sitiadores en su campo, ó fuera , si tomaban el partido de salir de él. Atacarlos en sus líneas era esponerse á una ruina casi zierta ; i no era de esperar que Enrique, cuyo ejéztito se iba aumentando por dias, arriesgase una aczion jeneral en campo abierto, antes que su ejéztito fuese mui superior al del enemigo. Reflexionaba tambien el archiduque que si quedaba benzido , resultarian funestas consecuencias , no solo por la diminuzion del ejéztito, sino aun porque podria seguirse la pérdida de todas las conquistas de Felipe en Franzia , i el menoscabo de su autoridad en los Países-Bajos.

Estas consideraciones le retrajeron de socorrer á la Fera, i pensó sitiar una ziedad importante en la frontera , bien para que Enrique leuantase el sitio, ó bien para indemnizarse de aquella pérdida.

Tomada esta resoluzion, aun faltaba dezidirse sobre la plaza que se abia de sitiar : dudó algun tiempo entre san Quintin i Peronna; mas dejando este intento se dezidió por Calais, cuya conquista tubo por mas fázil i de mas importancia.

Sujirióle esta idea un francés llamado Rone, azérrimo partidario de la liga, i que preferia el serbizio del enemigo de su pátria al de su lejítimo soberano. Era Rone intrigante, de carácter sombrío i melancólico, solo sensible á su interés, atrebido, actibo i sagaz, de mucha penetracion, i mui instruido en el arte de la guerra. Calais, así bien que otras muchas plazas, abia sido mui descuidada durante la guerra

zibil, por mas que el rei ubiese mandado que se esaminasen las fortificaziones con cuidado i se restableziesen: sus grandes ocupaziones le abian impedido el dar á este asunto la atenzion nezesaria. No lo ignoraba Rone, ni que la guarnizion de Calais era inferior á la estension de la plaza, ni que era imposible defenderla mucho tiempo. De todo instruyó al archiduque el cual aprobó el proyecto i le encargó la ejecuzion, i para que el enemigo no lo trasluziese, á solos tres de sus prinzipales ofiziales lo comunicó; aziendo al mismo tiempo que se dibulgase era su intento ir á socorrer la Fera. Y para que así se creyese dispuso que el ejérxito marchase ázia aquella plaza, miéntras Rone se dirijia con una dibision ázia Calais. Fué su primera tentatiba contra el fuerte i el puente de Niculai que defendían la ziedad por parte de tierra, i alló poca resistenzia: no así la que izo el fuerte de Risbanc, situado á la entrada del puerto, i del cual dependia la conserbazion de la plaza. Sin embargo, cuando empezó á jugar la artillería de una batería que Rone abia echo lebantar contra él, decayeron de ánimo los que le defendian; i la muerte de algunos causó tal terror en todos que pidieron capitulazion. Un suzeso tan rápido eszedió las esperanzas de Rone, i lo que aumentó su contento fué el ver algunos dias despues de la rendizion de Risbanc, muchos barcos que iban de Bolonia con tropas para reforzar la guarnizion de Calais, i tubieron que retirarse, porque dueños del puerto los españoles, no les fué posible entrar en él.

Aun estaba el archiduque con su campo en las inmediaziones de Balenzienes cuando supo el feliz suzeso de Rone: marcha inmediatamente con todo el ejérxito ázia Calais, i cuando se alló

en la situacion combeniente puso sus estancias de modo que al enemigo fuese imposible socorrer la plaza. Atacó los arrabales i los tomó por asalto : la ciudad izo aun menos resistenzia : apenas empezó á jugar la artillería de los sitiadores , se retiró el gobernador Bidossan con toda la guarnizion á la ciudadela , i no teniendo mas seguridad de mantenerse en ella que en la ciudad, ofrezio que capitularia si dentro de seis dias no era socorrido. El archiduque por economizar la sangre de sus soldados , i conserbar las fortificaciones, azeptó la proposizion , tanto mas facilmente quanto mas seguro estaba de poder impedir que entrase en la plaza socorro.

La noticia de estos progresos puso á Enrique en la mayor perplejidad ; pero como azia tantos meses que duraba el bloqueo de la Fera esperaba que la guarnizion capitulase dentro de pocos dias , i que despues aun llegaria á tiempo de azer levantar el sitio. En este conzepto juzgó que no debia abandonar una empresa que tantos trabajos i gastos le abia causado. No obstante marchó con parte de su caballería á Bolonia para estar en disposizion de introducir en Calais socorros que pusiesen á la guarnizion en estado de resistir , asta que pudiese ir con todo su ejézcito á obligar á los españoles á que levasen el sitio.

Mas , al llegar á Bolonia supo que Calais se abia rendido , i que la ciudadela debia tambien azerlo , si en el tiempo que abia fijado no era socorrida : entonzes sintió no aber llebado consigo mas tropas. No obstante biendo cuan nezesario era azer sin tardanza algun esfuerzo para socorrer la ciudadela obtuvo de Campagnol , gobernador de Bolonia , que se encargase de tentar al frente de trescientos ombres escoji-

dos el abrirse de noche paso por medio de los atrincheramientos de los sitiadores : peligrosa empresa , que sin embargo se ejecutó sin perder siquiera un ombre. Entrado que ubo en la ziudadela leyó la órden del rei á la guarnizion , i la izo jurar que se defenderia asta el último estremo.

Espirado el término pedido por el gobernador , le intimaron los sitiadores que se rindiese ; mas él contestó que abiendo sido socorrido quedaba nula su oferta ; empero no tardó mucho en conozer cuan poco podria defender plaza tan débil contra ejérxito tan poderoso.

Desde el día siguiente izo Rone que jugasen todas las baterías , i en pocas oras arruinaron una parte de las murallas. Un rejimiento italiano que por su negligenzia abia dejado pasar á Campagnol con su destacamento , fué condenado á dar el asalto : sostenianle tropas españolas i walonas. Rezibiolos la guarnizion en la brecha con un balor estraordinario : el combate fué largo i tenaz : derramóse mucha sangre de ambas partes ; asta que en fin fueron los sitiadores rechazados. Buelben casi inmediatamente los italianos á la carga : eran mas en número, izieron zejar á los sitiados i entraron con ellos en la plaza. Toda la guarnizion fué pasada á cuchillo eszepto Campagnol , i pocos ofiziales que se refujieron en una iglesia , i en seguida se rindieron á discrezion. Así pasó Calais á los españoles á las tres semanas de aber dado Rone el primer ataque. Enrique tomadas todas las precauciones que podian asegurar la conserbacion de Bolonia se bolbió á su campo de la Ferrara. El archiduque permanezió ocho ó diez dias en Calais , i dada órden de que reparasen las fortificaciones llebó su ejérxito á Ardres.

Tenia esta ziudad quatrocientos ombres de

guarnizion mandados por el marques de Belin, teniente gobernador de la probinzia, i por el señor de Annebourg, gobernador de la ziadad, ofizial de valor i de capacidad jeneralmente reconocidos. Las salidas frecuentes i bigorosas que izieron retardaron las operaciones de los sitiadores, que sin embargo á biba fuerza ganaron los arrabales. Entozes prinzipió Rone á jugar la artillería de las baterías. Mas, considerando la bondad de las fortificaciones i el número i valor de sus defensores abia poca esperanza de que la plaza se rindiese antes que la Fera, despues de la cual era mui probable que Enrique fuese con todas sus fuerzas en socorro de los sitiados.

A pesar de tantas zircunstanzias favorables, juntó el marques de Belin el consejo de guerra, i le representó con beemenzia la nezesidad que abia de capitular, alegando que seria imposible defenderse asta que llegase el ejérxito del rei, i que cuanto mas antes se rindiesen tanto mas bentajosas serian las condiciones que obtubieran. Annebourg desechó con indignazion la propuesta, i todos los ofiziales fueron de su opinion; mas el cobarde Belin en uso de la autoridad que como teniente gobernador de la probinzia le competia, ofrezio al archiduque entregarle la plaza con tal que la guarnizion saliese con los honores de la guerra. La bíspera del dia en que se firmó i ejecutó aquella bergonzosa capitulazion se abia rendido la Fera, i Enrique IV iba ya marchando con todo su ejérxito á defender á Ardres. Diferentes refuerzos que en poco tiempo abia rezibido le daban esperanza de poder obligar al enemigo á que lebantase el sitio: mas cuando supo que Ardres se abia rendido le indignó tanto la cobardía de Belin que mandó se le formase con-

sejo de guerra : despues zediendo á las instancias de los amigos de aquel cobarde ofizial, mandó que se suspendiera i se contentó con proibirle la entrada en la corte, i quitarle el empleo que tenia. (1)

Enrique dudó por algun tiempo azerca del partido que debia tomar. Por una parte deseaba mucho recobrar las plazas que acababa de perder ; por otra consideraba que el sitio de una ziedad fuerte seria mui largo , i por consiguienie mui difizil en las zircunstanzias en que se allaba. La azienda estaba gastada , i la Picardia que azia tanto tiempo era el teatro de la guerra , no podia proveer de subsistenzias á sus tropas. Estas consideraciones le izieron que tomase la resoluzion (i este era tambien el dictámen de su nobleza) de seguir al enemigo , i forzarle á dar batalla si era posible ; mas el archiduque , cuyo ejérxito se abia debilitado mucho por las guarniziones que abia puesto en las ziedades conquistadas , abia penetrado su designio : i no menos cuidadoso de ebitar una aczion jeneral , que Enrique actibo en allar ocasion de obligarle á ella , dejó sin dilazion la Franzia i acantonó sus tropas en el Artois. Frustradas así las esperanzas de Enrique tubo que lizenziar la mayor parte de su jente , dejando al mariscal de Biron de zinco á seis mil ombres para que se opusiese á las incursiones que intentasen los españoles , i se bolbió á la capital, en la que muchos i mui importantes negocios esijan su presencia.

En tanto que el ejérxito español abia estado en Franzia , nada abia ocurrido en los Países.

(1) Dábila, l. 14. Bentiboglio & De Thou, l. 5, p. 116.

Bajos digno de la istoria , no por falta de bigor ni actividad en el príncipe Maurizio , sino porque la debilidad de su ejército le abia impedido acometer ninguna empresa. Los estados por economizar sus fuerzas , creyendo poder averlo cuando no beian ningun peligro , abian reducido sus tropas tanto , que dejadas en las ziudades las nezesarias para su defensa no quedaban para salir á campaña mas que como tres mil ombres. Con ellos i las guarniziones de algunas ziudades fronterizas abia echo el príncipe atrevidas incursiones en Flandes i el Brabante pillando , ó esijiendo contribuciones á muchos departamentos. Los estados de aquellas probinzias deseando la buelta del archiduque abian solizitado con la mayor instancia que emplease su ejército en la toma de algunas ziudades fronterizas de la confederazion , cuyas guarniziones causaban tantos daños. Izo el archiduque bolber el ejército á los Países-Bajos , porque la estazion aun permitia estar mucho tiempo en campaña , i no pensaba tenerle en inaccion : oyó favorablemente las representaciones de los estados de la Flandes i el Brabante , i con el parecer de su consejo de guerra resolvió sitiar á Ulst.

En los cinco años que esta plaza abia estado en poder de la confederazion , abia aumentado el príncipe considerablemente las fortificaciones , aislandola por medio de dos anchos canales , defendidos con fuertes , colocados de trecho en trecho , i ademas izo inundar parte del pais adyacente ; de modo que era casi inaccesible.

Este juicio formaron los oficiales que el archiduque embió á que la reconoziesen ; pero no fué parte para que mudase el suyo. Ambizionalba aver señalado el primer año de su gobierno con algun serbizio importante al pueblo confia-

do á su cuidado. Por otra parte le eszitaban Rone i otros ofiziales de carácter atrevido i emprendedor, en términos que las mayores dificultades no le ubieran echo desistir. En consecuencia se empleó el archiduque en proporcionar los medios de llevar á cabo su empresa: i para que el enemigo ignorase todo el tiempo posible cual era su desigño, finjió tener el de atacar una de las ziuudades del Brabante: ficzion que produjo el efecto que deseaba, dado que el príncipe Maurizio sacó dos mil ombres de los zinco mil que componian la guarnizion de Ulst para reforzar las de Jertrudemberg i Breda.

No perdió tiempo el archiduque, i repentinamente se dirijió ázia Ulst: tenia preparados muchos bateles en que mandó á la Biche i Bartotta, dos de sus primeros ofiziales, que trasportasen parte de sus tropas por la inundazion i los canales. Esta comision era peligrosa; sin embargo quedó desempeñada aquella noche con el mayor silencio i secreto: las dificultades que para ello ubo que benzer ubieran malogrado la empresa si se ubiera conduzido por quien tubiese menos resoluzion é intrepidez que aquellos dos ofiziales. La marea aun no abia subido tanto como creían; i no pudiendo seguir los bateles por falta de agua nezesitaron muchas bezes saltar á ella los soldados donde el fango les daba á la rodilla, i llevarse por delante los bateles á empujones. Despues que con los trabajos i afanes que se dejan discurrir llegaron con ellos asta la márjen del canal, los descubrieron los soldados que guarnezia algunos de los fuertes, é izieron un continuado fuego. A pesar de esto siguieron su rota, asta que en fin lograron botar los bateles en el canal, i llegar al otro lado sin mas

pérdida que la de algunos ombres. Al amanecer del dia siguiente les atacó el conde de Solms, gobernador de Ulst, sin darles tiempo para atrincherarse: el combate fué bivo, obstinado i sangriento. Un rejimiento de los acometedores fué derrotado i el que le comandaba muerto; empero conociendo los otros que no abia medio entre morir ó benzer, abanzaron con tal impetuosidad que obligaron á la guarnizion á que se bolbiese á la ziedad: mucha sangre se derramó en esta aczion.

No bien tubo el prinzipe noticia de esta ocurrencia quando partió con las tropas que pudo reunir, esperando echar á los españoles de la isla antes que rezibiesen refuerzos; empero el archiduque mas dilijente, le abia prebenido. Esto sin embargo no ubiera impedido al prinzipe el llebar sus tropas asta Ulst por el canal que caia en el Ondt, ó el Escalda ocidental; mas antes que lo emprendiera ya tenia el archiduque todo su ejérsito en la isla, i aun prinzipiadas las operaciones del sitio. Lo único que por entonzes podia azer el prinzipe era introducir socorros en la ziedad por el canal, cuya embocadura defendia un fuerte tan bien fortificado que era casi inespugnable. Con esta mira fijó su residencia en Cruning en Zelanda, desde donde azia pasar á la guarnizion de Ulst refuerzos considerables de tropas, á pesar de todos los esfuerzos de los españoles para interzeptarlos.

Si los ataques de los sitiadores eran bigorosos, la defensa de los sitiados no lo era menos: los combatientes de ambos partidos azian echos del mas eróico valor. Era raro el dia en que los sitiados nó iziesen salidas i en ellas horrible matanza de enemigos: en una fué muerto Rone, prinzipal director del sitio; lo que causó gran

desaliento en los soldados ; mas no por eso persistió menos el archiduque en que el sitio se continuase ; i aunque llebaba ya perdida mas jente que le costaran Calais i Ardres , proseguia las operaciones sin interrupcion con el mismo bigor ; de modo que despues de aber arruinado enteramente las obras exteriores logró abrir brecha bastante ancha para dar el asalto.

Los sitiados abian lebantado un fuerte atrincheramiento por dentro de la brecha , detras del cual aun podian defenderse mucho tiempo , tanto mejor quanto la guarnizion continuamente reforzada por las tropas que el príncipe embiaba , era entonzes mas numerosa que nunca. Mas sobrecojida repentinamente de un terror pánico estrechó al conde de Solms á que capitulase , i con tantas i tan urjentes instancias que temiendo el conde que á su pesar entregase la plaza , zedió á sus importunaziones i capituló el 18 de agosto. El archiduque no permanezió en Ulst mas tiempo que el nezesario para proveer al reparo de las fortificaciones.

Buelto á Brusélas fué rezibido con grandes aclamaziones tanto mas bibas quanto mas seguro de los confederados se consideraba el pueblo; persuadido de que bajo el gobierno de un príncipe tan feliz en sus empresas no se beria espuesto á las incursiones del enemigo , i que la seguridad i la tranquilidad interiores serian bien pronto restablezidas ; empero esta alegría i estas esperanzas se desbanezieron bien pronto. El mariscal de Biron , á quien como dijimos dejó el rei Enrique en Picardia con un cuerpo de tropas escojidas , se abia estado asta entonzes á la defensiva ; mas á poco de rendida Ulst empezó á azer incursiones en el Artois , teniendo en continuo sobresalto á las fronteras meri-

dionales de los Países-Bajos. El archiduque embió contra el al marques de Barambon ; con lo cual se contubo el mariscal , siendo menos emprendedor , i mas zircunspecto. No obstante, zierto de que el enemigo abanzaba en su busca, le salió rapidamente al encuentro , dejó la mayor parte de su tropa emboscada , i continuó su marcha asta que alló las del marqués. Empeñose el combate con mucha bibeza : el mariscal peleando siempre en retirada atrajo al enemigo á la emboscada ; i aziéndose entonces firme cargó con todas sus fuerzas reunidas , cojió á Barambon prisionero, le mató muchos soldados i obligó á los demas á que buscasen en la fuga su salud. (1)

El príncipe de Chimai , entonces duque de Arschot , substituyó á Barambon de orden del archiduque ; mas los esfuerzos que izo para detener las incursiones de los franzeses no fueron mas felizes que los de su antezesor. El mariscal le era mui superior en caballería , i esta superioridad le daba la victoria siempre que peleaba con Chimai , de modo que continuó talando el pais abierto por todas partes asta que la proximidad del invierno le obligó á retirarse.

En tanto que estas cosas que emos dicho sucedieron en Franzia i los Países-Bajos , tubo Felipe en España un rebes de que no podian indemnizarle las conquistas que en ambos estados abia echo. Despues del funesto resultado que tubo su empresa contra Inglaterra no abian dejado los ingleses de proyectar contra sus dominios tanto de España como de América. En la época de que ablamos no se allaba Felipe en mejor estado de bengarse que antes ; mas estre-

(1) Bentib., l. 3. Grotius.

chado entonces ásta el extremo , i biéndose dueño de Calais , cuya posición le daba mucha mas facilidad que abia tenido nunca para ostilizar á los ingleses , á pesar del mal estado en que se allaba , resolvió aprovechar la ventaja que la nueva posesion le ofrezia ; i en consecuencia izo equipar una armada , i levantó un ejército con el cual se proponiaazer un desembarque en Irlanda , en donde azia mucho tiempo que fomentaba la rebelion entre los católicos ; i no dudaba que estos se unirian á sus tropas inmediatamente que desembarcasen.

No ignoraba Isabel este nuevo proyecto de Felipe , ni abia omitido nada para librarse de la nueva tempestad que la amenazaba. A fin de alejarla abia echo equipar una armada de ziento cincuenta nabes , al mando del gran almirante lord Oward , i embarcar en ella ocho mil soldados con siete mil marineros á las órdenes del conde de Esses. Los olandeses agregaron beinte i cuatro de sus nabíos mandados por el bizealmirante Warmond , montados por un número suficiente de soldados , á las órdenes del conde Luis de Nassau , primo del príncipe Maurizio.

Pensaba Isabel atacar á Cádiz donde sabia que azia el rei la mayor parte de sus preparativos ; pero para asegurar el logro , ocultó con cuidado el destino de la armada , i los capitanes de nabío rezibieron zerrada la orden que los señalaba el punto de la reunion jeneral , prohibiéndoles el abrirla antes de llegar al cabo de san Bizente. Recomendabaseles tambien que se mantubiesen siempre en su rota á alguna distancia de las costas de España i de Portugal , para que el enemigo temiendo igualmente por unas que por otras estubiese menos prebenido.

Estas precauciones produjeron el efecto que

se deseaba : la armada que partió de Plimouth el primero de junio llegó el 20 á vista de Cádiz que se allaba en la mayor seguridad, i de ningún modo preparado á defenderse. Abia en el puerto i la rada treinta i dos naves ricamente cargadas i prontas á dar la vela así para la América como para las grandes Indias; treinta nabíos de guerra, i gran número de barcos de trasporte cargados de todo lo nezesario para proveer una armada que se equipaba en Lisboa. No abia en la plaza comandante en jefe, i la guarnizion era demasjado débil para defenderla.

Al azercarse la armada inglesa se formaron en batalla los nabíos de guerra á la entrada de la baia, i á pesar de la inferioridad del número sostubieron el ataque asta que algunos de los mayores se cojieron, otros se quemaron, echaron á pique, ó se les obligó á dar en bajíos ó bancos de arena.

Lograda esta primera bentaja izo desembarcar el conde de Esses sus tropas i las condujo ázia la ziuudad. Saliolas al encuentro un cuerpo de soldados españoles, que no pudiendo resistir el ímpetu de los ingleses bolbieron la espalda i se pusieron en fuga : siguieronlos de zerca los ingleses i entraron con ellos en la ziuudad. Los habitantes izieron poca resistenzia : la bista de los ingleses les abia llenado de terror, i estaban en la mayor consternazion : el castillo se rindió antes que se tirase contra él ni siquiera un tiro. El conde de Esses, cuya jenerosidad no era menor que su valor, manifestó despues de la bictoria tanta umanidad como valor abia mostrado en el combate. Es berdad que dió á saco la ziuudad; pero proibió que se ejerziese ninguno de aquellos actos de biolenzia i crueldad de que está llena la istoria de los Países-Bajos. Los in-

ingleses cogieron un botin considerable; pero mucho menor que si el duque de Medina que allí se hallaba con algunas tropas no hubiese echo poner fuego á un gran número de barcos mercantes, cuyos propietarios estaban tratando de rescatarlos con el conde de Esses. Se calculado la pérdida del rei i de los particulares en nabes, mercanzias i otros cargamentos en veinte millones de ducados. Quería Esses tomar posesion de Cádiz i que los ingleses se mantubiesen allí; mas el lord Oward i los otros comandantes desecharon la idea teniendola por quimérica: creían que habian cumplido con el objeto de su comision i satisfecho los deseos de su soberana; i por otra parte temían ser atacados por algun ejérsito que contra ellos embiara Felipe. En consecuencia embarcaron prontamente el botin, i dieron la vela para bolber á Inglaterra.

Felipe fué tanto mas sensible á la toma i saqueo de una tan prinzipal ziadad de su reino quanto mas Iberisimil le parecia que este suceso rebajase mucho la idea que asta entonzes se abia tenido de su prudenzia i de sus fuerzas interiores. Esta considerazion unida al deseo de bengararse de Isabel le determinaron á ejecutar sin tardanza, i á pesar de la proximidad del invierno, el proyecto que abia formado de inbadir la Irlanda. La buelta de su flota de América, que llegó entonzes ricamente cargada, le puso en estado de equipar ziento veinte i ocho nabíos así de guerra como de trasporte, i en ellos izo embarcar catorze mil ombres sin contar un gran número de irlandeses católicos que se abian refugiado en sus estados. Estas nabes llevaban tambien una cantidad prodijiosa de muniziones, bíberes, utensilios, instrumentos i aun materiales para construir fuertes. Dieron la vela en el Ferrol en nobiembre á

las órdenes de don Martín de Padilla. Si ubieran llegado á su destino, ayudados por los católicos descontentos abrian podido establecerse tan sólidamente en Irlanda, que se pasaran muchos años antes de echarlos, i eso á costa de mucha sangre, dinero i trabajo.

Embanezidos la reina i sus basallos con el feliz resultado de la empresa de Cádiz, estaban tan seguros como si ubieran dado un golpe mortal á la marina i poder del rei de España. Ni Isabel ni sus ministros sospechaban los designios de aquel príncipe: asta ignoraban los grandes preparatibos que azia; empero la Providenzia belaba por ellos, i favorezió en aquella ocasion á la Inglaterra de un modo mui particular, como abia ya echo antes. Una horrible tempestad asaltó á la armada española ázia el cabo de Finisterre: cuarenta nabes, con tripulazion i cargamento fueron sumerjidos; i á costa de mucho trabajo reunió Padilla los demas en el puerto del Ferrol. Así se frustró esta empresa, de que el rei no trató mas (1).

A prinzipios de 1597 tambien tubieron los españoles en los Países-Bajos un rebes arto funesto. Las fértiles probinzias del Brabante aún permanezian espuestas á las incursiones de los confederados. Para librar los abitantes sus pueblos i campiñas del pillaje i la debastazion, se abian obligado á pagar grandes contribuziones con las que los estados podian mantener las guarniziones de Breda, de Jertrudemberg, i de otras muchas plazas. Deseando el archiduque esonerar al pais de semejante carga abia acantonado de cuatro á zinco mil ombres entre infantería i caballería

(1) Grot., l. 5, p. 296. Camden, p. 930. Carte, lib. 19.

en Turnout, ciudad pequeña i abierta; mas desde donde creía que se podrian obserbar los movimientos del enemigo, por su inmediacion á Breda. Dió el mando de estas tropas al conde de Baras, hermano del difunto marques de Barambon.

El príncipe que sabia que este mando se abia conferido á Baras mas en consideracion de su familia (1) i de su cuna, que de su capacidad para la guerra, resolvió aprovecharse de la imprudenzia del archiduque; i reuniendo con el mayor secreto i zeleridad como zinco mil infantes i ochozientos caballos partió con ellos de Jertrudenberg con intenzion de atacar á los españoles en su acantonamiento. No lo supo Baras asta la bispera del día en que abia de ser atacado; i contra el dictámen de algunos de sus oficiales resolvió abandonar su puesto, i retirarse á la ciudad de Erentals. En aquella misma noche izo salir sus bagajes, i al amanecer se puso en marcha con el mayor silencio. Sus soldados casi todos veteranos, experimentados, balientes i animosos miraron desde luego con zierta espezie de indignacion el que se les obligase á uir de un enemigo que tantas bezes abian benzido; mas á poco, tan intimidados como su jeneral creyeron como él que su salud estaba en la zeleridad de la retirada.

No distaba el príncipe mas que unas cuantas millas de Turnout quando le abisaron sus espías que Baras se retiraba. Al momento embió delante á sir Francisco Bere con un cuerpo de caballería á que reconoziese los bosques, i un destacamento á las órdenes del conde de Oenloe para que incomodase á los españoles á fin de retardar su marcha i dar tiempo á que abanzase

(1) Era de la familia de Rie, en el Franco-Condado.

la infantería. No eran solos el conde de Oenloe i sir Franzisco Bere los ofiziales de gran mérito que el príncipe llevaba consigo: se abia echo acompañar tambien del conde de Solms, de sir Roberto Sidnei, gobernador de Flesinga, i de otros muchos que á una esperienzia consumada juntaban un gran valor. Todos ejecutaron las órdenes que se les dieron con la misma prudenzia i la misma intrepidez. El de Oenloe al frente de cuatrocientos caballos fué el primero que atacó á los españoles, izo retrozeder á su caballería, la derrotó i forzó á replegarse sobre la infantería introduziendo en ella el desórden i la confusion. Bere i el príncipe Maurizio, que llegaron entonces, rompieron sus filas i acabaron la derrota. Fué grande la matanza, i casi todos los que se libraron de la muerte quedaron prisioneros. El conde de Baras mismo quedó tambien en el campo, despues de aber dado pruebas de que no á falta de valor debia atribuirse su inconsiderada resoluzion, sino á su inesperienzia, i á su eszesivo deseo de economizar la sangre de sus soldados. Perdieron los españoles en esta jornada mas de dos mil i quinientos ombres, los dos mil muertos, i los restantes prisioneros, sin que al príncipe costase mas que de nuebe á diez.

Atribuye Grozio esta victoria á las grandes carabinas con que Maurizio abia armado su caballería en lugar de las lanzas de que antes usara; i á que la bista de esta nueva arma i sus efectos difundieron el terror entre los españoles. Lo cierto fué que á la caballería debió el príncipe la victoria, que ya estaba asegurada quando la infantería llegó i tomó parte en la pelea.

A no considerar mas que la gran desproporcion de la pérdida, el combate de Turnout debió contribuir mas que ninguno de cuantos asta en-

tonzes abia dado, á que se encareziessen sus talentos militares; i si en esta ocasion los izo bien manifiestos, el modo con que se portó con los prisioneros demostró su jenerosidad, su beneficencia i su humanidad. Izo que se asistiese con el mayor esmero á los eridos que abia entre ellos, i cuidó con la mayor bijilancia de que los otros no experimentasen ningun mal tratamiento: embió al archiduque el cadáver del conde de Baras, i el archiduque le aseguró que seguiria en lo suzesibo su ejemplo, é impediria que se cometiese por los soldados ningun eszeso, ni espezie alguna de crueldad (1).

La toma de Amiens de que el archiduque se apoderó poco tiempo despues le indemnizó de la pérdida que tubo en Turnout. Amiens, capital de la probinzia de Picardia, era entonzes una de las plazas mas fuertes é importantes de la Franzia: sus habitantes mui adictos á la liga, azia poco que se abian sometido al rei; empero con la condizion de que ellos mismos defendirian la ziudad, i que el rei no pusiese guarnizion en ella.

Los habitantes alistados para ello podrian aszender de catorze á quinze mil: mas, por zierco de los que se nezesitaban para asegurarlos contra las empresas á que les esponia la proximidad de los españoles si estuvieran disziplinados, bijilantes i atentos á lo que pasaba así dentro como fuera; empero dados á sus negocios domésticos, descansaban en unos cuantos del cuidado de belar sobre la conserbazion de la ziudad, i estos lo azian con demasiada negligenzia.

Uno echado de la ziudad por sus delitos,

(1) Grotius., l. 6. De Thou, l. 118, c. 5. Bentioglio, part. 3, l. 3.

instruyó de ello á Ernando Tello Portocarrero, gobernador de Dourens, oficial de estremo valor i muy emprendedor, que resuelto á aprovechar el aviso formó el proyecto de apoderarse de la ciudad. Aprobó el archiduque su intento, i Portocarrero sacó de las guarniciones bezinas como tres mil entre infantes i caballos que tubo por bastantes para el logro (1). Partió de Dourens el 11 de mayo anochezido, i antes de salir el sol llegó á una ermita titulada de la Magdalena, distante de la ciudad como media milla. Luego que advertió que abrieron la puerta embió delante diez ó doze de sus mas valientes soldados con el sarjento español Francisco del Arco, Bautista Dognano, milanés, i el capitán Lacroi, borgoñon, disfrazados todos de paisanos, i cada uno con un par de pistolas, i espada, ocultas bajo la ropa: tres de ellos llevaban en la cabeza un saco de nuezes i manzanas: otro conducia un gran carro cargado de grandes bigas: los otros les seguian á corta distanzia. Quando los tres primeros abian pasado ya las empalizadas i estaban zerca de la puerta, dió el uno un tropezon, cayó, se rompió el saco, i las nuezes i manzanas se esparzieron: los que guardaban la puerta se apresuraron á cojerlas, i mientras se burlaban del finjido paisano i su poca maña, i se apresuraban al que mas á cojer nuezes i manzanas llegó el carro i se atravesó en la puerta. Al momento quitó Arco una clavija que retenia el timon para impedir que los caballos pudiesen pasar de allí con el carro. Entózes tiró un pistoletazo que era la señal combenida con Porto-

(1) Tenia á sus órdenes mil zien españoles, quinientos borgoñones i alemanes, cuatrocientos irlandeses, doscientos walones, i novezientos caballos.

carrero, i reuniendose al instante con sus camaradas cayeron con espada en mano sobre los que guardaban la puerta, mataron muchos, i se izieron dueños de ella. Biéndolo el zentinela que estaba en la muralla quiso bajar el rastrillo, i cayó con efecto; pero las bigas que el carro llevaba le detubieron i sostubieron en el aire. Entre tanto abanzó Portocarrero con todas sus tropas, entró en la ziadad sin experimentar mas que una débil resistenzia de los abitantes, que llenos de espanto i terror, i no teniendo quien fuese capaz de mandarlos rindieron las armas, despues de aver bisto caer bajo la espada del enemigo como un ziento de entre ellos.

El disgusto que la nueba de este suzeso causó á Enrique IV templó un poco la alegría que le causaba la ruina total de la liga. La conquista de Calais abia abierto á los españoles la entrada en su reino del lado del mar; pero Amiens era un antemural que les ubiera detenido; en bez de que siendo dueños tambien de esta plaza podian sin obstáculo llevar sus incursiones hasta las puertas de la capital. Consideraba ademas Enrique como mui posible que la pérdida de Amiens diese motivo para que de él se formase una idea poco favorable: temia que se le tubiese por incapaz de adquirir otra gloria que la de pelear i benzer á sus propios basallos; i temia tambien, que si entre ellos aún abia algunos descontentos, se aprobechasen del rebes que acababa de padezer para enzender de nuebo el fuego, acaso mal apagado, de la guerra zivil. Azia algun tiempo que su salud se abia alterado algo; mas luego que supo lo que acababa de suzeder, dejó para otro tiempo el cuidado de restablezerla, zeso en el uso de los remedios que sus médicos le abian prescrito, i partió para Corbie, ziadad

pequeña situada sobre el Somma, como tres leguas de Amiens; i despues de conferenziar con el mariscal de Biron i otros muchos de sus principales oficiales, resolbió dedicarse, con preferenzia á cualesquier otros asuntos, al sitio de Amiens, i no omitir nada para recobrarla. Encargó al mariscal, que sacase de las guarniziones bezinas cuantas tropas pudiese, i formase un pequeño ejérxito con que zercar la zidad. En seguida se bolbió á París á azelerar con su presencia los preparatibos nezarios para asegurar el logro de la empresa.

No ignoraba que era prezisa en aquella ocasion la mayor actibidad; i así fué que se ocupó con increíble ardor en reunir un ejérxito numeroso i llebar de las probinzias inmediatas muniziones de guerra i boca. Al mismo tiempo concluyó un nuevo tratado de alianza con la reina de Inglaterra, i los estados de las probinzias-unidas; en consecuenzia del cual le embió aquella quatro mil ombres, i estos una considerable suma de dinero, obligándose ademas á azer una poderosa dibersion en los Países-Bajos. Como abian sido continuos los refuerzos que abia embiado al mariscal, alló el sitio mui adelantado cuando en priuzipios de junio pasó á él. Era el mariscal muy ambizioso i bano; i como el rei ubiese dicho que nunca sus asuntos iban bien sino quando por sí los presenciaba; este dicho le abia inflamado: cuidados, atenziones, trabajo, bizi-lanzia, nada abia omitido. Para impedir que entrasen socorros abia echo fuertes lineas de zircumbalazion; i los aproches estaban ya empezados quando el rei llegó al campo: aprobó todo lo echo, i aun le dejó el mando, para que olvidase, dizen los istoriadores, aquel dicho que tanto mortificara su orgullosa banidad.

Aumentado considerablemente el ejército tanto con las tropas que el rei llevara como con los cuatro mil ingleses que llegaron, se daba el mayor impulso á las operaciones del sitio; pero quanto mayor era el ardor de los sitiadores tanto mas se aumentaba el de los sitiados. Disputabase el terreno á palmos con igual intrepidez. La habilidad del gobernador i el valor de la guarnizion detenian continuamente los progresos de los sitiadores, i azian durar el sitio mas de lo que al prinzipio creyeron estos. En las salidas que la guarnizion izo mató muchos miles de ellos; mas, tambien ella tubo mucha pérdida, i la mayor fué la de Portocarrero, muerto en una salida; no porque no le reemplazase dignamente el marques de Montenegro, napolitano, de la ilustre familia de los Garrafas, que no le zedia en valor ni en capacidad; i abia mucho motivo para creer que no se le podria obligar á capitular antes de la llegada del archiduque, de quien se sabia el ánimo de venir prontamente en su socorro.

Dado que el rei de España quisiese continuar la guerra, ó bien que prefirieseazer la paz con Francia, siempre le era muy importante el tener á Amiens en su poder. Asi lo conozia el archiduque, i nada omitia para allarse en estado de acudir al socorro de los sitiados. Mas, á pesar de toda su actividad los preparatibos se azian con mucha lentitud: en las reclutas se encontraban las dificultades que prozeden de la falta de dinero. El fisco en España se allaba en los mayores apuros, particularmente despues de la imbasion de Cádiz. Azia ya muchos años que Felipe tomaba empréstitos considerables, así en Italia como en Flandes, á un interés esorbitante, ipotecando á favor de los prestamistas algunos

de los ramos de sus rentas. Los inconvenientes que resultaban del uso continuo de este arbitrio le hicieron tomar el medio de sacudir de un golpe el peso con que estos empréstitos forzados le oprimian: i sin considerar las consecuencias que podia tener la ejecucion de aquel medio, en principios de noviembre del año último publicó un edicto por el que anulaba todos los contratos en que abia hipotecado sus rentas; alegando para paliar esta injusticia las enormes ganancias de los que aprovechándose de su nezesidad le abian prestado su dinero; i añadía, que si continuaba dejándoles gozar de las utilidades que sacaban, seria inútil quanto asta entonces abia echo por conserbar la verdadera relijion. (1)

En la espedizion de este edicto abia no menos imprudenzia que injusticia; i Felipe no tubo motivo para alabarse de aberle espedido. Sus rentas, es verdad, estaban libres; pero no bastaban para los enormes gastos de la guerra en que se allaba empeñado, i que miéntras duró le puso en nezesidad de recurrir á los prestamos, empero sin poder persuadir á los capitalistas de Jénoba ni Ambéres que le confiasen su dinero. Antes del edicto allaba el que nezesitaba; i la dificultad de adquirirlo entonces era la que abia retardado tanto los preparatibos del archiduque.

Empézose en abril el bloqueo de Amiens, i el archiduque no se pudo poner en marcha asta fin de agosto, ni llegar asta mediados de setiembre á dar bista al campo de los sitiadores, con su ejérxito que constaba de mas de beinte i zinco mil ombres. Como su infantería fuese incomparablemente superior á la de ellos, resolvió presentarles batalla, no dudando del je-

(1) Grotius, l. 6.

nio del monarca francés, que azeptaria el desafío; empero quedaron frustradas sus esperanzas. Enrique desirrió al dictámen del duque de Mayenne, que abia llebado consigo al sitio, el cual le izo presente que componiéndose casi toda su infantería de jente bisoña, seria imprudenzia el arriesgarse con ella á dar una batalla, i mui azertado esperar al enemigo en sus líneas. El archiduque ignoraba esta resoluzion, i formó su ejérvito en batalla: mas cuando bió que los franceses no salian de su campo, i que le tenian por todas partes bien fortificado, empezó á desconfiar del logro de la empresa, i tomó el partido de bolber su ejérvito á los Países-Bajos. Pocos dias despues de su retirada i con su permiso, ofreció el marques de Montenegro capitular, i obtuvo las condiziones mas onrosas. (1)

Durante el sitio, nada memorable abia ocurrido en los Países-Bajos; mas, como para formar el archiduque aquel ejérvito se abia bisto en la prezision de desguarnezer casi todo el Brabante i la Flandes, inmediatamente que el prinzipe supo que estaba en marcha se dirijió á Rimbérg con doze á treze mil ombres entre infantería i caballería, i la sitió i tomó en pocos dias, aunque tenia de guarnizion zerca de mil soldados. Con la misma fazilidad sometió la zidad de Meurs; i pasando el Rin se apoderó de Groll, de Brebort, i de otras muchas plazas. Linjen era la única fortificada que conserbasen los españoles al norte del Rin: mandaba en ella el conde Federico de Erembert, i tenia de guarnizion de setezientos á ochozientos ombres. Sitiola el prinzipe, i los sitiados se defendieron por algun tiempo con mucho balor; empero cuando el go-

(1) Dábila, l. 15. Bentiboglio, part. 3., l. 4.

bernador bió las baterías de los sitiadores en disposizion de prinzipiar el fuego , i que el prinzipe al intimarle la rendizion le ofrezia condiciones onrosas, asegurándole que sino las azeptaba ninguna capitulazion le conzederia ; conociendo la inutilidad de esponer la guarnizion á ser pasada á cuchillo si se obstinaba mas en la defensa , azeptó las condiciones i capituló.

Todas estas conquistas izo el prinzipe en menos de tres meses : en la de Groll i Brebort fué en las que encontró mas dificultad : ambas estan situadas en un terreno pantanoso , i nezesitó de toda su abilidad para rendirlas. Mas como los istoriadores contemporáneos ninguna particularidad an referido de aquellos dos sitios , nos bemos en la prezision de imitarlos. Por último, la conquista de tantas plazas fronterizas era de tanta importancia para las probinzias-unidas, como que se beian seguras de las incursiones de las guarniziones españolas. Reconozidas al gran serbizio de aberlas librado de las continuas alarmas que les causaba aquella importuna bezindad, le manifestaron su graitud conzediendole para sí i sus deszendientes el rico señorío de Linjen con sus dependenzias.

Esto suzedió á fines de 1597 , i á prinzipios del siguiente se entabló una negociazion para la paz entre Franzia i España. Ni Felipe ni Enrique abian sacado de la guerra ninguna de las bentajas que se abian propuesto ; i uno i otro tenian motibos poderosos para desear acabarla pronto. Las ilusiones que abian seduzido á Felipe se abian en fin dissipado : beia la locura de sus quimericos proyectos de conquista , cuya esperanza le abia tenido engañado por tanto tiempo. Sus adquisiziones en Franzia no balian lo que le abian costado : no solo no abian po-

dido indemnizarle de las pérdidas que abia tenido en los Países-Bajos , sino que le abian causado ademas gastos considerables. Sus rentas, como ya dijimos, estaban agotadas; no tenia ninguna especie de crédito : abiale perdido por su mala fé con sus acreedores. En muchas plazas acababan de sublebase las tropas que las presidiaban : no se las pagaba , i era mui de temer que reusasen marchar al enemigo en la campaña próxima. Ademas , su mucha edad i quebrantada salud no podian prometerle mui larga vida : su ijo apenas abia salido de la infancia , i fuera mucho arriesgar el dejarle una guerra con tan poderoso enemigo , tan ábil en la zienza militar , i tan emprendedor como Enrique IV.

Este por su parte no deseaba con menos ansia la paz : las llagas que abian aflijido á su reino aun no estaban enteramente cicatrizadas: se abian encallezido tanto , que no abia esperanza de lograr su cura miéntras la guerra durara. Los desórdenes que reinaban en muchas provincias , i á los que Enrique deseaba aplicar un pronto remedio le azian tambien que apeteziese la paz.

Mas á pesar de los poderosos motivos que los dos tenian para procurarla , ni uno ni otro queria dar el primer paso, ni aun dar á entender que deseaba se diese. El papa les sacó de esta dificultad : como padre de todos los príncipes católicos , i amigo comun de los dos monarcas beligerantes , se izo mediador : su zelo en esta ocasion , templado por la prudenzia , le granjeó con justa razon el aprecio i la benerazion de sus contemporáneos , i les confirmó en la alta idea que tenian concebida de su carácter. A su instancia combinieron los dos reyes en abrir un

congreso en Berbins , ciudad pequeña de la Picardia , sobre el Serra , en los confines del Enao. El de Francia embió por plenipotenciarios los presidentes de Belliebre i de Silleri : los de España fueron Ricardotto i Bautista Tassi : el cardenal Alejandro de Médizi asistió de parte del papa en calidad de legado , i las conferencias empezaron en el mes de febrero.

La abertura de estas conferencias dió el mayor cuidado á los estados jenerales de las probinzias-unidas : no dudaban que el prinzipal motivo que el rei de España tenia para terminar la guerra con Francia , era el poder emplear todas sus fuerzas contra ellas : temian tambien que Isabel aprovechándose de la ocasion se acomodara igualmente con Felipe , i que así quedarían repentinamente sin apoyo , i privadas de los auxilios de sus aliados ; mas las nuevas seguridades de amistad que les dió la reina calmaron su temor respecto de ella : aquella prinzeza consideraba que sus intereses estaban tan íntimamente unidos á los suyos que lo que á ellos perjudicase , la perjudicaria personalmente á ella.

Inmediatamente que el rei de Francia aczedió á la proposizion que le izo el papa de abrir un congreso para tratar de la paz con España , lo comunicó á sus aliados , al mismo tiempo que les eszitaba á que tomasen parte en las negociaciones , por si era posible conseguir una paz jeneral ; empero los estados ni Isabel se allaban en disposizion de tratar con España ; aquellos porque no esperaban que Felipe consintiese jamas en negociar con ellos como con un estado libre é independiente , i ellos estaban firmemente dezididos á nunca reconocerle por su soberano ; i ésta porque en diferentes ocasiones abia sacado grandes bentajas

de su alianza con las probinzias-unidas, i deseaba que conserbasen su libertad é independencia con tanto mas ardor quanto mas combenzida estaba de que miéntras aquella nueva república conserbase una i otra, nada tenia la Inglaterra que temer de la potencia española. Empero no queriendo perder tampoco un aliado como el rei de Franzia, se determinó á embiarle sir Roberto Zezil i sir Erbert para que le disuadiesen de la paz, los cuales fueron acompañados de los embajadores de los estados jenerales, Justino de Nassau, i el zélebre Barnebelt. Estos hábiles negociadores emplearon las razones mas poderosas para disuadirle de su intento: recordaronle el tratado de alianza que poco antes iziera con la reina i los estados; los socorros que en diferentes ocasiones le suministraran: representaronle cuan peligroso seria para él tratar con un príncipe cuya sinzeridad era siempre dudosa, i de cuya mala fé tenia tantas pruebas: ofrezieronle en fin socorros de ombres i dinero así para recobrar á Calais como para continuar la guerra. Enrique les respondió: que fuese la que quisiese la alianza que con sus amos ubiese echo, no le obligaba á continuar la guerra, i podia sin biolarla azer la paz: que aquella guerra, prolongada por mas tiempo, podria acarrear la ruina entera de su reino. Se balió de las mas enérgicas espresiones para manifestarles su gratitud por las pruebas de adesion que sus amos le abian dado: les aseguró que no tomara con Felipe ningun empeño que le pudiese impedir el corresponder á los serbizios que de ellos tenia rezibidos: díjoles que su conducta anterior, i ademas todo lo que el rei de España abia echo contra él, debia persuadirles que no la abersion á la guerra era la que le abia deter-

minado á tomar un partido que tanto repugnaba á sus aliados , sino la nezesidad en que se allaba de desear la paz i deazerla : que los desórdenes que reinaban en el interior de sus estados eran tales que sino se aplicaba un pronto remedio se arian mui pronto incurables : que en tiempo de guerra es impracticable el uso de estos remedios ; empero que esperaba que en algunos años de paz recobraría su reino su fuerza i bigor : que entonzes léjos de ser graboso á sus aliados como asta allí , se allaria con poder , i ziertamente tendria boluntad , no solamente de pagar con usura las obligaciones en que les estaba , sino de defenderlos , i á toda la Europa , cóntra la ambizion insaziabile del rei de España.

Esta apolojía llena de aquella elocuenzia natural que Enrique poseia en el mas alto grado , i á la que tan difizil es resistirse , izo tal impresion en los embajadores de Isabel i los estados , que no dudando de la berdad de lo que el rei les abia dicho para justificar su conducta , combinieron antes de su partida no solo en la nezesidad en que se allaba de concluir la paz , sino tambien en que podia suzeder que aquella misma paz fuese un acaezimiento feliz para todas las demas potenzias de Europa , por la bentaja que de ella podrian sacar. Enrique embió inmediatamente embajadores á Inglaterra i Olanda para que renobasen á los estados jenerales i á Isabel las seguridades que abia dado á los suyos ; i por la conducta que despues tubo probó cuan berdaderas i sinzeras eran aquellas seguridades.

Concluyose en fin la paz entre Franzia i España en Berbins , como se deseaba ; mas no sin aber tenido que benzer grandes dificultades , que acaso ubieran sido insuperables , si el papa , á

impulsos de un ardiente i desinteresado zelo, sostenido por el de su legado, no ubiera interpuesto todo el influjo que con ambos reyes tenia. La Franzia bolbió á Felipe la ciudad de Cambrai, i Felipe aunque con mucha repugnancia consintió en abandonar á Calais, Ardres, Dourlens, i todas las demas ciudades de Franzia que tenia en su poder, i cuya adquisizion le abia costado muchos cuidados, mucha sangre i mucho dinero. (1)

Deseaba Felipe con tanto mas ardor terminar prontamente la guerra, quanto que despues de frustrado el proyecto de conquistar la Franzia, abia formado el de transferir la soberanía de los Países-Bajos en su ija la infanta Isabel, dándola por esposo el archiduque Alberto. Amábala mucho, por ser una de las damas de mas mérito de su siglo; i estimaba al archiduque como que le juzgaba el mas digno de su alianza entre todos los príncipes de Europa.

Mas no sin gran repugnancia abia tomado el partido de desmembrar en favor de su ija i yerno futuro, una parte tan interesante de sus dominios hereditarios. A la posesion de aquellas ricas probinzias eran él i su padre prinzipalmente deudores de las victorias que ganaran en Franzia i en Alemania. La posesion de los Países-Bajos situados en el zentro de la Europa les abia echo tan temibles á las demas potencias, i puesto en estado de mantener la paz i la tranquilidad en las otras partes de sus estados. Verdad es que despues de la revolucion le abia sido mui costoso á Felipe el conserbar las probinzias que aun poseia: ellas abian sido el abismo en

(1) Bentiboglio, part. 3, lib. 4., p. 464. Sully, l. 9. Dábila. De Thou, l. 120, sect. 1 & 5. Camden, p. 760. Miniana, l. 10, c. 12.

que abian ido á sumerjirse los tesoros de España. Sin embargo, debia naturalmente pensar que despues de separadas se allaria su tesoro tan cargado como antes, dado que la infanta i el archiduque no podrian mantenerse en su soberanía contra los esfuerzos de la confederazion sin los socorros de España.

El conde de Fuentes lo representó así al rei, baliéndose de las razones que tubo por mas eficazes para disuadirle de este pensamiento, miéntras muchos de los otros consejeros, particularmente el conde de Castel-Rodrigo, en quien Felipe tenia la mayor confianza, se esforzaban á persuadirle que no mudase de resoluzion, esponiendo que la separazion daria á España nueva fuerza i bigor, léjos de debilitarla.

«Los Países-Bajos, dezian, estan léjos de la silla de nuestro imperio: sus leyes, la lengua, el carácter de sus naturales, sus costumbres mismas, son diferentes de las de los españoles; i esta diferencia es tan notable que nunca se logrará tener en la obediencia á aquellos pueblos. Su abersion á todo señorío estranjero, i particularmente al de España es imbenzible. La ausencia i la distancia de su soberano an sido la causa prinzipal de esta rebelion que aze cuarenta años ocupa las armas de V. M. El único medio que oi puede emplearse para atraer las probinzias rebeladas, i obligar á las fieles á perseverar en la obediencia, es darles un soberano particular, que bibiendo en medio de ellos pueda conziliarse su afecto i conserbarle. Zierto es que si los ingleses dejaran de sostener á los rebeldes, mui luego se berian estos reducidos á implorar la clemenzia de V. M. Mas, si con los débiles socorros que les da la reina de Inglaterra, bazilante en su trono, i grabemente ocu-

pada en los negocios interiores de sus estados, an podido tantos años no solo sostener contra nosotros una guerra defensiva sino azerla ofensiva ; cuánto no debemos temer las consecuencias de la reunion de la corona de Inglaterra con la de Escozia en la cabeza de un mismo príncipe que en la fuerza de la edad , i sin ningun obstáculo en sus propios estados podrá enteramente dedicarse á los negocios exteriores? Los zelos de los príncipes inmediatos á los Países-Bajos les induzirán siempre á fomentar la rebellion miéntras estén sujetos á España , en vez de que separados , i formando una soberanía particular independiente zesarán los motivos de zelos , i será interesada la Franzia, la Inglaterra, i las otras potencias bezinas en que se acabe la guerra , i aun cooperarán al restablezimiento de la paz : asta las probinzias lewantadas , por restablezer su tranquilidad interior se apresurarán á unirse á las leales.»

Estas razones izieron tanta mayor impresion en el ánimo del rei quanto mas se conformaban con su gusto é inclinazion. En consecuencia firmó el 6 de mayo un acta auténtica de abdicazion en que despues de manifestar su resoluzion de dar al archiduque Alberto por esposa á la infanta Isabel, su ija mayor , declaraba que zedia, daba, i otorgaba en favor de ella la soberanía de los Países-Bajos i el condado de Borgonia , para que le ubiese juntamente con su futuro esposo i los ijos que de ellos prozediesen barones ó embraes , segun las leyes de suzesion establezidas.

En la misma acta se estipulaba que si la soberanía recaia en embra se casaria con el rei de España , ó con el erederero de la corona : que niugun príncipe ni prinzesa nazidos de la infan-

ta podrian casarse sin consentimiento del mismo rei ; i que á falta de erederos de la infanta bolberian los Países-Bajos al rei de España , i á ser reunidos á su corona. Estipulábase tambien que la infanta i el archiduque , i despues de ellos sus dezendientes impedirian á sus basallos de los Países-Bajos que iziesen el comerzio de Indias : que antes de su inaugurazion jurarian no permitir en sus estados mas ejerzizio de relijion que el de la católica ; i en fin que si algunas de las condiziones arriba dichas no se cumplan , bolberia la soberanía de los Países-Bajos á la corona de España , quedando el acta de conzeccion como si nunca se ubiese echo.

Inmediatamente se remitió este acta al archiduque , i poco despues los estados de las probinzias meridionales combinieron en reconozar á los nuevos soberanos con las condiziones en ella contenidas. Zelebraban los estados el berse libres del yugo español : lo que bajo de él abian padezido se le abia echo insorpotable.

Mas fuese el que quisiese el efecto que este suzeso debia naturalmente produzir en las probinzias sometidas á España , ninguna mudanza podia causar en las unidas. « Estos nuevos soberanos , dezian , que oi da Felipe á los Países-Bajos , no lo serán mas que en el nombre , ni podrán mantenerse en su soberanía sin el socorro de las armas españolas. En el acta de abdicazion no se trata á los Países-Bajos como estado libre é independiente , sino que el rei dispone como de un feudo de la monarquía española. La edad adelantada de la infanta , (1) i las condiziones contenidas en el acta que le transfiere la soberanía , dan bastante á conozar,

(1) Tenia treinta i dos años.

que no debe mirarse esta conzesion sino como un medio momentáneo de ir dando la entretenida á los abitantes de las probinzias meridionales, i no como un nuevo establezimiento echo para ser firme i permanente. Mas sean las que quieran las miras del rei, buelba la soberanía á su corona, ó permanezca enteramente separada; las probinzias persistirán siempre en la resoluzion de mantener su libertad contra todos los esfuerzos que el rei i el archiduque agan para pribarles de ella.» (1)

Estando el archiduque dispuesto para partir á Madrid, sobrevino un alboroto entre las tropas, que retardó su biaje; i estaba ya en camino cuando supo la muerte de Felipe II.

Azia dos años que le atormentaba mucho la gota: con ella se abia complicado una calentura ética: la idropesía sobrevino despues. Conozien- do el decaimiento de sus fuerzas pasó de Madrid al Escorial. Antes que se pusiera en camino le dijeron sus médicos que temian no pudiese resistir la molestia que le abia de causar: «no importa, les respondió, yo quiero que me lleben bibe á mi sepulcro.» A su llegada al Escorial tubo un ataque biolento á pies i manos: en seguida se le formaron abzesos en las rodillas: la gota le atacó al pecho, causándole los mas agudos dolores. Procurabasele algun alibio, conservando abiertos los abzesos; mas esto le produzia un mal mas insoportable, dado que en la materia birulenta que de las llagas salia, eran tantos los gusanos que se enjendraban que á pesar de todo el esmero i cuidado que abia en estinguirlos, no se pudo lograr. En este lastimoso estado permanezio mas de zinquenta dias, te-

(1) Meteren, Grotius.

niendo siempre fijos los ojos en el zielo. Durante esta terrible enfermedad dió pruebas de la mayor pazienza, de una firmeza de ánimo admirable, i particularmente de una resignazion en la voluntad de Dios, poco comun. Todo quanto izo en aquel tiempo probó cuan berdaderos i sinzeros eran sus sentimientos de relijion. La exactitud i aun el zelo con que obserbó lo que la iglesia romana prescribe como medios seguros para ser bien rezibidos de Dios en la otra vida, ninguna duda dejaron de la íntima persuasion en que estaba de su eficazia. Tambien izo en los últimos momentos muchos actos de clemenzia, mandando poner en libertad á muchos presos i que se les debolbiesen los bienes que les abian confiscado. De este número fué la mujer del desgraziado Antonio Perez.

Dos dias antes de su muerte izo llamar á su ijo i á su ija Isabel: les abló de la banidad de las grandezas del mundo, les dió muchos consejos sobre el gobierno de sus estados, i les recomendó particularmente la protezion de la iglesia romana, i que conserbasen en ellos su culto. Despues que salieron de su cámara izo que le llervasen el féretro en que su cuerpo abia de ser mui pronto enzerrado, i que le pusiesen donde él pudiera berle. Poco despues perdió el abla i espiró el 13 de setiembre, el año setenta i dos de su edad i el cuarenta i tres de su reinado (1).

Nunca se a pintado príncipe con colores tan diferentes como los que an empleado los autores para dar á conozer su carácter. Sin embargo, parece que atendida la durazion, i aun si así puede dezirse, la actibidad de su reinado, no

(1) Miniana, l. 10, cap. 14. De Thou, l. 120, sect. 14.

a abido príncipe cuyo carácter pudiese pintarse con mas zertidumbre. Los echos que en su istoria emos manifestado no nos permiten dudar de su gran penetracion, de su gran capacidad en el arte de gobernar, ni de su actividad i bijilanzia. Sus ojos estaban continuamente abiertos sobre todas las partes de su basta monarquía: ningun ramo del gobierno le era desconozido: belaba sobre la conducta de sus ministros con infatigable atenzion: siempre mostró mucha sagacidad en la eleczion que de ellos azia, así como en la de jenerales: su aspecto era grave, aire tranquilo; sin que nunca pareziese embanezido ni umillado: su mirar era sebero; sin embargo á sus basallos españoles siempre daba fázil aczeso: oia con pazienza sus representaziones i sus quejas, i les azia ordinariamente justizia, quando su ambizion ó su creenzia no le forzaban á ser injusto.

Debiamos á la equidad lo que acabamos de dezir en su alabanza. La berdad de la istoria esije tambien que digamos que el zelo que tenia por su relijion era sinzero, sin que sea posible razonablemente suponer lo contrario. Mas como su relijion era por él mal entendida, serbia solo de aumentar la deprabazion de sus disposiziones naturales, que le inclinaban á cometer las acciones mas irritantes i odiosas. Aunque en el siglo en que Felipe bibia ubiese podido el fanatismo persuadir á un soberano que el interés de la relijion esija que fuese engañoso, intolerante, perseguidor, un príncipe naturalmente virtuoso, atento á los sentimientos del onor i de la humanidad ubiera en muchas ocasiones triunfado de los prestijios de la superstizion que le rodearan. Mas, todo el largo reinado de Felipe no nos ofrezte un ejemplo siquiera de este esfuerzo

jeneroso: él bioló las mas sagradas obligaciones cuantas bezes la relijion le suministró pretestos; i bajo estos pretestos ejerzió por muchos años sin repugnancia ni remordimientos las mayores crueldades. Nada bastaba á satisfazer su ambizion desmesurada: implacable en sus odios: cruel en sus benganzas; i su despotismo animado de un mal entendido zelo de relijion, le azian sordo á toda espezie de representaciones: así, nunca ubo monarca que llebase mas allá que Felipe el espíritu de persecuzion i crueldad.

Algunos istoriadores le an dado el sobrenombre de prudente, i an ablado de él como del príncipe mas sabio i relijioso que a ocupado el trono de España; mas á pesar de su testimonio se puede mui bien dudar si su prudenzia, i lo que por su relijion izo merezen alguna alabanza. Al prinzipio de su reinado las operaciones militares fueron concertadas con mucha sabiduría, bijilanzia, i cuidado; i á bezes llebando la prebision demasiado léjos, izo preparatibos mucho mayores que los nezesarios para asegurar el buen éxito de sus empresas. Por otra parte su ambizion era eszesiba, i su odio á los protestantes demasiado biolento para que le dejase obrar conforme á las reglas de la prudenzia i á las de la verdadera política. Sin duda ubiera prebenido la sublebazion de olandeses i flamencos si despues que la duquesa de Parma intentó destruir el protestantismo en los Países-Bajos ubiera dejado las riendas del gobierno en manos de aquella sabia prinzesa, i no ubiera embiado para que la suzediese i les quitase sus pribilejios á un tirano tan odioso, tan cruel, tan sanguinario como el duque de Alba: ubiera podido estrechar sus cadenas poco á poco despues de la derrota del príncipe de Oranje, i poco á poco irles acos-

tumbrando á su yugo, si menos inconsiderado en emprender grandes cosas, no hubiera gastado sus rentas, i forzado en zierto modo al duque de Alba áazer imposiciones esorbitantes, tales como el diezmo i la beintena para poder mantener sus ejércitos: hubiera podido sacar bentaja de los grandes talentos del duque de Parma paraazer que bolbiesen á la obediencia las probinzias lebandadas, si dando menos oidos á los immoderados gritos de su ambizion no hubiera conzebido el designio de subyugar la Franzia é imbadir la Inglaterra. En los últimos años de su reinado no fueron sus ejércitos tan numerosos que le diesen esperanzas de sobrepujar las grandes dificultades que se oponian á la ejecuzion de sus proyectos: ni aun podia mantenerlos tales cuales eran. Pocos años dejaron de amotinarse porque no se les pagaba. Mas perjuizios causaron á Felipe que á sus mismos enemigos los desórdenes, los robos i las talas que izieron sus tropas. Sus mas hábiles consejeros le representaron en los términos mas beementes para disuadirle de sus locas empresas contra la Franzia i la Inglaterra; i esijia la prudenzia que antes de intentar apoderarse de dominios ajenos asegurase la posesion de los propios. Mas, era tal el efecto de su ilusion, que antes de diferir la satisfaccion de su ambizion i de su resentimiento, quiso mas esponerse á perder todo el fruto de las bictorias del duque de Parma; i dejando indefensas las probinzias que abia reduzido á la obediencia, ofrezio á la confederazion la ocasion de afirmar su potenzia, i establezerla sobre fundamentos tan sólidos que todas las fuerzas reunidas de la monarquía española an echo por espacio de mas de zinquenta años banos esfuerzos para derrocarla.

Si el lector desea tener mas estensos conocimientos de las acciones pibadas de Felipe II i de su carácter , podrá leer con fruto la apolojía del príncipe de Oranje que aquí le ponemos á la bista. Contiene muchas anécdotas interesantes ; pero que no emos creído deber incluir en el cuerpo de esta obra : nuestro intento a sido azer una istoria jeneral.

El príncipe de Oranje en su apolojía le expone la necesidad en que se halla de justificar sus acciones como tales segun su contexto de ellas, considerando su vida i su conducta, el dize de las propiedades de los Príncipes, segun la una especie de satisfaccion en que él mismo se edifica que el otro de la propia accion de su vida, como el de presente a dar la mayor utilidad a su país por los estados, i el de dar la felicidad de sus semejantes para con ellos. Yo tengo motivo para alegrarme de que mis propios enemigos me sean proporcional de la opinion de justificar de las tales acciones de Oranje, de donde él se favorece. A lo que se puede añadir en la explicacion, considerando en la explicacion de como un acedo de piedad, como las que segun i otros efectos de la vida que contra él se lanzan no parte de mano de sus semejantes que siempre se desprecian, i me es deseado siempre de responderle con mucha equidad. Mi pasado es un gran ejemplo de la piedad, que tiene sus ventajas el poder, esperando que todo este tratado sea por a la consideracion, lo sea mas fácil de

ESTRACTO

de la apolojía que el prinzipe de Oranje dirijió á los estados de las probinzias confederadas, con motibo del edicto de proscrizion publicado por el rei de España en 1580.

Prinzipia el prinzipe su apolojía esponiendo la nezesidad en que se allaba de justificarse: sienta que como estaba seguro en su conziencia de aber consagrado su vida i su azienda al serbizio de las probinzias de los Países-Bajos, sentia una espezie de satisfazion en que el bárbaro edicto que el rei de España acababa de publicar contra él le prezisase á dar la mayor publicidad á su zelo por los estados, i á manifestar la sinzeridad de sus sentimientos para con ellos. «Yo tengo motibo para regozijarme de que mis propios enemigos me ayan proporcionado la ocasion de justificarme de las falsas imputaciones de ombres biles i merzenarios. Ase querido amanzillar mi reputazion, empleando en la proscrizion que contra mí acaba de publicarse los mas negros i orribles colores. Los tiros que contra mí oi se lanzan no parten de mano de satíricos oscuros que siempre e despreziado, i me e desdeñado siempre de responderles temiendo embilezarme. Mi acusador es un gran rei, un rei poderoso, que quiere atrabesarme el pecho, esperando que dado este funesto golpe á la confederazion, le será mas fázil des-

truiria. A vos, señores, á vos apelo con tanta mas confianza, quanto mas perfectamente combenzidos estais de mis costumbres i de mi carácter. A vosotros que conozeis mis acciones pasadas, i sabeis que jamas me e tomado la libertad de zensurar la conducta de otros ni alabar la mia : á vosotros pregunto si merezco que se me acuse de ingrato, infiel é ipócrita, i si se me aplican con justizia los nombres de Judas i Cain, ni se me califique de rebelde, traidor, perturbador del reposo público, i de enemigo del jénero umano; en fin, á vos i al uniberso toca dezidir si quando se promete una recompensa en dinero i onores á los que me asesinen, no me debo á mí, i á vosotros que me abeis onrado con una confianza ilimitada, azer pública la iniquidad i mala fe de mi acusador.

»Si teneis por zierito lo que éste os a espuesto de mi conducta, arrojareis léjos de vosotros mi justificazion; empero si desde mi mas tierna infanzia me abeis conozido mas beraz, mas casto, mas virtuoso que al autor de la infame proscripzion, cuento con que acojereis esta apolojía, i que areis justizia á mi inozenzia i á mi integridad.

»El primer crimen de que se me acusa es de ingratitude; i en la descripzion que se aze de las grazias que e recibido del rei i del emperador su padre, se sienta que á este debo la erenzia del último prínzipe de Oranje, i á aquel el onor de aberme creado caballero del toison de oro, la plaza de consejero de estado, i el gobierno de las probinzias de Olanda, Zelanda, Utrecht i Borgofía.

»Nadie respeta mas que yo la memoria del emperador: recuerdanseme con la mayor satis-

faczion las señales de bondad i de benevolenzia que le debí; empero la nezesidad á que se me reduze de defender mi reputazion, me obliga á negar formalmente el aber rezibido de aquel soberano los favores que se pretende: léjos de eso tube en su serbizio muchas pérdidas, i sufrí muchos perjuizios. En quanto á aber suzedido á mi primo el último príncipe de Oranje, no lo debo al emperador, i desafio al mundo entero á que lo pruebe: mi derecho era incontestable, i nadie me le a contestado. Cualquier cosa que el emperador ubiera echo para pribarme de la erenzia, con razon se ubiera llamado injusta i tiránica. Zierto que le está bien á mi acusador el dezir que es un acto de bondad en un soberano el no oprimir ni engañar á sus leales basallos.

» Toda la Europa sabe los importantes serbizios que izo al emperador mi primo el último príncipe de Oranje, que mandando sus ejércitos, estendió sus dominios, i murió, por dezirlo así, á sus pies. ¿No se ubiera cubierto el emperador de un oprobio eterno si por un abuso de su poder se ubiera opuesto á la ejecuzion de la última boluntad de un ombre que con tanta fidelidad le abia serbido, i que con sus serbizios le abia proporcionado tantas bentajas? I aun quando ubiera intentado azer una cosa tan indigna de su carácter, no abria podido pribarme de la mayor parte de la erenzia como que está en Franzia, i solo de aquel monarca dependia yo en quanto á ella. Mas aun suponiendo que yo tubiese al emperador tantas obligaziones como se suponen ¿con qué derecho me acusa aora su ijo de aber olvidado tamaños benefizios, el que en desprezio de todas las leyes de la justizia i

de la equidad a echo quanto a podido para pribarme de esta misma erenzia, i azer banas é inútiles todas las bondades de su padre?

»Segun él no debe el reconozimiento limitarse á aquel de quien se an rezibido los benefizios, sino que debe sobrevivir al bienechor, i trasmirtirse á sus dezendientes; por lo que luego que me opuse al ijo, fuí ingrato al padre. Empero ¿por qué no se aplica á sí mismo esta regla? Compare su conducta á la mia, i dezida quien de él ó yo mereze el nombre de ingrato. El emperador Masimiliano fué el primer príncipe de la casa de Austria que bino á los Países-Bajos, i nadie ignora, por poco instruido que esté en la istoria, las obligaziones que aquel emperador tubo al conde Englebert de Nassau, mi pariente. El fué el que tan poderosamente le auxilió contra el rei Luis XI de Franzia: él fué el que sometió el pueblo de estos paises que se abian rebelado contra Masimiliano; i él el que le izo restituir la libertad que por zelos le quitaran los flamencos. Inútil es recordar aquí lo que todo el mundo sabe azerca del particular serbizio echo al emperador Cárlos V por el conde Enrique de Nassau, mi tio, cuando se trató de elegir entre él i Franzisco, quien abia de ocupar el trono imperial. Mi tio fué el que dezidió á los electores en favor del padre de mi acusador. Mas: ¿no fué el balor de Renato, príncipe de Oranje, el que subyugó la Güeldres? ¿No fué al de Filiberto á quien Cárlos V debió la posesion de la Lombardía y del reino de Nápoles, i la toma de Roma i del Papa? Pues oi el ijo de ese mismo emperador es el que quiere denigrar la memoria de aquellos grandes ombres, alabando á su padre porque permitió que se iziese justizia á un pariente de ellos. El número de

echos que acabo de referir, aunque corto, ¿no me autoriza para asegurar que sin los serbicios echos á su casa por las de Oranje i Nassau no colocara mi acusador en la cabeza de su edicto de proscripzion tantos títulos pomposos ?

»Mas, no por eso pretendo insinuar que ninguna obligazion tengo á su padre: toda mi vida conserbaré la tierna memoria del onor que me izo de cuidar de mi educazion, de aberme tenido siempre zerca de su persona, de aberme dado el importante empleo de inspector jeneral de artillería en los Países-Bajos; ni olvidaré jamas que ausente, sin aberlo yo solizitado i á pesar de las mas bibas instanzias de sus cortesanos, me prefirió para el mando de su ejérezito á un gran número de ofiziales mui experimentados, aunque yo no tenia entonzes mas de beinte i un años. Ni puedo recordar sin el mas bibo reconocimiento los testimonios de estimazion i considerazion que me dió al tiempo de su abdicazion. Colocado zerca de su trono en aquella augusta zeremonia, se dignó apoyarse sobre mí cuando ya abrumado de sus males le faltaban fuerzas para concluir la. Sé tambien que su ánimo era darme aun otra prueba de su estimazion al encargarme la triste comision de llebar su corona imperial á su ermano Fernando. Pero ¿en qué fundan mis enemigos que yo me e echo indigno de tantas señales de bondad, de tantos honores i faiores, i que yo les debo el acrezentamiento de mi fortuna? En el tiempo que mandé los ejérezitos del emperador ningun descalabro padezieron sus tropas. Es berdad que las enfermedades causaban en ellas muchos estragos; i que tenia que azer frente á los dos mas ábiles jenerales de aquel tiempo, el duque de Nebers y el almirante de Coliñi; mas sin embargo supe

inspirarles respeto , i á pesar de todos sus esfuerzos , librar de todo insulto las ziudades de Charlemont i Filippebille. Asi correspondí á la confianza que de mí se izo ; empero sin temor de ser por nadie desmentido puedo asegurar que como eran solo el onor i el amor á la gloria los que me estimulaban , solo gloria i onor me produjeron mis serbizios. Registrense los libros de la contaduría mayor , i no se allará que se me aya dado ninguna recompensa pecuniaria ; antes por el contrario me es mui fázil probar que los gastos que como jeneral me fueron indispensables , los de mi embajada á Alemania , juntos á lo que me costó el onor que me izo el rei cuando á su adbenimiento al trono me encargó diese mesa franca á la nobleza , aszendieron á millon i medio de escudos. ¿ I qué a echo Felipe que me acusa de ingrato para indemnizarme de este enorme desembolso ? Abia yo puesto con lizenzia del emperador , demanda ante el tribunal soberano de justizia de Malinas , al señorío del castillo de Bellin : los consejeros dieron su dictámen que me era favorable , i el mismo dia que iban á pronunziar la sentenzia en mi favor , este mismo rei que acababa de jurar que nos gobernaría segun nuestras leyes fundamentales ; en desprezio de estas mismas leyes , i usando de su poder arbitrario proibió á los juezes que pasasen adelante , i nunca despues se les a buelto la libertad de azerme justizia.

»Sentado esto ¿ podrán mirarse los gobiernos que se me confrieron como demasiada recompensa de mis serbizios , ó como indemnizacion eszesiba de los gastos estraordinarios que me abian ocasionado ? Si el rei me ubiera dejado estos gobiernos podria con alguna razon acusarme , aunque en realidad ningun reconozimien-

to le debiese , dado que el emperador antes de partir para España dezidió que se me confirieran ; empero pues mi acusador a echo quanto a podido para despojarme de ellos , pues que me a quitado cuantos bienes a podido , i ademas a echo llebar mi ijo á España , con manifiesta violazion de los pribailejos de las probinzias , que abia jurado mantener en toda su integridad ; i todo esto porque no e querido ser instrumento de su tiranía ; cómo se atrebe á acusarme de ingrátitud ?

»No se funda mejor para acusarme de que e faltado á la obediencia que como á mi soberano le debia. Zierto es que me e sustraído de esta obediencia i desconozido su autoridad , más en esto no e echo otra cosa que seguir el ejemplo del archiduque Alberto , autor de su familia , que se rebeló contra el emperador Adolfo de Nassau. Ademas ; no podria yo preguntar á mi acusador con qué título posee á Castilla ? Su antepasado Enrique , sobre ser bastardo ; no se rebeló contra su lejítimo soberano ? Acaso dirá que don Pedro era un tirano , i que como tal fué lejítimamente destronado i muerto. ; I por qué no diré yo lo mismo para disculpar el partido que e tomado ? porque ; cómo negar que la conducta de Felipe a sido la de un tirano ? Comparense las crueldades de don Pedro con las del duque de Alba i sus partidarios , i se verá si an sido aquellas mas atrozes ni mas orribles que estas. Ademas de qué como á rei de España ninguna obediencia debia yo á Felipe : solo como duque de Brabante debia respetar su autoridad porque soi uno de los prinzipales miembros de los estados del pais en razon de las baronías que en él poseo. ; A cumplido él las condiziones con que fué reconozido soberano del Brabante ?

De ningun modo : antes bien a biolado el juramento que izo de mantener á sus abitantes en sus pribilejos. Es clausula espresa en su contrato con nosotros que si faltaba á lo que prometia, en el mero echo zesaba la obligazion que contrajimos de obedezarle. Toda la Europa sabe el desprezio con que á mirado sus empeños, i toda la Europa si fuera nezesario depondria que no a sido un solo pribilejio el que nos a quitado sino todos los que gozabamos, i de que abia jurado no pribarnos jamas. No en una sola ocasion sino en mil, e experimentado yo los efectos de su tiranía : quitome un ijo de edad incapaz de aberle ofendido : ame confiscado todos mis bienes, i pribado de mis efectos : ame declarado rebelde : ame dado el odioso nombre de traidor ; empero sin aber sido prebiamente declarado culpable por la lei. ¿I quién me a condenado? ombres de la infima clase, ziudadanos rebestidos de su autoridad, abogados i otros que no ubieran querido para pajes los que en los Paises-Bajos tienen el mismo rango que aze tanto tiempo yo tengo. No niego aberle prestado el juramento de fidelidad que ordinariamente se presta á los nuebos soberanos : empero su empeño i el mio fueron reziprocos ; el mio de obedezarle ; de protejerme el suyo : i es un prinzipio que en contratos de esta naturaleza, si una de las partes falta, queda la otra absuelta.

»Mas aun quando ninguna injuria personal ubiera yo rezibido de Felipe considerarame yo igualmente obligado á oponerme á las medidas tiránicas que quería tomar, puesto que no es solo el soberano el que se obliga bajo la fé del juramento á mantener las leyes fundamentales del estado ; sino que todos los nobles del estado

mismo, todos los que tienen parte en su gobierno, ó ejerzen algun empleo público, juran igualmente no biolar aquellas leyes. Por consiguiente estaba yo obligado por mi propio juramento á azer cuanto en mí estubiese para librar á mis ziudadanos de la opresion en que jemian; de modo que si no me ubiera echo culpable respecto de Felipe del crimen de que me acusa, mis ziudadanos i el uniberso entero ubieran podido imputarme con justizia el mismo crimen de que él se a echo reo biolando el juramento mas solemne i sagrado.

»No ignoro' que sus partidarios combiniendo en que á su adbenimiento á la soberanía juró Felipe mantener los pribilejios, dizen que no estaba á ello obligado desde que se lo dispensó el papa. Dejo á los eclesiásticos i á los mas bersados que yo en las controbersias teológicas el que dezidan si el papa puede desligar á los ombres de sus juramentos, i si el ejerzizio de este poder no es un atentado impio contra los derechos del zielo mismo: yo les dejo que determinen si tal poder no destruiria entre los ombres el lazo que los une i por consiguiente no trastornaria la soziedad. No trato de la legitimidad de la conducta de Felipe despues de obtenida esta dispensa, que tanto se quiere azer baler para justificarle, sino de la inconsecuencia que resulta de usar de ella. Porque siendo uno mismo el lazo que le unía á sus basallos i á sus basallos á él, si el papa le dispensó de cumplir lo que les abia prometido, al mismo tiempo me desligó á mí en particular i á todos los demas basallos en jeneral de la obligazion que abiamos contraido de obedezarle. Fuera una puerilidad el dezir que en birtud de la dispensa él solo quedaba esento de su promesa; i que nosotros que no la

abiamos obtenido como él, quedabamos aun ligados como antes. Desde el momento que se tubo por libre de su empeño, de cualquier modo que su obligazion se disolviese, quedó nula la condizion en que se fundaba nuestra promesa. Es pues absurdo desde entonzes el acusarnos de desleales.

» Acusaseme en el edicto de proscripzion de aber sido el autor de todas las alteraciones acaezidas. Los de entre vosotros que abeis bibido bastante para acordaros del orijen de estas alteraciones sabeis cuan falsa es esta imputazion ; mas como entre vosotros ai muchos tan jóbenes que no an alcanzado el tiempo en que estallaron las verdaderas causas de estas alteraciones, me creo obligado á entrar en algunos por menores sobre las cosas que tan groseramente se an disfrazado en esta infame proscripzion.

» Todas las personas instruidas de la conducta que a tenido mi acusador en las otras partes de sus estados, i que saben las crueldades cometidas en Granada, Méjico i el Perú, fázilmente atribuiran á su cruel carácter, las calamidades que an oprimido á los Países-Bajos. Desde el prinzipio de su reinado se manifestó su inclinazion al despotismo : conoziolo con arto dolor su padre el emperador, i con palabras sentidas delante del conde de Bossut, de mí, i de otros muchos le esortó á que tratase con mas moderazion á sus basallos flamencos ; i asta le predijo que si pronto no reprimia el orgullo i la arroganzia de sus consejeros españoles no tardarian aquellos en sublebarse. Este consejo no produjo el efecto que se proponia el emperador: su ijo no oia sino los que le daban los españoles : entregose mas que nunca á su pasion por el poder arbitrario, i desde aquel momento re-

solbió contra su interés mal consultado , i contra su juramento , destruir nuestra constituzion. A esto se añadió que quando le conzedimos un subsidio por nueve años , fué con la condizion de que nosotros nombraríamos quien le recaudara i distribuyera : condizion que eszitó en él i sus consejeros una abersion que ni el tiempo ni las zircunstanzias an podido debilitar.

»Todavía me acuerdo : presente me allaba cuando los tales consejeros que conozian las disposiciones de su amo le aconsejaron que tomase las probidenzias nezarias para que perezieran los que ubiesen abrazado la reforma : i por casualidad llegué á saber en seguida que Felipe abia adoptado el bárbaro consejo. De boca del mismo rei de Franzia supe allandome de reen en su corte, que se abia concertado con el duque de Alba un plan para acabar en Franzia i los Países-Bajos con cuantos sospechosos ubiese de adictos á la reforma. Yo aparenté la mayor ignoranzia de la trama , i oculté aun con mas cuidado la indignazion que me causaba semejante proyecto. Por fin obtube por mediazion de la duquesa de Saboya mi buelta á los Países-Bajos, donde apoyé con todo mi poder las representaciones que los estados izieron á Felipe para obtener que sacáse de ellos las tropas españolas: léjos de negar esto lo confieso i me glorío de ello.

»Combengo en que entre las innumerables falsedades que la proscrizion contiene , se me acusz de algunas cosas que son berdaderas. Tal es la de que despues de aber echo inútiles representaciones á la duquesa de Parma contra las crueles probidenzias que se tomaban , el temor de una guerra zibil , las calamidades que yo beia amenazar á mi pátria, i

la indispensable obligazion que me imponia el juramento que abia echo de mantener los derechos del pueblo me izieron reunir la prinzipal nobleza para abrirla los ojos azerca del peligro que á todos nos amenazaba.

„Confieso tambien que aprobé las representaciones presentadas por la nobleza contra los edictos, y contra los crueles suplizios que se abian ejecutado. Estoy mui léjos de abergonzarme de aber aconsejado que se presentasen. Aquellas representaciones contenian no solo las proibidencias mas moderadas que pudieron tomarse en tales zircunstanziyas, sino que eran esactamente conformes á las constituciones i usos de los Países-Bajos. ¡Feliz el rei i el pueblo si se hubiera referido á las justas demandas que contenian!

„Respecto del cargo que el rei me aze de aber favorezido á los protestantes, diré que antes de abrazar la relijion reformada ningun odio tenia á los que la profesaban; lo que no debe estrañarse considerando que desde mi niñez fuí imbuido en sus prinzipios relijiosos: mi padre abia establezido la reforma en sus dominios, la profesó toda su vida, i en la profesion de ella murió. Tambien confesaré que en la corte del emperador en que fuí educado en la relijion romana, aun quando la profesaba, me causaban orror las crueldades de los inquisidores. Confieso tambien que quando el rei partió de Zelanda, i me encargó la muerte de muchas personas adictas al protestantismo, reusé formalmente obedezzer, i aun ize abisar en secreto á los proscriptos, del peligro á que estaban espuestos. Confieso, en fin, que en el consejo de estado me opuse quanto pude á la proposizion que en él se izo de perseguir á los protestantes; opúseme así por compasion i humanidad, como por lo íntima-

mente combenzido que estaba de lo absurdo que era castigar á los ombres por tener opiniones que no querian dejar, quando estos ombres no turbaban la tranquilidad del estado. Allábame ademas persuadido de que con los remedios biolentos que se quèrian emplear, nunca se lograria el fin que se deseaba. Mas aunque eszitado por estos motibos fuí al prinzipio opuesto á las persecuciones; vosotros lo sabeis, señores, ninguna parte tube en la introduzion de la reforma en los Países-Bajos, ni en los rápidos progresos que izo durante el gobierno de la duquesa de Parma. Vosotros sabeis que en aquel tiempo ninguna relazion tenia con los que la introdujeron, ni menos aszendiente alguno sobre ellos. Sabeis tambien que los eszesos cometidos por el biolento zelo de los protestantes, léjos de aprobarlos, usé de toda mi autoridad para reprimirlos: que izo castigar á los delincuentes con rigor, asta el estremo de que se me calumniase cruelmente por algunos protestantes, que me afeaban la seberidad que empleé contra los culpados.

„Espero se me disculpe la complazenzia con que noto que á pesar de la malignidad i del encarnizamiento de mi acusador; i que á pesar del desprezio con que mira la berdad, ai un crimen de que comunmente se acusa á los gobernadores de las probinzias, i de que no se a atrebido á acusarme: ablo del crimen de malbersazion de los caudales públicos que la abarizia aze alguna bez cometer, apropiándose parte de ellos. Zierto es que se me a acusado de este despreziable bizio por algunas personas obscuras que an echo zircular en el público libelos infames contra mí; empero el silencio del mas imbeterado é implacable de mis enemigos basta por sí